



RECUERDOS DE SELVA

Memorias de integrantes de la fuerza pública
víctimas de secuestro



Centro Nacional
de Memoria Histórica



RECUERDOS DE SELVA

MEMORIAS DE INTEGRANTES
DE LA FUERZA PÚBLICA
VÍCTIMAS DE SECUESTRO



Centro Nacional
de Memoria Histórica

RECUERDOS DE SELVA

Memorias de integrantes de la fuerza pública víctimas de secuestro

María Juliana Machado Forero
RELATORA E INVESTIGADORA

Mauricio Builes
COMUNICADOR DEL PROYECTO

Gloria Restrepo
ASESORA ACADÉMICA

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Rubén Darío Acevedo Carmona
DIRECTOR GENERAL

Luis Carlos Sánchez
DIRECTOR GENERAL (E)

Camila Medina Arbeláez
DIRECTORA TÉCNICA CONSTRUCCIÓN DE MEMORIA HISTÓRICA
(2014 al 2018)

RECUERDOS DE SELVA

Memorias de integrantes de la fuerza pública víctimas de secuestro

ISBN 978-958-5500-50-1

Primera edición: febrero de 2019

Número de páginas: 328

Formato: 15 x 23 cm

Estrategia de Comunicaciones

Coordinación editorial

Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo

Laura Giraldo Martínez

Diagramación

Lizeth Sanabria

Georeferenciación

Julio E. Cortés

Fotografías

Portada: © Elizabeth Builes

Internas: © María Juliana Machado Forero para el CNMH

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Calle 35 N° 5 - 81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. - Colombia

Cómo citar

Centro Nacional de Memoria Histórica (2019), *Recuerdos de selva: memorias víctimas de secuestro, integrantes de la fuerza pública*, CNMH, Bogotá

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Centro Nacional de Memoria Histórica

Recuerdos de selva : memorias de integrantes de la Fuerza Pública víctimas de secuestro / Centro Nacional de Memoria Histórica, María Juliana Machado Forero, Mauricio Builes, Gloria Restrepo ; ilustración Elizabeth Builes ; fotografía María Juliana Machado Forero. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2019.

306 páginas : ilustraciones ; 23 cm.

ISBN 978-958-5500-50-1

1. Víctimas de secuestro - Colombia 2. Secuestro de militares - Colombia
3. Actividades subversivas - Colombia 4. Memoria colectiva - Colombia
5. Verdad, justicia y reparación I. Machado Forero, María Juliana, autora
II. Builes, Mauricio, autor III. Restrepo, Gloria, autora IV. Builes, Elizabeth,
1987- , ilustradora V. Machado Forero, María Juliana, fotógrafa VI. Tít.
364.154 cd 22.

A1647610

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

CONTENIDO

Agradecimientos	10
Prólogo	12
Introducción	16
Metodología	19
Resumen	23
Contexto histórico-político del secuestro de militares y policías por las guerrillas: el secuestro como estrategia de canje	28
Parte I. Quedar secuestrado por el enemigo	39
Capítulo 1. Reconocer que se cae secuestrado ante el enemigo: entre el caos y la incertidumbre	40
1.1. Quedar secuestrado después de un combate	42
• ¿Cómo se siente el combate en el cuerpo?	46
1.2. El secuestro por defender un municipio	48
• “Darle una oportunidad a la vida”: el momento de la derrota	54

• “Se siente la impotencia de no poder hacer nada”: derrotados pero con vida	57
• “No estábamos preparados para lo que llegó”	60
1.3. El secuestro en la 'pesca milagrosa'	65

Capítulo 2. Los primeros días del secuestro	74
2.1. Así fue la entrega	74
2.2. La caminata hacia el cautiverio: la desorientación y las falsas promesas	79
2.3. Adaptarse a la oscuridad: los primeros días de secuestro	86

Parte II. El tiempo en pausa del secuestro	91
---	-----------

Capítulo 3. Dos formas de vivir el secuestro: los campamentos y las largas caminatas durante el cautiverio	92
3.1. Campamentos, prisiones y complejos: los espacios físicos de cautiverio	93
• Campamentos de las FARC-EP durante la zona de distensión	93
• Campamentos del ELN a finales de los noventa y comienzos del 2000 en Norte de Santander	100
• Lugares donde las FARC-EP retenían policías y militares secuestrados en Boyacá	106
• Campamentos de las FARC-EP en el sur del país después del año 2009	109
3.2. Las caminatas en el marco del secuestro	113

• Las marchas	114
• La selva no es la misma con cadenas amarradas	119

Capítulo 4. La cotidianidad del secuestro en medio de un conflicto armado selvático: los riesgos122

4.1. Los riesgos de la selva: los animales salvajes, las enfermedades tropicales y la naturaleza impredecible	123
4.2. Los riesgos asociados a la voluntad azarosa de la guerrilla	132
4.3. Riesgos de estar en cautiverio durante el conflicto armado: bombardeos, fuego cruzado y rescates militares	136

Parte III. La cotidianidad: un entretejido de daños y resiliencias143

Capítulo 5. Los daños e impactos del secuestro144

5.1. Vulneración a la libertad: el marco de los impactos del secuestro	147
5.2. Daños morales del cautiverio	150
5.3. Daños emocionales y psíquicos del secuestro	156
5.4. Daños físicos: las marcas del secuestro en el cuerpo	164
5.5. “Fue muy impactante saber que ya habían pasado diez años y que tal vez nosotros no lo habíamos querido aceptar”: daños relacionados con el paso del tiempo	168
5.6. Daños al sistema familiar	175

Capítulo 6. Afrontar y pervivir el secuestro	182
6.1. El deporte, los juegos, las manualidades y el aprendizaje	184
6.2. "Cantábamos alabanzas": la espiritualidad en el cautiverio	190
6.3. Acciones solidarias y mensajes de aliento	192
6.4. Actos de oposición y desobediencia	195
6.5. "El deseo de vivir y de cumplir mis proyectos fue lo que me mantuvo": la actitud en medio del secuestro como mecanismo de afrontamiento	198
6.6. La fuga: una obsesión de libertad	201

Capítulo 7. Las familias también resisten al secuestro	210
---	------------

Parte IV. El retorno a la vida en libertad	225
---	------------

Capítulo 8. El desenlace: la incertidumbre de volver a nacer	226
8.1. "En las próximas horas serán liberados": el periplo hacia la libertad	229
8.2. Operación Jaque	238
8.3. Las últimas liberaciones unilaterales	241

Capítulo 9. La vida no acaba con el secuestro ni con la liberación: sueños y anhelos de vida en libertad	246
9.1. Regresar a la vida en libertad: adaptarse a la luz	248

• Los primeros días en los lugares de retorno	249
• Bajo el lente de los medios de comunicación	256
• “Mi sargento qué pena, aprenda a hacer diaposi- tivas”: el encuentro con la tecnología	259
• El reencuentro con la Policía y el Ejército	263
a. “Yo por lo menos di toda la información que tenía”: víctimas de secuestro como bisagras de información	263
b. El reencuentro con los proyectos de vida laborales	267
c. Atención psiquiátrica y psicológica después de la liberación	271
d. Reconocimiento institucional de la dimensión de la reparación simbólica	281
9.2. Los daños e impactos del secuestro que se expresan en el retorno a la libertad	285
9.3. En libertad también se afronta y resiste a las secuelas del secuestro	290
• Expresiones del silencio	290
• Hacer memoria para no repetir	292
• Nuevas nociones de la existencia en libertad	295
9.4. Los múltiples roles de las familias en el retorno	299
 A modo de cierre	 308
 Referencias	 317

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer muy especialmente a Antonio, Jimmy, Julio César, Ariel, William, José Vitaliano, Lucas, César Humberto, César Augusto, José Libardo, Raúl, Diego, Jonathan, Raimundo, Juan Carlos y Henry, y a sus familias, quienes generosamente compartieron con nosotros sus memorias sobre su vida en la fuerza pública, su paso por el secuestro y los proyectos de vida que ahora construyen en libertad. De igual manera, a sus familiares y amigos quienes se hicieron presentes a través de sus relatos como su mayor soporte durante el secuestro.

Asimismo, queremos agradecer a las mujeres y hombres que, desde sus roles dentro del Ministerio de Defensa, el Ejército nacional y la Policía, acompañaron este proceso de reconstrucción de memoria, compartiendo sus saberes, miedos y alegrías, siempre pendientes de la comodidad y el bienestar de los participantes. Dentro de estos destacamos el compromiso de Carolina, Johana, Camila, el capitán Jorge Landinez y el teniente Bernardo Forero. En esta mis-

ma línea, le agradecemos al Ministerio de Defensa, al Ejército nacional y a la Policía por su disposición para la realización de este proceso de memoria.

Agradecemos a María Emma Wills, Camila Medina, Gloria Restrepo y Mónica Márquez por su atenta lectura y constantes retroalimentaciones y mensajes de aliento que hicieron posible empezar, construir y darle el impulso final a este escrito. A Julio Cortés por la elaboración de los mapas que se incluyen en este informe y a María Fernanda Ángel por su apoyo en el proceso de publicación del texto.

Finalmente, este trabajo, al igual que los productos que acompañan esta serie: la serie radial y el multimedia Recuerdos de selva, fue posible gracias a la financiación de la Embajada de Suiza en Colombia que apoyó la primera fase de encuentros de memoria con integrantes de la fuerza pública víctimas de secuestro.

PRÓLOGO

ALGO SE QUEBRÓ POR DENTRO

A simple vista no se nota. Hombres rudos y miradas frías, pelo a ras y caminar recto. Una conversación de rutina tampoco es suficiente para los que tienen discursos preparados o una respuesta programada. Incluso, algunos de los militares y policías secuestrados por las guerrillas evitan hablar sobre el cautiverio. Solo en una conversación serena entre colegas o una entrevista sin apuros se revela lo que bien queda expuesto en esta serie -que incluye el informe, la serie radial y un especial transmedia-: la cicatriz del secuestro es una marca para toda la vida.

No importa si pasaron encadenados a un árbol diez años o dos meses, si estaban en la más espesa de las selvas o a quince minutos de una cabecera municipal, lo que pasó en cautiverio jamás se olvida. Hablar sobre ello es revivir emociones; aquellos hombres rudos que, en algunos casos creen estar blindados frente al dolor, vuelven a quebrarse.

Hablan de las anécdotas con escorpiones, anacondas, zancudos, pitos, jaguares; rememoran las enfermedades y la eterna humedad de la selva, pero eso suele ser el paisaje para satisfacer al auditorio. La verdadera cicatriz está entretejida de miedo y dignidad.

“Nunca había experimentado lo que era el verdadero miedo hasta el secuestro”, dijeron algunos de los militares y policías en los talleres de memoria realizados por el Centro Nacional de Memoria Histórica, ni siquiera en los combates más sangrientos el miedo cobraba la relevancia que tuvo durante el cautiverio. “Ese miedo es contagioso”, relató ante un auditorio Ingrid Betancourt, exsecuestrada que compartió durante años con militares y policías en la selva. A veces, también contaron el hastío y la paranoia que sintieron. “Hubo mañanas en las que me levantaba con un solo pensamiento: que nos bombardeen y acabar con todo de una buena vez”. Y al decir “con todo” hacen referencia al dolor de estómago, al insomnio, la angustia familiar, el odio, los deseos de venganza y ellos mismos.

Las guerrillas lo tenían claro. La tortura más efectiva no consistía necesariamente en impartir un listado de vejámenes físicos sino en socavar su dignidad como seres humanos, en reducir -o eliminar- sus deseos de supervivencia, en obligarlos a enfrentarse consigo mismos, con sus principios y con los demás compañeros en la selva. Los guerrilleros no les disparaban, pero les apuntaban día y noche; los guerrilleros no

los dejaban morir de sed, pero les dosificaban a extremos las bebidas; los guerrilleros propagaron rencor, envidia y desconfianza entre los mismos compañeros de cautiverio.

El secuestro también es el arte de la manipulación.

Todas estas historias son una alerta para una sociedad cansada de las mismas noticias sobre el secuestro y los secuestrados -los informes noticiosos suelen repetirse en sus formatos- y la novedad pasó a ser un asunto noventero. El secuestro, vigente en la actualidad del posacuerdo, debe encender las alarmas: hay gente herida entre nosotros. Entonces, ¿qué hacer con los exsecuestrados?, ¿qué hacer con sus recuerdos de selva?, ¿qué hacer con sus familias?, ¿qué hacer con tanto dolor?

Y tal vez la respuesta a esas preguntas es la gran conclusión de este trabajo: la necesidad de escuchar-nos los unos a los otros. Algunas víctimas de secuestro, como ya se dijo, ante las preguntas sin esfuerzo, como: ¿cómo fue la captura?, ¿qué enfermedades padeció?, ¿qué sintió el día de la liberación?, tienen ya una respuesta programada, pero la cicatriz está ahí, expuesta ante la indolencia y la indiferencia de muchos y, como relataron varios militares y policías que participaron del proyecto, el secuestro les partió la vida en dos y eso debe importarle no solo a los periodistas necesitados de un titular.

Ninguna persona volvió a ser la misma después de estar internada en la selva y, más que consuelo, los policías y militares liberados necesitan a alguien que los escuche decir: "algo se me quebró por dentro".

Mauricio Builes

Comunicador del proyecto
"Recuerdos de Selva"

INTRODUCCIÓN

*"Y yo lo digo acá porque si esto va a ser una
memoria, sirve para que en el futuro
las instituciones sepan y entiendan que los que damos
la vida por defender una bandera y un escudo,
somos humanos, somos seres humanos".*

José Libardo, policía

El secuestro no es un fenómeno desconocido para el pueblo colombiano, muchas familias lo sufrieron directamente y todos fuimos espectadores de las imágenes más emblemáticas de las víctimas en medio de la selva, muchas veces encadenadas. También escuchamos de su propia voz las plegarias por su liberación en diferentes medios de comunicación. En repetidas ocasiones, como sociedad civil, nos volcamos a las calles pidiendo por el regreso de quienes estaban en cautiverio y exigiendo también que se detuviera esta práctica cruel, utilizada en el marco del conflicto armado.

En el caso de los integrantes de la fuerza pública, las fotografías y pruebas de supervivencia -cuando existieron- fueron ampliamente difundidas por la prensa. Teniendo presente que los militares y policías fueron un grupo importante de víctimas de este repertorio de violencia utilizado por las guerrillas en el marco del conflicto armado¹, este texto se centra en las memorias de las vivencias del cautiverio, pero también narra los retos que supuso para muchos el retorno a la vida en libertad.

Sin embargo, más allá de replicar las duras imágenes del sufrimiento inmortalizadas en la prensa, o de ahondar en las huellas y daños que dejó el secuestro, el objetivo de este libro, por un lado, es enaltecer las estrategias de resiliencia de los sobrevivientes, así como su capacidad de pervivir al secuestro mediante estrategias cotidianas, y en algunos casos colectivas, como la escritura, el amor por la naturaleza, el deporte, los juegos, las acciones solidarias, el cuidado de otros y el sentido del humor. Por otro lado, se enfoca en los proyectos de vida que han rearmado militares y policías después de su liberación, así como en los sueños y anhelos que acompañan y guían su actualidad.

1 Por repertorios de violencia se entiende: "Un conjunto de prácticas que los integrantes de un grupo armado aprende y sobre los cuales desarrolla una serie de disposiciones y destrezas, que luego ejecutan en los campos de batalla. Acogiendo el símil de un escenario de teatro, Tilly señala cómo las organizaciones armadas se asemejan a actores que han aprendido un libreto, que representan en los escenarios del [conflicto armado] ejecutando repertorios de violencia conocidos" (Grupo de Memoria Histórica, 2011, página 67).

Esta no es la primera vez que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) reconstruye las memorias de quienes portaron el uniforme de las Fuerzas Militares y de Policía, desde el año 2014 ha venido trabajando en conjunto con las víctimas integrantes de la fuerza pública. Recientemente se publicó un balance que desarrolla con mayor detalle la ruta conjunta establecida entre el CNMH y las Fuerzas Militares y de Policía (CNMH, 2018a), en la que se acordó hacer ejercicios de memoria con el propósito de registrar los daños que sufrieron quienes estuvieron detrás del uniforme, así como sus resiliencias. En ese marco se construyeron las memorias de víctimas de mina antipersonal² y se realizó un ejercicio de memoria con quienes fueron víctimas de secuestro. Este último dio -como parte de sus productos³- el presente libro.

En el marco de este texto se entiende el secuestro como: “El arrebato, sustracción, retención u ocultamiento de una persona, en contra de su voluntad, por medio de la intimidación, violencia o engaño, por parte de los actores del conflicto armado o con su participación”. Este puede ser simple, “cuando no tiene una finalidad manifiesta”, o extorsivo “cuando se realiza con el propósito de exigir por su libertad un provecho o cualquier utilidad, o para que se haga u omita algo, o

2 De este proceso surgieron tres productos: un libro de crónicas titulado *Esa mina llevaba mi nombre* (2016); una serie radial llamada *Los pasos rotos* (2016) y un informe de esclarecimiento titulado *La guerra escondida. Minas Antipersonal y Remanentes Explosivos en Colombia* (2017).

3 De este proceso surgieron otros dos productos: una serie radial y un especial transmedia, los dos con el nombre *Recuerdos de selva* (2018c).

con fines publicitarios o de carácter político” (artículo 169, Ley 599 de 2000, citado por el Observatorio de Memoria y Conflicto, 2018). En este sentido se hace un uso intercambiable de los términos “secuestro”, “retención” y “secuestrado”, “retenido” y “rehén”.

Metodología

Los ejercicios de memoria se desarrollaron en escenarios de encuentros grupales con el objetivo de: *aportar a la dignificación, reconocimiento y visibilización de las víctimas de secuestro integrantes de la fuerza pública y sus familias*. Como en todos los ejercicios desarrollados por el CNMH, estuvieron presentes premisas como la acción sin daño, la horizontalidad, los espacios de cuidado, confianza y humanización. Asimismo, procuramos resaltar la dignidad de quienes compartían sus memorias, propender por que surgieran memorias plurales y acentuar el foco en todas las dimensiones de la trayectoria vital de los participantes, no solo en la victimización y el horror del secuestro. Quisimos darles una oportunidad para narrarse desde el uniforme y la institucionalidad, pero también desde la humanidad que trasciende su rol en el Ejército, la Policía o la Armada y que nos hablaran desde la complejidad de quien combate y confronta, en el caso de la Policía Nacional, y de quien estuvo en cautiverio. Para esto se hicieron unos acuerdos básicos de confidencialidad y cuidado que fueron más allá de los talleres, pues también son acogidos en este texto.

En estos ejercicios de memoria trabajamos con dieciséis hombres integrantes de la fuerza pública: seis del Ejército nacional, nueve de la Policía nacional y uno de la Armada nacional. La convocatoria para participar en el proceso de reconstrucción de memoria se realizó de manera amplia y abierta y trabajamos con quienes expresaron interés en hacer parte. La voluntad fue un principio rector de los encuentros.

Dentro de este grupo de personas contamos con una pluralidad de rangos: participaron tanto soldados como patrulleros, suboficiales y oficiales de todas las Fuerzas mencionadas. De estos, once fueron secuestrados por las FARC-EP y cinco por el ELN. El grueso de los participantes, trece, fueron secuestrados entre 1998 y 1999; los tres restantes fueron secuestrados uno en el 2000, otro en el 2010 y el tercero en el 2013. En términos del tiempo en cautiverio, la mitad estuvieron secuestrados entre uno y tres años, uno tuvo un secuestro de tres días, dos estuvieron menos de un año en cautiverio, dos entre siete y diez años, dos entre diez y trece años y, el más largo, durante trece años.

Los espacios horizontales de reconstrucción de memoria le dieron la oportunidad a quienes participaron de desprivatizar sus experiencias y reconocer emociones, dolores y dificultades compartidas. Igualmente, estos ejercicios le permitieron a los soldados y policías, víctimas de secuestro, sentir que se generaba un escenario exclusivo para sus experiencia y sus memorias,

donde quienes escuchaban daban un genuino valor a lo que ellos querían compartir. La metodología permitió evidenciar una necesidad expresada por los soldados y policías, a saber: la de entablar diálogos y crear espacios para poder ser escuchados, no solo por sus pares, sino por las instituciones militares y policiales y la sociedad en general. En ese sentido, los ejercicios crearon una atmósfera donde la voz de cada participante fue reconocida y que, fuera de la estructura jerárquica propia de las instituciones, resonó en otros y trascendió al rango de cada uno.

De la misma manera, los espacios no pretendieron jerarquizar victimizaciones. Para esto, se hizo una convocatoria amplia que permitiera la participación de militares y policías secuestrados en diferentes circunstancias. En los talleres contamos con la participación de quienes fueron secuestrados en los ataques o tomas guerrilleras más conocidas y liberados en operaciones de rescate muy mediáticas -como la Operación Jaque-, quienes han tenido la oportunidad de contar sus historias en otros escenarios; así como con soldados secuestrados por una menor cantidad de tiempo como Jonathan -suboficial del Ejército- secuestrado por la guerrilla de las FARC-EP en la zona rural de Samaniego, Nariño; o militares que vivieron su cautiverio en lo profundo del Catatumbo sin que se divulgaran sus pruebas de supervivencia o se les dedicara mayor tiempo a su sufrimiento en las noticias nacionales, como Antonio y Ariel -ambos suboficiales del Ejército secuestrados por el ELN en el 2000-.

Existen aspectos del secuestro de integrantes de fuerza pública que no se abordan en este texto, sin embargo, consideramos que se hizo un avance importante en la comprensión del fenómeno y, especialmente, en el ejercicio de narrar de manera compleja y digna las memorias de quienes fueron víctimas, sin importar su rango, su proyecto de vida actual o lo mediático de su caso.

Para realizar estos encuentros se utilizaron múltiples metodologías de trabajo, respetando los tiempos de la memoria de los participantes y del “ir y venir” de sus recuerdos entre el secuestro y el retorno. También se respetó el derecho que tienen las víctimas a guardar silencio y a dejar para sí mismos memorias íntimas. Ellos, a través de los días, dejaron claro que el recuerdo del secuestro no se olvida y tampoco las huellas que dejó en sus almas y cuerpos, pero que es posible *seguir viviendo* y reconstruir los proyectos de vida dejados en el tinero, en ocasiones durante años.

Además de situar sus memorias en una dimensión temporal, relacional o espacial, los encuentros de memoria tuvieron momentos específicos dedicados a conversar con los participantes sobre su vida antes del ingreso a la fuerza pública, sus momentos de servicio antes del secuestro, el momento del secuestro en sí mismo, el desenlace y sus expectativas actuales con respecto al proceso de paz y acerca del papel de las víctimas en el posconflicto.

Resumen

El texto está ordenado de acuerdo a los momentos hito abordados en los encuentros de memoria. Durante estos, los asistentes hicieron énfasis en cuatro grandes aspectos: I) lo que implicó quedar secuestrado por el enemigo y los primeros días de cautiverio; II) aquello que llamaron *el tiempo en pausa del secuestro*, donde describieron las condiciones de vida que tuvieron durante su cautiverio y los riesgos de la selva; III) la narración de la cotidianidad en cautiverio donde se teje un entramado de daños y mecanismos de afrontamiento que describen la experiencia del secuestro y IV) el desenlace, donde ahondaron en sus vidas después del hecho victimizante. Cada aspecto corresponde a una de las cuatro partes del texto, las cuales se narran desde las distintas experiencias. Es por esto que decidimos exponer los relatos casi intactos en el cuerpo del texto con el objetivo de dejar que el lector recorra la memoria libremente y vislumbre las singularidades del hecho.

En la primera parte, se identifican los tres hechos que desencadenaron sus secuestros: combates, tomas de la guerrilla a un municipio o instalación militar y ataques a población civil y retenes ilegales o ‘pesca milagrosa’. Para los militares y policías **quedar secuestrado por el enemigo** implicó una marea de emociones donde predominó muchas veces el miedo y la incertidumbre. Con frecuencia manifestaron que nunca pensaron que fueran a ser víctimas de

secuestro, por el contrario, estuvieron esperando que la guerrilla los matara en cada paso que tomaban después de quedar en su poder. Es así como la gran mayoría expresó que la sensación más recurrente durante su tiempo en cautiverio fue la zozobra. Después de la narración del hecho que devino en su cautiverio, hicieron hincapié en esos primeros días en los que la guerrilla desplegó una serie de tácticas para ejercer poder sobre los rehenes intentando arrebatárles su identidad militar y policial, y sometiénolos a tratos degradantes que pretendían deshumanizarlos. En sus palabras, los primeros días fueron un ejercicio constatable para *adaptarse a la oscuridad*.

La segunda parte de las memorias de las víctimas fue **el tiempo en pausa del secuestro**. Acá los participantes relataron su experiencia en torno a las condiciones del cautiverio haciendo referencia a dos formas de vivir el secuestro. Por un lado, hablaron del estado físico de los campamentos donde estuvieron retenidos y, por otro lado, de las condiciones en las que hacían largas caminatas, de un campamento a otro. Tanto la reclusión como las largas y extenuantes travesías pusieron a las víctimas en una condición de vulnerabilidad específica ante las amenazas de la selva -animales salvajes o enfermedades tropicales- y ante la voluntad de sus captores y los riesgos innatos del conflicto armado -bombardeos o fuego cruzado-. Estos riesgos se acrecentaron por el hecho de que los militares y policías secuestrados, en el marco del cautiverio, eran tratados como de “segunda categoría”. A saber, ante

un bombardeo serían los últimos en poder buscar refugio y los primeros en morir; ante una enfermedad que ataca a todo el campamento, los últimos en ser atendidos; ante una escasez de comida o medicamentos, los primeros en pasar hambre y los últimos en recibir atención médica.

En la tercera parte se aborda lo que nombramos como **la cotidianidad, donde se entretejen los daños y las resiliencias**. En el narrar de esta cotidianidad se configuran tanto los daños como las formas en que las víctimas los afrontaron y resistieron, también se evidencia el control minucioso de la guerrilla sobre sus rehenes y las múltiples maneras en que estos afirmaban y ejercían su autonomía mediante todas las formas posibles. Una particularidad del secuestro fue de longevidad, ya que la victimización no fue una, sino varias a través de días, meses o años de cautiverio; tal vez es por esto que las memorias de los daños e impactos vienen siempre amarradas a las formas de afrontarlos y sobrevivir. A pesar de ser sometidos a castigos atroces o tratos inhumanos, las víctimas recordaron durante todos los encuentros las formas en que mantuvieron su humanidad y capacidad de agencia -así estuviera restringida-, en el marco del cautiverio.

En cuanto a los daños e impactos del secuestro, los policías y militares hablaron de los daños emocionales y psicológicos que se derivaron de esta experiencia, como el miedo, la desesperación y la tristeza

abrumadora; de impactos a su sistema familiar, ya que durante el cautiverio sufireron, en sus propias palabras, “más que nosotros mismos”; y a sus proyecto de vida, ya que tuvieron que poner en pausa planes, sueños y experiencias vitales, como la crianza de sus hijos. Pero, sobre todo, hicieron énfasis en los daños morales, pues en ocasiones afirmaron que lo más difícil o humillante no era necesariamente la confrontación con el enemigo, ni el choque con el otro, sino las acciones cotidianas a través de las cuales la guerrilla pretendía ejercer sobre ellos tratos humillantes o deshumanizantes -como el acceso arbitrario al chonto⁴, al río para bañarse, la supervisión y censura de las pruebas de supervivencia, los encierros desmedidos, entre otros-. El secuestro, como una victimización que se caracteriza por el control sostenido sobre la libertad y la vida del otro, tiene la intención de reducir a las víctimas a un estado de *soledad sin privacidad*⁵.

En relación con las formas de resistir, los militares y policías hablaron de los hábitos de escritura que desarrollaron en cautiverio, de los cientos de cuadernos que llenaron en la selva escribiendo todo lo que ocurría o anotando cualquier idea. También recordaron los objetos preciados que crearon a partir de madera e hilos, los juegos que se inventaron para escapar de la realidad y distraer la mente, los grupos de oración y, cuando no tenían otra herramienta para resistir el daño, del humor

4 Los chontos son zanjas cavadas en el suelo de la selva, por la guerrilla, para ser usadas como letrinas.

5 Véase: *Semana*, junio 5 de 2016 “El discurso de Ingrid que conmovió a todo un auditorio”. El énfasis es mío.

como una manera de mantener su humanidad, su solidaridad con el otro y afrontar su situación. Asimismo, compartieron los múltiples y complejos planes de fuga que elaboraron durante los meses o años que estuvieron en cautiverio, como una manera de mantener la esperanza de ser libres, como un grito de rebeldía ante la guerrilla que los mantenía secuestrados.

En los últimos encuentros de memoria, las víctimas compartieron sus experiencia en torno **al retorno a la vida en libertad**. Acá narraron tanto los eventos de liberación y el recibimiento de la fuerza pública y sus familiares como los retos, esperanzas y frustraciones de la vida actual en libertad. Por medio de estos relatos nos hicieron entender que la vida no se acaba ni con el secuestro, ni con la liberación, sino que al día de hoy, décadas después de recobrar su libertad, continúan *reconstruyendo* sus proyectos de vida, con sueños que realizar y muchas historias que contar que trascienden su tiempo en cautiverio. En este capítulo se recapitula la categorización de daños y mecanismos de afrontamiento haciendo énfasis en los impactos del secuestro que sugieron en el retorno a la libertad, y de las maneras en que las víctimas pudieron resistirse a estos.

Este esfuerzo de reconstrucción de memoria se hace porque las historias de los militares y policías merecen ser escuchadas y tratadas con respeto y dignidad. Estamos convencidos de que la no repetición pasa por escuchar las múltiples dimensiones del conflicto armado, que nos hacen comprender y esclarecer los

daños e impactos desde todas las orillas. Este es solo un ejercicio más de este largo camino donde falta mucho más por traer a la luz.

Contexto histórico-político del secuestro de militares y policías por las guerrillas: el secuestro como estrategia de canje

Comprender las historias de secuestro de los militares y policías exige realizar un breve repaso por el contexto histórico del conflicto armado en Colombia durante las décadas de los ochenta y noventa. Nos limitaremos a describir el marco en el cual se desarrollaron los secuestros masivos más “emblemáticos” para ubicar al lector en el lugar que ocupaban los integrantes de la fuerza pública que estaban en diferentes lugares del territorio nacional y que, en algunos casos, terminaron privados de su libertad durante días, años o décadas.

El secuestro masivo de integrantes de la fuerza pública por parte de las guerrillas no fue un fenómeno que comenzó en los años ochenta. De acuerdo con los datos del Observatorio de Memoria y Conflicto, entre 1976 y 2017 las guerrillas de las FARC-EP y el ELN secuestraron a 1.214 militares y policías; sin embargo, el pico más álgido fue en la segunda parte de la década del noventa.

En abril de 1993 se llevó a cabo la VIII Conferencia de las FARC-EP, a través de esta las FARC buscaron la

financiación de su Plan Estratégico por medio del incremento de las retenciones, o secuestros, y del cobro de un “impuesto a la paz” a las grandes industrias y a empresas transnacionales. Adicionalmente, este plan proyectó estrategias militares más ambiciosas, como el control de ciertos territorios en el sur del país⁶. Con esto las FARC-EP pretendieron demostrar el poder político que estaban construyendo y “emerger como un Estado en formación al que se le debía conceder el estatus de beligerancia” (CNMH, 2014a, página 182).

En ese periodo, esta guerrilla llevo a cabo tres tipos de retenciones, conforme al Plan Estratégico de aumento de financiación y poder político: la retención económica a ganaderos, hacendados, comerciantes entre otros; la retención de miembros de la fuerza pública capturados en los combates, emboscadas y tomas de poblaciones o ataques a población civil, y la retención política a concejales, alcaldes, diputados, senadores, entre otros⁷. Estos tipos de secuestro se catalogan como extorsivos porque se utilizaron para

6 Un ejemplo de lo anterior es una orden dirigida al Bloque Sur, a quien se le instó a “ejercer un dominio territorial sobre los departamentos del Putumayo y Caquetá, dejándolos aislados del resto del país” (CNMH, 2014a, página 182).

7 Una nota en cuanto a los términos: el Convenio III de Ginebra categoriza los integrantes de las fuerzas armadas y militares retenidas en razón del conflicto armado y cuando este ocurre “entre sus fuerzas armadas y fuerzas armadas disidentes o grupos armados organizados”, es decir, no en el marco de conflictos internacionales sino de “personas privadas de libertad por motivos relacionados al conflicto armado”. El Derecho Internacional Humanitario no sanciona esta práctica en todos los casos, se considera una violación al DIH cuando se incumplen una serie de condiciones mínimas que debe tener la persona privada de su libertad, durante su cautiverio. Las FARC-EP, por su parte, utiliza el término “prisioneros de guerra” (término que el Convenio que rige el Derecho Internacional Humanitario no utiliza en conflictos internos). En este texto se hará referencia al término utilizado de manera amplia por las víctimas y que, de acuerdo a ellas, representa su experiencia, así este término no represente la legislación internacional: secuestro.

exigir algo de vuelta, en el caso de los secuestros extorsivos-económicos la demanda era monetaria, y en los casos de secuestro extorsivos-políticos a militares, policías o políticos, las demandas podían ser: presionar un diálogo de paz, desmilitarizar un territorio, propiciar un acuerdo humanitario, entre otras.

En lo que respecta a la figura de Acuerdo Humanitario, para los comandantes de las FARC-EP era prioritario buscar estrategias para lograr la libertad de los guerrilleros que estaban presos en las cárceles del país. En la guerrilla la figura del canje surge del estudio de los referentes internacionales y nacionales. Antes, retenían en combate a los miembros de la fuerza pública para luego liberarlos por intermedio del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), de la iglesia y del gobierno. Después, y ante el incremento de su capacidad militar, modificaron su estrategia: la meta a finales de los años noventa era la captura en combate de miembros de la fuerza pública para buscar la realización de un intercambio humanitario. Esto tuvo como consecuencia un aumento vertiginoso de las cifras de secuestros en general, a la vez que, en específico, llevó al despliegue de una estrategia concreta de retención de integrantes de la fuerza pública en lugares donde la guerrilla contaba con un mayor control territorial.

Tres años después, en 1996, las FARC-EP atacaron la base militar de Las Delicias en Puerto Leguízamo (Putumayo), acción que tuvo como consecuencia el

secuestro de 80 militares entre los que se cuentan soldados del Ejército e infantes de marina. Esto les brindó, entre otras cosas, la posibilidad de plantearle al gobierno de turno un intercambio entre los rehenes e integrantes de la guerrilla detenidos en cárceles. Si bien el gobierno de Ernesto Samper se negó a realizar el canje, en 1997 -menos de un año después- autorizó la desmilitarización de 13,661 km² del municipio de Cartagena del Chairá (Caquetá), para que las FARC-EP hicieran la entrega de 70 de los secuestrados ante la Comisión de Reconciliación Nacional, la CICR y observadores internacionales (Pizarro, 2017). En ese mismo año, las FARC-EP atacaron la base militar de Patascoy, en zona rural de Pasto (Nariño), donde secuestraron a 24 militares. El siguiente año, en marzo de 1998, se llevan a 35 militares secuestrados después de un combate con la Brigada móvil 3 del Ejército nacional en El Billar (Caquetá).

Tabla 1. Cronología de secuestros masivos político-extorsivos a integrantes de la fuerza pública perpetrados por las guerrillas de las FARC-EP durante la presidencia de Ernesto Samper.

Fecha	Evento
Agosto 31 de 1996	Las FARC-EP atacaron instalación de las Fuerzas Armadas de Las Delicias en Puerto Leguizamo (Putumayo) y secuestraron a 80 militares.
Diciembre 20 de 1997	Las FARC-EP atacaron las instalaciones de las Fuerzas Armadas de Cerro Patascoy en Pasto (Nariño) y secuestraron a 24 militares.

Fecha	Evento
Marzo 3 de 1998	Las FARC-EP atacaron la Brigada Móvil 3 del Ejército nacional en El Billar en Cartagena del Chairá (Caquetá) y secuestraron a 35 militares.

Tabla 2. Conología de la liberación de secuestrados integrantes de la fuerza pública durante la presidencia de Ernesto Samper.

Fecha	Evento
Junio 15 de 1997	Las FARC-EP liberaron a 70 secuestrados en el ataque a la base militar de Las Delicias, a cambio de la desmilitarización de 13,661 km ² del municipio de Cartagena del Chairá (Caquetá).

A finales de 1998, puntualmente en el inicio del periodo presidencial de Andrés Pastrana, comenzó un ciclo de negociaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla de las FARC-EP, que tuvo como condición inicial la conformación de una zona de distensión de más o menos 42,000 km² en el suroriente del país, lugar que estuvo exento de la confrontación armada. Tan solo unos meses después del inicio de estos diálogos, las FARC-EP atacaron la estación de Policía y la base militar del Ejército en La Uribe (Meta), donde secuestraron a 7 militares; se tomaron el municipio de Mitú (Vaupés) y secuestraron a 62 policías; y ejecutaron el secuestro masivo más grande en la historia del conflicto armado colombiano: el ataque a la estación de Policía y

toma del municipio de Miraflores (Guaviare) y el secuestro de 132 policías y militares. En 1999, las FARC-EP se tomaron el municipio de Puerto Rico (Meta), donde secuestraron 28 policías más.

En medio de las presiones de canje y los secuestros masivos, se propuso un proyecto de reforma política en que se otorgaba facultades extraordinarias al presidente de la República para realizar el canje, así como la autorización para suspender procesos judiciales y otorgar libertades condicionales a los guerrilleros que hicieran parte del intercambio. El texto fue aprobado por la plenaria de la Cámara y pasó a la Comisión Primera del Senado; sin embargo, para las FARC-EP, el Congreso de la República no mostró ningún interés en aprobar la Ley del Canje (*El Tiempo*, agosto 21 de 1998, “FARC solicita ley para canje de soldados y guerrilleros”).

Por su lado, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) también desarrollaba una estrategia de fortalecimiento entre 1990 y 1995, que se hizo más visible por la desmovilización del M-19 y otras estructuras guerrilleras como el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL). El primer secuestro del ELN se registró en 1970 y “su dinámica continuó con un promedio anual de 3 secuestros, número significativamente menor si se compara con sus actos a partir de 1990” (CNMH, 2013, página 33). En 1998 el ELN atacó el corregimiento de Las Mercedes, en el municipio de Sardinata (Norte de Santander),

y secuestró a 22 policías y militares, y en 1999 atacó corregimiento de Campo Dos en el municipio de Tibú (Norte de Santander), secuestrando a 21 policías y militares más.

Tabla 3. Cronología de secuestros masivos político-extorsivos a integrantes de la fuerza pública durante la presidencia de Andrés Pastrana.

Fecha	Evento
Noviembre 1 de 1998	Las FARC-EP se tomaron el municipio de Mitú (Vaupés) y secuestraron a 62 policías.
Agosto 4 de 1998	Las FARC-EP atacaron la estación de Policía y una base del Ejército en La Uribe (Meta) y secuestraron a 7 militares.
Agosto 5 de 1998	Las FARC-EP atacaron la estación de Policía y se tomaron el municipio Miraflores (Guaviare) y secuestraron a 132 miembros de la fuerza pública.
Septiembre 11 de 1998	El ELN atacó el corregimiento de Las Mercedes, en el municipio de Sardinata (Norte de Santander) y secuestraron a 22 integrantes de la fuerza pública.
Abril 24 de 1999	El ELN atacó el corregimiento de Campo Dos, en el municipio de Tibú (Norte de Santander) y secuestraron a 21 integrantes de la fuerza pública.
Julio 10 de 1999	Las FARC-EP se tomaron el municipio de Puerto Rico (Meta) y secuestraron a 28 policías.

Tabla 4. Cronología de liberaciones de secuestrados integrantes de la fuerza pública durante la presidencia de Andrés Pastrana.

Fecha	Evento
Diciembre 23 de 2000	El ELN liberó a 42 integrantes de la fuerza pública secuestrados, en gesto de buena voluntad, para agilizar apertura de negociaciones de paz.
Junio 2 de 2001	Las FARC-EP liberaron a 42 soldados y policías secuestrados a cambio de la excarcelación de 15 guerrilleros (canje/intercambio humanitario). El pacto incluyó la liberación de 242 soldados y policías en los siguientes días, dejando aún 40 secuestrados, integrantes de la fuerza pública, en su poder.

Es importante señalar que, mientras esto sucedía, la sociedad civil no actuó pasivamente frente a la ocurrencia del secuestro. En la etapa de *escalamiento* en el uso de este repertorio de violencia, entre 1990 y 1995, comenzaron a convocarse manifestaciones bajo el liderazgo de organizaciones como País Libre, quienes promovieron numerosas manifestaciones a lo largo y ancho del país entre 1995 y 1996, exigiendo la liberación de los secuestrados y expresando el repudio de la sociedad civil ante este delito (*El Tiempo*, febrero 4 de 2008, “Marcha contra las Farc, mayor movilización en la historia del país”).

En paralelo al proceso de consolidación militar de las guerrillas, en el periodo transcurrido entre 1996 y

1998 las Fuerzas Militares enfrentaron una crisis representada, en parte, por “fusilería envejecida, dotación deficiente de helicópteros [y] deficiencia en las instalaciones” (Borrero, 2006, página 131)⁸. El Ejército nacional, por su parte, realizaba cambios en la forma en que realizaba su despliegue territorial, creando, por ejemplo, brigadas móviles de los batallones contraguerrilla, que evitaban tener una sede fija para poder ser desplegados donde fuera necesario (Borrero, 2006). Sin embargo, para el inicio de la fase de masificación del secuestro en 1996, la fuerza pública se enfrentaba con una guerrilla de la FARC-EP cuyo plan estratégico incluía un fortalecimiento del pie de fuerza, de armamento y de la capacidad de cooptar y controlar secciones importantes del territorio nacional.

El objetivo de este apartado es realizar unas primeras pinceladas de lo que fue el escenario en que se desarrollaron los secuestros de las personas cuyas historias están reflejadas en el texto a continuación, para ubicar al lector en el momento histórico en que se encontraban los dieciséis policías y militares que compartieron sus memorias⁹. Esperamos que a través de

8 Las mejoras tácticas y en equipamiento de la fuerza pública comienzan a evidenciarse durante el gobierno de Pastrana, en el que se firma y ejecuta la primera parte del Plan Colombia, en el 2000, y se le da un mayor peso al gasto de seguridad y defensa en el porcentaje de gasto del PIB desde el 1998. Se vieron cambios, entre otros, relacionados al pie de fuerza de la fuerza pública: aumentó de 232.000 personas en 1998 a 307.000 en el 2002; y en lo que respecta al porcentaje del PIB utilizado para seguridad y defensa que aumenta del 3,7% en 1998 al 8,5% en el 2002 (Arteta y González, 2014).

9 Para profundizar, se puede consultar más sobre: el contexto del conflicto armado durante estas décadas; el surgimiento de la práctica del secuestro, su escalamiento, masificación y eventual declive; las razones que llevaron a las guerrillas

la lectura, se vayan desanudando hitos históricos claves para comprender cómo se vivió el secuestro, todo a través de las memorias y la voz de algunos de sus protagonistas.

a implementar este repertorio de violencia y los costos que tuvo esta decisión tanto en su operar interno como en la manera en que la sociedad colombiana los percibía; los impactos que la práctica masiva del secuestro tuvo en el conflicto armado, en su desarrollo histórico, e incluso en los procesos de paz que se llevaron a cabo después de los Diálogos del Caguán, entre otros.

PARTE I

QUEDAR SECUESTRADO POR EL ENEMIGO

Capítulo 1

Reconocer que se cae secuestrado ante el enemigo: entre el caos y la incertidumbre

Los policías y militares que fueron víctimas de secuestro inician su narración sobre el cautiverio en los hechos que lo desencadenaron, lo que vivieron durante estos eventos habla sobre los impactos iniciales de quedar en manos del enemigo. En el caso de quienes estaban participando en el ejercicio de memoria, estos hechos que llevaron al secuestro fueron: un combate, una toma¹⁰, un combate¹¹, un ata-

10 Se entiende “la toma guerrillera (...) como una incursión a una cabecera municipal o a un centro poblado en la que se ejerce un control territorial (...) y que combina la mayoría de las siguientes variables: confrontación más o menos sostenida con la fuerza pública con el propósito de doblegarla o exhortarla a su rendición (en los casos en los que había presencia de fuerza pública); convocatoria pública a la población civil; el ejercicio de la justicia guerrillera; destrucción parcial o total del equipamiento municipal (cuartel de policía, dependencias gubernamentales y administrativa del Estado -alcaldías, gobernaciones, registradurías-, entidades financieras públicas y privadas, instituciones educativas, iglesias, plazas, etc.); apropiación de bienes; y diferentes grados de victimización provocados de manera premeditada o colateral” (CNMH, 2016, páginas 47-48).

11 Cabe aclarar que todas las tomas se ejecutan a través de combates, pero no todos los combates tienen como propósito consolidar una toma de municipio poblado o una base militar o de policía.

que a población civil o municipio¹², o un retén ilegal o ‘pesca milagrosa’¹³.

En el siguiente capítulo se hará un recorrido por los testimonios de policías y militares víctimas de secuestro, específicamente sobre los eventos iniciales. Se recurre a la memoria para ilustrar la singularidad de cada vivencia pero también para mostrar los elementos comunes que implica la experiencia de ser secuestrado como integrante de la fuerza pública, por las guerrillas de las FARC-EP y el ELN.

Entre 1976 y 2017, las FARC-EP y el ELN secuestraron a 1.214 militares y policías en el marco del conflicto armado (cifra tomada del Observatorio de Memoria y Conflicto, 2018). Las tomas y ataques a población civil y municipios más masivos, y a la vez los que más resonaron en medios de comunicación, fueron por parte de las FARC-EP: el ataque a la instalación de las Fuerzas Armadas de Las Delicias en Puerto Leguízamo (Putumayo) en 1996, donde secuestraron a 80 militares, y el ataque a la base militar de Patascoy (Nariño) en 1997, que desencadenó en el secuestro de 70 militares; las tomas a los municipios de Mitú (Vaupés) en 1998, que tuvo un saldo de 62 policías secuestrados, Miraflores (Guaviare) en 1998, donde secuestraron 132

12 Se entiende el ataque a población civil o municipio como una “incursión en un poblado como una operación militar caracterizada por la penetración transitoria de un grupo armado en una cabecera municipal o un centro poblado” (CNMH, 2016, página 48).

13 “Los secuestros realizados en las carreteras, en los que la guerrilla para-ba los automotores particulares para luego llevarse a sus ocupantes” (CNMH, 2014a, página 201).

policías y militares, Puerto Rico (Meta) en 1999, donde secuestraron a 28 policías, y el secuestro de 35 militares a raíz del combate con la Brigada 3 del Ejército nacional en El Billar (Caquetá) en 1998. Por parte del ELN, fueron difundidos los ataques al corregimiento de Las Mercedes, en el municipio de Sardinata (Norte de Santander) en 1998, donde secuestraron 22 integrantes de la fuerza pública (*El Mundo*, diciembre 24 de 2000, "El ELN libera a 42 rehenes para impulsar las negociaciones de paz"), y el ataque al corregimiento de Campo Dos, en el municipio de Tibú (Norte de Santander) en 1999, en el que secuestraron a 21 (*El Tiempo*, noviembre 15 de 2004 "Campo Dos presenta manual de convivencia").

Quienes fueron secuestrados después de una toma, de un ataque a población civil o municipio, o de un combate, coinciden en el impacto y humillación de verse derrotados y a merced de sus enemigos. Mientras el combate se narra desde la adrenalina que invade al cuerpo y el caos -que hace difícil un recuento fluido y cronológico de los hechos-, la derrota se cuenta desde el miedo profundo por perder la vida, la integridad física y, sobre todo, desde la incertidumbre por el futuro.

1.1. Quedar secuestrado después de un combate

Antonio, un suboficial secuestrado por el ELN después de un combate en Morales, sur de Bolívar, en 1998, recuerda los eventos que desencadenaron su secuestro:

Yo me encontraba solo, estaba con 10 soldados, la orden de esa noche fue salir y emboscar [a la guerrilla] (...). Comenzaron los soldados a decir "mi cabo tengo miedo". Antes de eso yo les había dicho "abran el ojo, muchachos pilas"; y uno de ellos me dijo, "mi cabo relájese, yo hasta no ver no creer, esto está controlado", le dije al muchacho "ojalá". Yo saltaba de lado a lado mirando cómo estaban los soldados y todos "tengo miedo". [Era] una noche fría, oscura, tensionante: "tengo miedo" [repetían los soldados]. Iban a ser las 2 de la mañana.

Me metí por las calles del pueblo (...) y de repente caminamos unos 10 o 12 pasos cuando empezaron a sonar y a verse lucecitas rojas que pasaban, eran balas trazadoras que permiten ver la trayectoria del disparo, entonces empezamos "miércoles ¡plo-mo!" y me tiro con un soldado hacia una esquina (...) y eso empezó a sonar ¡taca, taca taca taca! por todas las calles del pueblo. Les dije a los soldados, "los [otros] soldados están solos, tenemos que llegarles para que vean porque aquí no nos podemos quedar", y entonces les digo "nos vamos a mover en zigzag, el puntero va a llevar el fusil y los de atrás lo siguen, sigues tú, sigo yo", y uno de ellos me dice, "mi cabo tengo miedo, nos van a matar, entreguémonos". Yo en ese desespero dije "bueno arranco yo" y me tocó a mí, y los soldados atrás y dije, "el que se quiera quedar aquí que se quede, pero yo tengo una guardia a la cual le tengo que responder" y arranqué. Pues no se quedó ninguno (...)

Cada vez [la guerrilla] más cerca y nosotros solo teníamos los fusiles para defendernos, nos caían granadas de todo tipo, y nosotros no teníamos sino tiros. El soldado de la ametralladora no tenía sino un árbol muy delgado que era lo único para protegerse, le dije "hermano, dispara y se mueve, dispara y se mueve, no se puede quedar en un solo sitio porque lo coje un fogonazo" y el soldado no me hizo caso, tenía miedo y el primer mal herido fue ese soldado porque no me hizo caso. Precisamente él fue el que me dijo que hasta no ver no creer. Otro estaba herido en el talón, pero seguía en movimiento. Al soldado de la ametralladora lo arrastré de los pies, cuando me sintió y le quité la ametralladora tenía aproximadamente unos 80 cartuchos, y el soldado me sintió y me dijo "¡mi cabo no me deje morir!", eso es duro en un combate que un soldado le diga no me deje morir.

¿Por dónde se siente la pólvora? Por las narices porque el primer disparo marca todo, te coge e inmediatamente se te espesa la sangre y empieza a fluir por todas tus venas y cuando sientes ese olor a pólvora, sientes como esa verraquera de seguir peleando. Yo tenía afortunadamente esa experiencia y bueno, arrastré al soldado ahí detrás del montículo como con tres soldados heridos, eché creo que unos tres fusiles en unos tanques de agua y le dije al soldado: "si algo me llega a pasar, en esos tanques hay tres fusiles". Sigo arrastrándome y cae una bomba ¡bummm! y me levanta. Antes

de eso, cogí la ametralladora y lleno de rabia en la sangre empecé tatatataata a disparar hacia donde yo veía los fogonazos que venían hacia mí, vacié la ametralladora (...). Pierdo la ametralladora, pierdo dos proveedores, pierdo el radio, solo me quedé con el fusil, mis oídos retumbaban y un pito como piiiiiii constante en los oídos; me duelen fuertemente los oídos, me arrastro hacia un matorral tratando de buscar algo que me cubra y llego hasta donde están dos soldados, a los otros [soldados] no los veía por ningún lado. Entonces les digo "bueno entre los tres nos vamos a defender hasta donde alcancemos, disparamos y nos movemos, disparamos y nos movemos, todos en la jugada" y les dije "arranque, joiga que arranque!" no este man ya tenía la cabeza destapada, eso fue de inmediato que lo mataron, nada que hacer. Entonces quedé con el otro y le dije vamos hacia ese matorral y empezamos a arrastrarnos sin disparar cuando [cayó] la otra granada, esa si me dio, yo pierdo el sentido. Cuando me despierto ya me están dando patadas, puños, estoy amarrado en el piso, antes que quedara en medio del fuego lo que hice fue sacar mi cedula, mis documentos, me quite mis presillas de grado y excavé un hueco en la tierra y lo enterré para que no reconocieran mi rango, entonces cuando vuelvo en sí, lo único que se me viene a la cabeza es: "me cogieron, ¡No! ¡Esos manes me matan!". El plomo seguía, se escuchaba eso fuertísimo, lo único que dije fue Dios mío, en tus manos entrego mi esposa y mis hijos

y clavé mi cara en tierra. En medio del fuego me sacan y alcanzo a ver a todos los guerrilleros con linternas, con equipos, me sacan en medio del fuego, alcanzo a ver que en las calles del pueblo la gente sale, a esas horas de la madrugada, eran como las 5 de la mañana pasadas ya, veo que la gente sale a la puerta, pone una silla, como ver un espectáculo, estaban tomando tinto.

[Otros] dos soldados se escondieron en una casa y ahí mismo los amarraron. Yo fui el primero [al] que cogieron. [En total] fueron cuatro soldados [los que cogieron], en ese momento solo los dos que estaban en la casa, después cuando ya estaba aclarando llegó otro, lo habían cogido, era de otra escuadra. Me dio sentimiento pensando en mi esposa, mis hijos, entonces en medio del fuego nos sacan hacia las afueras del pueblo y nos llevan hacia la orilla del río donde nos espera una lancha, nos suben en esa lancha y empezamos a pasar el río en esa lancha, nos llevan amarrados y...empieza (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

¿Cómo se siente el combate en el cuerpo?

La construcción mediática del conflicto armado puede hacer creer que los cuerpos que luchan no sufren, no duelen, no lloran: solo combaten. Sin embargo, la memoria permite volver a reconocer que esos militares y policías que se confrontan en el marco de este

escenario de conflicto son cuerpos humanos que lo sienten y viven en el cuerpo.

Antonio, suboficial del Ejército secuestrado por el ELN, relata de la manera más vívida posible cómo sintió el combate en su cuerpo: qué emociones, sensaciones y efectos le produjo. Así como él, otros narran el momento del combate en tiempo presente y con un énfasis importante en las percepciones sensoriales del cuerpo, obligando a su audiencia a hacer el puente entre el ser humano que narra y el cuerpo que combate.

Jonathan, suboficial del Ejército secuestrado por las FARC-EP en el 2013, agrega una dimensión adicional, cómo se siente la precariedad del combate en el cuerpo. Al respecto narra:

Yo [en medio del combate] tenía mucha sed como esperando que lloviera aunque sea para una gotica de algo y no solo balas, cuando ya eran como las 3:30, yo escuchaba como shic shic. Entonces yo me iba a subir y escuché otro rafagazo y estaba así escondido cuando en eso me impactó una bala aquí en la parte de arriba en la misma pierna, y yo ¡No! ahí sí peor, más sequedad, no llovía, además porque siempre llueve en un combate (Jonathan, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

Estos relatos resaltan cómo en el momento de la confrontación armada se siente la adrenalina, el coraje

y “se espesa la sangre”, pero también el hambre, la sed y el cansancio. Estas anécdotas heroicas del conflicto armado las vivieron seres humanos de carne y hueso, tan vulnerables como cualquier otro al impacto de una bala.

1.2. El secuestro por defender un municipio

José Libardo, policía secuestrado por la guerrilla de las FARC-EP, recuerda los momentos de la toma de Puerto Rico, Meta:

La historia de [la toma de] Puerto Rico (...) fue trascendental (...): 36 unidades, 1 teniente, el cabo primero (yo) y unos subintendentes compañeros de trabajo. La guerrilla tiene un método de tomarse las unidades cuando ya están casi que copadas: es el método de la L. Ellos hicieron una L para entrar gente con pistolas y granadas; [a quienes] les llaman los pistoleros y granaderos. Para nosotros eso es un suicidio, o sea se lanzan y se van con pistola y granada en mano para ultimar o simplemente para diezmar al que esté ahí. Entonces ellos entraron con ese sistema y tres compañeros se volaron, y a 29 de nosotros fueron los que nos tomaron.

La guerrilla [FARC-EP] se mete a la estación y ya había cuatro compañeros nuestros graves, empiezan a coparnos, nosotros ya no teníamos municiones. La guerrilla dijo “entréguense o los vamos a

incinerar vivos"; ellos llevaban una motobomba y la intención era con unas timbas de gasolina que llevaban prender la motobomba y rociar gasolina pa' quemarnos si no salíamos. Salgan o "los quemamos como cucarachas", decían. Bueno, ellos en su argot y su forma de hablar son vulgares y son agresivos, igual que pasa con muchas personas cuando están calientes.

En eso [los compañeros] dicen entreguémonos y el teniente responde, "no nos vamos a entregar, combatimos otro rato". Los compañeros, los subalternos, [refirieron que] yo era el segundo al mando ahí y me dijeron "mi cabo usted es mando también, ya no hay más que hacer acá, el teniente no se quiere entregar, (...) pero nosotros somos los que más hemos dado den este combate". Entonces uno de los [soldados] más antiguos me dijo, "usted tome la decisión, aquí no hay más que hacer, o nos hacemos matar, o nos matan a todos o miremos a ver y demos una oportunidad de vida". Esa oportunidad de vida era precisamente tomar la decisión a lo que nosotros, los cuadros de mando, le tememos en momentos de estar siendo hostigados o alguna cosa: el delito de cobardía. Es un delito grave para nosotros, cobardía o abandono de puesto, delitos que son castigables penalmente y militarmente.

Entonces, yo viendo que ya no había nada [que hacer] y que definitivamente no nos llegaba apoyo y ya amanecía, [pues] la toma empezó el sábado a

las 5 de la mañana y terminó como el lunes como a las 3:30 de la mañana, dije "entreguémonos". Me acuerdo que [la guerrilla] dijo: "salen en camiseta y solo botas y pantalón", entonces yo cumplí con la consigna que ellos dijeron, empezamos a botar los fusiles ahí y al teniente le tocó decir "entreguémonos, a ver qué pasa".

Empezamos a salir y pasan unas cosas que son anecdóticas: nosotros salimos y [sobrevoló] el avión que nosotros llamamos fantasma (...) y como ya nos [habían dado] por muertos (...) entonces empezaron a bombardear y a disparar a la estación. En una de esas (...) [unas] balas trazadoras, que son las que llevan una demarcación de fuego, pasaron sobre nosotros, casi nos matan ese día. Y, cuando estábamos saliendo de la estación, un bombardero empezó a lanzar bombas y a nosotros nos tocó incluso meternos en trincheras. La guerrilla tiene un método para cuando se van a tomar una unidad que es que hacen unas caletas o trincheras para ellos poderse meter y poder pelear más cerca. El caso fue que en una [movida vimos] la tanqueta [de la guerrilla que] iba metiéndose, se vinieron como 6 guerrilleros detrás de la tanqueta y pues nosotros teníamos mucho más espacio, y ahí se murieron varios guerrilleros; uno de ellos quedó herido, quedó como a 10 metros de la trinchera (...)

Algo paradójico de la toma fue que mi hija cumplía años el 10 de julio, entonces yo el día anterior

la había llamado (...) [y] le había dicho que la llamaba el sábado en la mañana, o sea el 10, y pasó que empezó la toma, mi hija cumplió creo que 4 o 5 años, y nunca la pude llamar. La mamá se indispuso y la hija se indispuso y toda esa vaina y entonces que "mal padre". Cuando se enteraron de la toma de Puerto Rico, Meta, a nosotros nos daban por muertos.

El cuerpo humano dependiendo de los efectos que van sucediendo con algunos eventos va tomando ciertas características: ejemplo, si usted está asustado se pone frío y se pone a temblar, pero si usted está en una pelea se pone caliente y su sangre es caliente y todo es caliente, y nosotros, claro, empezamos a bajar de ese estado y los guerrilleros también, porque al principio, cuando ellos llegaron a la estación, llegaron groseros, y siempre lo tratan a uno de "paramilitar, paramilitares doble hijuetantas salgan", (...) le dicen a uno generalizado "¡chulos!".

A nosotros nos saca el comandante [de la guerrilla] que estaba ahí, que empezó a preguntar por cuadros [de mando] y nadie quería decir. Yo sí levanté la mano, "yo soy el cabo", y uno piensa que los cuadros de mando son a los primeros que van a matar. Nos sacan por la iglesia, toman un listado, 29 uniformados. El municipio de Puerto Rico tenía más o menos unos 3.000 habitantes y es un municipio que no es tan pequeño pero con sus calles destapadas, alejado de la civilización.

Nos amarraron; cogen un lazo y nos amarran de las manos. Lo que hace el comandante [guerrillero] inicialmente [fue decir] "deben tener sed" y efectivamente nosotros ya llevábamos tres días sin probar ningún alimento ni nada.

En los combates la gente toma muchas cosas para hacerse, por ejemplo uno llenó un tarro de miao y vivía tomando, otro comió pólvora, cosas que hace uno para no perder el ánimo y el miedo, y para tomar decisiones como lo que dice mi sargento mayor, "si hay que meterse un tiro pues me lo meto".

El caso es que a nosotros nos empiezan a sacar y cuando nosotros vamos saliendo vamos pisando un poco de cuerpos, nadie se queja, nadie dice nada de los cuerpos, luego nos enteramos de que eran puros guerrilleros muertos, pero cantidad de guerrilleros, muchos guerrilleros y empiezan a botarlos por el río Ariari que va hacia abajo y vemos la tanqueta, vemos el monstruo ese, esa tanqueta la botaron al río para que no quedara ningún antecedente. A nosotros nos empiezan a sacar río abajo del río Ariari y amarrados de las manos atrás (...), el teniente aprovecha un paso, y que era de noche todavía [para] fugarse, escapar en ese desplazamiento.

Los operativos eran constantes, sobre todo aéreos porque no había llegado terrestre, cuando pasamos el río Ariari, que era muy grande y ancho, llegamos a un sitio que se llama barranco colorado.

Yo nunca en mi vida había visto tanta guerrilla (...) [como] en ese sitio, porque eso nos tenían cortina a lado y lado de puros guerrilleros, ahí nos toman los nombres nuevamente y ya nos empiezan a meter y van pasando cosas por lo menos para nosotros no olvidarnos de lo que va pasando en el cautiverio, nosotros vamos dándole nombres a los campamentos por donde vamos pasando, y vamos empezando a conocer (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

El relato de Antonio, enunciado en el apartado anterior, invita a centrar la mirada en la experiencia de quien está en medio del caos del campo de batalla: cambiado de posiciones, intentando ir un paso más adelante que el enemigo y, finalmente, derrotado y en poder de la guerrilla. El énfasis está en el accionar del Ejército en el marco del combate y en la humillación y frustración de verse en manos del enemigo.

José Libardo, por su lado, narra desde el lugar de defender al municipio en el que se encuentra, para esto se toma el trabajo de describir las condiciones de combate de la guerrilla, su armamento y posicionamiento estratégico, y describe el accionar de las FARC-EP, cómo desplegaba maniobras para acorralar a la Policía y tomarse un municipio. Sus memorias hablan menos de derrota en medio del combate y revelan, más bien, una sensación de encierro en la que el enemigo se acerca más y más, hasta que no hay otra opción que entregarse.

A diferencia de Antonio, José Libardo no quedó inconsciente en combate para despertar en la materialización de su secuestro, él tuvo que tomar la decisión junto con sus compañeros de determinar en qué momento no se podía combatir más y enfrentar la derrota. Esto suscitó unos impactos emocionales que se develan mediante el relato y que se profundizarán en la siguiente sección.

“Darle una oportunidad a la vida”: el momento de la derrota

En cuanto a las implicaciones físicas, emocionales y psicológicas de combatir y, pese a esto, ser secuestrados, los integrantes de la fuerza pública expresan que la retención por parte del enemigo, en algunos casos, resulta ser un destino aún más difícil de aceptar que la derrota y la muerte en combate. Algunos, incluso, llegan a considerar el suicidio como una mejor opción que quedar secuestrados. Raúl, policía secuestrado por el ELN, narra su experiencia en el río Tibú:

Cuando ya íbamos a coronar la bajada para llegar al río Tibú [un guerrillero grita] “¡quieto gran no sé qué!, ¡hijo de no sé qué!... ¿pa’ donde van ustedes?”, y entonces le dije al sobrino mío, “no estos hp’s no me dejan vivo” y me puse el fusil acá [señalando la quijada] y lo martillé tres veces, y bueno gracias a mi Dios estaba pa’ seguir viviendo: no tenía

proyectiles ni tenía nada, y era el único proveedor, porque los proveedores uno los va acabando y los va botando. Entonces dijeron: "ahh, usted es el sargento", les dije "sí, y si vienen por mí suelten a los policías y llévenme a mí" (Raúl, Policía, secuestrado por el ELN).

Otros, como Juan Carlos, secuestrado en un retén ilegal del ELN, en vez de contemplar el suicidio al verse en poder del enemigo, pidió que lo mataran. Entre líneas se lee que el miedo de Juan Carlos iba más allá de perder su vida, tenía que ver con el sufrimiento que su familia podía vivir.

Había una camioneta de platón, me echan ahí con las manos amarradas acá atrás, me echan boca arriba ahí ya uno comienza a perder la noción del tiempo y ya vi que me amarraron, entonces comencé fue a insultarlos e incitarlos para que me mataran, decía "por lo menos si me matan pues ahí me dejan y la familia me encuentra". Me cogieron a patadas por este lado, y el miliciano precisamente se envalentona y hasta cierto punto había una ye y me ponen a caminar y llegó hasta la tarde (Juan Carlos, Ejército, secuestrado por el ELN).

Como José Libardo manifiesta a través de sus memorias, rendirse y no quitarse la vida al verse derrotado implica "darle una oportunidad a la vida", pero también exponerse a dos riesgos: por un lado, rendirse es

un delito que puede ser sancionado¹⁴, además de la carga simbólica que este representa para quienes lo cometen, por otro lado, la cobardía implica exponerse al asesinato y, peor aún, a la desaparición o pérdida de sus cuerpos en la selva, sin poder ser devueltos a sus seres queridos¹⁵.

En el marco de este dilema se empiezan a ver los modos en que se resisten al poder que sus enemigos quieren ejercer sobre ellos. La valentía y la desobediencia¹⁶ frontal de Raúl y la provocación de Juan

14 La Ley 522/1999 del Código Penal Militar tipifica en el título cuatro los delitos contra el honor, y específicamente en el artículo 136 y 137 las infracciones relacionadas con la cobardía "Artículo 136. Cobardía. El que en zonas o áreas donde se cumplan operaciones de combate o en presencia del enemigo o de delincuentes huya o de cualquier modo eluda su responsabilidad de tal manera que afecte al personal de la fuerza pública, incurrirá por ese solo hecho en prisión de dos (2) a cuatro (4) años. Si como consecuencia del hecho sobreviniere la derrota, la pena se aumentará hasta en la mitad. Artículo 137. Cobardía en el ejercicio del mando. Incurrirá en prisión de cinco (5) a veinte (20) años: 1. El comandante que se rindiere al enemigo, rebeldes o sediciosos o entregare por medio de capitulaciones la propia guarnición, unidad militar o policial, buque, convoy, nave, aeronave o lo abandonare sin agotar los medios de defensa que tuviere a su disposición. 2. El comandante que se rinda o adhiera al enemigo, rebeldes o sediciosos, por haber recibido órdenes de un superior ya capitulado, o que en cualquier capitulación comprometiére tropas, unidades, guarniciones militares o policiales, puestos fortificados, que no se hallaren bajo sus órdenes, o que estándolo no hubiesen quedado comprometidos en el hecho de armas y operación que originare la capitulación. 3. El comandante que por cobardía cediere ante el enemigo, rebeldes, sediciosos o delincuentes, sin agotar los medios de defensa de que dispusiere, o se rindiere, si esto determinare la pérdida de una acción bélica o una operación".

15 En este caso, hay una paradoja que vale explicitar: estar secuestrado puede ser seguir con vida y vivir. No es morir, sino suspender cierta forma de vida para ajustarse a otra que, aunque es impuesta, inhumana, degradante y en condiciones de indignidad permite un halo de esperanza de retorno y oportunidad, justamente. Así como en la frase del himno nacional de Colombia, "deber antes que vida", cuando ya no hay opciones para poder cumplir con el deber, —porque no se tiene munición, no hay condiciones para el combate, u otros— es otro tipo de vida el que emerge, el de la vida que aunque es tomada no implica la muerte física.

16 La categoría *desobediencia* se utiliza para describir "estrategias y mecanismos [de las víctimas] para resistir la regulación de la vida que ejercían los actores armados [ilegales]" (CNMH, 2013, página 374). Esto no quiere sugerir que las víctimas le debían obediencia, sino que se rebelan ante el control que les intentan imponer.

Carlos son ejemplos de cómo respondieron las víctimas de secuestro ante las amenazas de las guerrillas, quienes pusieron en entredicho la indefensión en que se encontraban y el ejercicio de poder de su enemigo.

"Se siente la impotencia de no poder hacer nada": derrotados pero con vida

Después de resolver darle una oportunidad a la vida ante la derrota en el combate en manos del enemigo, toma fuerza la sensación de indefensión, humillación e impotencia en los militares y policías:

Uno como ser humano siente la impotencia de no poder hacer nada o no dar más y caer en manos de otro igual que uno, y con el poder del armamento, que él sí tiene el poder y entregarse uno así es doloroso. Nos cogieron y nos llevaron para el parque, ellos [la guerrilla de las FARC-EP] en su momento tenían esa maña de llevar a la gente a los parques y comenzar a matarlos. Nosotros éramos como treinta y dos y todos decíamos entre nosotros "pues... nos van a matar, no hay nada que hacer". Nos llevaron para el puerto donde estaba el que comandaba la toma guerrillera allá, Operación Marquetalia como lo nombraron ellos, entonces nos reunió a todos, nos contaron, nos enumeraron y nos cuenta él qué tanto personal estuvo allá (...), en palabras de él: 1.700 hombres (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Así mismo, el cuerpo que durante la narrativa del combate, o la confrontación, habla de adrenalina y la sangre que se espesa, en el momento de hablar de la derrota, narra la pesadez y la debilidad:

[Los combates] son situaciones muy difíciles que como persona o como militar o policía tiene que estar preparado para ciertas cosas, pero el pos del ataque son diferentes situaciones porque ya no solamente es el enemigo, sino ya perdió su poder, su dignidad y una cantidad de elementos que al sumar todo eso pesan mucho (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

El cambio es bastante fuerte, en el momento del combate tienes todo ese coraje y seguir pa' delante y no dejarte joder y sigues de frente y dándole y dándole, que muévase por aquí, enróllese por aquí y dispare por acá, haga esto y uno está pa' lante, para lo que le enseñaron, para lo que lo entrenaron "¡me matan o los mato!" y en un momento llega y pum...te cogieron. Como en el caso mío, una bomba bummm me eleva dos metros y cuando te despiertas a punta de golpes y te tienen amarrado... ya la situación cambia. Esa verraquera desaparece y aparece más bien ahí la debilidad del hombre, como que uno siente esa sensación de pasa a ser de lobo a oveja, diría yo porque pasa uno a un plano de degradación (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Esta sensación de vulnerabilidad y derrota tiene una expresión específica en los cuadros de mando¹⁷. Por un lado, deben tomar decisiones que impactan la vida o la muerte de su tropa y, por otro lado, conocen las implicaciones que tiene para la guerrilla secuestrarlos:

Entonces llamaron al jefe:

“Acá tenemos al sargento ¿Qué hacemos, lo dejamos o lo llevamos?” [preguntaron los guerrilleros]

“No, a ese señor no le hagan nada, tráiganlo para acá porque él es el as de copas de nosotros, no le vayan a hacer nada” [respondió el jefe]

“No, [es] que no puede caminar porque está herido de una pierna” [reclamaron los guerrilleros]

“Me lo traen cargado o como sea pero me lo traen para acá” [finalizó el jefe]

(...) A mí me mataron 2 policías, me hirieron 3. Nosotros éramos 16, uno estaba con permiso y soltaron 2, 3 heridos y entre esos yo, y a mí fue el único que llevaron, a los otros los soltaron y se los entregaron al cura, entonces el comandante dijo, “que pena pero usted es el comandante [cuadro de mando - suboficial] y se va con nosotros” (Raúl, Policía, secuestrado por el ELN).

17 Los cuadros de mando son los oficiales o suboficiales presentes, quienes tienen jerarquía de mando sobre los soldados o patrulleros.

“No estábamos preparados para lo que llegó”

Uno de los elementos que más sobresalen en las memorias de los militares y policías secuestrados después las tomas guerrilleras, y ataques a población civil y municipios, perpetradas entre 1997 y el 2000, es el sentido de desproporción. Este se podía palpar, por ejemplo, en el número desigual de tropa del Ejército y efectivos de la Policía nacional que se enfrentaban con frentes enteros de las guerrillas en un momento histórico de fortalecimiento y expansión de las mismas¹⁸. En la toma de Mitú (Vaupés) -uno de los casos más emblemáticos- “1.200 guerrilleros del Bloque Oriental provenientes de varios frentes de Cundinamarca, Meta y Guaviare” (CNMH, 2016, página 189) se enfrentaron durante 12 horas con 120 policías, dentro de los cuales habían 30 bachilleres indígenas (CICMHM, 2016, página 40).

La guerrilla mató a un cuñado mío porque supuestamente él fue el sapo de la guerrilla. Resulta que como tres días antes de la toma [de Mitú, Vaupés], él llegó al puerto, ya la guerrilla estaba en Mitú, y me dijo: “vea, llevan 8 días bajando la guerrilla, para allá y para acá, traen cilindros, gasolina, todo el armamento que usted se puede imaginar (...) ¿usted sabe quiénes son los que están parados

18 En este caso es importante tener en cuenta que, en muchos de los eventos donde los números de policías y militares eran menores al número de guerrilleros al que se enfrentaban, la geografía evitaba el envío de refuerzos o apoyos por parte de la fuerza pública. Para ver más sobre el contexto histórico consultar la introducción al inicio de este texto.

allá?" Nosotros en ese entonces usábamos ese revolver mohoseado viejo y una granada (...).

Entonces me dijo: "mire esos 4 que ve allá, son guerrilla, si no me cree vaya mire". El hecho fue que al medio día nos regresamos, yo hablé con el capitán Guevara (q. e. p. d.), que era el subcomandante operativo, en su momento allá le dije: "Capitán hay esta situación así". Como es[a situación] era de todos los días: que ya venían, que ya llegaban, que mejor dicho ya estaban ahí, mi capitán me contesta: "que vengan a ver quién gana". Pues teníamos esa concepción que iban a llegar por ahí unos 500 o 300 de ellos, nunca imaginábamos que iba a llegar tanta gente (...). Si bien es cierto nosotros no estábamos en su momento preparados para ese tipo de ataques, les dimos con lo que tuvimos, fueron 12 horas que duramos (Lucas, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Por su parte, José Vitaliano, intendente de Policía secuestrado después del ataque a la estación de Policía y toma de Miraflores (Guaviare) en 1998, muestra la desventaja en materia de armamento y cuenta:

No duré sino cuatro días allá en Miraflores, ahí. Nos amarraron con pies y manos después de la toma porque ellos nos atacaron con cilindros, morteros y nosotros a puro fusil y unos M79 esos de una sola granadita, mientras nosotros lanzábamos una granadita de esas de 40 mm, ellos con

un MGL como de 12 o de 6, eso jueputa no podía uno lanzar el fusil porque le llovían 40 granadas. Entonces ahí empezó la desventaja y (...) se nos mojó la munición, las armas, empezaron a sacar la mano las ametralladoras, eso metiéndole munición mojada ya empezaron a quedarse los cartuchos (...) Después [de] que se les había sacado el jugo a esas ametralladoras y a los fusiles, ya llegó la hora, definitivamente no se podía hacer nada.

Todos heridos y como sin moral, venía el helicóptero y daba una vuelta y se tenía que devolver a tanquear porque en ese tiempo no había la logística que hay ahorita de pronto con los Black Hawk. De San José a Miraflores daba una vuelta y se devolvía por allá por el pueblo y en ese momentico ellos [la guerrilla] se quedaban quietos, por ahí 10 minutos de paz, [luego] se alejaba el helicóptero y otra vez retomaban el bombardeo porque ellos bombardeaban puro cilindro de esos de gas y estaban como estrenando porque nos lanzaron harticos y de tanta humedad que hay se entierran y duran como unos dos minutos mientras la mecha le llega... y esos estallidos tan ásperos que hacía temblar la tierra de toda la base, es muy tenaz.

Nos tocó salir a todos heridos y con las armas desarmadas, ya dijeron que nos iban a matar. Eso fue como a las 4 pm, por la tarde [nos dijeron]: "no los van a matar" y ya [uno] respira y toma otro aire (...). Yo hasta después en Villavicencio

me vine a enterar que aproximadamente 2.500 guerrilleros estuvieron ahí, que ellos hacían de comer y venían, desayunaban y almorzaban y mientras tanto un grupo nos atacaba y después se relevaban (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Este sentido de desproporción ante la capacidad operativa de la guerrilla no fue exclusivo de militares y policías en el sur del país, sino que también se inscribió en otros escenarios. Jimmy, secuestrado por este grupo después de un ataque al municipio de Chiscas, Boyacá, en 1999, narra:

En mi caso pues como estamos hablando uno nunca espera que le pase algo como estar secuestrado, si no es por lo bien morir en combate y que vean que uno lucha hasta el final, y pues uno no se esperaba algo como esto y que la guerrilla tuviera ese alcance, con ese armamento. Uno los veía como el enemigo, sí, pero los veía como más pequeño y como que nosotros estamos en la capacidad de entender y que ellos no van a poder llegar a tomarse una estación de Policía como se la llegaron a tomar (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Jimmy sugiere tres elementos claves. Primero, la subestimación de la capacidad de la guerrilla; segundo, la percepción de la invulnerabilidad ante el secuestro y, tercero, la exposición del riesgo que estaba en la mente y el imaginario de la mayoría de los policías y

militares secuestrados que participaron en los ejercicios de reconstrucción de memoria: morir en combate. Con respecto a qué tanto sospechaban que podían ser víctimas de secuestro, José Vitaliano y William agregan:

[CNMH: ¿Había alguna conciencia de que eso -el secuestro- les podía suceder?]

José Vitaliano: No, al menos en mi caso la conciencia de uno es de que lo van a matar ¿sí? Pero la verdad esa situación [del secuestro]... Cuando joven uno piensa eso "juepucha, yo soy una máquina de combate" y piensa ¡mejor dicho! pero nunca se imagina que vaya a pasar eso (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En mi caso yo no estaba consciente nunca, o sea nunca me imaginé que me fueran a secuestrar, uno se imagina que lo hieren en un combate o alguna cosa, pero no secuestrado y mi especialidad es de enfermero, o era enfermero. Comencé a ir al monte y después de los dos años que terminé de estudiar enfermería me envían a Bucaramanga a trabajar en cirugía, y nos mandaban para el monte [otra vez], entonces menos me imaginaba que me fuera a suceder un evento de esos. Ahora, a uno sí lo entrenan para reaccionar con el golpe, con la quemada, con el agua, con esas cosas, [pero] si a ti te secuestran y te dicen "tranquilo que no te va a pasar nada, que no te vamos a matar", te

sirven una agua panela con leche, entonces uno no reacciona, (...) uno queda como desconcertado (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

Los militares y policías expresaron sorpresa y desconcierto al presenciar la capacidad operativa que tenía la guerrilla. Como se ha expuesto, las consecuencias de ese desconcierto toman forma y son encarnadas por los integrantes de la fuerza pública que vivieron los hechos, quienes además no veían el secuestro como un riesgo inminente, ya que morir era un suceso esperado en un combate.

1.3. El secuestro en la 'pesca milagrosa'

En cuanto a los casos de secuestro a raíz de un retén ilegal, las emociones de vulnerabilidad, miedo y frustración surgen por la incapacidad que tienen los militares en esta circunstancia específica para combatir o defenderse ante el enemigo: son retenidos en ropa de civil y superados numéricamente. Ariel, un suboficial secuestrado en un retén ilegal del ELN entre Aguachica y Ocaña (Cesar) narra los eventos previos a su secuestro:

El secuestro mío fue diferente a todos porque fue en un retén, una pesca milagrosa que había en ese tiempo. Yo iba en cumplimiento de una orden con un soldado regular de mi pelotón, me movía entre Aguachica y Ocaña; era muy crítico ese sector, yo

tenía 24 años. Estaban, [guerrilla del ELN], haciendo retén y preciso llegamos ahí y le dije al soldado “no, la guerrilla”: íbamos los dos de civil, nos miramos los dos y yo vi a ese soldado blanco como el papel. Cuando ya nos estaban bajando, yo los conté, había 17 guerrilleros, unos con camuflado, otros vestidos de verde oliva y con botas de caucho, o sea el primer impacto es que uno está acostumbrado a tener su orden, bien afeitado, sus botas de cuero. Nos dieron mal trato y pensamos “¡uy! nos van a matar acá”. En ese momento uno recuerda un poco de cosas de la vida en esos minutos, es como recordar ciertas etapas de la vida. Nos tiraron al piso ahí, un comandante de ese grupo dijo “párenlos y sáquenlos de la carretera” y nos sacaron, nos separaron a los dos y nos pusieron [para vigilarlos] a tres guerrilleros arriba, abajo se quedó un grupito más pequeño.

Nos decían que éramos chulos. Siempre que uno salía así en civil uno tenía su fachada. El caso fue que como a los 20 minutos se subió el comandante y le dije, “hermano si nos van a matar pues mátenos aquí para que el batallón y la familia nos encuentre”. Me empezaron a interrogar (...) yo la verdad no sé de dónde saqué ese valor. Uno también entre tanto nerviosismo le da como esa tranquilidad y sabe que está en una situación delicada y que en cualquier momento... Yo por lo menos desde que inicié mi secuestro hasta el último día, es más, desde que nos traían caminando dije, en cualquier momento lo

matan a uno, uno siempre tiene el pensamiento de la muerte en todo momento o ese fue mi caso.

Bueno se subió todo el grupito que estaba haciendo la pesca milagrosa ahí y empezamos a caminar, caminamos desde las 7:30 u 8 de la mañana como hasta las 12 del día, camine y camine. [Cuando] llegamos, nos dijeron "háganse allá" [donde] habían muchas casitas, así casas muy humildes, uno miraba gente de civil y juepucha uno mirando y les pasaron [a los guerrilleros] un garrafón, y yo pensaba "nos van a matar y nos van a quemar". Yo siempre tuve ese pensamiento, estos hijuemas-dres en cualquier momento lo matan a uno, porque como uno ya desde la Escuela [militar] le han formado esa imagen y lo que uno había visto, entonces los manes tomaron agua y nos llamaron y nos quitaron las billeteras (...) ahí ya me interrogaron y empezaron a buscar el desprendible [de pago del Ejército]. Los manes dijeron en este momento "el mando central se está enterando de la situación y de ustedes, vamos a esperar órdenes, en este momento son prisioneros de guerra de nosotros"¹⁹, nos dieron agua y continuamos caminando.

Caminamos como unas 2 horas más y uno seguía mirando y mirando casitas. Por ahí como a las 2 de

19 Únicamente se hará referencia al término "prisioneros de guerra" cuando se esté haciendo referencia a la manera en que la guerrilla les nombraba a los secuestrados, de acuerdo a los relatos de los policías y militares que nos acompañaron en los encuentros de memoria, sin embargo, este término no es amparado por el Derecho Internacional en conflictos no-interacionales. Ver la introducción para ahondar en el uso de los términos.

la tarde llegamos había más casas y se encontraba uno gente, gente campesina y nadie decía nada, entonces uno como con esa impotencia tan verraca y la gente no dice nada y se saludaban, los saludaban y uno ay juepucha, ahí si lo empieza uno a ver más gris. Ahí tomamos más agua, pedazos de panela y ahí fue cuando sacaron unos trapos por allá de una casa y nos taparon los ojos a los dos y nos amarraron con un lazo de una mano.

Nosotros caminamos como hasta las 5 de la tarde, todo por carretera, luego por una loma [hasta que] llegamos como a unas casitas de madera, como a unos campamenticos (...) [donde] también había familias guerrilleras. [Nos quitaron la venda y se] veían niños pequeños por ahí como de 8 años y les tenían fusilitos como en madera a las familias, había gente también de civil, pero con fusil, otros con pistolas. Dijeron "tráigales agua", nos trajeron agua y azúcar y luego "pónganles las vendas otra vez". Nos colocaron las vendas, llegaban todos los guerrilleros, y uno sentía que llegaban a mirar y decían "estos hp si son de malas, tienen sal hasta en las orejas" porque habíamos sudado porque habíamos estado todo el día camine y camine a paso vivo, a paso rápido (...) y se reían y yo "ay juepucha" yo pues también conservaba mi tranquilidad [mientras] me preguntaban cosas. Luego nos trajeron una carne toda rancia con yuca y empezó como medio a oscurecer y dijeron ¡Súbanlos! y nos subieron por allá a unas matas de café y nos

dieron así como una lazo y [dijeron] “síntelos allá”, y yo dije aquí sí nos van a matar.

Estuvimos ahí con 5 guerrilleros, nosotros sentados ahí en el piso con el lacito. Dijeron, “en la noche viene el camarada a hablar con ustedes y el comando central ya sabe de la situación, y nosotros no les podemos decir nada hasta que el comandante hable con ustedes, pero dijo que ustedes no son paramilitares, (...) si fueran paramilitares créame que ya le estaban haciendo el hueco”. Yo, como para no demostrarles miedo, [cuando] me dieron un cigarrillo, y yo no fumaba, fumé como hasta las 7 de la noche.

Oscureció y nos bajaron para otra casita viejita, como *cambuches*, y salió un señor al que yo le pongo por ahí de 53 años y se identificó: nos dijo “yo soy el comandante del Frente Camilo Torres Restrepo del ELN”, dijo “me da mucho pesar porque ustedes son colombianos igual que nosotros, gente joven, pero se equivocaron”, como decir de carrera, “es posible que ustedes se reúnan con más compañeros”, y yo dije juepucha nos van a llevar donde están todos esos secuestrados. Al otro día inició el movimiento, así como nos dijo el comandante, nos empezamos a mover, duramos como 5 días moviéndonos. Nos movieron en carro, a pie, después en carro [de nuevo] y luego en una camioneta que iba repleta de arroz y lenteja, uno tocaba los bultos, también [nos movieron en] un reguero de

motos y carros pero lejos de la civilización porque ya habían sido cinco días desde que nos habíamos movido, pero con ratos en que parábamos y dormíamos en la noche. Llegamos a una parte un domingo, y ellos los domingos hacen como fiestas, actividades. Cuando llegamos lo mismo, siempre amedrentándolo a uno, nos cargaron los fusiles y pensamos “estos manes nos van matar o tienen la orden de fusilarnos”. Llegamos y como a la media hora acabaron la fiesta y nos empezamos a mover esa noche, nos movimos como unas tres horas más, al otro [día a] armar un *cambuche* y así, solo acuéstense ahí. El soldado si [estaba] muy acongojado, muy afligido pero era un muchacho mucho más joven, póngale unos 18 o 19 años. (...). Luego subieron dos guerrilleros con nosotros y cuando llamaron, ¡Erira! y salió mi [cabo] primero (Antonio) y nos dijo “hermanos bienvenidos y pues no les puedo decir así, nosotros pensamos que los habían matado, menos mal” y eso empezaron a salir todos, los policías, gente ya de edad y todo el mundo y gente que llevaba bastante ahí (Ariel, Ejército, secuestrado por el ELN).

La singularidad del secuestro a raíz de una pesca milagrosa es la ausencia del combate en sí mismo; la memoria de la confrontación en el cuerpo está ausente en estos relatos. Mientras que en la confrontación armada hay un reconocimiento del sí como el otro, como el enemigo que es derrotado y luego asesinado o secuestrado, en el retén ilegal no hay un momento

de derrota, de rendición, donde le “doy una oportunidad a la vida” al entregarme a mi enemigo. Los militares víctimas cuentan cómo intentaron engañar a la guerrilla, seguir con la ‘fachada’ para pasar desapercibidos, pero cuando no lo lograron y fueron descubiertos comenzaron a recibir “mal trato”, a escuchar insultos como ‘chulos’, y amenazas contra su integridad física o su vida.

El tránsito de desconocidos a enemigos generó frustración en militares y policías secuestrados en estas circunstancias porque no tuvieron la oportunidad de combatir, e intentar derrotar al enemigo:

En mi caso que fue una pesca milagrosa y hago la comparación [con] ellos [que] estuvieron en un combate y que por superioridad numérica les tocó entregarse, y sí fue traumática para mí, que iba sin arma. Así usted esté de civil, usted se siente que es un soldado. Es lo que nos pasa a todos e igual pasa con los policías (...), fue como de incapacidad, de sentirse uno que tiene el entrenamiento que tiene y la juventud, porque uno está más enérgico, y claro es un choque durísimo a sentirse casi como un animalito porque ya lo amarran a uno y eso, entonces dice uno “uy juepucha, es muy degradante” (Ariel, Ejército, secuestrado por el ELN).

En los tres casos estudiados, el combate, la toma o ataque a población civil o municipio, y el retén ilegal, persiste la memoria sobre las estrategias a las

que recurrieron tanto el ELN como las FARC-EP para mantener dóciles a los secuestrados.

De acuerdo a las memorias de las víctimas de secuestro, las guerrillas recurrieron a amenazas constantes con el ánimo de mantenerlos dóciles y dispuestos a caminar, trasladarse de campamento, o simplemente para evitar un intento de fuga. Juan Carlos, secuestrado en un retén ilegal realizado por el ELN en la vereda la Palmita, municipio la Jagua de Ibirico (Cesar), cuenta que después de ser detenido logra, temporalmente, escabullirse de la vista de sus captores, y recuerda que al estar a punto de ser visto por los guerrilleros:

Arranqué hacia la parte de atrás de la mula [que estaba varada en el camino], para ver si podía voltear y correr [y fugarme del lugar], cuando de una vez el guerrillero que estaba uniformado [me vio y] dijo:

“¡Venga! ¡venga para acá chulo hijueputa! ¡Que se arroddille!”

“Pero ¿qué pasó mano?”

“¡Que se arroddille chulo hijueputa!”

Y en ese momento le estallaron todas las llantas del lado izquierdo [a la mula] con la pistola. Sabiendo que la pistola venía cargada el man viene y me dice:

“qué se siente chulo hijueputa” y me colocó la pistola
acá en la cabeza y ya dice uno hasta acá llegué...

El miedo y la incertidumbre por el futuro que narran Ariel y Juan Carlos son transversales y se ven resaltados también por quienes fueron secuestrados a raíz de tomas, ataques a poblaciones civiles o municipios, o combates con las guerrillas, en estos impactos emocionales hay un puente entre las memorias.

Estas memorias muestran aspectos distintos de los hechos que llevan al secuestro: arrancamos con un testimonio centrado en la experiencia del combate en el cuerpo y el dolor de la derrota por la fuerza. Continuamos con otras memorias que narran a la guerrilla desde sus decisiones estratégicas, las cuales demuestran el difícil dilema que enfrentaron muchos policías ante las tomas guerrillas o ataques a población civil o municipio: el de “darle una oportunidad a la vida” y entregarse al enemigo cuando no había sentido en seguir combatiendo. Finalmente, Ariel narra otra faceta del momento de secuestro, cuando no existe la oportunidad de defenderse y se es retenido en el marco de un retén ilegal, de civil; su defensa consiste en armar un discurso en que no se descubra que es militar, una vez eso falla se enfrenta al mismo miedo e incertidumbre de sus compañeros.

Capítulo 2

Los primeros días del secuestro

El tiempo en cautiverio no pasa de manera uniforme, los primeros días fueron especialmente traumáticos e impactantes para los militares y policías secuestrados. Estos días los compusieron los trayectos del lugar de la retención al primer campamento, y de las experiencias e impresiones de los primeros días en cautiverio. Estas memorias están llenas de anécdotas que relatan las estrategias que proponían las guerrillas de las FARC-EP y el ELN para imponer su poder y dominio sobre los secuestrados, así como las primeras formas en que los militares y policías encontraron para responder ante estos tratos.

2.1. Así fue la entrega

La institución militar construye un sistema simbólico soportado en dos columnas: un sistema de valores y

un conjunto de elementos institucionales que incluye símbolos patrios como el himno y la bandera nacional, y elementos simbólicos de las Fuerzas Militares y la Policía como el uniforme y las insignias (Blair, 1999). En palabras de un general del ejército, entrevistado por Elsa Blair: “el ejército imprime carácter y un militar lo sigue siendo así esté retirado. Esto es como el sacerdocio. El del militar no es un cargo, es un estado. Lo que pasa es que los sacerdotes se quitan la sotana y nosotros nos quitamos el uniforme” (Blair, 1999, página 162). Dicho de otra manera, el uniforme, el arma y las insignias son elementos constitutivos de la identidad de los militares y policías, perderlos a causa del enemigo puede acarrear sentimientos de humillación y derrota.

Teniendo esto en cuenta, la humillación inicial que narran los militares y policías víctimas de secuestro alude a la entrega de sus insignias, uniforme y botas²⁰, ya que atenta contra su honor militar. Se puede afirmar que la representación simbólica de la rendición se da en el momento en que un combatiente entrega sus elementos representativos y se pone a disposición del enemigo.

Yo me coloco en el lugar de ellos [compañeros
que quedaron secuestrados después de un comba-
te] de ver que tener que entregar su arma, así sea

20 En Colombia, las botas son uno de los elementos distintivos del uniforme la fuerza pública y la Policía, ya que están hechas en cuero. Las guerrillas copiaban los camuflados de la fuerza pública y sus botas, sin embargo, estas eran de caucho. Este elemento distintivo fue clave para que tanto militares como civiles distinguieran los roles.

despedazada. Como nos decían en la doctrina: lo último [que] tenía que entregar eran los pedazos de arma, pero como siempre dice uno, esto es doctrina pero uno no está preparado para una situación adversa tan delicada como esa. Entonces uno dice "ahh no, eso pasó fue en Patascoy y mataron a mi teniente, eso pasó en El Billar donde bueno", lo que ya sabemos que aconteció, pero uno casi nunca dice, "esto me puede pasar a mí". (...) Como persona yo diría que sí es muy degradante ese choque y ese cambio tan impresionante de usted tener su libertad y de tomar sus propias decisiones a que digan mire siéntese ahí compa o camarada o bueno, "vamos a ir al baño" y cosas ahí entonces es un choque terrible, y más cuando le dicen pásame esas botas o algo se siente como ese chuzonaso, si pienso que eso es muy verraco, entregar su arma (Ariel, Ejército, secuestrado por el ELN).

El menoscabo de la identidad militar o policial fuertemente arraigada puede entenderse como un daño moral de acuerdo con la narración de los sobrevivientes. Por ejemplo, William cuenta:

Nosotros nos mataron 70 y pico de soldados allá y comenzamos a salir de la zona de combate, era el segundo día de combate y así fue la entrega de armas, y entonces claro uno se siente humillado como militar, es doloroso y más cuando uno todo el día los veía a ellos, y eran fusiles nuevos pero eso ya con el tiempo va pasando a un segundo plano,

ya uno no piensa en fusil ni armamento, lo que uno quiere es salir vivo de acá y que no me importa ya la posición a nivel de doctrina (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

Por otro lado, el uso e intercambio de las insignias militares en aras de la supervivencia implicó a militares y policías un proceso doloroso. Desprenderse de los uniformes para ganar acceso a bienes u objetos que representasen un mayor bienestar en el secuestro fue una práctica común en las experiencias vividas. Antonio cuenta cómo y porqué se despidió de “su segunda piel”:

Ahora, en cuanto a lo que es el arma, bueno a mí me la quitaron y todo. Yo alcancé a esconder unas armas de unos soldados heridos que se las quite y las tire en un estanque de agua, ahí se quedaron y con el tiempo las recupero el Ejército y... el uniforme para nosotros es sagrado, es como nuestra segunda piel, y resulta que allá llegó un guerrillero y me dijo: “yo necesito el camuflado”, a mí ya me habían quitado mis guerreras y mis botas, me dieron unas plásticas, cuando ya nos tenían en el campamento nos dieron unas plásticas que para que no saliéramos corriendo. Yo le dije al man [de la guerrilla]:

Este [el pantalón del camuflado] no se lo voy a dar a nadie...no, no, lo necesito.

Usted tiene algo que yo necesito y es el camuflado.

Usted no lo necesita.

Pero yo tengo algo que usted necesita, dijo él.

Le pregunté “¿qué puedo necesitar yo de usted?” y el tipo tenía un radio, entonces me lo mostró y la verdad que sí, el camuflado ya estaba viejito, tenía unos cuantos rotos, cambiémoslo entonces, y el man se fue por allá consiguió una sudadera viejita y cambiamos y me dio un radio Sony digital muy bonito, chiquito, de batería pequeña, pero entonces no habían baterías, entonces dijo “le doy estas”, y sacó unas grandes, y [dijo] “mire a ver cómo lo hace sonar”, entonces me las ingenié, me facilitó unos dos cables y empecé a unirlas y el radio sonó y con la talla de madera y eso me inventé un cajoncito donde encajara el radio y más abajito donde colocarle las dos baterías, con la misma prensa entre los cables y el radio funcionó, y en ese radio lo escuchaba, pues el camuflado yo lo cambié, así sea mi segunda piel (risas), pero en radio puedo escuchar noticias y de pronto un mensaje (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Este proceso de doblegación del enemigo capturado lleva a una paradoja que se verá de forma más clara en los apartados siguientes: incluso cuando el enemigo es subyugado y pasa a ocupar el lugar de secuestrado, es decir, ya no tiene forma de desempeñarse en el campo de batalla -de combatir o atacar-, como enemigo continúa tratándose como tal. Es decir, se podría

sugerir que la dimensión simbólica de enemigos pervive a la lógica del secuestrador-secuestrado.

2.2. La caminata hacía el cautiverio: la desorientación y las falsas promesas

El entrenamiento y el conocimiento del terreno que tenían los militares y policías los hacía unos rehenes especialmente peligrosos para la guerrilla. Juan Carlos hace referencia a los alcances del frente Camilo Torres del ELN para neutralizar el riesgo que significaba secuestrar un suboficial del Ejército y trasladarlo del lugar del retén ilegal al campamento:

Consiguieron fue una mula, me colocaron parches de micropore en los ojos, me metieron algodón en los oídos, me subieron a la mula, me amarraron acá a la cabeza de la silla, con un lazo amarrado y todo el día andando. No sé si lo harían en círculo. Lo único que sé es que yo ahí más o menos analizaba el terreno porque yo soy más que todo del campo, y pues la instrucción militar le da a uno pa' analizar terrenos y toda esa vaina. Lo que si me daba cuenta era que el terreno era inestable, entonces que apenas sentía que la mula, y cuando le decían a uno, "cuidado con la rampa", así me tuvieron todo ese día. Al otro día volvían y me bajaban, manos adelante y todo el día caminando y así dure hasta no sé qué fecha era cuando volví al

campamento donde ellos que llegué (Juan Carlos, Ejército, secuestrado por el ELN).

Las víctimas de secuestro narran, con gran frustración, cómo la guerrilla hizo lo posible por desorientarlos y hacerles más difícil establecer su ubicación en el trayecto del lugar de la toma, el ataque a población civil o municipio, el combate o el retén ilegal al campamento donde pretendían mantenerlos secuestrados.

Las memorias de las víctimas de secuestro, integrantes de la fuerza pública, indican un elemento clave del cautiverio: no es lo mismo la selva libre, que la selva en cadenas. En los talleres que se realizaron durante el proceso de memoria histórica, varios expresaron tímidamente querer volver a la selva para recorrerla en libertad, para mostrarle a sus seres queridos paisajes maravillosos escondidos en la espesura del Putumayo o el Guaviare, pero siempre teniendo en cuenta que, aunque extrañen la selva y sus paisajes, jamás extrañarán el cautiverio y las cadenas.

Además, para los militares y policías en manos de la guerrilla pensar en la fuga era una obsesión. Durante el transcurso de su cautiverio hacían innumerables planes para lograr huir y, aunque la mayoría no los llevó a cabo, el deseo por recobrar su libertad estuvo presente en los relatos de todos: inició desde el momento del secuestro y los acompañó hasta el final de la experiencia.

Ante una posible fuga en los primeros días del secuestro, la desorientación no era la única estrategia utilizada por las guerrillas para amedrentar a sus rehenes, también los engañaban con falsas promesas de una pronta liberación. Al respecto Raúl cuenta la anécdota de cómo sus compañeros jugaron campeonatos de microfútbol con guerrilleros del ELN por la promesa de su libertad:

[Los guerrilleros] nos dijeron “muchachos no se vayan a volar, vamos a caminar, vamos pa’ la liberación”. Nos pusieron a jugar microfútbol por un término de unas cuatro horas, yo no pude jugar porque yo tenía los dos tiros y [una] herida y no podía caminar. Yo [les] hacía fuerza porque un comandante [del ELN], Camilo, nos decía: “vamos a jugar por la liberación, si nos ganan se van”, (...) y nos jugamos como cuatro partidos ese día. Tipo de 6 o 7 de la noche nos dijeron “bueno muchachos vayan báñense y se preparen para la comida”, nos dieron comida y después que comimos nos dijeron alisten las cosas porque nos vamos para la liberación (porque ya le habíamos ganado el partido), y así lo llevaban a uno como cuando uno agarra un conejito con una zanahoria, y así éramos nosotros como unos conejitos detrás de la guerrilla. Nos fuimos caminando, duramos toda la noche y al otro día cuando llegamos era otro campamento, ahí duramos más o menos como unos cuatro o cinco meses (Raúl, Policía, secuestrado por el ELN).

En retrospectiva, Raúl sabía que la guerrilla del ELN no tenía ninguna intención de liberarlo, sino más bien de distraerlo junto con los otros 20 policías y militares secuestrados en 1999 después del ataque al corregimiento Campo Dos, del municipio de Tibú (Norte de Santander). Sin embargo, les siguieron la cuerda a los guerrilleros con la idea del partido esperando que, tal vez, si les ganaban ellos mantendrían su palabra y los dejarían en libertad.

En el relato de Juan Carlos, también secuestrado por el ELN pero en un retén ilegal, se evidencia otra estrategia de la guerrilla para evitar su fuga: las amenazas a su integridad física y a su vida. En su caso, las amenazas tenían un doble propósito, hacerle admitir que era parte de la fuerza pública y evitar cualquier intento de fuga:

Hacia dos días había habido combates para ese sector [municipio la Jagua de Ibirico, Cesar], y me pasaron ahí por una parte donde estaba el revolcadero, estaba como el escenario todavía trillado porque ahí precisamente un soldado le metieron un tiro acá y le salió por acá y ahí estaba la sangre del soldado, ahí botado, y me dicen "vea chulo hijueputa, aquí les matamos un chulo de ustedes, usted debe acordarse". Me subieron amarrado y me tuvieron en la escuela en la vereda de Las Nubes, me tuvieron esa noche y al otro día por la mañana pues todo el mundo me miraba como un trofeo de guerra y se paraban a mirarme, a murmurar y eso,

entonces uno haciéndose el inocente y llegaban y me miraban y yo ahí sentado en una silla amarrado y murmuraban, y todos "justed es chulo!, ¡diga que usted es chulo!" [y yo respondía] "¿qué es eso 'mano'? ¡déjenme sano!". Cuando en una operación ahí al lado había un guerrillo y estaba precisamente haciéndole aseo a un fusil y yo pues estoy atento a los movimientos que ellos hacían, y en ese momentico como que me desentiendo de lo que estaba haciendo él, cuando llega y jala y la palanca de maniobra se cierra el fusil, la primera reacción [que tengo en ese momento es] ¡al piso! me tiro de una vez y taaa todos: "jese es chulo!, jese es chulo!". [Yo tuve esa reacción] pues por el instinto y la disciplina y todo.

Me siguieron subiendo hasta arriba y pasé por ahí por varias casas hasta arriba bastante elevado ya después de la Serranía del Perijá, ahí (...) llegó un guerrillero corriendo y me dijo, "jahh jueputa chulo, usted no es un chulo, usted es un cabo primero del Ejército!". Yo [le respondo] "¿yo? Yo no sé de qué está hablando", [me dicen] "ahh ya se le cayó la máscara dijo el man, ya su mismo comandante lo echó al agua". [Resulta que] el comandante del comando operativo salió por radio diciendo que en un retén ilegal habían cogido al cabo primero Juan Carlos en tal sector y dio toda la información, en ese momento ya ahí no pueden hacer nada, me habían podido matar en el momento allá, pero ya me habían reportado, entonces ya ahí entonces

usted queda a cargo del comando central del ELN. (...) Y ahí me tienen cierta cantidad de días cuando comienzan a decir lo mismo [que a RMC], que “vamos a llevarlo a otro punto”, que “lo vamos a entregar a la Cruz Roja Internacional”, pero a mí nunca me soltaron. Ya llega un punto en que, no sé cuántos días llevaría, pero ya consiguieron fue una mula, me colocaron parches de micropore en los ojos, me metieron algodón en los oídos, me colocaron una bufanda aquí [señalando los ojos], me subieron a la mula, me amarraron acá a la cabeza de la silla, con un lazo amarrado y todo el día andando. No sé ahí sí harían [movimientos] en círculo. Lo único que sé es que yo ahí más o menos analizaba el terreno porque yo soy más que todo del campo, y pues la instrucción militar le da a uno pa’ analizar terrenos y toda esa vaina (Juan Carlos, Ejército, secuestrado por el ELN).

Acudiendo a distintas estrategias para desorientarlos y con la “zanahoria” de la pronta liberación y el “garrote” de la muerte ante un intento de fuga, la guerrilla conseguía desincentivar una fuga temprana y llevar a los policías y militares a un campamento donde fuese más difícil huir.

Así las cosas, las víctimas de secuestro que no ejecutaban una fuga con éxito en esos primeros momentos de movilización, llegaban a los campamentos. Aunque la retención comenzó en la derrota en el encuentro con el enemigo -en la toma, ataque a población civil

o municipio, el retén ilegal o el combate- los militares y policías que hicieron parte de los talleres de memoria identificaron el *inicio del secuestro* en la llegada al campamento. Es en el encuentro con el espacio físico del camarote o el enmallado, y en el acercamiento a los demás compañeros que ya estaban en cautiverio, donde se reconocen como parte de los secuestrados en el país, y que “esto es en serio”.

[Yo] sí me sentí secuestrado el día que llegué a la selva y estaba mi primero [ASE], yo antes como que abrigaba cierta esperanza que nos liberaran y que eso era algo muy rápido, pero ahí dije, “¡uy! Sí estoy secuestrado”, porque nos metieron dentro de las celdas de alambre, y estaban el resto de personajes y fue el choque. Ya habían agentes de Policía con una chivera hasta por acá [señalando el pecho], con el cabello larguísimo, entonces fue un choque verrazquísimo para mí. Personalmente digo que para mí fue bastante tremendo. A pesar de eso el estado de ánimo de las personas que estaban allá no estaba decaído, o sea, encontré como un apoyo y gente mayorcita, entonces yo dije “si ellos son capaces imposible que yo no”, entonces tenemos que sobresalir de este episodio (Ariel, Ejército, secuestrado por el ELN).

En las narraciones acerca de las humillaciones y tratos degradantes que sufrieron en manos de la guerrilla, están a la vez presentes las acciones, actitudes o palabras que los ayudaban a no desmotivarse o desfallecer o, incluso, para no dejar que cada aspecto de

su vida cotidiana fuera dictado por el control de la guerrilla. En otras palabras, en sus memorias pervivió el esfuerzo por no dejar que la intención de daño del victimario colonizara todos los aspectos de su cotidianidad. En el caso del testimonio de Ariel se evidencia que una de las estrategias de afrontamiento más significativas que utilizaron los militares y policías secuestrados a la hora de sobrevivir o sobrellevar el cautiverio fue el compañerismo. Ante las acciones de las guerrillas que buscaban hacerles daño durante el secuestro ellos encontraban, junto a sus compañeros, maneras de sobrevivir y de mantener “la moral”, de recobrar su autonomía e identidad.

2.3. Adaptarse a la oscuridad: los primeros días de secuestro

La ‘bienvenida’ al secuestro de los uniformados consistió en una serie de órdenes y tratos humillantes por parte de la guerrilla que pretendían doblegar su voluntad y hacerles entender que los tenían bajo su poder y podían disponer de su tiempo, cuerpo, libertad y hasta su vida. Esto, claramente, fue un choque abrupto para las víctimas de secuestro, quienes identificaron este momento como uno de los más difíciles de todo su cautiverio. Al respecto Jimmy cuenta:

Cuando empezó la etapa de secuestro fue un cambio muy fuerte, [especialmente] los primeros días...

Nosotros duramos tres días esperando porque el comandante no había decidido si nos fusilaban o quedamos para el intercambio humanitario, o como dicen los mal llamados prisioneros de guerra, porque eso es un secuestro. Entonces nos hicieron las curaciones, pero como decía mi sargento mayor, curaciones no es que sean tan profesional, por ejemplo, a mí este dedo de una fractura, de esta parte de este dedo me hicieron una entablillada y una suturación de puntos y esquirlas pero eso no lo hace un enfermero. Había un compañero que le cogieron bastantes puntos, otro que tenía vómito y ya eran muchas situaciones que se presentan. En esos dos [primeros] días no nos dejaban bañar, no nos daban ropa, con el mismo uniforme, y esperando la orden del secretariado hasta que nos confirmaron que a partir de esa fecha nosotros ya quedábamos en calidad de secuestrados, entonces ya nos dieron alimentación, agua, pero la alimentación era arroz, lentejas o sola pasta (...). Así empezó mi trasegar en la guerrilla (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Uno de los aspectos reiterados con respecto a los tratos humillantes de esos primeros días fue el uso de instalaciones sanitarias, de las letrinas o chontos, y el acceso a quebradas y ríos. Jimmy continúa narrando:

Nosotros con la seguridad y ahí fue cuando vivimos un aspecto muy incómodo que siempre era la ida al baño y eso lo hacen como a propósito, la primera

ida al baño no... Hacer del cuerpo porque había una guerrillera ahí custodiándonos, no eso se le quitan a uno las ganas. Nosotros también pedíamos que mujeres no, porque es muy incómodo, y dice uno, pero al menos dese' la media vuelta porque uno ahí... era bastante incómodo (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Este *modus operandi* de los primeros días de secuestro, orientado a la humillación y a arrebatar su autonomía, tenía como objetivo desmontar la relación enemigo-enemigo propia del combate y la confrontación armada entre guerrilla y fuerza pública, e instalar una lógica vertical de carcelero-secuestrado. Esto generó daños morales y emocionales en los secuestrados. Al respecto, Antonio comparte el impacto que esos primeros días tuvieron en su estado de ánimo:

Y allá [en el secuestro] se fue el coraje y entró como esa humildad, de verse uno sometido a tantas cosas degradantes cuando uno está amarrado, que lo llevan a uno como cualquier animal con una cuerda amarrada aquí, y un guerrillero jalándola (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Las víctimas también resistieron ante la deshumanización y la humillación, pues encontraron estrategias para, justamente, retomar la agencia y mantener su humanidad. En el siguiente testimonio Ariel comparte cómo afrontó el impacto de esos primeros días:

Ahí estuvimos como mes y medio en ese punto y pues también lo mismo, los primeros cinco días no nos dejaron bañar, o como ocho días y bueno pues uno como ser humano suda, y pues todo, sin cepillo de dientes, sin nada. Un día yo les dije “hermano...” y es que dure como un mes con dolor de cabeza y les dije “hermano me va a matar este dolor”, por ahí me daban una que otra pasta y pensé no, yo tengo que hacer alguna actividad para empezar como a calmarme y entonces les pedí un cuaderno y un esfero, un cuaderno de 50 hojas y ya como a los ocho días lo había llenado (Ariel, Ejército, secuestrado por el ELN).

Para resumir, en este capítulo se exploró el proceso por medio del cual la guerrilla, al secuestrar a militares y policías, comienza a ejercer su poder y control sobre ellos; intentando arrebatárles su identidad militar y policial, sometiénolos a tratos degradantes que los deshumanizaban, y doblegándolos al nuevo rol que se les pretendía imponer: el de “prisioneros de guerra”. Así mismo, se evidenció que, ante el control, la degradación y la humillación las víctimas respondieron con estrategias como la desobediencia, el compañerismo y el control sobre su agencia a través, por ejemplo, de la escritura.

PARTE II

EL TIEMPO EN PAUSA DEL SECUESTRO

Capítulo 3

Dos formas de vivir el secuestro: los campamentos y las largas caminatas durante el cautiverio

Durante la siguiente sección se profundiza en lo que algunos participantes de los talleres llamaron *el tiempo en pausa* del secuestro. En el *tiempo en pausa* se habla de todo aquello que ocurrió después de los primeros días²¹ de cautiverio y antes de la liberación.

Las víctimas de secuestro en los talleres de memoria nos relataron su experiencia en torno a las condiciones del cautiverio haciendo referencia a dos formas de *vivir el secuestro*. Por un lado, hablaron de las condiciones físicas de los campamentos donde estuvieron retenidos y, por otro lado, narraron las condiciones en las que hacían largas caminatas, de un campamento a otro.

21 Sin querer homogeneizar la experiencia del secuestro, entendemos estos “primeros días” como las primeras dos semanas aproximadamente, de acuerdo a los relatos de las víctimas de secuestro que participaron en el proceso.

3.1. Campamentos, prisiones y complejos: los espacios físicos de cautiverio

Los espacios físicos del cautiverio dependían de tres factores: el grupo armado que los tenía retenidos, el lugar del país en que estaban y el momento histórico en que transcurrió su secuestro. Para poder notar esas diferencias se hablará de las condiciones de los campamentos a través de cuatro experiencias: secuestrados por las FARC-EP, cuyo cautiverio transcurrió durante la época y lugar geográfico de la zona de distensión; secuestrados por las FARC-EP durante el mismo periodo temporal pero que estuvieron retenidos en el centro del país -más precisamente, en Boyacá-; secuestrados por el ELN en Norte de Santander a finales de los años noventa y principios del 2000 y, finalmente, secuestrados por las FARC-EP que vivieron parte de su secuestro después del año 2009 en el sur del país.

Campamentos de las FARC-EP durante la zona de distensión

En 1998 comenzó un ciclo de negociaciones entre el entonces gobierno de Andrés Pastrana y las FARC-EP, en donde “se aceptó por las partes que la confrontación persistiría, excepto en la zona de encuentro o zona de distensión, unos 42.000 kilómetros cuadrados que comprendía cinco municipios desmilitarizados que quedaron

en la práctica controlados por las FARC y una policía civil” (CNMH, 2014a, página 207). La zona de distensión estuvo en vigencia desde el inicio de las conversaciones en 1998 hasta su terminación en el 2002, cuando Pastrana las da por finalizadas y ordena la retoma de la zona por la muerte de la exministra Consuelo Araujo durante una operación de rescate (29 de septiembre de 2001), y el secuestro del senador Jorge Gehen Turbay (20 de febrero de 2001) a partir del desvío de un avión comercial de Aires (CNMH, 2014a; *El Tiempo*, febrero 21 de 2002, “Fin a la zona de distensión”), entre otras razones.

El control territorial que tuvo las FARC-EP durante este periodo de negociaciones le permitió a las FARC-EP retener a los secuestrados que tenían, y aumentar su número lo cual “permitió la especialización de las FARC en la industria del secuestro en el marco de un discurso de canje y acuerdo humanitario de ‘prisioneros de guerra’ y no de secuestrados y de presión al Estado” (CNMH, 2013, página 213).

Esta coyuntura específica de una zona libre de confrontaciones con la fuerza pública, afectó las condiciones mismas de los secuestrados por las FARC-EP, al respecto José Vitaliano cuenta dos experiencias vividas durante este periodo de tiempo:

Acá [primer campamento en la zona de distensión]
donde digo que nos dio paludismo a más de uno,
nos enfermamos porque ese fue un campamento

excepcional, diferente a todos. Resulta que ellos cargan motosierras, plantas, motobombas y palos en camillas y eso cargan con todo pa' donde van. Ellos aserraron mucha madera y nos hicieron un encerrado de tablas así de alto y por encima plástico, y ahí mismo encima los chontos, que son unas zanjas para uno hacer sus necesidades, y el mismo chonto ahí y eso sin pasarle aire porque era encerrado, entonces nos empezamos a enfermar: todos de la diarrea, el vómito, nos dio unas enfermedades gastrointestinales pero impresionantes. De allá nos tuvieron que sacar pa' otro lado de rapidez y gracias a eso que nos enfermamos nos trasladaron a otro campamento donde conocimos a un señor barbado que anda por ahí no sé cómo se llama, el man fue a visitarnos, fue allá y nos llevó odontólogo, nos llevó médico, nos llevaron droga y nos llevaron de todo pues para podernos recuperar porque todos íbamos enfermos y ya les pedimos cosas, que nos hace falta un radio, crema dental, digámosle a este señor que pues si nos van a tener pues que por lo menos nos den cosas (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

[¿Cómo era este tercer campamento?] Ahí ellos ya implementaron el que sale por la televisión, el de la malla de púas con malla de pollos. Eso era encerrado exterior y por dentro la casa de tablas donde dormíamos y ahí nos encerraban. Ahí a las 6 de la tarde ya en la malla esa nos entraban al campamento de tabla y ese campamento de tabla

por fuera le clavan alambre de púas para que uno no pueda sacar las tablas ni nada, eso lo aseguran súper bien; y ya a partir de ahí los movimientos que hacíamos siempre los hacíamos caminando o en lancha (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Estos campamentos se volvieron el referente del secuestro de militares y policías ante la sociedad civil, en parte porque, en razón del proceso de paz, los medios de comunicación pudieron acceder al lugar donde tenían retenidos decenas de policías y militares, y retratar sus condiciones de vida en cautiverio.

En algunos casos, la posibilidad de tener campamentos más estables dentro de la zona de distensión implicó una fugaz mejora en las condiciones de los secuestrados. José Libardo, recuerda su experiencia:

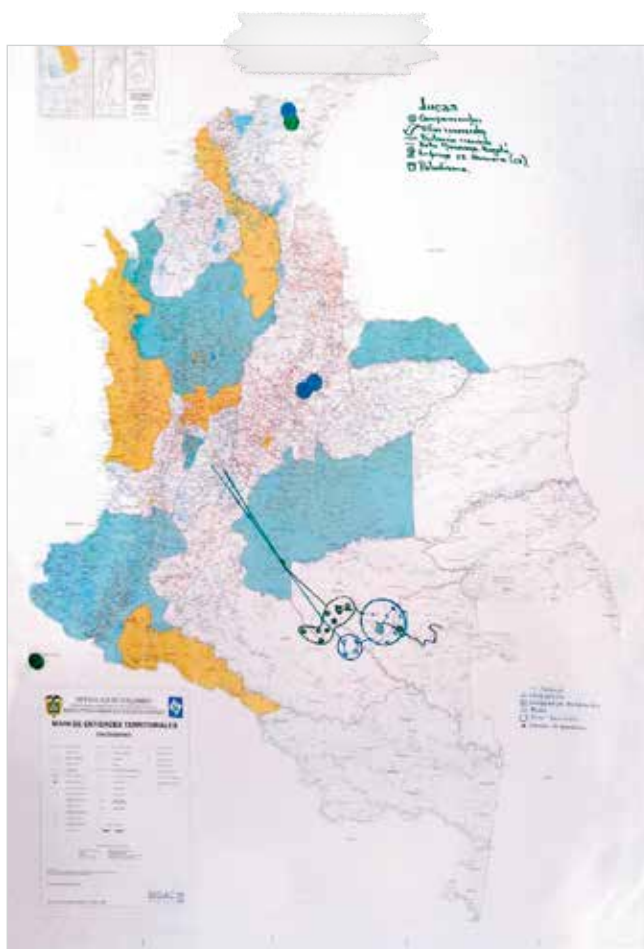
Nos reunieron a todos ahí, traen a Ingrid Betancourt, a Clara Rojas, a Consuelo González de Perdomo, a Gloria Polanco, a Jorge Eduardo Gechem, a los americanos y nos reúnen ahí en ese sitio. Se fabricaron un campamento que nosotros le colocamos “el pavimentado” porque se fabricaron un campamento con cemento y todo. Con cancha de microfútbol, con catres, con baños con taza y todo eso que nosotros hace años que no veíamos una vaina de esas, y con ducha y todo y con televisor, eso sí [en la] zona de distensión. Ahí no duramos sino como seis meses no más. (...) [Era]

un campamento de 43 personas, una cancha de microfútbol, una mesa de ping-pong grandísimo y con huerta y hasta con gallinero porque también la guerrilla creía era que si nosotros vivíamos entretenidos y ocupados haciendo cosas entonces no pensábamos tanto en quitarle el arma a un guerrillero o volarnos o hacernos matar, entonces por lo menos con gallinas y gallos supimos hasta que podía nacer de un huevito que la gallina daba, y decíamos aquí nace el pollo, aquí una polla y todo eso lo aprendimos empírico (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Los cambuches o casas hechas por la guerrilla para retener a los secuestrados por una mayor cantidad de tiempo en algunos casos significaron condiciones de vida más atroces -como en el primer campamento descrito por José Vitaliano- y, en otros, algunas mejoras en estas mismas condiciones -como el campamento descrito por Jose Libardo-.

De cualquier manera, ninguno de los policías y militares referenciados que estuvieron secuestrados por la guerrilla de las FARC-EP durante estos años narraron haber permanecido en uno de estos campamentos por más de seis meses. Esto podría indicar que, aunque había mayor estabilidad en las construcciones donde retenían a los secuestrados, no necesariamente hubo más estabilidad en los tiempos que estos pasaban en un mismo lugar.

A continuación se muestran los mapas realizados por los participantes de los encuentros de memoria realizados en agosto de 2017, donde ubicaron en orden: lugar de nacimiento, lugar en donde han sido más felices, lugar donde sucedió la toma, el ataque a la población civil o municipio, el reten, el combate o el lugar donde comenzó el secuestro. Luego, ubicaron el lugar de la liberación y, por último, donde viven hoy.



Mapa realizado por Lucas y José Vitaliano. Taller de memoria histórica con militares y policías. Bogotá, agosto de 2017.

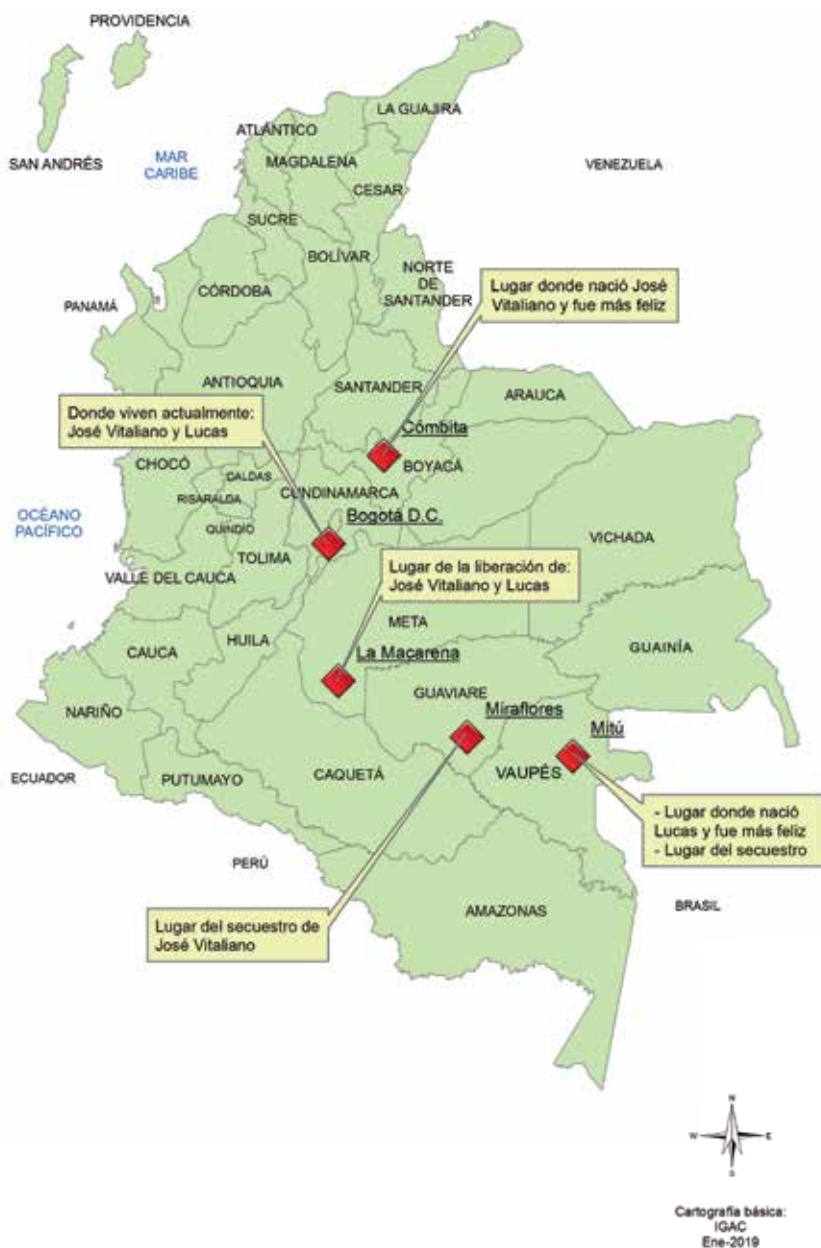


Diagrama del mapa realizado por Lucas y José Vitaliano. Taller de memoria histórica con militares y policías. Bogotá, agosto de 2017. Elaboración propia CNMH.

Campamentos del ELN a finales de los noventa y comienzos del 2000 en Norte de Santander

En contraste, quienes estuvieron retenidos por la guerrilla del ELN afirmaron permanecer la mayoría del tiempo, si no todo el tiempo de su cautiverio, en un gran campamento ubicado en Norte de Santander. Este campamento, si bien fue construido por esta guerrilla, fue ajustado por los secuestrados que le hicieron reparaciones y arreglos en un intento por mejorar su calidad de vida en medio del cautiverio. Al respecto Antonio cuenta cómo recuerda ese lugar:



Dibujo realizado por Antonio en el que representa su lugar de cautiverio. Taller de memoria histórica con militares y policías. Bogotá, agosto de 2017. Foto: Juliana Machado para el CNMH.

Quise hacer una réplica más o menos [del lugar del cautiverio]: estábamos rodeados de árboles,

matorrales y hacia arriba no se veía nada porque la misma espesura no permitía ver, el sol era muy difícil [de ver], había que buscar lugares para poder medio calentarse. Unos maderos creo que más alto que esto, y del lado de acá había alambre. La choza tenía aproximadamente unas 50 celdas [y] una ventanita que era por donde nos pasaban los alimentos. Estos son unos bloques de madera bastante altos, igualmente acá y acá. Aquí había una ventana que era por donde ellos nos pasaban los alimentos, tenía una puerta que era por donde ellos tenían acceso a nosotros.

Los guardias estaban uno en un árbol en esta parte de aquí, había uno en esta esquina de acá y otro en otra esquina de acá...todo este lado de acá eran cambuches donde [estaba] la guerrillerada, como llaman ellos. Hacia este lado nosotros construimos el baño y la ducha, con una manguera que llegaba desde la quebrada y era constante el agua aquí para lo que era el sanitario, fueron 4 tablas que nos facilitaron más o menos de este largo, las unimos en cuadro, en la parte de arriba le colocamos neumático de llanta y en la parte de abajo eran unas láminas de zinc en forma de canoa que se conectaban una a la otra hasta la quebrada; ahí se hacían las necesidades y había una manguera alrededor en la parte alta que botaba agua constantemente para que en la parte alta sirviera como una ducha, como una manguera permanente. Acá colocamos un tronco más o

menos de este ancho, que había cortado por la mitad y lo rodamos y lo ubicamos de tal forma que sirvió como lavadero. Todo eso lo hicimos para evitarnos esa fatiga de que por allá cada 4 o 5 días cuando ellos se acordaban que nosotros nos bañáramos entonces nos sacaban, pero entonces ya con eso nosotros no necesitaban sacarnos de ahí, y eso me vino a la memoria y más o menos mi celda estaba aquí, de primera... ahí era donde yo me la pasaba cazando escorpiones en la noche...una noche cacé 14... (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Siguiendo el relato de Antonio, este lugar de cautiverio parecía tener una estructura óptima para el control y la vigilancia de los secuestrados y, al mismo tiempo, acomodar lo mínimo necesario para vivir: una cama, un chonto y un poco de sol. Todo esto procurando limitar la interacción entre la guerrilla y los secuestrados.

Ante este control que se pretendía total, los militares y policías encontraron formas de alterar las condiciones del campamento y dignificar ciertos aspectos básicos de la vida en cautiverio como, por ejemplo, tener un chonto que se pudiera limpiar constantemente y una ducha hechiza. Negarse a que la guerrilla dictara cuándo podían, o no, bañarse, y cuándo estaba limpio el chonto, puede verse como una manera de retomar agencia y resistirse ante la pretensión de control absoluto de sus captores.

Además de estos acondicionamientos básicos, los militares y policías fueron un paso más allá y construyeron formas de mantener autonomía sobre sus cuerpos y sus condiciones de vida en el cautiverio, al respecto Antonio recuerda la construcción de un gimnasio hecho de troncos:

Le dije [a un compañero de cautiverio]: “montémos un gimnasio”, me dice “¿cómo vamos a hacer un gimnasio aquí? ¿con qué?” Le dije “hagamos un gimnasio, cójame la idea”. Les pedimos un machete de esos grandes, gordos, todo mohoso, y así nos salgan ampollas, hagámosle, y empezamos e hicimos unas pesas, hicimos unas máquinas para empujar con las piernas y bueno hicimos el gimnasio, es increíble pero ahí hicimos ejercicios, y el peso, la persona se acostaba para empujar con las piernas y dos nos subíamos encima para que él nos levantara, esa era la forma en que hacíamos ejercicio, y las barras eran las barandas (...)

Resulta que en una ocasión, la guerrilla pensó que nos estábamos entrenando para atacar, entonces ya nos miraban mal y nos rodeaban a ver qué era lo que íbamos a hacer nosotros y se cogieron de eso. Llegó eso a oídos de [el guerrillero que le llamaban] “Indio guajiro” y el man dio la orden de que había que destruir eso, y una noche entramos y se entraron, cerraron con el candado y toda la vaina y esa noche ellos desbarataron todo lo que habíamos hecho; al otro día cuando nos

levantamos no vimos nada, habían sacado todo y nos dijo el guerrillero ese: “¡prohibido el ejercicio! nadie puede hacer ejercicio” y entonces para no quedarnos quietos, las de pecho y las barras las hacíamos adentro en las celdas para que no nos vieran. Esa era una forma de entretenernos, pero fue una parte importante para que uno no pensara en la situación del cautiverio (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Se puede afirmar que tener a los militares y policías enclaustrados casi sin interferencias, evitando su salida al chonto, a bañarse o a cocinar su comida, representaba una ventaja para la guerrilla en relación con disminuir potenciales ataques hacia ellos, así como posibles intentos de fuga durante los traslados. Sin embargo, César narra cómo aprovechaban la más mínima posibilidad para planear un ataque o una fuga:

Usted preguntaba que cómo era un día a día: pues uno se levantaba como a las 5:30 todos los días a hacer requisa, lo sacan a uno al patio y ellos entraban y sacaban cualquier cantidad de cosas, cauchos, chuzos como todos teníamos camuflados. Había una gente que habían hecho cosos de madera y la gente comenzó con el tallo de plátano y con eso empezó a hacer esteras y entre la estera yo tenía un chuzo porque uno decía que en cualquier momento van a matarme pues más que sea hago algo. Entonces hacen la requisa y luego otra vez

pa dentro (...) Nosotros dormíamos acá, nos sacaban por esta puerta y salíamos hacia acá, hacia la cancha a formar.

Ellos entraban por acá, abrían puerta y puerta y había un espacio y entraban acá a requisar, mientras que nosotros estábamos formando ellos estaban requisando y ellos entraban por esta puertecita acá y se subían a la piedra (...) En la tarde unos se ponían a dibujar, bueno eso el día a día se fue cambiando, a las 6 ya nos acostaban y bueno como yo tenía el toldillo nunca sufrí de eso, nunca me picaron los zancudos, eso a las 6 o 5 ya estaba escuchando radio, y ya por allá afuera cerraban el alojamiento y cerraban puertas con candado, ese era un día (César Humberto, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Las memorias de César hablan de otra manera en que los policías y militares víctimas de secuestro intentaron resistir al control por parte de la guerrilla y, quizás, rescatar parte de su identidad militar o policial: la desobediencia frontal a través de la creación de armas hechizas y planes para usarlas en momentos estratégicos.

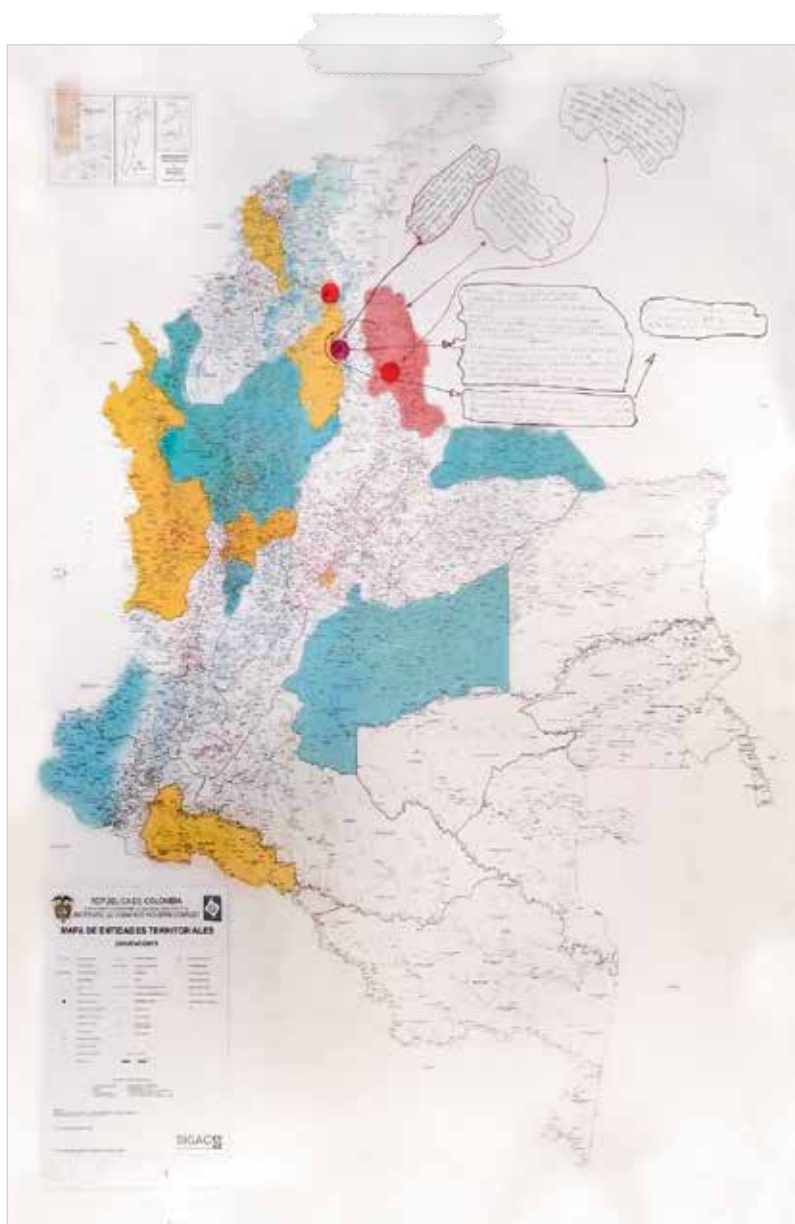
En suma, tanto Antonio como César señalan la necesidad que tenían quienes estaban secuestrados de eludir la pretensión de control absoluto de sus captores y retomar cierto grado de autonomía sobre su cuerpo y sus acciones.

Lugares donde las FARC-EP retenían policías y militares secuestrados en Boyacá

Hasta el momento hemos visto cómo la guerrilla del ELN, en Norte de Santander, y de las FARC-EP, en el sur del país, lograron una cierta estabilidad en cuanto a los campamentos donde tenía a los secuestrados, pero no todos tuvieron esta misma experiencia. Para algunos, como Jimmy, secuestrado y retenido en Boyacá por las FARC-EP, sus campamentos no eran más que provisionales:

Para mí lo que me costó de pronto fue el recorrido porque es como muy pequeño como le decía yo a mi teniente nosotros no estuvimos en sitios de pronto mucho tiempo, y que recuerdo como 12 estaciones o 12 campamentos donde estuvimos, y eran chozas como improvisadas, como carpas, con piedras donde hacían la comida, la zona de lavado y mucho recorrido (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Jimmy estuvo secuestrado dos años, dos meses y dos días, lo cual quiere decir que si estuvo en 12 campamentos cambió de lugar de secuestro, en promedio, cada dos meses. Esto podría sugerir que, tanto las FARC-EP como el ELN, tenían la capacidad de mantener en un solo sitio a los secuestrados durante una mayor cantidad de tiempo en los lugares en que tenían mayor control del territorio: el sur del país -más aún durante la zona de distensión- y Norte de Santander, respectivamente.



Mapa realizado por Jimmy. Taller de memoria histórica con militares y policías. Bogotá, agosto de 2017.

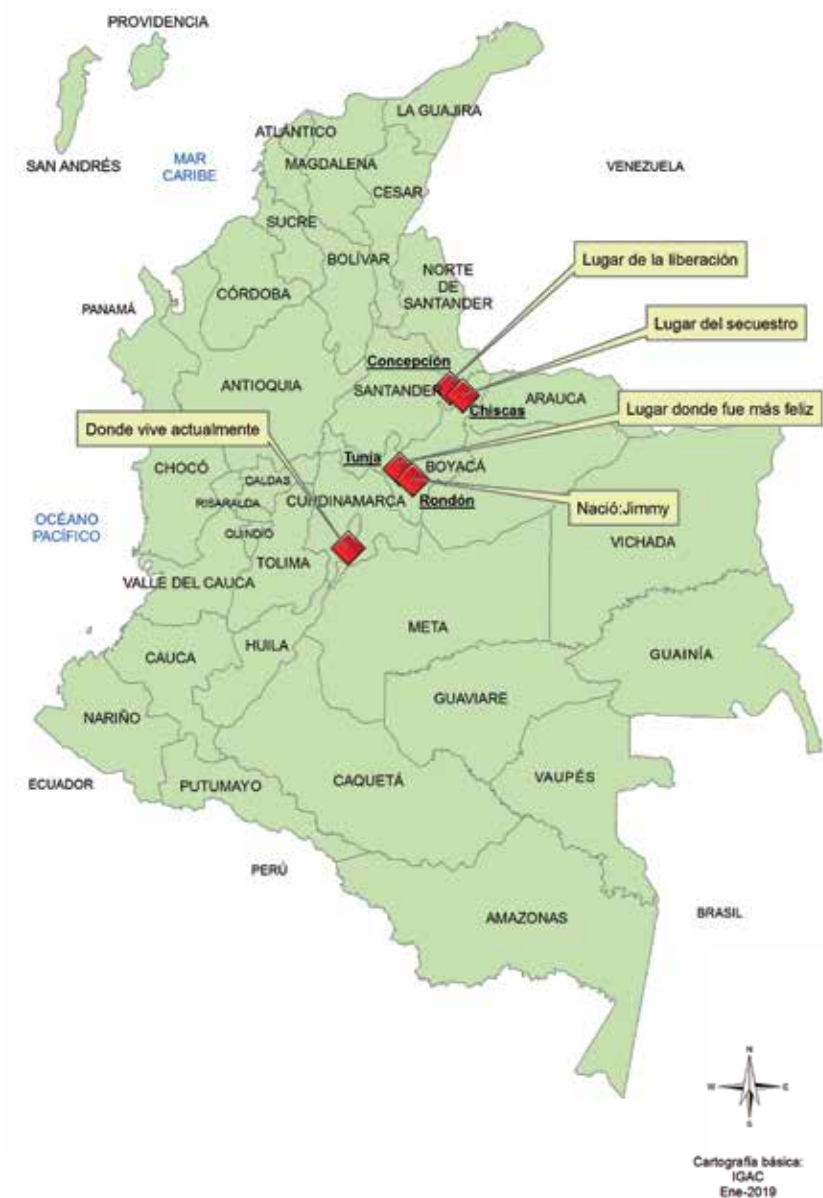


Diagrama del mapa realizado por Jimmy. Taller de memoria histórica con militares y policías. Bogotá, agosto de 2017. Elaboración propia CNMH.

Campamentos de las FARC-EP en el sur del país después del año 2009

Después de la abolición de la zona de distensión, Pastrana ordenó la retoma de esta parte del país a través de la operación TH, de acuerdo con el expresidente en esta operación “los primeros en hacer presencia fueron las aeronaves de la Fuerza Aérea Colombiana (FAC), que bombardearon objetivos específicos y luego (...) entraron las tropas terrestres” (Pastrana, 2005, página 214) con el objetivo de ocupar de nuevo los 42.000 km² de la zona.

Treinta días después de su inicio la prensa reportaba: “la Fuerza Aérea ha realizado 289 salidas al área con aviones OV-10 y K-fir, desde las bases de Apiay (Meta) y Tres Esquinas (Caquetá), 234 de las cuales han sido de combate. Los bombardeos han inhabilitado puentes, carreteras y zonas de abastecimiento de las FARC” (*El Tiempo*, marzo 21 de 2002, “Primer mes de la retoma del Caguán”). Este contexto indica que el control que ejercía las FARC-EP sobre el territorio en la zona de distensión se vio en jaque ante estas operaciones militares; las nuevas e intensificadas confrontaciones y los bombardeos de la Fuerza Aérea les exigió mayor movilidad a través del territorio y, probablemente, la búsqueda de resguardo en las zonas más selváticas de la región. Así las cosas, los secuestrados no podían mantenerse encerrados en un mismo campamento y la guerrilla debía idear maneras de transportarlos rápidamente,

disminuyendo el riesgo de fuga o ataque. Al respecto, José Libardo narra cómo cambiaron sus condiciones de cautiverio después de la zona de distensión:

Ya cuando se acaba la zona de distensión nos encadenan a nosotros en el año 2002. Antes andábamos encerrados, sin embargo nos ponían unas cumbres: unos lazos que hacía una mariposa en el cuello, la mano acá y el sistema es que si usted jala o intenta algo pues lógicamente que la cuerda se aprieta. Entonces, en caso de que tuviésemos que salir, la punta [de la cuerda] la tomaba el guerrillero y el guerrillero lo llevaba con el lazo ahí. Bueno, cuando llegó Granobles [después de la finalización de la zona de distensión] sí dijo: “cadenas”, y nos metieron cadenas desde el año 2003 hasta el año 2012 que salimos, permanecíamos encadenados de a parejas. [Con] algunos grupos utilizaban un sistema en que les colocaban la cadena por la noche, entonces la amarraban a un palo y por la noche nos encadenaban entonces siempre por parches (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Vale la pena mencionar que José Libardo y otros secuestrados integrantes de la fuerza pública, que estuvieron bajo el control de esta guerrilla durante esta época, duraron años enteros encadenados. En su caso específico durante nueve años tuvo una movilidad muy reducida, enfrentándose a, por ejemplo, dormir toda la noche amarrado al palo de un árbol, lo que implicó daños morales y emocionales.

Las cadenas mencionadas por José Libardo servían como mecanismos de control de movilidad de los secuestrados que, según el testimonio, al principio se usaban durante la noche cuando era más difícil vigilarlos. Sin embargo, las cadenas también fueron utilizadas como castigo ante la fuga, o intento de fuga, de alguno de los secuestrados, al respecto William cuenta: “hubo veces que le quitaban a uno la cadena durante el día. [Pero] cuando se voló Pinchao ahí sí cadenas...” (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

El tránsito de cuerdas para amarrar a los secuestrados a cadenas durante la noche y finalmente el uso de cadenas permanentemente, sugiere una menor capacidad de la guerrilla de controlar el territorio en el que se movían, así como un miedo mayor a una fuga masiva de sus retenidos que los llevó a utilizar mecanismos cada vez más estrictos para controlar su movilidad. Este control también se evidenció en otras estrategias utilizadas por la guerrilla, como continúa narrando José Libardo:

En el año 2010 llegó el comandante del Frente 44 y nos escuchó, y le dije “es que usted tienen que llegar a escuchar allá porque nosotros estamos allá muy mal, mal es mal”, yo casi me muero de un paludismo en el año 2006, ya estaba desahuciado porque era paludismo cerebral y pues casi me muero. Después de eso nos minaron y me acuerdo que me colocaron una cadena acá en el cuello,

otra en las manos, otra en los pies y me amarraban a un palo por allá de los pies a un palo y de las manos un guerrillero la sostenía, y uno tenía que orinar ahí prácticamente moviéndose un poquitico. Nos colocaron minas alrededor, lo que era minado el campamento, y bueno ya después nos quitaron eso porque eso no lo pueden hacer constante porque es un trabajo para ellos, además que es peligroso. Una guerrillera se metió un tiro en una pata por eso también, porque pusieron un trappero y entonces la guerrillera por allá recogiendo hojas para atrapar trillos y todo eso, se pegó un tiro en una pata, Adriana. (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Las estrategias de vigilancia usadas por las FARC-EP durante este periodo de tiempo ilustran cómo, una década después del inicio del secuestro de José Libardo, sus secuestradores continuaban buscando maneras deliberadamente humillantes para ejercer poder sobre él y los demás secuestrados²².

22 Durante este época las FARC-EP comenzaron el desescalamiento del uso del secuestro, representado por una disminución en cifras (fase de contención del 2000 al 2005 y reacomodamiento de 2006 al 2010) (CNMH, 2013) y por un aumento en la cantidad de liberaciones, operaciones de rescate y asesinato de personas en cautiverio en poder de las FARC-EP. Así mismo, aumentó paulatinamente la liberación o asesinato de los retenidos en su poder, lo cual implicó que quienes fueron rescatados o liberados salían a narrarle a los medios de comunicación, y a la sociedad en general, las condiciones de los secuestrados en los años que siguieron al fin de la zona distensión, resaltando los maltratos a los que eran sujetos y el uso permanente de las cadenas (*Público*, enero 11 de 2008, “Los secuestrados por las FARC viven con cadenas al cuello”). Este elemento también comenzó a hacer más visible en las pruebas de supervivencia superiores al año 2003, lo cual generó una oleada de indignación en la opinión pública (*El Tiempo*, septiembre 7 de 2009, “Tortura con cadenas en el cuello a los secuestrados despierta indignación y repudio en Colombia”).

En suma, las “libertades” que tuvieron estos suboficiales de la Policía y el Ejército en los campamentos se disminuyeron casi al límite cuando el uso de la cadenas se volvió permanente y, sobre todo, cuando les pusieron minas antipersona alrededor de los cambuches, limitando su movilidad al extremo y aumentando considerablemente la zozobra.

3.2. Las caminatas en el marco del secuestro

“No caminábamos, entonces estábamos ahí tranquilos pero no caminábamos, sí en medio del alambre de púas, pero no caminábamos”.
William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP

Una cosa son las condiciones de vida en los campamentos y otra, muy distinta, las condiciones durante las largas caminatas que debían hacer las víctimas entre campamentos. Los participantes cuentan cómo, cuando estaban retenidos en campamentos más o menos estables, especialmente previo al fin de la zona de distensión en el caso de la guerrilla de las FARC-EP, ganaban un poco más de autonomía y libertad de movimiento, aunque siempre sujetos a la mirada recelosa y en ocasiones arbitraria de sus captores.

Sin embargo, las condiciones cambiaban radicalmente cuando debían emprender caminatas entre los campamentos. William narra cómo estos recorridos caminando

llegaban a ser más insoportables que el cautiverio dentro de los campamentos. Así, compara las caminatas con los campamentos de la zona de distensión:

Ellos [la guerrilla] estaban todo el día por allá y nosotros todo el día encerrados ahí, por eso cuando ven esas cárceles que todo el mundo las mira como más duras, más difíciles, yo pienso que estábamos en la zona de distensión, no caminábamos, entonces estábamos ahí tranquilos pero no caminábamos, si en medio del alambre de púas, pero no caminábamos (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

A continuación se narran dos elementos de las largas marchas que realizaron militares y policías entre campamentos: por un lado, las memorias de quienes estuvieron en la 'marcha de la muerte' y, por otro, se profundiza en los aspectos diferenciales que Lucas, como indígena Tucano, vivió durante las caminatas en lugares de la selva.

Las marchas

Una de las representaciones más crudas de estos recorridos fue la 'marcha de la muerte', caracterizada por las largas jornadas con muy poca comida y agua. José Vitaliano y José Libardo cuentan:

Lo que dice mi sargento, nosotros nos levantábamos a las 3:30 de la mañana, a recoger los equipos,

recoja la hamaca y échela a la maleta, verifique que tenga su economía porque ellos le llaman economía al mercado y todos teníamos que llevar 5 libras de economía, y camine un día de 4 de la mañana a 3 de la tarde. Si llegó a las 2:30 donde hubiera un río y donde nos pudiéramos bañar y pudieran hacer la comida, ahí parábamos a acampar, al otro día lo mismo y a ese paso, 8 días, 10 días, un tiempo duramos 14 días en ese recorrido tan tenaz y donde llegábamos ya nos tenían el campamento listo, alambre de púas en malla. Ellos por allá no sé como pero eso parecen hormigas haciendo esas cosas rápido, y pensando en todo lo que uno recorre porque uno no mira sino selva, selva, y por ahí media hora de vuelo por ahí un pueblo un caserío (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

A nosotros nos tocó el Frente 44, a otros les tocó el Frente primero y otro grupo el Frente 27 y así para que cada uno tuviera responsabilidad; de ahí cuando nos separan cuando nos llevan en una marcha que nosotros le llamamos la marcha de la muerte porque fue una marcha muy muy dura, marcha forzada, salir a las 4 de la mañana con el almuercito hecho -unas lentejas y un arroz o unas pastas- y parar a las 12 del día, comer rapidito y seguir marchando y así con enfermos incluso, con hamacas y todo pero todos remolcados. Ahí se quedaron todas las cosas, ahí está la historia de Martín Sombra porque ya fue Martín Sombra el

que nos cuidó un tiempo y pues nos separaron y no volvimos a saber de él hasta cuando lo mataron (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Algunos, como Julio César, narran cómo tuvieron que realizar estas caminatas incluso ante situaciones adversas de salud:

¡Resulta que me picó una hembra y tenía cinco llagas [de leishmaniasis]! (...) Hubo un momento que cuando hubo la famosa caminata de la muerte; nosotros le colocamos la caminata de la muerte porque solamente nos daban agua de lenteja a medio día no más, eso era todo lo que nos daban en el día y de resto todo el día camine y camine y camine. Llegó un día, ya sobre las 4 o 5 de la tarde que no podía más, y mi cuerpo no me respondía, y ya en mi desespero llegué y me quite y dije “¡hermano ya no camino más!” Y de una vez la guerrillera fue montando el fusil, y dije no aquí me tocó y de pronto salió una voz atrás que dijo, “esta noche vamos a acampar aquí, ya no caminamos más” y eso me salvó (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La famosa marcha de la muerte no fue la única que implicó condiciones física y emocionalmente difíciles para los secuestrados; sin embargo, pudo ser la más larga y precaria, ya que las humillaciones persistieron en los relatos de los secuestrados cuando transitaban de la memoria de la marcha de la muerte a las múltiples otras marchas que tuvieron que realizar:

Cuando nos movilizaban nos colocaban camuflado, siempre en las caminatas nos decían colóquese camuflados y ya cuando llegábamos al campamento nos decían colóquese la ropa de civil, un jean, unas pantaneras y la respectiva dotación (...). Hubo un choque no solo con uno, sino un mismo compañero entró en una rebeldía porque llegaban y le colocaban... pues uno respeta todas las ideologías de izquierda, pero hay diferentes formas de ver las cosas. Una cosa es la ideología de izquierda y otra cosa es las personas que causan muchos delitos, pero cuando usted llegaba y era como: la camiseta del Che Guevara, el camuflado de las FARC, era fuerte para uno porque uno está con otra formación y tener que llevar la camiseta y que digan que la orden es que ustedes tienen que colocarse el camuflado especialmente para las caminatas y tienen que colocarse las botas pantaneras²³ (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En la dimensión estratégica de la confrontación armada, se podría decir que las FARC-EP hacían esto para que fuera más difícil para el Ejército o la Policía reconocer sus secuestrados en caso de un combate o un intento de rescate. Sin embargo, en el plano simbólico los participantes lo entendían como una suerte de humillación, o daño moral, en el que no solo estaban

23 Aunque tanto la fuerza pública como la guerrilla utilizan camuflado, sus diseños son distintos. Esta distinción se volvió aún mayor cuando la fuerza pública cambió al uniforme con diseño pixelado y la guerrilla continuó usando el camuflado anterior. Adicionalmente, mientras la fuerza pública utiliza botas de cuero, la guerrilla utiliza botas de caucho.

en el poder de sus enemigos al estar secuestrados sino que eran obligados a comprometer su identidad militar al ceder su uniforme y ponerse el del enemigo.

Pero los daños morales o humillaciones durante las caminatas no terminaban ahí. En algunas ocasiones, especialmente después del fracaso de los diálogos de paz entre la guerrilla de las FARC-EP y el gobierno de Andrés Pastrana, y la consecuente retoma de la zona de distensión por parte de las Fuerzas Militares, las condiciones de las caminatas implicaron aún más control a expensas de la dignidad de los secuestrados, especialmente después de un intento de fuga. César comparte:

Recordando otro momento cuando se volaron Forero y Murillo: nos recortaron la cadena entonces quedábamos a esta distancia [señala la distancia de un brazo], entonces yo al andar detrás de él, él no podía colocarse el equipo porque yo no podía andar. Nos quitaron las botas y [nos dijeron]: a marchar, nosotros comenzamos a caminar pero para poder coordinar los pasos y que ninguno se cayera, vamos a hacer lo del tren, y entonces pues, izquierdo... derecho... izquierdo... uuuuu... izquierdo... derecho... izquierdo... y ellos [gritaban] "¡Cállense!", respondíamos "pero es que no podemos, tenemos que coordinar o sino nos caemos", y así [el comandante] puto y bravo. Esa dificultad (...) porque si nos poníamos a mirarnos y ver eso, le daba a uno una tristeza muy profunda, de la humillación y la reacción a eso quien sabe, o se hace uno matar o

perderse en la conciencia (César Augusto, Policía,
secuestrado por la guerrilla de las FARC-EP).

César muestra cómo, en esa situación límite, para sobrevivir -y no 'hacerse matar'- prefería perderse en la conciencia. Más adelante, narra qué era eso de perderse en la conciencia y cómo lo usó como un mecanismo de afrontamiento para sobrevivir el secuestro. César fue el policía que más tiempo estuvo secuestrado, trece años, cinco meses y un día, el recuerdo que comparte se ubica después del 2009, año del intento de fuga de Forero y Murillo, sus compañeros de cautiverio. Para ese momento César estaba en su undécimo año de secuestro, todavía le faltarían más de dos años para salir en libertad.

La selva no es la misma con cadenas amarradas

"Si bien es cierto que las comunidades indígenas
[viven] en medio de la selva usted tiene toda
la libertad de moverse por donde usted quiera,
no amarrado, no encadenado ¿Sí me entiende?".

Lucas, indígena Tucano, Policía,
secuestrado por las FARC-EP

Las marchas representaron un esfuerzo físico extraordinario para los secuestrados, quienes estaban obligados a hacerlas aún con problemas de salud, cargando equipo, con poca o nada de comida, atados o encadenados y, evidentemente, en condición de cautiverio.

Su autonomía estaba coartada y su cuerpo debía responder a lo que sus captores pidieran, más allá de sus propias sensaciones y deseos.

Aunque los militares y policías estuvieran formados para hacer largas caminatas con peso al hombro o hubieran crecido en la selva y el paisaje no fuera extraño, en situación de secuestro no tenían las condiciones óptimas para asumir las arduas tareas que se les imponían, esto se ve reflejado en la manera en que relatan estas experiencias. Al respecto, Lucas señala que sus compañeros asumieron que a él, por ser parte de la comunidad indígena Tucano, le quedaría más fácil asumir y transitar el secuestro:

Ahí comienza ya el tema del secuestro como tal: nos amarraron y nos llevaron. [En] la mayoría de las partes [en] donde estábamos, yo sabía dónde estaba [ubicado], pero el dilema era uno cómo salir de ahí. [En] cierto punto nos embarcaban en esas chalupas y lo tapaban a uno y nos embolataban, entonces ya iba perdiendo uno como la noción de donde estaba. Nosotros recorrimos todo el río Vaupés, pasando por el municipio de Miraflores. (...) Los de Miraflores, nosotros les seguíamos después por eso los campamentos que llegaba uno y [ellos] ya estaban. (...) Digamos en el transcurso del secuestro de los dos años y medio a mí por ser de allá me comentaron [mis compañeros de cautiverio] que era más fácil adaptarme al medio como tal, porque crecí y de alguna manera era de allá,

pero no bajo esas condiciones porque si bien es cierto que las comunidades indígenas [ocupan un territorio que queda] en medio de la selva usted tiene toda la libertad de moverse por donde usted quiera, no amarrado, no encadenado. ¿Si me entiende?

En realidad, para Lucas, las caminatas por las trochas por las que lo llevaba las FARC-EP a través de las selvas del sur del país tenían una connotación adicional:

Las comunidades indígenas conocen toda esta zona, y la guerrilla de por sí pues anda es en las trochas que andaban los antiguos caucheros, cuando hubo esa bonanza cauchera en esas trochas la guerrilla anda por esas trochas de los antiguos caucheros (Lucas, indígena Tucano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En conclusión, tanto la reclusión en campamentos como las largas y extenuantes caminatas pusieron a las víctimas de secuestro en una condición de vulnerabilidad específica ante las amenazas de la selva, la voluntad de sus captores y los riesgos innatos de una confrontación armada. En la siguiente sección se hará un recorrido por estos riesgos enunciados y vividos por los participantes del proceso de memoria.

Capítulo 4

La cotidianidad del secuestro en medio de un conflicto armado selvático: los riesgos

Una primera dimensión de la cotidianidad en medio del cautiverio tiene que ver con la vulnerabilidad de los secuestrados. Para reconocer estas vulnerabilidades en este capítulo se abordan lo que los militares y policías catalogaron como los riesgos asociados a vivir su cautiverio en medio del conflicto armado²⁴, a manos de sus enemigos y recluidos en la selva.

Los riesgos del secuestro se pueden dividir en: aquellos que representa la selva -por ejemplo, a través del encuentro con animales peligrosos- y los asociados a la condición precaria del cautiverio que llevó a los militares y policías en cautiverio a sufrir de enfermedades

²⁴ Los riesgos no son iguales a los daños sufridos en el marco del secuestro. En este apartado la prioridad es reconocer las múltiples dimensiones que los militares y policías en cautiverio se encontraban en condición de vulnerabilidad y la manera en que esta vulnerabilidad les impactó.

que fueron desatendidas por la guerrilla; los asociados a la voluntad de ejercer daño por parte de la guerrilla -amenazas constantes de muerte, fusilamientos arbitrarios, entre otros- y los riesgos de estar en medio del combate -bombardeos, combates armados o campos minados-. Los testimonios ilustran cómo estos se agudizaron por el estatus que la guerrilla les confería a los secuestrados, quienes parecían ser de 'segunda categoría'. Su integridad física y psicológica era menospreciada y activamente agredida por sus captores, haciendo a los policías y militares secuestrados aún más vulnerables a riesgos que eran objetivamente reales.

4.1. Los riesgos de la selva: los animales salvajes, las enfermedades tropicales y la naturaleza impredecible

En términos de los riesgos que implicó habitar y transitar la selva en cautiverio, los participantes narraron con especial énfasis el peligro que significaron los animales; sin negar que en algunas ocasiones estos se consideraban desde otros registros, por ejemplo, desde el asombro y el interés, hasta el cuidado y la compañía de algunos como mascotas. Juan Carlos, Ejército, secuestrado por ELN, recuerda que:

El otro gran problema que uno tiene en la selva es que como uno produce calor le llegan las corales, las culebras pequeñas y de colores. Esa lo pica a

usted y usted en dos horas ya... le figura. Entonces, dónde usted está durmiendo la coral va y se le mete a usted por debajo, entre las hojitas, el peor peligro es levantarse por ahí a media noche, descalzo a orinar y que lo pique una coral, ahí queda.

La que sí me pasó, en la famosa caminata de la muerte, como solo era agüita de lenteja a medio día, cuando se acabó yo vi un poco de costales con mazorcas, y claro todos muertos de hambre, [le dije a la guerrilla] "no pues préstenos esas mazorcas", y cometo el error de que no reviso el costal sino que de una vez lo abro para sacar las mazorcas, resulta que hay una araña que le dicen rayola. Esa rayola es un poquito más grande que la mano de uno, en comparación a la tarántula o pollera, pero esas [son] café, esta es gris, totalmente lisa. Claro voy y le meto la mano, cuando ¡pran! Me clavó esa hijuepucha: dos punticos me dejó pintados. Ese dedo se me puso [gesto indicando inflamación] (...) y me empezó a dar una cosa que le dicen seca: que es que se le va a uno durmiendo el brazo. Lo que es de mi Dios, ya por la tarde me aplicaron una inyección de tramadol.

Mientras Juan Carlos habla de las arañas, José Vitaliano recuerda la dimensión de la fauna en la selva amazónica:

Nosotros durante los tres años que estuvimos en el en el secuestro fue 100% naturaleza, y quise

representar como los animalitos: una culebrita que mataron los guerrilleros un poquito grande y le daba a uno como temor, un animal de esos se lo traga a uno, eran como que 4 guerrilleros jalándola como con un bejuco (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Además, los participantes mencionaron otro peligro derivado de los animales: las enfermedades tropicales. Estas marcaron los cuerpos y las memorias de las víctimas, las cuales fueron tratadas, en sus palabras, de maneras muy precarias por la guerrilla, lo cual aumentó el sufrimiento y el miedo de quienes las padecían. Las dos afecciones más mencionadas fueron el paludismo y la leishmaniasis. Casi todos los militares y policías narraron el sufrimiento de una o las dos de manera reiterada. Con respecto a la leishmaniasis, Julio César recuerda:

Varias veces me dio leishmaniasis, ustedes saben que la leishmaniasis la produce un zancudo que pica y eso que dolor, y a uno pues le sale una llaga que le va comiendo por dentro. Resulta que me picó una hembra y tenía cinco llagas; la más complicada fue esta porque como aquí [en el muslo] hay musculo eso come rapidito. Llegó al punto en que ya me cabía casi todo [el dedo] dentro de la llaga y un día pues, no sé ya me estaba comiendo los tendones, no me pude mover. Ya me empezaron a colocar inyecciones y me colocaban una cada tercer día, y usted con cinco llagas eso no, no

hace nada. Entonces ya me empezaron a colocar más veces, una en la mañana y una en la tarde, ahí fue un suplicio dormir y uno con ese dolor de nalgas, entonces me tocaba dormir boca abajo, porque fueron más de 200 inyecciones (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En esa misma línea, Diego narra su experiencia al sufrir de paludismo repetidas veces durante su secuestro:

Yo creo que por ahí unas 3 o 4 veces [me dio] paludismo. Eso uno sabía que a los 4 o 5 meses le daba paludismo, uno como que ya calculaba y preciso a los pocos días: paludismo. Eran tres días que mejor dicho los ojos no los podía abrir, le fastidiaba [a uno] todo, la luz, todo, uno permanecía acostado. En esos días yo creo que perdía más de 7, 8 o 10 kilos.

Era tanto el desespero, por lo menos a mí me daban ganas de tomar algo frío, mis pesadillas eran de pronto tomándome un agua fría, con hielo, o una bebida que uno sintiera en la garganta, pero nada. Uno estaba acostado y de pronto le llevaban a uno un caldo en la mañana porque en la mañana si daban caldo de pasta, mientras lo que era almuerzo y comidas siempre eran secos, arroz, arveja, lentejas, pastas, entonces pues permanecía esos cuatro o cinco días ahí encamado o en la hamaca.

Los tres primeros días fueron los más complicados, uno medio abría los ojos y sentía que se le iba a

estallar la cabeza, el escalofrío y sentía que los huesos no... [¿Había medicamentos?] Hubo casos que por la misma situación le tocaba a uno curarse solo, solo agua, agua y de pronto por ahí un ibuprofeno o acetaminofén pa'l dolor de cabeza, de resto no habían tratamientos, eran muy escasos porque los guerrilleros también se enfermaban y ellos tenían que tener allá su reserva también (Diego, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Los testimonios de Juan Carlos y Diego retratan la vulnerabilidad exacerbada en la que se encontraron durante el secuestro: con el cuerpo enfermo y debilitado y al cuidado de sus captores. Vale la pena detenerse en la descripción del sufrimiento que ocasiona una enfermedad como el paludismo que describe Diego, para dimensionar lo que significó sufrirla repetidamente, cada cierto mes, por años de secuestro, sin manera de prevenir ni evitar el dolor, como un castigo que se repetía una y otra vez. Era un sufrimiento degradado y profundizado por la alimentación y los medicamentos precarios, distantes de atención hospitalaria y de los cuidados necesarios, lejos de quienes amaban, al arbitrio de las determinaciones que los captores tomaran sobre su estado de salud y asumiendo la dinámica propia del conflicto armado que en ocasiones implicó marchas en medio de la enfermedad.

Por otro lado, en clave de memorias de los ausentes, los militares y policías también recuerdan las

enfermedades de las que murieron sus compañeros, algunas de cuales jamás supieron con certeza de que se trataban. Al respecto Julio César cuenta el caso de la muerte del capitán Guevara:

De los cinco [con los que compartía cautiverio] terminamos rescatados solo cuatro porque mi capitán Guevara se enfermó en cautiverio. [La guerrilla] creyó que se estaba haciendo el enfermo para que de pronto lo liberaran, y él empezó con una tosesita, que le fue avanzando. Según él comentaba alguna vez, el padre había fallecido de cáncer de pulmón, y empezó con la tosesita, le fue avanzando, le fue avanzando y no se sabe si era cáncer de pulmón o tuberculosis. Y, llegó a un punto en que, pues la selva de por sí casi todo es plano pero cuando usted llega al caño hay bajadas y subidas, en la subida él no podía, se ahogaba, se sofocaba y no lograba subir. Así duró varios meses hasta que de un momento a otro dejó de toser y nosotros dijimos es que de pronto ya se está sanando, lamentablemente a los pocos días falleció. Lo tuvieron todo el santo día ahí en el campamento donde se murió. Hasta por la tarde llegaron, se escucharon unas lanchas y al fin no supimos si lo iban a enterrar ahí o que (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La muerte del capitán de la Policía nacional Julio Ernesto Guevara fue narrada y referenciada por varios de los militares y policías en los talleres de

memoria, como un hito del secuestro de quienes estuvieron en manos de las FARC-EP a finales de los noventa²⁵. Inferimos que este fallecimiento llama la atención no solo por la enfermedad misteriosa que se lo llevó sino por el trato humillante que le dio la guerrilla al cuerpo del capitán y por el impacto que esto tuvo en los demás secuestrados.

Así mismo, las memorias de las enfermedades que sufrieron militares y policías durante el cautiverio venían acompañadas de las memorias del tratamiento que recibieron por parte de la guerrilla. Juan Carlos y Diego en sus testimonios anunciaron la manera en que la guerrilla desestimaba el tratamiento del paludismo y la leishmaniasis, por razones de fuerza mayor o por simple decisión de tratamiento del enemigo en cautiverio. Por su lado, José Libardo nos cuenta la lógica de tratamiento que tuvo las FARC-EP en su caso:

Acostumbrarnos a eso fue siempre delicado porque pues allá no tenían consideración de nada, eso si usted se enfermaba se le dio la pasta y si se curó pues bien si no, igual ahí están las 4 tablas, 48 puntillas y se entierran, o sea no hay sentimentalismo de nada (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

25 El capitán de la Policía nacional Julio Ernesto Guevara fue secuestrado por las FARC-EP el primero de noviembre de 1998 durante la toma de esta guerrilla a Mitú, Vaupés. Murió en el 2006, de 41 años, después de haber estado siete años en cautiverio (*El Mundo*, febrero 12 de 2006, "Julián Ernesto Guevara, siete años en manos de las FARC").

Adicionalmente, José Libardo comenta cómo la guerrilla los culpaba por la enfermedad y muerte de los miembros de la guerrilla:

Nosotros no teníamos los privilegios que ellos [la guerrilla] tenían cuando se enfermaban. Les entraban un médico y esa vaina, y nosotros pasábamos años y no nos traían un médico ni nada de eso, y no nos enfermábamos sino eran enfermedades pues muy leves, en cambio ellos, algunos se murieron, y pues claro cuando un guerrillero o una guerrillera se moría pues eso era culpa de nosotros, y para ellos eso era indignante y era casi un castigo (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La selva tenía otros riesgos relacionados con habitar la naturaleza a la intemperie, como los rayos y tormentas. José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP, fue el único, en el proceso de memoria, que compartió un testimonio de alguien que lo sufrió en carne propia y sobrevivió:

Lo que pasa es que no sé, pero yo siempre he dicho que yo soy un bendecido de Dios porque a mí me pasaron cosas increíbles. Por ejemplo, lo del impacto del rayo (...) ver caer un guerrillero desplomado por un rayo y nosotros ver la descarga que cogió porque es que era un árbol grandísimo. [El rayo] le cayó al palo y como él [guerrillero] estaba debajo del palo, porque hay mucha arborización, y tenía el fusil ahí prestando guardia encima de una tabla, y

claro cayó el rayo en la trompetilla [del fusil] y la descarga cayó sobre él y de una vez cayó de bruces.

El rayo como bajó por el palo pues se fue por todas las raíces del palo, yo estaba sentado en una cama como de esta altura así con el pie puesto en una de las raíces del palo y aquí estaba otro amigo, Lucho Beltrán, estaba acá con la cadena mía encadenado. La descarga se vino por toda la raíz, me cogió a mí, le pasé la descarga a él, a mí me dejó parapléjico todo esto [señala la mitad del cuerpo], yo caí privado de una vez inconsciente, alcancé a decir Dios mío Señor perdóname y te amo, no más y hasta ahí me acuerdo.

Cuando intenté recuperarme estaba parapléjico, mis piernas no me respondían para nada, y Lucho cuando alcancé a reaccionar lo vi con los ojos volteados, yo pensé que se había muerto. Él quedó sobre la cama y así volteados los ojos y dije no este man se murió y allá otros dos tirados, eran diez conmigo, y los que no recibieron la descarga era porque estaban sobre la cama de tablas, porque uno de los aislantes de la corriente es la madera. Pero yo no vi lo que ellos vieron, que ellos dicen que vieron como la descarga de aquí pa' allá, antes por donde había forma que saliera la descarga, entonces esos salían los chisponazos por la tierra. Nosotros rogábamos a veces que hubiese tormentas porque uno dormía bien o porque la luz que da un relámpago uno podía ver donde estaba el guardia y todo eso, después

ya no rogábamos que cayeran rayos (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Al finalizar este aterrador episodio, ni José Libardo quedó parapléjico ni el sargento Luis Alfonso Beltrán, secuestrado después del combate en El Billar, Cartagena del Chairá, en 1998, murió por la caída del rayo. Pero, una vez más, a través de las anécdotas de los riesgos que sufrían en el cautiverio se vislumbra la vulnerabilidad de quienes estaban secuestrados ante la inclemencia de la naturaleza.

4.2. Los riesgos asociados a la voluntad azarosa de la guerrilla

El siguiente riesgo es aquel que se relaciona con la voluntad azarosa, arbitraria o caprichosa, de la guerrilla hacia los secuestrados. Esta voluntad en ocasiones parecía impredecible para los policías y militares y hacía que desarrollaran un miedo constante. Sin embargo, no es necesariamente azarosa, ya que mermar la capacidad del otro de predecir su propio contexto puede ser una estrategia de las guerrillas en el marco del conflicto armado ya que genera un estado permanente de miedo y alerta, especialmente cuando la represalia puede ser la muerte. Al respecto José Libardo cuenta:

Estábamos en crisis porque nosotros duramos cuatro meses a una sola comida [al día] por un asalto

del Ejército cuando rescataron a los de la Operación Camaleón²⁶, intentaron también rescatarnos a nosotros y ese día nos tocó salir. A nosotros casi nos fusilan, nos mandaron a tender en el piso y menos mal que no llegó el comandante, llegó fue el segundo y el segundo era como más calmado y el man dijo “sáquenlos”, y nos sacaron porque si el otro hubiese llegado, ese si nos fusila de una vez porque ya llevaba muchos años con nosotros y vivía muy aburrido también, entonces de ahí se quedó toda la comida, la economía que llaman, ahí quedaron más pruebas [de supervivencia] de nosotros porque no pudimos sacarlas (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

José Libardo no le atribuye la amenaza de fusilamiento por parte de la guerrilla únicamente al riesgo del rescate militar, sino que aclara que su carcelero bien podía decidir fusilarlos sencillamente porque vivía aburrido. Continúa:

Hay cosas muy diferentes con lo que cuenta mi sargento mayor [Raúl, secuestrado por el ELN]. Con nosotros la comunicación no era muy seguida, ellos eran muy apáticos, hostiles, siempre sus palabras eran: “ya saben si alguien intenta volarse de acá lo fusilamos, además de eso aquí en la selva hay

26 La Operación Camaleón fue una operación militar desarrollada en el año 2010 que estaba dirigida al rescate de policías y militares secuestrados por la guerrilla de las FARC-EP. En esta operación se liberó al general Luis Mendieta, coronel Luis Enrique Murillo, al sargento Arbey Argote y al coronel William Donato (*El Tiempo*, junio 14 de 2010, “Así fue la exitosa operación que permitió el rescate de Mendieta, Murillo, Delgado y Donato”).

mucho animal peligroso, guíos, tigres” y [yo] no les creía, eso que puro cuento, pura mierda... hasta que los vi.

Entonces [nos decían] “si intentan un rescate a sangre y fuego los primeros que se mueren son ustedes”, además que pudimos ver que era verdad, ya habían matado varios compañeros nuestros. Eso lo hacían como de todos los días, (...). Eso se convirtió como en una especie de trauma porque ya uno no podía vivir tranquilo si escuchaba el avión, no podía vivir tranquilo si los guerrilleros, un ejemplo, llegaban y rodeaban todos con fusiles o si nos sacaban a dos o a tres o a uno incluso. La consigna de nosotros era que no podía salir uno solo porque de fijo lo legalizaban²⁷ (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

El miedo constante descrito por José Libardo fue una respuesta a la amenaza constante e impredecible generada por la guerrilla, que se puede entender como un daño psicológico o emocional del secuestro²⁸. Así mismo, se puede afirmar que la intencionalidad de esta acción era, en el caso de los militares y policías secuestrados, reducir al enemigo al miedo constante para desarmar su identidad guerrera, como se refiere en el siguiente relato:

27 El término “legalizar” hace referencia a matar.

28 Daños emocionales o psicológicos hacen “alusión a las lesiones y modificaciones que sufren las víctimas en sus emociones, pensamientos y conductas ante hechos extremos o de carácter traumático” (CNMH, 2014b, página 33).

Por la noche llegamos al campamento de [los militares secuestrados por las FARC-EP] El Billar, donde duramos tres años y medio, allí habían cinco personas, suboficiales del Ejército. Al otro día llegaron los de Mitú, posterior llegó el señor coronel Raimundo, llegaron [secuestrados de] varias tomas [y ataques a población civil y municipios] y nos reunieron ahí. Una de las anécdotas que me acuerdo tanto fue que Yemerson [un guerrillero] se dio cuenta que cuando nos separaban nosotros nos llenábamos de terror. Entonces este muérgano cuando nosotros veníamos caminando nos puso a la orilla de un río y nos metió la guerrilla alrededor y en ese río habían puras canecas de gasolina y Yemerson, que sabía que nosotros éramos miedosos que nos mataran, prendió un cigarrillo, se hizo en una esquina y lo miraba así como con ganas de verdad, que más o menos uno entiende que lo van a fusilar, lo van a matar y esos manes ahí sentaditos, esos manes asustaditos ahí y esperando pues el tiro porque los guerrilleros (...). O sea, fue pura picardía y maldad de él, se puso alrededor y las canecas de gasolina ahí detrás de ellos, como quien dice, tiro, incinerados y al río... eso es, pare de contar, pero uno se monta películas en un instante (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Vale la pena aclarar que esta es apenas una de las dimensiones de la relación secuestrador-secuestrado que los militares y policías resaltan en sus memorias, no quiere decir que sea la única. Al contrario, en una

situación con la cantidad de capas y matices como es el secuestro se entretajan relacionamientos complejos que transitan entre polos de humanidad y deshumanización. Teniendo esto en cuenta, en este apartado se resaltó el carácter azaroso que tuvieron los miembros de las guerrillas con los secuestros que incrementó la sensación de miedo y zozobra con la que estos vivieron su cautiverio.

4.3. Riesgos de estar en cautiverio durante el conflicto armado: bombardeos, fuego cruzado y rescates militares

Finalmente, los participantes de los talleres de memoria mencionaron los riesgos asociados a estar secuestrados en medio del conflicto armado. Estas amenazas se pueden dividir en tres: aquellas que se derivan del bombardeo de las Fuerzas Militares a la guerrilla; las que llegan al encontrarse en medio del fuego cruzado durante combates entre las Fuerzas Militares y las guerrillas y, por último, el riesgo que implicó para la vida de los secuestrados los intentos de rescate militar.

En términos de los bombardeos, los participantes mencionaron el miedo y la indefensión que sentían ante estos ataques. Aunque ellos no eran el objetivo militar de la Fuerza Aérea, como víctimas de secuestro, con la movilidad controlada y reducida a las determinaciones de sus captores, experimentaron un

profundo miedo ante la imposibilidad de esconderse de las bombas. Al respecto William recuerda:

Claro a nosotros algunas veces nos dejaban amarrados a un árbol y decíamos, en el caso de un bombardeo o un intento de rescate ¿para dónde corre uno? Entonces el desespero era ese, uno ahí amarrado, indefenso. Cuando estábamos amarrados [el uno al otro] por lo menos uno decía en caso de alguna cosa corren juntos, así nos tropecemos por ahí, pues al menos tiene oportunidad de irse, y esa era la tensión (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

En la misma línea, César, Policía, secuestrado por las FARC-EP, narra el impacto que vivieron ante la amenaza constante de bombardeos:

Todos los días llegaba el avión fantasma y 'pa pa pa pa' y fumigaba, tiraba bombas por allá y uno con el equipo a ver a qué horas. Entonces uno no podía ni dormir ni descansar, una zozobra y a ver a qué horas, entonces esa zozobra me tenía a mí en ese momento [pensando] "que caiga una bomba en este momento y se acabe este martirio" pero nunca renegué de la institución, yo más bien a los guerrilleros les decía qué significaba ser policía (César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En algunos casos, la experiencia de los bombardeos llegó a ser la parte más difícil del cautiverio, como en el caso de José Vitaliano:

En el caso nuestro nos bombardearon pero en serio, un bombardeo que dejaron esa selva como una cancha de futbol. Estábamos solamente grupitos de a 20 y eso, a nosotros nos secuestraron el 4 de agosto [1998] en la tarde y el 15 de septiembre a las 11 de la mañana nos bombardearon. Todo eso para mí fue más traumático casi que la toma guerrillera por la cuestión de sentirse uno indefenso. Por lo menos en la toma tiene uno su fusil y es más fácil porque de alguna manera nos defendimos, pero en una situación donde viene la Fuerza Aérea a bombardear, pues corra por allá, amarrados con una manila que nos ponían acá porque en ese tiempo era una sogá, y pues afortunadamente a ninguno nos coronaron (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

El fuego amigo, fuego que proviene de parte del mismo bando, causó evidentes tensiones. Mientras significaba un avance de las Fuerzas Militares e incluso un posible rescate, también representó un riesgo enorme por la incapacidad que tenían los aviones de combate en ese momento de reconocer secuestrados de guerrilleros. La resignación de César ante el bombardeo del fuego amistoso encarna la indefensión presente en los testimonios de José y William. Desde su posición, no podían ni defenderse y, en algunos casos, tampoco esconderse.

Por otro lado, están los combates. Los secuestrados expresaron miedo ante la posibilidad de caer en medio

del fuego cruzado, especialmente durante las caminatas cuando la guerrilla, como mencionó por Jimmy en el capítulo anterior, les hacía usar sus uniformes o sus símbolos. Así las cosas, ellos estaban conscientes que sus compañeros en el Ejército o la Policía no tendrían cómo reconocerlos fácilmente y podrían caer en medio de un intercambio de fuego. Una vez más, la indefensión, en este caso por las condiciones de las caminatas, hizo más profunda la vulnerabilidad de los secuestrados ante amenazas del conflicto armado. Al respecto, Antonio, secuestrado por la guerrilla del ELN, expresa cómo transcurrió un periodo de su secuestro entre combates:

Comienza la travesía: se programó un operativo de recuperación de los secuestrados entonces hubo una persecución de las tropas hacia la guerrilla, hubo enfrentamientos todos los días hacia Antioquia. La guerrilla mantenía llevándonos, mientras por otro lado estaban planeando, nosotros esquivamos las balas para poder preservar la vida.

Nos trasladan hacia el Norte de Santander en una operación que duró 15 días, esquivando miles de obstáculos, enfrentamientos con paramilitares y el Ejército, en Cesar, Norte de Santander, caídas impresionantes. Un soldado se me cayó desde un filo tremendo hacia abajo a unas piedras, afortunadamente cayó sobre el equipo; el blanqueó los ojos y bajaron los guerrilleros a mirar y, fue el golpe no más. Seguimos, llegamos al Catatumbo donde

ya nos reunieron con los policías de Las Mercedes (Sardinata) y Campo Dos (Tibú) nos llevaron a otro campamento donde ya tenían acondicionada la celda y todo eso.

Finalmente, los secuestrados mencionan la amenaza que implicaba para ellos saber que podía ocurrir un rescate. Esto era una situación agri dulce ya que, aunque reconocían que venían a rescatarlos, sabían que su posibilidad de salir con vida de estas operaciones era baja porque la guerrilla los podía poner como “carne de cañón” en el combate, o los asesinaban ante la presión militar del rescate.

Lo otro que hubo, digámoslo así como sentimientos encontrados que vivimos en los 10 años de cautiverio, es de que de pronto si había algún intento de rescate cerca, entonces estos desgraciados lo que hacían es que nos ponían de carne de cañón. Entonces si el Ejército y la Policía aparecía por allá, de tal forma que si había enfrentamiento, pues ¿quienes eran los que estaban ahí? Los secuestrados (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Quienes compartieron sus memorias mencionaron la zozobra, el desespero y lo insoportable que resultaba para ellos convivir con un miedo que se profundizaba por la condición de “segunda categoría” que tenía su vida en ese contexto, en otras palabras, la desprotección.

Para los militares y policías estas amenazas emanaban lo que ellos llaman *maldad* o *crueledad* de la guerrilla. Sin embargo, se puede argumentar que las acciones de la guerrilla oscilaron entre respuestas rápidas ante unas situaciones volátiles de combate o persecución y acciones deliberadamente humillantes que pretendieron mostrar a los secuestrados que sus vidas les pertenecían y que, a raíz de un capricho o decisión apresurada o mera aburrición -como fue el caso de José Libardo-, podían terminar con ellas.

En conclusión, los testimonios mencionados enuncian que todos estos riesgos -de la selva, las enfermedades, estar en medio del combate- se acrecentaron por el hecho de que los militares y policías secuestrados, en el marco del cautiverio, parecían ser tratados como personas de “segunda categoría”. Esto quiere decir que ante un bombardeo serían los últimos en poder buscar refugio y los primeros en morir; ante una enfermedad que ataca a todo el campamento, los últimos en ser atendidos; ante una escasez de comida o medicamentos, los primeros en pasar hambre y los últimos en recibir atención médica. Los participantes describieron estos momentos de vulnerabilidad ante el riesgo en términos, especialmente, de miedo e indefensión.

PARTE III

LA COTIDIANIDAD: UN ENTRETEJIDO
DE DAÑOS Y RESILIENCIAS

Capítulo 5

Los daños e impactos del secuestro

Quienes participaron en los talleres de memoria narraron lo que implicó una suerte de cotidianidad en el marco del secuestro, la cual dependió de múltiples factores: el comandante, la guerrilla que los tenía secuestrados, la zona del país donde estaban siendo retenidos, el momento histórico del conflicto armado, entre otros. No es lo mismo la cotidianidad de Jimmy, cuyo secuestro transcurrió en Boyacá entre caminatas constantes, a la cotidianidad de otros secuestrados que estuvieron en las zonas selváticas del sur del país en campamentos más o menos estables en la época de mayor poderío y expansión territorial de las FARC-EP, por ejemplo.

Al recordar y narrar esta cotidianidad, disímil en cada caso, se expresaron los daños y las formas en que las víctimas de secuestro los afrontaron y

resistieron. Es allí mismo donde se evidencia el control minucioso por parte de la guerrilla hacia quien captura, así como las múltiples maneras en que los secuestrados reafirmaron y ejercieron su autonomía de todas las formas posibles.

Aunque durante todo el texto se hace una constante alusión a los daños e impactos sufridos por militares y policías en el marco del secuestro, en este apartado se realiza un análisis detallado de estos y una referencia explícita a los mecanismos de afrontamiento que surgieron de la cotidianidad del cautiverio. Esto teniendo en cuenta una premisa fundamental, a saber, que ante el daño siempre hubo una respuesta, es decir, que existió una transversalidad en los daños y las resistencias que surgieron durante el secuestro.

Las narraciones de los eventos previos al secuestro muestran un entramado de acciones que se componen de: acciones bélicas en el marco de la conflicto armado y acciones que la guerrilla realizó para ejercer daño, de manera deliberada, a quienes estaban bajo su poder. Los impactos y daños que sufrieron quienes narraron su secuestro comienzan en el hecho que desencadenó el cautiverio.

En términos de daños o impactos, para los sobrevivientes, el daño causado por el conflicto armado no se limita a la pérdida de la vida de sus compañeros caídos en combate, en medio de la confrontación o en el marco del secuestro, tampoco es un análisis de

costos económicos o materiales. Para entender el entramado complejo de los impactos del conflicto armado “debe[mos] entender los significados subjetivos que las víctimas han atribuido a lo perdido durante la guerra” (Rebolledo, O., y Rondón, L., 2010). En el caso de los testimonios mencionados anteriormente, los policías y militares víctimas de secuestro hacen especial énfasis en daños a su dignidad, que se puede entender como daños morales o “daños [que] aluden al dolor y al sufrimiento padecido por el menoscabo de valores significativos para las personas y las comunidades (...), o de afectaciones al buen nombre y la honra” (CNMH, 2014b, página 31). En el caso de las víctimas de secuestro, integrantes de la fuerza pública, enfrentar un secuestro y no morir en combate o en la confrontación, podría entenderse como un daño moral que impacta su honor militar o policial.

Vale la pena aclarar que los daños deben ser leídos de manera transversal, la categorización se utiliza para poner en relevancia aspectos de las memorias, pero para nada quiere proponer que las experiencias se vivan de manera aislada. Es por eso que, durante el capítulo, se encuentran relatos que unen varias categorías de daño en una sola experiencia, además, lejos de querer asumir que lo *moral*, *emocional* o *físico* que se resalta en las memorias es el único lente para entender lo que ocurrió, lo que se pretende es demostrar que la multiplicidad de daños del secuestro trasciende a la mera retención y limitación de la movilidad del secuestrado.

Las categorías se construyeron a partir de los énfasis de sentido que enunciaron las personas que compartieron sus memorias. Por lo tanto, invitamos a establecer una lectura compleja, holística y respetuosa de las memorias que se presentan a continuación y a entenderlas justamente como un entramado que da cuenta de las distintas dimensiones de la persona -incluyendo su red familiar- que se ven afectadas por el secuestro. Los daños e impactos, padecidos por los policías y militares secuestrados por las guerrillas, se agrupan en seis tipos: la vulneración a la libertad -como marco para comprender los impactos del secuestro-; los daños morales del cautiverio; los daños emocionales y psíquicos; los daños físicos y las marcas del secuestro en el cuerpo; los daños relacionados con el paso del tiempo, y los daños al sistema familiar.

5.1. Vulneración a la libertad: el marco de los impactos del secuestro

La vulneración de la libertad de quien es secuestrado enmarca la experiencia del cautiverio en sí misma; es decir, no sería posible indagar por los daños e impactos que sufrieron los policías y militares en cautiverio si no se hiciera una breve reflexión de lo que implica, en su base, estar al arbitrio del conflicto armado e incomunicado.

El control continuo por parte de la guerrilla está presente de forma transversal en las memorias de las

víctimas de secuestro en: la estructura de los campamentos; la rígida rutina a la que eran sometidos -que incluía horarios específicos para ir a los chontos²⁹, para comer y asearse-; los distintos métodos con los que eran controlados durante las caminatas; el uso constante de las cadenas, entre otras acciones que afectaron la dignidad, la honra y la autonomía de las víctimas. Las memorias del secuestro circulan alrededor de los impactos e implicaciones que tuvo el control sobre su libertad y, como se enunció en el capítulo anterior, sobre su vida.

Se puede afirmar que el secuestro es una manera de *ejercer poder sobre el otro y*, en el caso de los policías y militares secuestrados, de desarmar su identidad guerrera y reducirlos al cumplimiento de órdenes al arbitrio de quienes eran sus enemigos.

Uno de los aspectos en los que las víctimas de secuestro nombran con mayor énfasis el control ejercido por la guerrilla fue en las pruebas de supervivencia. Al respecto Jimmy cuenta:

Como a los dos meses fue la primera [prueba de] supervivencia, ellos limitan esas cartas de supervivencia y limitan también la entrada de comunicados de supervivencia allá. Le dicen a uno que tiene derecho a escribirle es a su familia, no a la Policía ni nada, tenía que ser solo a su familia y tratan como de direccionarle a uno. La primera

29

Letrinas que las guerrillas usan como baños.

carta que yo escribí ellos la leen, ello leían las cartas y tiene que cambiarle esto y esto porque yo pues en la primera carta me desahugué de todo lo que me había pasado y claro... ellos no, esto no tiene que ir en la carta, tiene que decir esto sí, esto no, es el Ejército de las FARC-EP, he recibido buen trato, me han hecho las curaciones, me dan mi comida, mi vestuario y voy a estar bien. Hacían mucho énfasis en que por favor el gobierno hiciera intercambio [humanitario], así como enviando el mensaje de intercambio y que estamos recibiendo las cartas, pero las condiciones eran otras, pero para enviar la carta uno se acomodaba (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La guerrilla de las FARC-EP, en ocasiones, también pretendía controlar lo que los familiares de los secuestrados les escribían en las esporádicas cartas que podían enviar a los lugares de cautiverio. Al respecto Raúl narra:

Lo que sí tenían ellos era que ellos leían la correspondencia y si algo no les gustaba, lo repintaban con marcador. Pongamos la señora una vez me mandó una carta y me decía: "mijo, esa gente no tiene corazón, no tienen nada, no tienen familia, nada". Me lo resaltaron y me llamaron: "qué pena con usted, no queremos castigarlo para que no le manden correspondencia, pero en la próxima carta le dice a su señora que eso es mentira", así lo obligaban a uno (Raúl, Policía, secuestrado por el ELN).

La vulneración de la libertad implicó el control sobre la rutina de quien estaba secuestrado, así como un intento de dominar la manera en que se asumía y vivía ese cautiverio; resquebrajando cualquier posibilidad de autonomía de los militares y policías.

5.2. Daños morales durante el cautiverio

Los daños que tienen que ver con la humillación, la degradación de lo humano a través de la burla, el desprecio y la subvaloración se enuncian como *daños morales* (CNMH, 2014b, página 31). Dado que los daños morales aluden a valores significativos para las víctimas lo que importa resaltar no es la “burla” de manera aislada, sino los valores o significados profundos que tiene eso de lo que se están burlando sus captores, solo así se comprende porqué un acto por parte de las guerrillas se concibe como un daño moral para los secuestrados.

En este caso, los daños morales se encapsulan en circunstancias percibidas por los secuestrados como especialmente humillantes; estas no se refieren a actos de agresión física y frontal por parte de la guerrilla, sino a acciones de violencia simbólica ejercidas en lo cotidiano para reafirmar su poder sobre los cautivos. Antonio, suboficial del Ejército secuestrado por el ELN, recuerda la rabia y humillación que sintió ante las burlas de algunos integrantes de la guerrilla

en medio de la grabación de sus pruebas de supervivencia, al respecto cuenta:

Llega el periodista, nos alistaron, nos dicen: ustedes tiene que decir, esto, esto y esto, le dije “¿por qué tenemos que decir así?”, dijo “porque nosotros le decimos”. Entonces bueno, como ellos digan... Ya nos pusieron frente a la cámara, alineados los cinco y atrás del periodista estaban todos miembros de la guerrilla, nosotros serios ahí y ellos atrás burlándose de nosotros, haciéndonos muecas, y yo tengo ese video de ese momento...entonces empecé yo, “yo soy cabo primero tal, herido en combate, mi esposa mis hijos...” pero no alcancé a terminar el mensaje porque me da ese sentimiento de la rabia y la impotencia que tengo en ese momento de que mientras estoy enviando ese mensaje allá atrás se están burlando, entonces no terminé, no dije más nada, los soldados hicieron lo mismo y nos volvieron a guardar y eso fue el día, pero no se lo enviaron ni a las familias, ni a nadie (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Ante la lejanía y aislamiento de sus familias, y de la sociedad en general, las pruebas de supervivencia para los secuestrados representaban una suerte de vínculo con el “afuera” y, más concretamente, una manera para conectarse y de hablarle a sus familias. En ese marco, la burla durante la grabación implicaba poner en ridículo ese esfuerzo por comunicarse y ese momento de cercanía e intimidad que intentaban tener los policías y militares con sus seres queridos.

Por otro lado, los secuestrados también narran cómo la guerrilla de las FARC-EP utilizaba el acceso al chonto como una herramienta para castigar y humillar a los militares y policías en su poder. Al respecto, uno de los policías que hizo parte del proceso de reconstrucción de memoria recuerda³⁰:

Otro dolor de cabeza fue en la famosa zona de distensión: lo más complicado era cuando usted estaba enfermo del estómago porque usted por allá a las 5 o 6 de la tarde lo encerraban en esa casa, lo metían ahí encerrado. Pero si usted estaba mal del estómago... oiga usted con una diarrea ni la verraca, ¿Después de las 5 de la tarde? nada, porque a usted lo metían en esa casa con sus compañeros y de malas si le daba, entonces ¿Qué le tocaba hacer a usted? Si habían bolsas... recuerdo una vez, que tenía una diarrea tan crónica que ya se me acabaron las bolsas, y ¿sabe que me tocó? En la misma olla donde comía hacer del cuerpo y al otro día, madrugué y lávela [para] que me sirviera al día siguiente... Allá el daño psicológico muchas veces no era que lo insultaran a uno, sino que lo obligaran a ciertas cosas. Usted sabe que lo más sagrado en la vida para el ser humano es el agua, entonces qué ocurría, cuando a ellos les daban de baja, un comandante guerrillero, caso Raúl Reyes, el negro Acacio, Martín Caballero, ¿Ellos contra quién suplían ese resentimiento? Pues contra el secuestrado, entonces podía estar pasando agua pero como les

habían dado de baja a uno de sus comandantes, entonces decían ¡no hay agua! y usted después de haber caminado todo el santo día, porque esa es la otra, que si usted se acuesta sudado y con el agua y todo esto, pues usted se empieza a brotar (Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La mayoría de las personas compartieron experiencias similares durante los talleres. Otro policía secuestrado por las FARC-EP narra:

En un sitio así como este más o menos estábamos durmiendo 16 en camarotes. [Un día] a alguien le dio malestar estomacal y entonces gritamos: "¡guardia! que salir al chonto", [nos responden] que no...que no se puede. Entonces alguien dijo por allá "¡una bolsa!", y coge una bolsa y se va por allá a un rinconcito dentro del mismo sitio, eso fue de los momentos más tristes e indignantes como ser humano...y entonces él fue hizo del cuerpo en una bolsa y cerró y claro salió ese olor y cogió al que estaba allá, digamos él estaba en una esquina y entonces de los primeritos y ese olor, y yo Dios mío que no me toque, porque uno comenzaba a escuchar las bolsas...chuc chuc...y pruuu. Bueno eran de esos momentos que digamos para no sentirse uno tan humillado, tan maltratado como ser humano, entonces la contra era, como de ¿quién sigue? (risas). La parte como el humor a pesar de eso, entonces bueno ahí hasta que fue pasando (Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En la misma línea, otro militar, en este caso secuestrado por el ELN, al narrar su experiencia frente al uso del chonto, agrega: “Esas son vainas que le rebajan al ser humano la dignidad. Lo que digo no son humillaciones de choques ni nada de esas vainas, pero es todo el tiempo diciéndole a uno que lo van a matar y esas vainas. Simplemente si pasa algo pues dele” (militar, Ejército, secuestrado por el ELN). En este caso, los daños morales se ven en acciones cotidianas que pretenden ejercer violencia deliberadamente humillante o deshumanizante. Aunque las prácticas de control y humillación sobre el uso del chonto no se limitan a los militares y policías, en el contexto de la relación enemigo-enemigo que se transforma en secuestrador-secuestrado, estas acciones se comprenden como daños morales porque justamente contribuyen a desarmar la identidad guerrera de quien está secuestrado.

Las víctimas de secuestro integrantes de la fuerza pública reconocieron dos acciones colectivas con las que afrontaron las humillaciones a las que se veían sometidos por parte de la guerrilla, ambas en respuesta al uso restringido de los chontos. Por un lado, Antonio cuenta cómo, junto a sus compañeros, le hizo “mejoras” al campamento donde lo tenían retenido:

En ese campamento nosotros buscamos nuestra propia comodidad porque no había formas de tener, por ejemplo, acceso al baño o algo así. Entonces, nosotros dijimos “denos las herramientas y nosotros

lo hacemos". En un espacio así [señala un espacio de más o menos 2mt²] lo dividimos en tablas, hicimos una especie de sanitario y aquí una especie de ducha y acá colocamos un tronco grande, lo rodamos y quedó como una especie de lavadero; nos dimos nuestras formas; hicimos un gimnasio que después no lo destruyeron porque pensaban que era que nos íbamos a volar, hicimos muchas cosas (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Antonio tuvo la oportunidad y voluntad, junto con sus compañeros, de hacer sus propios "arreglos" al campamento afirmando un grado de autonomía ante el control de la guerrilla y preservando las condiciones más dignas posibles. Al respecto, más adelante afirmó: "nosotros le hacíamos aseo todos los días", visibilizando el aseo como una acción por medio de la cual se resistían al control del ELN sobre el espacio que tenían que habitar.

En otros casos, no tenían la disponibilidad para hacer este tipo de cambios a su campamento, sea por la voluntad de la guerrilla o por sus constantes movimientos; en esos momentos, como aquellos narrados por los policías secuestrados por las FARC-EP, estaban a la merced de sus captores. Ante esto, algunos cuentan que reconociendo su impotencia y vulnerabilidad recurrieron al humor como una herramienta de afrontamiento a las condiciones presentes. Cuando no tenían otra forma de resistir el daño, u otra forma de responder, recurrían a la risa y al humor para

mantener su humanidad ante la deshumanización de las condiciones de su secuestro. Se puede afirmar que estas formas de resistirse al daño son maneras de no dejarse reducir a lo que sus perpetradores pretendían. Como dice Cyrulnik, “en los bordes del humor hay, pues, yo lo he sentido, mentira, humildad, soledad, una ternura insoportable y tensa, un rechazo a las apariencias, a la preservación del secreto, una distancia infinita, un grito de reacción contra la injusticia” (Cyrulnik, 1998 citado en G. Roux, 1998, página 12).

5.3. Daños emocionales y psíquicos del secuestro

“Para espantar el miedo, la desesperación
y la tristeza nos inventábamos juegos
con lo que se nos ocurriera”.

José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP

Los daños emocionales o psicológicos fueron expresados a través de sentimientos como desprotección, miedo e incertidumbre. La vulnerabilidad en la que se encontraban las víctimas de secuestro les hacía sentir que estaban desprotegidos en un contexto altamente peligroso en sí mismo, exacerbando el miedo. En esta sección se profundiza en un miedo que fue expresado en varias ocasiones y en distintos momentos de los cautiverios: el miedo a la desaparición. Luego, se hace énfasis en otro daño emocional o psicológico vinculado al miedo, la pérdida y la monotonía extrema: la tristeza.

Un miedo que acompañó a los policías y militares secuestrados desde el momento mismo del secuestro fue a que los mataran y los enterraran allá, en la selva, sin que su cuerpo pudiera ser entregado y dejando a sus familias en la constante angustia por su búsqueda. Diego fue secuestrado durante la toma de Mitú mientras prestaba servicio militar como auxiliar de policía, explica porqué no intentó fugarse:

Pero igual yo la verdad desde un principio, o siempre tuve la mentalidad que así sea en un mes o lo que sea, pero sé que vamos a salir de acá. Era como la incertidumbre porque uno se puede escapar, entonces como decía mi coronel: uno juega es a que lo maten, a que se pierda, o de pronto la satisfacción de la familia así sea de pronto una noticia dura que lo mataron a usted pero que al menos que le den cristiana sepultura y acá está el cuerpo, pero no que desaparezca en la selva y que nunca se sepa nada y que pasen los años y los años. (...) Entonces hace uno como ese análisis y es como un dolor, que yo no voy a ocasionar un dolor más a mi familia porque sea lo que sea aquí, durmiendo mal, aguantando frío, muchas veces medio comiendo, o muchas veces comiendo mal, o estar de pronto en compañía, uno no está solo, está en grupo pues es como más llevadero, entonces aguantar lo más que se pueda; y uno era con la incertidumbre, uno no sabía si iba a salir en un mes, en un año o diez años. Entonces que salieran mis primos y ¿venga y Diego qué?...no él se fue...entonces ahí

cómo quedaría la familia, es como decepcionar a la familia, saber ese dolor que ellos puedan estar pasando después del tema de lo del secuestro (Diego, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Además del miedo, otra emoción abrumadora fue la tristeza. En el caso del testimonio de César, la tristeza aparece como la forma de resumir, y de poner en palabras, el impacto de muchas experiencias límite que incluso le hacían pensar que estaba empezando a perder la cordura:

Sobre todo cuando se escuchaban las noticias, que no salía nada positivo. Por ejemplo, Simón Trinidad y cuando salía que mataron a Cano, que mataron a Raúl Reyes, o al Mono Jojoy, entonces venían momentos de tristeza y se aislaba cada uno; algunos se aislaban, no les gustaba que les dijeran nada y pues uno los dejaba en esos procesos. A uno a veces también le llegaban esos momentos de existencialismo, malparidez [del] estrés, angustia existencial. Yo estaba era con estos [señala a sus compañeros] cuando nos volvieron a llevar al campamento ese donde no nos dejaron hacer ejercicio, donde (...) estaban dando comida pa' marranos. El comandante era [alias] *Pata e' cumbia* y entonces yo pasé no sé cuántos días sin dormir, juepucha no podía dormir, escuchaba todos los relojes de la guerrilla. [Ellos] decían que uno no podía acercarse a la malla, en ese momento estábamos en un encierro enmallado, y entonces yo llamé al comandante, y

le dije “Comandante yo necesito un psicólogo, un psiquiatra, ya llevo muchos día sin dormir” y dijo “no, para eso yo tengo una píldora”, la píldora era una bala. Entonces bueno... hasta que ya como a los 5 o 6 días pude volver a dormir, ese fue de los momentos más angustiosos para mí. Pero entonces se aísla uno, o encuentra uno personas que están ahí, los amigos o los más cercanos. Generalmente después de noticias que no hablaban de nuestra libertad, no decían nada y [queda] la indiferencia; [pensábamos que] de pronto no le importamos a nadie, esos momentos nos llevaban a momentos de existencialismo, pero pasaban (César Augusto, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Pau Pérez afirma la importancia de entender “el trauma como una agresión a la identidad de la persona (como sujeto individual) pero también como sujeto social y comunitario” (Pérez, 2006, página 83). En el caso del secuestro de César, la agresión hacia la identidad social y comunitaria se expresa a través de una tristeza que parece impedir “compartir experiencias, y en una forma de soledad que excluye la seguridad y la intimidad” (Marrades 2005, citado en Aranguren, 2016, página 237). En otras palabras, las dinámicas del poder en el secuestro lo hacían sentir profundamente aislado, incluso de sus compañeros de cautiverio³¹.

31 En este caso es la dimensión relacional de la construcción de la identidad la que se ve afectada por las dinámicas de poder del secuestro de la idea de que la formación sobre quién soy y mi valor en el mundo se construye con otros (Blair, 1998 citado en CNMH, 2017, página 151).

Es por esta razón que se hace referencia a la tristeza expresada por César como *tristeza profunda*, ya que sobrepasa los límites de lo que comúnmente llamamos tristeza, y resulta insuficiente para transmitir la emoción que plantean las víctimas de secuestro.

En estos casos, las experiencias parecen transgredir las posibilidades de sentido (Aranguren, J.P., 2016), es decir, se intentan describir con palabras como: existencial, tristeza, desespero, pero estas se quedan cortas. Esto sugiere, desde nuestra postura de escucha, reconocer que no tenemos los marcos de referencia para comprender la experiencia que narraron después del cautiverio. Tal vez por eso muchos no ahondaron en la expresión emocional de lo que les sucedió y se limitaron a decir que fue difícil, ya que las personas que no han vivido experiencias semejantes no tienen elementos para comprender ni experimentar estas emociones.

La emoción de *tristeza profunda* también se expresó ligada a las experiencias de pérdida durante el tiempo de cautiverio, al respecto José Libardo cuenta:

Ellos, [las mascotas³²], casi que se morían con nosotros porque pues ya pasaban los años y unos se volaban y otros se morían ahí con nosotros y eso era una cuestión psicológica, que se le muriera a uno una mascota era muy tenaz, yo conozco

32 Los participantes manifestaron que tanto ellos como los civiles habían tenido mascotas durante su cautiverio como: perros, gatos o cerdos salvajes o zainos.

varios amigos que perdieron sus mascotas. O sea era ese sentimiento (...) porque pues lógico entre hombres pues yo no podía coger a mi amigo y acariciarlo y ve amigo yo te quiero (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Los animales no eran solo amenazas para las víctimas de secuestro, también eran sujetos de cuidado, a través de los cuales quienes estaban en cautiverio afirmaban su humanidad en el cariño y el cuidado que les daban. Al mismo tiempo, como cuenta José Libardo, la pérdida de los animales significaba afrontar el duelo por una mascota que muere, y la pérdida de la capacidad de dar y recibir un tipo de amor y cariño que sentían que no podían recibir de sus compañeros. Las mascotas fueron, al final, una forma de humanizarse ante la deshumanización del secuestro, y de sanar esas dimensiones de la identidad que se atacan con las dinámicas de poder de la guerrilla.

El elemento clave para contrapesar la tristeza profunda fue la compañía. Para César, por ejemplo, la manera de resistirse al aislamiento y a la tristeza profunda que sintió en esos momentos existenciales fue justamente desafiar la soledad y acudir a los vínculos que se formaban durante el cautiverio con sus compañeros. Los policías y militares narraron cómo acudieron a los vínculos afectivos, de cariño y cuidado con sus compañeros o sus mascotas para distraer la melancolía. Al respecto Diego cuenta:

Yo creo que fueron más de pronto los momentos que uno trataba de hacerse la vida bien que los momentos más difíciles. Porque uno trataba de hacer cosas, hacer artesanías, escribir, jugar, muchas veces incluso hicieron hasta una mesita de billar con las bolitas del roll-on del desodorante y las llenaban de barro y quedaban más pesadas, incluso canchas de golf y de tejo. Había unas palmas, dan un gajito como un tallo (...) y eso queda bien seco, entonces nosotros cogíamos ese palito y era como el cosito para jugar golf, entonces nosotros no que a tantos hoyos y no sé qué, entonces da uno prácticamente la vuelta al campamento y jugando.

Muchas veces encontraba el tema de apostar porque una de las cosas que uno más anhelaba era cuando daban arepa frita, cuando daban cancharina; entonces apostábamos en parkés, en ajedrez, en dominó. En cartas apostaban eran las arepas, entonces al otro día [apostaban] que sopa, uno como que descansaba porque imagínese 4, 6, 8 arepas (risas). [Esas] eran cosas que de pronto uno hacía como para estar todos los días. Los indígenas tenían una visión no sé, eran muy curiosos, cogían inclusive árboles y unas pepas, ellos llegaban con unas palmas y las frotaban así con agua y quedaban brillantes, entonces con eso uno escribía, o era como una lima, o sea cualquier cosa. Mejor dicho, uno trataba de buscar esa forma de estar como en otro mundo y ya uno volvía a la realidad prácticamente era cuando nos encerraban que nos hacían formar, entonces bueno para adentro, a las 6 de la tarde echen candado hasta el otro día en

la mañana que nos volvieran a abrir (Diego, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

El énfasis que le dan los participantes a la compañía en el marco del cautiverio suscita la pregunta por la manera en que los militares y policías secuestrados en aislamiento afrontaron la tristeza profunda y el miedo. En los encuentros de memoria no asistieron participantes que estuvieron solos durante su cautiverio por lo tanto no se cuenta con elementos para profundizar en lo que implicó este tipo de soledad; sin embargo, vale la pena considerar estos casos para ejercicios de construcción de memoria subsecuentes.

5.4. Daños físicos: las marcas del secuestro en el cuerpo

Las memorias de los daños físicos se pueden dividir en dos categorías: aquellos relacionados a los impactos derivados del combate, o la confrontación, y a las largas caminatas que hacían durante el cautiverio, y aquellos causados por los maltratos directos de la guerrilla.

En cuanto a la primera categoría, Lucas cuenta el impacto que sufrió su espalda y rodillas por cargar peso a cuestas durante las largas caminatas:

Por lo menos la más común, si va uno a ir a lo físico serían las heridas de pronto. Gracias a Dios yo tuve

solamente tres esquilas, en la parte de la espalda y otra esquila en el brazo, pero fueron muy superficiales. Además de eso pues a nivel de la escucha, del oído y todo eso también quedó afectado de alguna manera porque pues en otras situaciones lo hubieran visto a uno en forma rápida pero por la misma circunstancia del secuestro se demoró mucho tiempo para poder revisar usted cómo estaba [en lo] emocional y [en] todo. También las secuelas como le decía tanto físicas y pues en mi caso particular la que más me aquejan hoy en día es la columna, no sé si por las incomodidades, [por] cómo dormíamos, o por el peso que llevábamos por las caminatas. En las rodillas también quedaron unas secuelas (...), un dolor constante a veces y los tobillos, igual el dolor que ya con la edad y eso le afecta a uno de alguna manera (Lucas, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En cuanto a las secuelas de las marchas, José Vitaliano describe el dolor producido por las ampollas:

Otra cosa que también me acordé de lo que uno caminaba y en ese clima caliente le suda mucho el cuerpo, nosotros terminábamos con el overol lleno de sal, se le marca a uno la sal por donde va el equipo, todo quedaba como blanco y el sudor le escurre a uno. Y, con botas de caucho le sudan a uno mucho los pies y uno caminando todo el día la piel por debajo se le ablanda, y el sudor pues obviamente tiene sal (...), las partes blandas de los

pies se le levantan a uno ampollas horribles, pues obviamente no por eso parábamos sino que continúe así hasta que (...). Y de ese cambio de piel a uno se le hacen como llagas, como cruces, y pues obviamente de continuar así le sangran a uno los pies, se le vuelve eso terrible. De eso me acordé de mis ampollas que se sacaba uno los pedazos de cuero como monedas y le queda por dentro el (...), de eso me acordé. Tenaz, uno ahorita no camina con una uña encarnada y allá estando pues le tocaba porque qué (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Las memorias de Lucas y José Vitaliano hablan de secuelas físicas derivadas de las marchas en el marco del secuestro, pero también de impactos en el cuerpo causados por años de servicio activo en la Policía; donde también sufren las rodillas, la espalda y los pies por el arduo nivel de actividad física que deben realizar y las largas distancias recorridas en las caminatas.

Por otro lado, en términos de la segunda categoría, César, secuestrado por las FARC-EP, narra los daños físicos que varios sufrieron en sus cuerpos por las acciones ejercidas por parte de sus captores en cautiverio:

Incluso ellos hacían con nosotros ensayos de enfermería. La mayoría de los guerrilleros tienen conocimientos básicos de primeros auxilios, entonces ellos llegaban a ensayar con nosotros, si alguien decía

que estaba enfermo entonces decían, por ejemplo, venga Efraín, y Efraín estaba haciendo curso pa' enfermero, incluso más de uno salió lesionado por cuestión de inyecciones mal puestas. Para los que más o menos van escuchando esto es un tipo de violación de derechos humanos muy tenaz, porque pues claro a un chico se le puso fea la nalga por eso.

A lo último ya entendimos que no había autorización pa' enfermarnos, además que ellos también aprendieron el método de los secuestrados que si alguien decía estar enfermo por algo (...), le decían a uno, "lo único que hay son inyecciones", entonces [uno decía] "ah no, ya me curé" porque las inyecciones había más de uno que no le gustaban. (...) Pero esa era la cuestión, no hay autorización para enfermarse.

La utilización del cuerpo del otro como objeto de experimentación o como objeto de práctica médica cosificó a los secuestrados, atentando contra su humanidad. César, en sus memorias, se refiere también a la negación de procesos biológicos básicos, como la "no-autorización" para enfermarse, que estaba completamente por fuera de su control. Aunque a los militares y policías secuestrados se les prestó atención médica de distinta calidad durante sus años de cautiverio, en el caso narrado por César parecían ser más objetos de uso de la guerrilla que sujetos a ser curados.

Por otro lado, José Libardo menciona otra dimensión de los daños sobre el cuerpo:

Yo sabía que era miércoles o sábado porque los guerrilleros nos daban baño de lavado; [que] eran diez minutos para bañarse y lavar ropa, todo en diez minutos. [Eran] unas aguas sucias, infestadas también, nos tocaba bañarnos con ellas, con heces de chigüiro porque llegaban los animales a bañarse a un bañadero de chigüiro y animalitos de monte, y así le tocaba a uno bañarse y eso me produjo unos hongos que tengo aquí, tengo dos hongos y no los han podido curar. Creo que tienen que hacer cirugía y tienen que raspar todo eso, me ha dado pereza hacer esa vaina. La flora intestinal la destruyeron, la volvieron mierda.

Las memorias de José Libardo hablan de la precarización de las condiciones de vida durante el cautiverio que le causaron heridas físicas profundas que años después continúan vigentes. De este modo exalta la vulnerabilidad en la que se encontraban los cuerpos de los secuestrados.

5.5. “Fue muy impactante saber que ya habían pasado diez años y que tal vez nosotros no lo habíamos querido aceptar”: daños relacionados con el paso del tiempo

Una de las formas en que las personas víctimas de secuestro narran el dolor del cautiverio es a través *del paso del tiempo*. Aunque para ellos, como decía

Lucas, el secuestro es “un tiempo muerto, en suspenso”, el tiempo en realidad no se detiene y los hitos de sus vidas y los de sus seres queridos transcurren a pesar del secuestro. Así las cosas, este daño está más relacionado con todo aquello que se pierde y se *deja de vivir* por estar en cautiverio, el cual se agudizó en quienes duraron más de una década secuestrados. Por ejemplo, César, secuestrado durante trece años, cinco meses y un día, cuenta:

Este fue un momento que me quedo a mí: los sábados nos ponían a escuchar los mensajes y mi hijo me llamó y me dijo: “¡Papá, papá! Estoy aprendiendo a montar en cicla, jajaja y me caí”. O sea fue un momento y dije uno juepucha la vida allá ha seguido, pero como que uno quedaba en el limbo, como estatus quo ahí quieto y todos los días viendo la misma cara fea (risas) y eso.

José Libardo, secuestrado doce años, nueve meses y dos días, también compartió los hechos familiares importantes en los que no pudo estar presente durante el tiempo de su cautiverio:

Vienen las muertes de las familias nuestras, solamente lo podíamos escuchar por radio, se murió tal persona, se murió su tío, se murió su hermano, su primo, se murió su abuela. Viene el caso de la niña que tiene hijos, ahora sé que soy abuelo, nos reíamos cuando alguien decía por mensajes que la niña acaba de tener un hijo, un bebé y nosotros

nos reíamos porque pues se reflejaba la vejez porque uno sabe que el que iba a ser abuelo ya es un sinónimo de vejez.

José Libardo también compartió las maneras en que vio el efecto del paso del tiempo cuando vio a su familia en una revista, diez años después del inicio de su cautiverio:

Una anécdota, cuando yo me le volé de las FARC y me volvieron a capturar ya llevábamos más de seis años sin pruebas de supervivencia y pues no veíamos los hijos desde el año 1999. [Yo] cargaba una fotografía de cuando eran niños que es una de mis banderas, y resulta que me dieron una revista de Semana donde estaban nuestras unas familias, yo cargo todavía ese recortico, y si no es porque en el pie de letra de cada fotografía estaban los nombres de las personas que estaban ahí, yo no soy capaz de distinguir a mis hijos, porque para esa fecha mi hijo tenía 17 años y mi hija tenía 14, inmediatamente me muestran eso yo empiezo a llorar.

Ayer [en el taller] hablábamos de que en las clases de inglés [que tuvimos] con Alan Jara en el cautiverio, y claro cuando yo veo esas fotos y mi ensayo era precisamente que cuando uno entra a una situación complicada y difícil, eso le divide a uno la vida en dos, se llamaba "Detenidos en el Tiempo" o "la Burbuja del Tiempo". Uno lleva un pensamiento y una imagen, y fue la imagen

de lo que vimos cuando nos fuimos, y esa imagen siempre nos acompañó (...). Entonces decían ¿Cómo es posible que una persona que dura más diez años no salga tan traumatizado? [como un policía que duró un año y unos días secuestrado y se "le corrió el champú"] entonces un psicólogo hablando desde el punto de vista científico, decía que es que cuando uno tiene unas etapas en el cautiverio que son las de adaptación, entonces hay una etapa que cuando usted ya lleva tiempo metido en eso, el cuerpo se acostumbra, y ya no pierde la razón y que eso pasó con nosotros. Nos ven cuerdos aunque de todas formas si tenemos nuestros problemas. Entonces, fue impactante porque fue reconocer que ya llevamos diez años alejados de ellos y que no habíamos tenido ningún contacto físico con ellos, entonces el recorte de la revista era muy feo, muy acabado, entonces el comandante le ordenó a los guerrilleros que le trajeran la revista nuevamente y ya viéndola más clara, que definitivamente era mi hijo que pues siempre se ha parecido a mí, y mi hija que se parece a la mamá, pero fue impactante, muy pero muy impactante, saber que ya habían pasado diez años y que tal vez nosotros no lo habíamos querido aceptar. Era como si nosotros hubiéramos permanecido jóvenes, y ya de 29 y 30 y de pronto el cuerpo se transformó inmediatamente.

Perderse la cotidianidad de la vida de sus familias y reconocer que sus hijos crecen sin ellos y sus padres mueren, generó un malestar emocional muy grande

en las víctimas de secuestro, especialmente porque ellos se encontraban en lo que describen como un *tiempo en suspenso*, por lo tanto, no estaban conscientes en su día a día de la magnitud del tiempo que transcurría, ni del impacto que esto tenía en su propio ciclo vital.

Otras víctimas de secuestro, integrantes de la fuerza pública, entienden el daño relacionado al paso del tiempo a la luz de aquello que no pudieron hacer durante esos años en cautiverio. William, secuestrado diez años y cuatro meses, hizo un dibujo en referencia a sus sueños de juventud no realizados.

Al respecto narra:

Muchos sueños que tampoco se pudieron hacer realidad; yo decía voy a comprarme una moto, un computador y deambular por todas partes, pero no, conocí a la que hoy en día es mi esposa y pues se aprovecharon de mis problemas mentales y me hizo casar (risas). Soy casado y tengo dos hijos, entonces yo me despojé de todo eso, y dibujé este árbol muy grande porque yo me sentía supremamente grande y con muchos deseos de hacer cosas, pero me fui despojando de cosas; y represento esas dos hojas como mis dos hijos y mi esposa, que ahí fue nuevamente donde empecé a construir desde abajo lo que es mi vida hoy en día y han sido un motor muy grande mi esposa y mis hijos (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

Hay sueños y proyectos que se pusieron en pausa por el secuestro, y desde esta perspectiva estos daños podrían entenderse como daños también al proyecto de vida: “daños que inciden sobre la libertad del sujeto a realizarse según su propia y libre decisión, con garantías de autonomía y dignidad” (CNMH, 2014b, página 44).

¿Cómo se resistieron las víctimas de secuestro al daño producido por el pasar del tiempo durante el cautiverio? Aunque no podían frenar su paso, los militares y policías contaron las estrategias que crearon para no *perder la noción del tiempo*:

En la selva todos los días son iguales, no es como aquí que llega el fin de semana, que mañana en la tarde esta actividad, que me voy a encontrar con Pepita y vamos de paseo, etc. Allá no, allá todos los días usted ve verde, todos los días son iguales, entonces perdimos la noción del tiempo y para no perder la noción del tiempo ¿Qué me tocó hacer? la caja de las cremas de Colgate, yo cogía esa cajita y la desbarataba y ahí hacía un calendario, porque algo que he aprendido es que enero, marzo, mayo, junio, agosto, octubre y diciembre son de 31 días, mientras que febrero son de 28 y cada cuatro años tiene 29; de resto abril, julio, septiembre y noviembre son de 30 días, entonces ese era mi calendario y lo que yo hacía era tachar para saber en qué día estaba (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Por otro lado, José Libardo narra su forma de entender las etapas del secuestro y el recorrer de cada año:

Allá [en el cautiverio] lo más complicado de iniciar un año era enero no más, porque con los diciembres que era lo de las galletas y los tamales y todo eso que hacían allá, porque ellos se festejan sus cosas y sus fiestas. Entonces empezaba enero ahí era cuando a uno se le hacía tan largo esperar once meses más, pero pasaba enero y rapiditico pasaba el año y así pasaron trece años. Entonces el comandante dijo, ustedes se van primero y así era, me acuerdo tanto que fue el primero de noviembre del año 2011: dijeron Forero aliste sus cosas que se va³³.

Finalmente, otra manera de resistirse al paso del tiempo del cautiverio fue entrar a lo que José Libardo llamó la “etapa de aceptación”, donde los secuestrados reconocían que no tenían el control sobre su situación y que debían encontrar una manera de sobrevivir a ese transcurrir del tiempo, sin perder la cordura y sin desfallecer:

[José Libardo, ¿Luego de la etapa de “adaptación” qué venía?] Luego venía la etapa de la resignación y la aceptación. La aceptación es simplemente decir aquí ya no hay forma de salir, solamente se esperan unos resultados y esos resultados no dependen de nosotros, entonces acomodémonos, acoplémonos y amañémonos. Incluso nosotros llegamos a un sitio

después de haber marchado horas y todo eso, y allá uno se inventaba una cosa y otra, entonces armamos unos chinchorros que los armábamos de unas sábanas, le hacíamos unos ruedos, le metía uno un cuerda y ahí quedaba una silla para uno sentarse, entonces llegaba uno y guindaba su chinchorro mientras la guerrilla acomodaba el sitio. Nosotros mamados entonces decíamos “esta es la vida que yo buscaba definitivamente, ganó 30.000 diarios, ahoritica me acomodan la cama y me traen la comida aquí, no, definitivamente nosotros estamos es pero bien” (risas). Mi general Mendieta escuchaba eso y se emputaba “¡claro, como ustedes ya están amañados acá!” (risas).

5.6. Daños al sistema familiar

“Cuando yo salí, mi mamá me decía,
“es que todos los días no sabía si usted comía,
si dormía, qué estaba haciendo, si estaba enfermo”,
entonces eso es un secuestro para ellos también”.

Diego, Policía, secuestrado por las FARC-EP

Los participantes de los talleres hicieron énfasis en el daño al sistema familiar³⁴ que causó su secuestro, no solo en referencia a ellos como parte de un sistema familiar sino a las afectaciones que sus familiares tuvieron durante su cautiverio, dado que “las afectaciones

34 Por sistema familiar se hace referencia al círculo afectivo más cercano de la persona que estaba secuestrada, es decir, el sistema que se compone de las personas que más se preocuparon por los policías y militares en cautiverio.

no se restringen únicamente a la esfera individual, sino que se extienden al sistema al que pertenece ese individuo” (Rebolledo y Rondón, 2010, página 43).

Los militares y policías afirmaron que sentían que el sufrimiento no solo era de ellos, sino también de sus familiares³⁵. Al respecto Jimmy cuenta:

Acá [en un dibujo] también plasmé una ciudad y unas personas con unos interrogantes, y es que el sufrimiento del secuestro no solamente es de uno, hay más personas, las familias, yo pienso que sufren más que uno, porque al menos uno sabe en qué condiciones está, en cambio la mamá pensando ¿Dónde estará mi hijo? ¿Qué estará haciendo? ¿Qué estará comiendo? Uno sabe cómo son las mamás de protectoras entonces el sufrimiento para los padres, los hermanos, es más complejo que hasta para la misma persona que se encuentra

35 Con respecto a los daños sufridos por los familiares de las víctimas de secuestro, Navia, C. y Ossa M. en su investigación sobre afrontamiento familiar en situaciones de secuestro extorsivo-económico encontraron que “además de vivir una experiencia análoga a la de los secuestrados, los resultados sobre índices de SEPT (Síndrome de Estrés Postraumático) y sintomatología psicológica post-secuestro indicaron que no existían diferencias significativas entre los familiares y los exsecuestrados, confirmando, una vez más, que las familias son tan víctimas como el secuestrado mismo, que los efectos psicológicos son similares” (2001, página 69). Sin embargo, es importante anotar que, en esos casos, la familia debe pagar un rescate y la vida del secuestrado depende de dicho pago gestionado por la familia; además hay amenazas a las familias por no pagar. Cuando el secuestro es extorsivo-económico la agencia de las familias es, en apariencia, distinta. En el caso de los militares y policías secuestrados las familias no son las que están siendo extorsionados, sino el Estado colombiano, sea por un intercambio humanitario, una desmilitarización o alguna otra demanda de este estilo. No obstante, el sufrimiento de las familias con respecto a la zozobra, incertidumbre y miedo por el bienestar de quien está secuestrado debe ser similar, solo que en los casos de las familiares de los militares y policías no hay agencia sobre su liberación, faltaría indagar cómo esta falta de agencia afecta a las familias en torno a los impactos y mecanismos de afrontamiento del secuestro.

secuestrada. Y las condiciones en ese momento no eran muy claras; a nosotros nos decían intercambio humanitario, pero eso se veía un túnel, ¿cuándo será eso? Pasaban los días y no había una claridad (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La incertidumbre de la familia frente al bienestar de sus hijos, esposos o hermanos fue un factor común en los relatos de los policías y militares sobre los impactos al sistema familiar. Es importante recordar que existía una asimetría de información: mientras algunos de ellos recibían mensajes casi semanales de sus familiares o amigos a través de los programas radiales, sus familias solo los leían, escuchaban o veían, cuando la guerrilla enviaba esporádicamente pruebas de supervivencia. Vale la pena aclarar que saber de la familia no disminuía el dolor por su ausencia pero, al menos para los militares y policías secuestrados, ofrecía un cierto sosiego escucharlos. Al respecto Raúl recuerda: “Nosotros sí sabíamos cómo estaba la familia, pero ellos no. Ellos sabían por ahí cada cinco meses, seis meses cuando llegaban las cartas, entonces era la única comunicación que teníamos, y pues era por la misma técnica de correspondencia y los mensajes” (Raúl, Policía, secuestrado por el ELN).

Diego cuenta, cómo desde su lugar, ese no saber durante su secuestro afectó a su familia:

Estas son unas lágrimas porque siempre estaba el sufrimiento; y el tema de la felicidad, yo digo que

lo que nos unió fue la fe, la oración, la esperanza de que el día de mañana se den las cosas porque yo soy de las personas que digo que a pesar de la situación que nosotros vivimos acá, los que más sufrieron fueron nuestras familias porque es la incertidumbre de ellos de saber cómo estábamos. Cuando yo salí, mi mamá me decía, “es que todos los días no sabía si usted comía, si dormía, qué estaba haciendo, si estaba enfermo”, entonces era más el sufrimiento acá porque sea lo que sea nosotros estamos en grupo, al menos nos damos fortaleza entre nosotros mismos pero nuestras familias desconocían eso. (...) Soy de los que digo que los que más sufrieron el tema del secuestro fueron nuestros familiares (Diego, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Antonio, por otro lado, relata cómo su secuestro y la lucha de su familia por su liberación afectó, y continúa afectando, la cotidianidad, la tranquilidad y salud mental de su sistema familiar:

Aparte del dolor claro, [para] la familia es otro secuestro, a pesar de que estaban acá y todo eso, pero es otro secuestro. En el caso mío mi familia aún sufre todavía esas situaciones porque ellos nunca recibieron un tratamiento adecuado posterior al secuestro mío. Mi esposa por ejemplo ella dejó todas sus actividades normales por dedicarse a buscarme, con la mamá de Ariel [compañero secuestrado, presente en el taller], mantenían viajando de un lado a otro, a Bucaramanga, a Bogotá, ver si nos podían

ver, entrando a las brigadas y nunca encontraron una mano que les dijera qué necesitan.(...)

Mi hija aún tiene reacciones porque ella el día [del ataque del ELN a Morales, sur de Bolívar, que llevó a su secuestro] el 21 de mayo, es la fecha del cumpleaños de ella, y precisamente se quedó ahí pegada al teléfono esperando que yo la llamara pa' felicitarla, y pues como era una niña, y ella dijo: "hasta que mi papá salga, no cumplo más años". (...) Mi esposa es mi fortaleza, mi apoyo siempre ha sido ella, y ella se esmera por darnos a nosotros pero no se da cuenta que ella también necesita una orientación, un soporte, aunque ahí nos ayudamos el uno al otro, pero pienso que la familia es aún más afectada que nosotros mismos que estuvimos allá encerrados (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Las memorias de Antonio sugieren justamente que, dado que el secuestrado no es el único que sufre, sus familiares merecían atención y cuidado durante el tiempo del cautiverio y también después de su liberación, para matizar los impactos y prevenir la profundización del sufrimiento.

Las memorias de las víctimas de secuestro muestran cómo el cautiverio transfigura la vida del sistema familiar, llevándolo a ser en sí mismo otra víctima directa del secuestro. En otras palabras, sin querer afirmar que las familias son entidades homogéneas y

monolíticas, estas sufren el secuestro de manera distinta pero simultánea: “las familias viven un cautiverio total, no hay barrotes, no han sido aisladas del mundo, ni tiene una pistola enfrente pero se encuentran encerradas psicológicamente por un secuestrador que aparece y desaparece de manera repentina y azarosa como un ser invisible, siempre ahí” (Navia, C. y Ossa, M., 2001, página 69).

En el caso de las memorias de militares y policías víctimas de secuestro, las familias eran víctimas y a su vez el bastión de fortaleza de los secuestrados. Esto se resaltó cuando, durante los talleres, se realizó un ejercicio de escritura, el cual consistió en redactar una carta a una persona, cualquier persona, que hubiera sido fundamental para sobrevivir y pervivir la experiencia en el cautiverio. Todos les escribieron a algún miembro de su familia, casi todos a su mamá.

Lucas redactó una carta dirigida a su hermana, quien al igual que él es de la comunidad indígena Tucano y, por dificultad de acceso a las emisoras, no pudo mandarle ningún mensaje durante los casi dos años de su secuestro. Acá escribió:

Bogotá D.C., septiembre 15 de 2017

Señora
Balbina Trujillo Ferrer
Mitú-Vaupés

Querida y recordada hermana,
En primer lugar quiero saludar y desear lo mejor junto
a toda la familia.

La presente es solamente para contar que me encuentro bien, junto con mis hijos y gracias a Dios bien de salud todos.

Hoy después de muchos años de haber obtenido mi libertad, le escribo estos renglones para agradecer por haber estado conmigo siempre durante mi cautiverio y siempre me daba la fortaleza para sobrellevar el difícil momento.

No siendo más el motivo de la presente, me despido. Un abrazo especial para mi madre, te quiero mucho.

Atentamente,
Lucas Trujillo F.

En suma, en este capítulo se hizo énfasis en los acentos que los policías y militares que participaron en los encuentros de memoria le dieron a los daños e impactos que vivieron en el marco del secuestro. En el transcurso se evidencia que, aunque la vulneración a su libertad es el escenario principal, a saber, el secuestro en sí mismo, los impactos que sufrieron trascienden este hecho y son inmensamente más complejos.

Adicionalmente, la paradójica condición de enemigo-enemigo que vivían los policías y militares con sus captores -aún cuando ya no estaban actuando en el campo de batalla- se traduce, en los casos compartidos, en dinámicas de poder que profundizan los daños morales, emocionales y físicos del cautiverio. Por otro lado, los daños relativos al paso del tiempo, así no sean una categoría con límites definidos, son fundamentales para resaltar lo específico de una

victimización como el secuestro que se alarga a través de los días, meses y años. Finalmente, la categoría de daños al sistema familiar se construyó a partir de las voces de quienes vivieron el secuestro, por un lado, para darle mayor visibilización al sufrimiento de quien espera y, por otro, para resaltar que ese dolor lo sienten y lo reconocen los secuestrados en su cautiverio.

Capítulo 6

Afrontar y pervivir el secuestro

La forma en que los militares y policías respondieron³⁶ ante el secuestro no solo les permitió sobrevivir a los daños infligidos por la guerrilla, sino que les ayudó a

36 Las respuestas están contenidas en tres procesos que, aunque distintos en su definición, ilustran la manera en que se responde y se sobrevive al daño. Estos son: la resistencia, la resiliencia y los mecanismos de afrontamiento. Las memorias de los daños están ancladas a las múltiples y diversas maneras en que las víctimas de secuestro se **resisten** a esos daños, sea, por ejemplo, desde la desobediencia frontal a la guerrilla o desde la escritura aislada. Estas acciones les permiten a las víctimas pervivir a través de “una respuesta a los ejercicios de dominación, es decir, a aquellas relaciones que explotan, arrebatan, suplantam o usurpan las habilidades y los recursos, materiales y simbólicos, de un grupo determinado de personas. Al interior de cualquier ordenamiento social, los sujetos pueden configurar mecanismos y prácticas que se oponen a los mandatos, a los castigos, a los aniquilamientos y a todas las acciones a través de las cuales se instala el poder dominador en la cotidianidad” (CNMH, 2018, página 42). La **resiliencia**, por su lado, se refiere a la capacidad que tienen las personas de superar una situación altamente estresante o traumática sin sufrir secuelas significativas. Para una definición más completa véase Muñoz-Silva, A. (2012) donde la autora afirma que: “la resiliencia es el afrontamiento adecuado de las tareas del desarrollo típicas de una determinada etapa y cultura, a pesar de experiencias de significativa adversidad o trauma, consideradas circunstancias de riesgo al asociarse con una alta probabilidad de ajuste negativo”. Cyrulnik complementa diciendo que la resiliencia “es más que resistir, es aprender a vivir (...). No es algo que hay que buscar solamente en el interior de la persona, o en su entorno, sino entre los dos, porque anuda sin cesar un proceso íntimo con el proceso social” (página 10). Finalmente, los **mecanismos de afrontamiento** hacen referencia a “responder al estrés en una forma que reduce la amenaza y sus efectos; esto incluye lo que una persona hace, siente o piensa para dominar, tolerar o reducir los efectos negativos de una situación estresante” (Byrne, D. y Baron, R., 2000, página 621).

crear una actitud en medio del cautiverio para retomar un grado de control sobre su entorno opresor³⁷. Fue a través de las múltiples respuestas a las acciones violentas que los secuestrados hallaron la manera para no dejarse arrebatar su humanidad y dignidad en medio de una victimización sistemática. Quienes compartieron sus memorias mostraron que nadie es pasivo ante el daño o trauma infligido por otros (White, 2006 citado por Buitrago, C. y Estrada, M., 2016).

En el capítulo anterior se hizo hincapié en el universo de daños a los que fueron sometidas las víctimas de secuestro. En el presente capítulo se hará énfasis en las maneras en que los militares y policías respondieron ante estos daños para sobrevivir y pervivir, resistiéndose a través de distintas estrategias a someterse completamente a la voluntad de sus captores. Algunas estrategias narradas durante los encuentros de memoria fueron: el deporte, los juegos, las manualidades y el aprendizaje; la espiritualidad; los actos solidarios y de bondad entre los secuestrados; las acciones de desobediencia u oposición directa a la guerrilla; las actitudes resilientes; las estrategias de las familias ante el secuestro de sus seres queridos y, por último, los intentos de fuga³⁸.

37 Resistir también puede ser un “acto creativo y activo de lucha que conduce a romper o alejarse (...) [creando] pequeñas modificaciones [a lo] preestablecido, con el objetivo de crear [algo] nuevo” (Foucault, M. citado por en Medina, 2014, página 40).

38 Al respecto se puede consultar el libro *La paradoja de Josefo* escrito por José Libardo Forero, él mismo se encargó de imprimirlo y distribuirlo. Adicionalmente, otros policías y militares secuestrados, como Jhon Frank Pinchao, han plasmado sus memorias en libros.

6.1. El deporte, los juegos, las manualidades y el aprendizaje

El tiempo en pausa del secuestro se llenó de contenido con las actividades con las que militares y policías pretendían resistir al control absoluto de la guerrilla, y con la voluntad de generar espacios amables para el deporte, el descanso, el juego y el aprendizaje con los compañeros. Una de las maneras más comunes para ocupar el tiempo del cautiverio fue, como se ha expresado en otros capítulos, hacer ejercicio y deporte. Diego, secuestrado por las FARC-EP, narra su experiencia:

[Nosotros] hicimos un gimnasio entonces tratamos de mantenernos activos, de hacer actividades. [Con] el balón, hubo un tiempo que nos dejaban salir prácticamente los fines de semana a unas canchas y hacíamos campeonatos y bueno era como la integración entre nosotros mismos (Diego, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Jimmy, por su parte, cuenta sobre los juegos de cartas:

Aparte de leer uno hacía muchas actividades, a mí me gustaba jugar cartas: póker. Nosotros compartimos con algunos compañeros, allá se hacía una especie de trueque, jugábamos por cigarrillos y cosas así, y [así se hacía] más divertido y ameno el día. Eso sí, jugando cartas se le pasaba a uno

el tiempo volando y luego llegaba la hora del almuerzo y uno continuaba con las cartas. Claro que esa no era una constante, había limitaciones, ya cuando [la guerrilla] nos veía como entusiasmados con el juego o algo nos decían: “no, hoy no pueden jugar, les suspendemos los naipes”. Pero a mí me gustaban mucho las cartas y después que salí del secuestro con mis compañeros, pues gestioné el juego (risas) (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Raúl, en la misma línea, recuerda cómo se inventaron un juego de bingo y un sistema monetario que lo respaldara:

Yo tengo una anécdota muy bacana que es la del bingo. Creamos el famoso bingo con Alan Jara, y hacíamos los billetes y eso lo administraban varios. Bueno la cosa es que allá para usted conseguir el dinero tenía que lavar ollas, una ollada valía yo no sé cuánto, 8.000, 10.000, 20.000 o más, la lavada de la olla del desayuno o el almuerzo, lo que fuera. ¿Quiere jugar en el bingo? Yo tengo aquí 500.000. ¿Cuánto necesita? 100.000; cinco lavadas de ollas, y resulta que como a mí no me gustaba lavar ollas, pues yo no tenía dinero entonces tocaba que le vendieran a uno. Entonces le dije a mi coronel Donato: “paisano, paisano, présteme una ficha pa’ comprar un tablero y yo le lavo la olla”, me dio la única que le quedaba y llegué con esa y entré al grupo de mi capitán

Guevara (q. e. p. d.). Les dije "tengo esta ficha", entremos en socia, oiga y coronamos con esa ficha ¡Ganamos el hijuemadre bingo! Apenas dijeron ¡Bingo! Y con esa ficha que me prestó Donato, eso nos abrazamos, saltamos; me acuerdo de Guevara súper feliz, feliz, y claro nos dieron ese montón de billetes, pero yo le repartí casi a todo mundo: regalé la plata, dejé una poquita para mí, pero bacana esa anécdota (Raimundo, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

Estos juegos, además de distraer la mente de los secuestrados, proporcionaban momentos de alegría, cruciales para sobrevivir el cautiverio y no sucumbir ante la desesperanza de ver pasar los días, meses y a veces años sin que se concretara su liberación.

Además de hacer deporte y participar en inventivos juegos, los policías y militares contaron que también ejercitaron y desarrollaron nuevas habilidades manuales en el cautiverio. José Vitaliano cuenta cómo aprendió a construir artesanías:

Entonces aprendimos a hacer cosas en arcilla, hicimos el pesebre, y amase y haga cosas. Yo me hice un Volkswagen imagínese, un Volkswagen tan bien hecho que le había hecho por debajo el exhosto, los ejes, imagínese que tenía un tiempo de hacer cosas (risas), con el espejo retrovisor. Un Volkswagen muy bien hecho y lo cargaba en un tablero, envuelto en trapo y (...) lo brillamos

también y quedó amarillo porque la greda es amarilla y ya al final el último día, lo volví (sic): me tiré encima del equipo así ya cansado y me le acosté al equipo y lo espiché el carrito, y una mata de orquídea, pero esa sí la llevé a la casa, y siempre cargaba mi matica ahí (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

José Libardo habla, de acuerdo con su vivencia, de cómo lo más difícil del cautiverio puede desencadenar el florecimiento de talentos escondidos:

Nosotros en este periodo de la vida humana [del secuestro] empieza[mos] a florecer cantidad de talentos y cualidades que uno tiene, pero que no las descubre hasta tanto uno no está en situaciones muy, pero muy complicadas. Empezamos a ver que podíamos dibujar, tejer, hacer ropa; yo tejía correas, hacía lapiceros, hacía hamacas, atarrayas, chinchorros y todo eso lo he venido aprendiendo porque pues los guerrilleros también saben mucho de eso. Hubo un tiempo que nos tocó hacer la ropa de nosotros porque el Plan Patriota se metió muy fuerte entonces no dejaban entrar nada, tocaba proveernos nosotros mismos hasta la ropa interior y zapatos (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Los secuestrados también aprovechaban los saberes que traían otros compañeros para organizar clases entre ellos; por ejemplo, José Libardo menciona que

Alan Jara les daba clases de idiomas y de historia general. De dos años de compartir cautiverio con Jara, José Libardo recuerda:

[Alan Jara] además catedrático, empezó a enseñar inglés. Tenía un grupito que eran el primer nivel y otro grupo porque él los catalogaba como: estos aprenden más rápido, estos aprenden más lento entonces así para que no se retrasaran y organizado todo. Teníamos horario de clase, entonces de 7 a 8, ustedes de 10 a 12 y en la tarde, de 2 a 4 de la tarde; los fines de semana historia general; los domingos era descanso, todo el día jugando parques, cartas, y él sabía que 51, póquer, corazón, continental, bridge, entonces pues claro él daba las ideas y nosotros las fabricábamos.

Como nosotros teníamos tanto talento para fabricar cosas, y como él era ingeniero, de una vez empezábamos a organizar todo. Nosotros pasamos dos años donde no nos alcanzaba el tiempo; parques de seis puestos, tres contra tres, y eso duraba hasta medio día o incluso un día, tocaba anotarlas porque ya cuando pasaban la recogida, anotaban las partidas, jugábamos a ollas en bridge; enseñaba ruso también, él [Alan] era muy dinámico.

Esta manera de ocupar el tiempo dejó evidencias: cuadernos, canciones, objetos que, como dice José Libardo, “huelen a selva todavía”:

Lo que pasa es que uno no puede decir si sirvió o no sirvió, para nosotros lo importante era ocupar el tiempo, así escribiera un cuaderno o un libro completo, era eso entretenerse tiempo completo y matar el tiempo. Yo tengo tres de esos cuadernos cinco materias escritos todos, allá los tengo guardados, ya no los volví a coger ni nada. Ahí se nota que la cuestión era ocupar tiempo, pero así son cosas que usted coge a leerlas y yo hay veces y digo uy juepucha como escribía uno de bonito, y poemas y canciones (...) y con una grabadora empecé a narrar todo. Tengo cantidad de cartas y cosas que ojalá este tema de memoria histórica aunque sea pa' crear lo que yo sueño y más de uno sueña, es una vaina parecida al museo que tiene la Policía Nacional, donde haya cantidad de instrumentos, fotos, cantidad de cartas, cantidad de elementos que vienen de allá, que huelen a selva todavía, eso es una verdadero museo de memoria histórica. De resto pues la recopilación de videos, fotos, porque nosotros tenemos los casetes que nos los mandaban de aquí y los mandábamos de aquí para allá; algunos tenemos los radios, los VHS, el betamax, estamos hablando del 99. Eso es lo que yo sueño que una persona con iniciativa y de verdad con los recursos, pero eso sí sería interesante, el epicentro de todo.

Todas estas actividades eran formas tanto de combatir el aburrimiento, la monotonía, la soledad y el desespero, como de construir autonomía en medio del control, de generar espacios donde no primara la

voluntad de la guerrilla, y de fortalecer los vínculos entre quienes estaban conviviendo en cautiverio.

6.2. “**Cantábamos alabanzas**”: la espiritualidad en el cautiverio

Los policías y militares secuestrados hicieron alusión a la espiritualidad como una herramienta fundamental para mantener la moral, la esperanza y la cordura en medio del secuestro. Ariel, quien profesa el cristianismo, cuenta:

Yo nunca había llorado y ese día me cayeron con una tres lágrimas y [pensé] “esto ahora si está berraco”, y ese día dije “no, esto si es un secuestro de verdad pa’ Dios” y salió la gente a darnos moral y los policías, pues los años no llegan solos, tienen mucha experiencia y la gente le va dando mucha moral a uno y que “tranquilo, que de aquí salimos” y como ya llevaban bastante ya conocían como el paso a paso. Se compartieron muchas cosas ahí en ese campamento, no siempre fue malo porque nosotros mismos nos hacíamos el ambiente, la gente compartía conocimientos con uno entonces eso fue muy bonito. Don Moncada que era un agente de policía como más católico diría yo, compartía mucho La Palabra en las mañanas y en las noches y eso era como un alivio para los que estábamos ahí. Después salió otro grupo de oración porque no nos gustaba como

Moncadita explicaba la Biblia entonces otro agente de Policía también explicaba la Biblia pero era más cristiano y tenía bastante conocimiento de La Palabra y nos la compartía; cantábamos pero adentro en la piecita esa pequeñita, nos reuníamos como con tres agentes de policía, el primero, dos soldados y mi persona, ese era el otro grupo, cantábamos alabanzas (Ariel, Ejército, secuestrado por el ELN).

La espiritualidad era una manera de cuidar y fortalecer los vínculos entre las víctimas de secuestro y, a la vez, de soportar el tiempo en cautiverio. Ariel continúa su narración aludiendo a cómo los grupos de oración y la formación espiritual le ayudó a nutrir el espíritu durante el cautiverio:

Sinceramente que, para mí, fue una tranquilidad cuando hice amistad con mi primero y con un agente, éramos un grupo [de oración] como de seis y nosotros cantábamos y pues eso disipa mucho, ayuda mucho y sobre todo La Palabra que eso sí creo que a todos los que estamos acá nos mantiene con esa fuerza y así fueron pasando los días.

El ejercicio colectivo de la espiritualidad cristiana se presentó como una manera de obtener la fortaleza necesaria para sobrevivir y, sobre todo, como una estrategia para conectarse con otros y nutrir amistades en medio del secuestro. La solidaridad entre compañeros se convirtió en la piedra angular para sobrevivir el cautiverio.

6.3. Acciones solidarias y mensajes de aliento

Las víctimas de secuestro resaltaron durante los encuentros lo importante que fue para ellos la solidaridad y compañía de otros compañeros en el cautiverio: los vínculos que allí se formaban les ayudaban a hacer sentido de lo que estaba pasando y a mantener su dignidad e identidad, a pesar de la deshumanización que intentaba la guerrilla. Las acciones de solidaridad les recordaban su propia capacidad de “responder y actuar con bondad y entereza moral frente a los crímenes y vilezas de otros” (Grupo de Memoria Histórica, 2013, página 367). Por ejemplo, Raúl resolvió concentrar su energía en alentar a los secuestrados más jóvenes para “darles moral”:

Uno no piensa en un secuestro, yo veía el secuestro como si fuera un paseo sinceramente lo digo, yo tomé una fortaleza, yo le pedía a mi Dios y tomé una fortaleza berraca haciendo ejercicio. Es más, allá murió un sargento, el sargento Hurtado de Las Mercedes, allá murió en el cautiverio y yo más bien agarraba a los que eran muchachitos y les daba consejos, que hagamos esto, es más nos dedicamos a hacer artesanías, por ahí los tengo los cuadritos que hacíamos. Yo era el único que tenía radio pa’ escuchar los mensajes de las familias, fui al único que le dieron radio porque hablé con el comandante de la guerrilla y él se dio cuenta del comportamiento de nosotros, y solamente a escuadras de mando le regalaron un radio. Y eso nos

reuníamos todos en una mesa a escuchar y a llorar y a botar la lágrima ahí escuchando a la familia (Raúl, Policía, secuestrado por el ELN).

Convertirse en alguien útil en el marco del secuestro puede verse como una manera de preservar la humanidad y el valor propio ante la humillación y el castigo. En la misma línea, Jimmy narra cómo, entre ellos, procuraban equilibrar las cargas de trabajo impuestas por la guerrilla que consideraban injustas:

Empezábamos a armar nuestro equipo, al principio uno no sabía cómo era la dinámica allá en la guerrilla. Se presentaban situaciones particulares que digamos yo tenía compañeros de edad, digamos que tiene la edad que hoy tengo en esa época y ellos no podían cargar el mismo peso, entonces yo ayudaba a cargar un elemento y me da un paquete de cigarrillos o un rollo de papel higiénico, eso era sagrado y por lo general yo ya no fumo, pero en esa época si fumaba bastante por la ansiedad.

José Libardo cuenta cómo, en medio de un periodo de aislamiento al que fue sometido como castigo por parte de la guerrilla, sus compañeros lo animaron expresándole solidaridad y apoyo:

Cada rato me amenazaban los tipos con asesinar-me, pero en ese lapso de aislamiento aprendí también cosas muy valiosas. Aprendí a conocerme a mí mismo, a trazarme metas, a proyectarme, a pensar

más allá. En medio de esa soledad [del aislamiento] los soldados me mandaron una hamaca rota, como fuera, mal tejida, los soldados aprendieron a tejer creo yo no sé cómo la consiguieron y me la mandaron con alias el Mocho, y justo me quedó el espacio para ponerla entre dos árboles, y todas las tardes tipo 4, 5 de la tarde me ponía a meditar y miraba a través de un árbol el cielo, y todas las tardes venían las guacamayas y a las 5 siempre se hacían en un árbol, y me quedaba yo mirando esas guacamayas y pues chévere pues era una distracción.

En suma, los actos solidarios, como maneras de cuidar al otro, incluyen acciones que intentan revertir las injusticias del secuestro, a las condiciones extremas del cautiverio y las caminatas o los castigos y tratos de la guerrilla. Las memorias de las víctimas de secuestro hablan de contrarrestar el aislamiento con compañía, la injusticia con acciones solidarias, y la humillación con dignidad.

La solidaridad no se agotaba con los vivos, varios de los policías y militares recordaron la vida y la muerte del capitán Guevara, al respecto cuentan que después de su fallecimiento y ante el tratamiento indigno que le estaba dando la guerrilla al cuerpo:

Lo que hicimos los cuatro secuestrados, cada uno le pusimos la mejor ropa que tenía, lo vestimos, uno le puso la camiseta, el otro el pantalón de la sudadera, el otro le puso las medias, y más o menos lo

arreglamos pues para que supuestamente lo entregaran a los familiares (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Las memorias de las víctimas de secuestro nos muestran que las expresiones de solidaridad estaban íntimamente relacionadas al cuidado respecto a la dimensión relacional de la identidad (Blair, 1998 citado en CNMH, 2017, página 151). Para contrarrestar el daño relacionado con el aislamiento, los policías y militares en cautiverio acudieron a la solidaridad para enmendar los vínculos y cuidar su humanidad compartida.

6.4. Actos de oposición y desobediencia

“Es que yo no estoy aquí por ningún
Estado ni ninguna cosa humanitaria
¡Yo estoy aquí es porque ustedes me secuestraron!”.
Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP

La forma en que los militares y policías secuestrados resistieron al daño también se relacionó con la preparación para una posible confrontación con la guerrilla:

Usted preguntaba que cómo era un día a día: pues uno se levantaba como a las 5:30 am todos los días, lo sacaban a uno al patio y [la guerrilla] hacía requisas y ellos entraban y sacaban cualquier cantidad de cosas, chuzos o cauchos que teníamos

camuflados. Había una gente que había hecho cosas de madera y la gente comenzó con el tallo de plátano y con eso empezó a hacer esteras y entre la estera yo tenía un chuzo porque uno decía que en cualquier momento van a matarme pues aunque sea hago algo (César Humberto, Policía, secuestrado por el ELN).

En otras ocasiones, los militares y policías reaccionaron ante injusticias perpetradas por la guerrilla, invadidos por la indignación y la rabia, con actos de rebeldía como la destrucción de sus *cambuches*:

Lo cierto es que a él [sargento secuestrado que estaba enfermo] le llegó un médico y lo sacaron para revisarlo, ahí lo revisan y empiezan a correr los guerrilleros por todos lados, hacen una especie de camilla para sacarlo, y como pudimos escribimos unos papelitos para que él los llevara [a la libertad], pero no era permitido. Dijimos "por lo menos uno se va para la casa" y unos cuatro días después de haber salido él, estábamos escuchando radio e interrumpieron el programa y dieron la noticia que había sido encontrado el cuerpo del sargento, eso fue algo que nos mató a todos. Es difícil... es una situación... es muy duro... Una persona sana, terminar como un bebé; a él tocaba bañarlo, darle de comer. Entonces para nosotros fue muy duro saber... Un campesino rescató el cuerpo, ya llevaba cuatro días de haber fallecido y no fueron capaces de entregarlo y eso nos dio muy duro, desbaratamos

todo [del lugar donde los tenían en cautiverio], yo desbaraté mi cama, fue uno de los sucesos más duros (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

La confrontación directa también se llevó a cabo en espacios de diálogo entre guerrilla y secuestrados. Esto le permitió a las policías y militares ubicar la culpa del secuestro en el victimario, negando la instalación de la narrativa culpabilizadora que la guerrilla intentaba imponer a las víctimas:

En otra ocasión también, la guerrilla tenía un líder que se llama Martín, un señor anciano, ya lleva como 40 años, y el tipo en una ocasión llegó a decir "es que a ustedes no los liberan o no los entregaron que porque el gobierno no ha querido hacer la ley de canje o intercambio humanitario", ese día yo amanecí como con las puntas arriba y le dije: "es que yo no estoy aquí por ningún Estado ni ninguna cosa humanitaria ¡Yo estoy aquí es porque ustedes me secuestraron!" El tipo levantó de una vez la mano y montaron los fusiles los guerrilleros. Ese día también pensé que me tocaba... (Julio César, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Estos actos de oposición directa, aunque extremadamente riesgosos para quienes los realizaban, desafiaban el control discursivo y físico que la guerrilla pretendía ejercer sobre los secuestrados. Además, les ayudaba a expresar los sentimientos de indignación que surgieron en las condiciones del cautiverio.

6.5. “El deseo de vivir y de cumplir mis proyectos fue lo que me mantuvo”: la actitud en medio del secuestro como mecanismo de afrontamiento

En un hecho victimizante como el secuestro de integrantes de la fuerza pública, donde se vieron obligados a estar bajo el control del enemigo por un periodo indeterminado de tiempo, emergió un mecanismo de afrontamiento que tuvo menos que ver con las acciones, y más que ver con las actitudes³⁹ que se tomaban y reconocían como valiosas para sobrevivir.

En el caso del secuestro, las actitudes que son valiosas para sobrevivir son aquellas que, a través de las creencias, emociones y conductas, les permitieron a los militares y policías hacerle un contrapeso a la intencionalidad del daño perpetrada por el victimario en el marco del cautiverio. Es decir, aquellas que posibilitaron vivir el secuestro de la manera más digna y humana posible, limitando el efecto de los daños. En esta línea, los participantes contaron las estrategias que utilizaban para comprender, sentir y comportarse en el marco del secuestro trascendiendo el miedo, la soledad, la falta de privacidad y la incertidumbre

39 Entendemos las actitudes básicamente, como juicios evaluativos sobre algo; estos juicios incorporan tanto las creencias que una persona tiene sobre algo, como las emociones que se vinculan, y la inclinación a actuar de una manera determinada (Ovejero, A. 2000, página 193). Para el tema que nos atañe, la actitud es crucial porque influencia tanto la forma en que cada persona comprende experimenta y siente una situación, como su comportamiento frente a otros en torno a esa circunstancia concreta.

de su condición, por ejemplo, a través de actividades que les ayudaban a *desconectarse* de lo que estaban viviendo, como recuerda César:

Para mí fueron los momentos en que jugaba parques, otro que cuando íbamos a tirarnos al río, pues había unos ríos de aguas muy cristalinas, entonces uno se metía por debajo aún encadenados y nos íbamos por allá debajo y buscábamos arena, y nos encontrábamos así de frente y vivía como a la niñez y en esos momentos nos desconectábamos del mundo. Cuando trajeron un DVD y, primero, la sorpresa de ver un aparato de esos en la selva, y luego cuando díjeme podía ver una película; entonces uno se metía en ese cajoncito y se concentraba en que ese era el mundo, esa era la realidad. Para mí era un contraste, para mí eran buenos [momentos] porque le hacían a uno perder la realidad, pero era muy triste cuando terminaba porque era volver a ser consciente de la realidad, pero bueno. Más que todo también cuando jugábamos parques porque eso lo desconectaba a uno, o sea, las cosas que lo desconectaban a uno del mundo (César Augusto, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Esos espacios de desconexión le ayudaron a César a tener momentos durante el cautiverio que no estuvieran regidos por las normas de la guerrilla, casi como escapadas de la mente y el alma a un lugar-espacio donde no había secuestro.

En el caso de Julio César, su estrategia consistió en proponerse y lograr *cambios en su filosofía de la vida*⁴⁰ que le ayudaron a comprender los problemas dentro, y fuera, del cautiverio de manera distinta. Así pudo para darle, como afirma, a cada cosa su debida importancia.

Mi labor era dar a cada día [en cautiverio] su debida importancia, porque usted ve que con todo lo que nos pasó, todavía estamos con el pelo oscurito y no estamos calvos, ¿por qué? Porque eso influye en una persona. Yo tengo un compañero, incluso se retiró hace poco, y cuando estábamos en curso de ascenso le decíamos Tal Cual, porque eso remingaba por todo. Que vamos a hacer un asado imagínense, un asado con orquesta y unas cervecitas, a pasarla rico y eso remingabal que nooo, y eso recogiendo y ustedes lo vieran al lado mío, y somos cursos de cursos, y él está viejito, calvo y el medio pelito que le queda ya está blanco ¿Por qué? Porque por todo reminga.

En la misma línea de Julio César, José Libardo cuenta:

Estaba en España, Madrid, cuando un señor llega y me dice, ¿qué lo mantuvo a usted vivo? o ¿qué le permitió a usted haber sobrevivido? porque en

40 De acuerdo con Pau Pérez, uno de los elementos de resiliencia que desarrollan algunas personas que son víctimas de eventos traumáticos son los *cambios en la filosofía de la vida*, donde “se aprecia más lo que se tiene, se valora más los detalles. Un porcentaje importante de personas tras un hecho traumático cambia su escala de valores, prioriza otros aspectos tomándose la vida de un modo más sencillo y disfrutando más de las pequeñas cosas” (Pérez, P. 2006, página 118).

España y en otros países eso sí es sorprendente cuando uno dice duré trece años secuestrado, y llegué y le dije, “a mi lo único que me mantuvo con vida en el cautiverio fue no dejando de respirar”, porque de resto como le acabo de decir, pensaba en el suicidio...¡Pensábamos! y hay gente que no lo acepta.

Las actitudes que tomaron las víctimas de secuestro frente a su situación les permitió encontrar elementos que les ayudaron a mantener la moral y a “no dejar de respirar”.

6.6. La fuga: una obsesión de libertad

Finalmente, la manera más arriesgada en que las víctimas de secuestro se enfrentaron a su situación fue a través de los intentos de fuga. Pocos intentos fueron exitosos, solo Jhon Frank Pinchao, subintendente de la Policía nacional -secuestrado durante la toma de Mitú-, logró fugarse sin la ayuda de ningún guerrillero, sobrevivir doce días caminando en la selva y llegar a la libertad. Aún así, conscientes de que la suerte estaba en su contra y de los riesgos que implicaba para su vida fugarse y ser capturados, o fugarse y morir ante las amenazas de la selva, los planes e intentos de fuga se volvieron casi una obsesión para los militares y policías secuestrados. Jimmy cuenta cómo pensó en escaparse:

Uno se les acerca (...) y pues claro también uno espera en qué momento le dan papaya, vive

pensando en qué momento me dan papaya para quitarle el fusil, y eso uno lo vive planeando, eso no es mentira. Nosotros nos reunimos y decíamos "¿qué hacemos? ¿el centinela? no". Yo creo que planes de fuga hice, en esos años, cada día hacía dos o tres planes de fuga por día. Una vez si tuve como la oportunidad, pero eran muy difíciles las condiciones, uno encadenado, sin zapatos, sin botas, someterse a unas condiciones donde no conoce a nadie y ellos controlan la zona (...), entonces si uno llega a una casa, no voy a recibir esa ayuda porque van es a llamar y me van a entregar. La amenaza fue constante y decían todo el tiempo eso sí, si usted se intenta fugar va para fusilamiento, y así transcurrieron los dos años y dos meses que estuve secuestrado (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Así mismo, Juan Carlos agrega:

Cuando estuve solo nunca había posibilidades [de fugarse] porque siempre fue amarrado y custodiado siempre con seis o siete [guerrilleros] y, de noche nos amarraban las manos adelante y dejaban dos ahí custodiándonos. Se reducen las expectativas de fuga a cero, fue cuando nos llevaron y nos encerraron en esa jaula, que ya sinceramente si uno miraba cuando comenzamos a picar para hacer la cancha esa, que eso no era sino piedra, ya pedimos barras y toda esa vaina y la misma piedra nos ayudaba para hacer la cancha porque eran piedras tan

grandes que lo único que se hacía era apalancarlas, levantarlas y hacer un hueco más grande y dejarla caer para que la piedra quedara enterrada ahí, entonces pensar en que podía uno cavar eso ¿no? Pero la expectativa de uno de fuga todo el tiempo estuvo; en el caso mío yo me levantaba y lo primero que hacía era colocarme mis botas, como en las noches se las quitaban a uno, y yo no hacía sino esperar, esperar un totazo y mirar a ver cómo me pierdo, pero siempre eso estaba en la cabeza (Juan Carlos, Ejército, secuestrado por el ELN).

A pesar de las condiciones terriblemente adversas, los militares y policías siempre estaban creando y pensando posibles planes de fuga, por más descabellados y difíciles que fueran. Algunos, como José Libardo, llegaron a hacer dos intentos de fuga durante su tiempo en cautiverio, esperando alcanzar la libertad y temiendo las consecuencias en caso de fracasar.

Yo me les volé dos veces. La primera fue al mes de secuestrado, había la oportunidad, escuchaba los helicópteros a lo lejos y tomé la decisión. La decisión la tomé en menos de medio día, pero no hice planeamiento ni hice nada, era como la oportunidad que se daba. Los guerrilleros hacían un nudo sencillo, el tipo amarrado como con un nudo de zapato, (...) y me dejaron a mí con un guerrillero, pero donde habíamos llegado pues eso estaba infestado de insectos como un verraco, zancudos por cantidad y entonces los guerrilleros

amanecían picados vueltos nada, y trasnochando y trabajando entonces el guerrillero estaba re cansado, y se quedó dormido.

Llegué yo, me acerqué al árbol, volví a ver al guardia y solté el nudo, llevaba por ahí 10 metros y escuche ¡Se voló el teniente! Ya cuando [el guerrillero] se despertó de inmediato la descarga de fusiles y ¿qué piensa uno? salir de la zona de emboscada, y fue en zigzag. Dele y dele, por allá me encontré como con un puesto de centinela en una avanzada, gracias a Dios no estaba el man y dele, a mi lo que me interesaba era salir de la emboscada.

La orden inicial disque dijo alias Samuel, Frente 40, dijo, "si lo encuentran, dele". Duré dos días perdido entre la manigua, en medio de la selva, uno cree que a uno le enseñan aquí en los cursos que hacemos que si se siente perdido coja aguas abajo, que lo lleva a un caño más grande, y ese a un arroyo y ese a un río, y del río a un pueblo, puro cuento... eso no funciona en la selva, porque los ríos cogen hacia arriba a veces, se devuelven. Fueron dos días bravos. Me subía yo a los árboles desesperado, un desespero subiéndome a los árboles a ver si veía algo, hasta la cúpula del árbol descalzo ahí como podía, con botas y medias, y mi sorpresa era que donde se veía claro, era pura selva y hacía el otro lado cerrado, tapado, neblina, así fue como en tres árboles diferentes.

A lo último ya en la tarde del segundo día, de lo desesperado, como para no enloquecer di un giro repentino, como que tomé una decisión. Resulta que yo me estaba era envolviendo en la montaña, entonces cada vez que miraba hacia arriba yo veía más y más montaña y más roca y toda esa vaina y dije no puedo seguir más aguas abajo porque peor me pierdo de la civilización, mientras que estoy arriba al menos tengo esperanzas de alguna orientación o algo. Hice un giro, yo no sé si cosas de Dios o, una gracia me iluminó y caminé por ahí 50 metros y encontré el camino, una pica, un caminito, y bueno dije ya aquí estoy, ya no me muero.

Ese es el error porque esos caminos son de ellos, pero en ese momento ya había aprendido que me cogiera la guerrilla otra vez o era morirme ahí en la selva, entonces anduve ahí por el camino hasta que llegué a un claro, llegué a ese claro después de un mes sin ver la luz, y eso yo veía todo nuevo, otra vez la luz del mundo. Salí del eje de avance, esperé que fuera la noche para andar de noche. Yo creo que llevaba dos o tres horas que me había quedado foqueado del cansancio tan verraco cuando veo linternas por todo lado, rodeado de linternas, ese tiene que estar aquí, ese no sé qué, lo único que hice fue tenderme al piso y volver a ponerme la cuerda⁴¹ pero gracias a Dios no me la puse en el cuello o sino

41 La guerrilla utilizaba la cuerda para amarrar a los secuestrados, unos a los otros, para hacer las marchas y disminuir la posibilidad de fuga, o a veces para tenerlos amarrados en los campamentos como castigo o para restringir su movilidad por riesgo de fuga.

me hubiera ahorcado el tipo. Entonces yo en arrastre bajo los persuadí que yo estaba buscando al comandante del frente, que yo estoy buscando es al camarada, qué no sé qué, que me devolví a buscarlos, que estoy perdido, que no sé dónde estoy, esperando el rafagazo, y le mandé yo al man la cuerda y este hijuepuerca ahí me dejó marcado de por vida, eso jalaba ese hijueputa, donde esto [señala el cuello] me había ahorcado.

Estos intentos de fuga no quedaban sin ser castigados por la guerrilla y los secuestrados lo sabían. José Libardo cuenta:

Yo le voy a hacer una contra pregunta, ¿usted ha montado parapente?, ¿cuál es el deporte más peligroso que usted ha hecho? Usted sabe que si se lanza de por allá se puede matar, es igual. Pues es la misma conciencia que se tiene cuando usted se lanza de un paracaídas, que sabe que si no abre se va a matar, igual pasa, si uno se vuela, porque la guerrilla se lo advierte a uno, si uno se vuela, eso es muerte fija o libertad.

Una vez nos dijo el mismo Grannobles [guerrillero comandante de las FARC-EP]: todo prisionero de guerra o toda persona privada de su libertad va a buscar siempre escaparse, entonces ellos con ese término y basados en unos antecedentes que tenían con un señor capitán Quintero que se voló y se llevó unos guerrilleros pues entonces cada vez

que sucedía un hecho trascendental a la guerrilla, o sea que le ocasionaba al grupo o al movimiento una especie de impacto negativo, o incluso grave, pues ellos tomaban medidas inmediatamente. Un ejemplo, si se voló uno de los secuestrados, entonces metían alambres por todas partes, le metían mallas y más seguridad, minas alrededor, le metían por lo menos el coso [un hueco en la tierra] que habla mi sargento mayor.

El 15 de septiembre del año 2009 tomo la decisión de fugarme del campamento donde estaba (...) El caso es que estábamos en el Inírida y de ahí a ese sitio al río Guaviare eran más o menos eran 125 km, los recorrimos en 20 días, aproximadamente, sobreviviendo, pura y física supervivencia y con mi amigo que estaba enfermo y ya por allá coronando en el río Guaviare la guerrilla nos recaptura nuevamente y nos [dicen que nos] van a fusilar: nos desnudaron completamente, nos tendieron en el piso y nos pusieron los fusiles en la cabeza.

José Libardo continúa contando que se salva del fusilamiento porque durante su fuga se topa con una caleta de la guerrilla y la mueve de lugar, como “seguro de vida” ante una posible recaptura. Eso disuade a los guerrilleros de matarlos, pero no de castigarlos:

Entonces ya después de eso recuerdo que me colocaron una cadena acá en el cuello, otra en las manos, otra en los pies y me amarraban a un palo

por allá de los pies a un palo. Uno tenía que orinar ahí prácticamente moviéndose un poquitico, nos colocaron minas alrededor, lo que era minado el campamento, y bueno ya después nos quitaron eso porque eso no lo pueden hacer constante porque es un trabajo para ellos, además que es peligroso.

Las difíciles consecuencias de las fugas, en términos de castigos y represalias, las vivían todos los secuestrados, ya que, si uno se fugaba, así fuera recapturado, eso implicaba un deterioro de las condiciones de vida de los que quedaban atrás. Quienes hacían intentos de fuga vivían, entonces, con la culpa de saber que sus compañeros eran quienes vivirían las consecuencias⁴².

La fuga, entonces, era la expresión de anhelo de libertad que se expresaba, para algunos, a través de planes y preparaciones, y para otros en intentos que podían terminar en la muerte⁴³ o en graves represalias contra quienes se fugaban y contra sus compañeros de cautiverio. Sin embargo, a pesar de las bajas probabilidades de éxito, casi todos estuvieron de acuerdo cuando César Humberto afirmó “uno siempre se quiere volar” (César Humberto, Ejército, secuestrado por el ELN).

42 Se puede consultar el concepto de *culpa o vergüenza por supervivencia* en: Pérez, P. 2006, página 288.

43 Antonio menciona el caso del intendente de policía Luis Hernando Peña Bonilla y del capitán Wilson Quintero Martínez; ambos fusilados en retaliación por sus intentos de fuga.

En suma, los militares y policías narran su secuestro como un entretendido de daños y resiliencias justamente porque estuvieron en un ejercicio constante de resistir tanto a su cautiverio como a la intencionalidad de daño de sus captores. Resistir los daños del secuestro consistió en saber cómo sobrevivir los días eternos en cautiverio, así como el aislamiento y los intentos de deshumanización -lo que transformó la manera en que los secuestrados hoy entienden y habitan el mundo-. Además, resistir también fue una búsqueda para encontrar maneras de aferrarse a su identidad. En otras palabras, las formas de afrontar el secuestro incluyeron maneras de transformar -así fuera de manera leve- su entorno, construir un nicho donde nutrir su humanidad y solidaridad y de no dejarse permear completamente por los actos indignos de la guerrilla.

Las estrategias para distraer la mente, aprender y llenar el tiempo del cautiverio; el uso y ejercicio de la espiritualidad colectiva; las acciones solidarias como respuesta a las victimizaciones; los actos de oposición y desobediencia ante las guerrillas; las actitudes para propender por vivir el secuestro de la manera más digna y humana posible, limitando el efecto de los daños y, finalmente, los sueños e intentos de fuga, hicieron parte de la cotidianidad del secuestro de militares y policías.

Capítulo 7

Las familias también resisten al secuestro

“A nuestros seres queridos, policías y militares secuestrados, todo nuestro incontenible y perseverante compromiso de no dejarlos solos, ni de silenciar nuestras voces para tenerlos de regreso a casa, vivos y libres”.

ASFAMIPAZ

Aunque la voz de las familias no estuvo presente en los encuentros y talleres, a través de las memorias de los policías y militares se pueden reconocer algunos mecanismos de afrontamiento que se proponían desde afuera. En los recuerdos sobre el tiempo de cautiverio se evidenciaron algunas de las formas en que las familias reaccionaron, movilizaron o soportaron el secuestro de sus hermanos, hijos o esposos.

Los siguientes relatos narran algunas de las estrategias propuestas por las familias para saber de sus seres queridos y presionar por su liberación. Estas

estrategias, en algunos casos, representaron riesgos para la propia vida e integridad física de los familiares de los secuestrados y, en otros, se refieren a una confrontación con las autoridades pertinentes en el proceso de reclamar acciones más eficaces en pro de la libertad de los secuestrados. Algunas acciones para buscar la liberación de sus seres queridos fueron: la organización y cabildeo ante medios de comunicación, el Estado y las mismas guerrillas; la presión ante la sociedad civil y ante el gobierno colombiano en búsqueda de soluciones rápidas al problema del secuestro, y vías alternativas de búsqueda de respuestas -como fue el caso del hijo de Antonio quien encontró la manera de hablar con un guerrillero desmovilizado del ELN que le pudo decir si su papá estaba vivo e informar sobre su estado de salud en el cautiverio-. Los militares y policías secuestrados reconocen el rol protagónico de sus madres y esposas de mantener la *moral* de la familia en los tiempos difíciles del secuestro.

Al respecto, Antonio narró dos anécdotas que reflejan la recursividad de sus hijos en buscar respuestas sobre su bienestar durante el secuestro. La primera hace alusión a los alcances de las familias y los riesgos que estaban dispuestos a tomar ante la falta de noticias sobre sus seres queridos secuestrados por el ELN:

Hubo un grupo [de guerrilleros del ELN] que desertaron, se volaron y se fueron a entregar por allá a unas patrullas y uno de esos guerrilleros fue

conducido a la quinta brigada de Bucaramanga y lo tenían en uno de los calabozos. No sé cómo mi hijo se las arregló para enterarse de que había un guerrillero y que lo tenían allá, ese día él se fue para el batallón y llegó donde estaba el guerrillero y se puso a conversar con él, le preguntó y ¿Usted sabe dónde está mi papá? ¿Usted conoce a mi papá? Y el guerrillero le dijo: “yo sé dónde está su papá, él está bien no se preocupe”. Bueno ya con esa información quedó más tranquilo y llegó a contarle a mi esposa, es algo que a mí me quedó en la cabeza ¿Cómo hizo ese chino? (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Sus hijos no solo increparon al ELN, también lo hicieron con el Estado colombiano y con el presidente ante su incapacidad de rescatar a los secuestrados:

Mi hijo, él sí decidió desde muy niño, a pesar del hecho traumático era uno de los que más se movía por los medios de comunicación, él buscaba medios de comunicación para hacerse sentir, hacerse oír, mantenía en reuniones. Cuando llegó el presidente [Andrés Pastrana] a una reunión con los secuestrados de la guerrilla en Bucaramanga, fue uno de los que se logró colar y le hablo al presidente directamente y le dijo que él no tenía capacidad para gobernar un país: “usted no tiene los pantalones bien puestos porque si no ha sido capaz de responder una carta de todas las que yo le he escrito, qué será solucionarle el problema a tantos colombianos”, le decía

un culicagado ahí parado, tenía once años y no se quedó con su gana. Él quería ser oficial de infantería, pero yo le dije no, usted primero estudia, se hace profesional y después miramos, y eso fue que logró captar el consejo y se hizo profesional, se hizo ingeniero y logró ingresar como profesional del cuerpo administrativo, y ahorita está acá en Bogotá.

Adicionalmente, la esposa de Antonio recorrió el país junto con otros familiares de secuestrados en búsqueda de sus seres queridos, al respecto dice: “Mi esposa por ejemplo ella dejó todas sus actividades normales por dedicarse a buscarme, con la mamá de Ariel [compañero secuestrado, presente en el taller], mantenían viajando de un lado a otro, a Bucaramanga, a Bogotá, ver si nos podían ver (...)” (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Finalmente, Jimmy habla de la perseverancia que tuvo su madre durante y después de su secuestro:

Yo sí en esta carta quise traer a la memoria un ser querido que me apoyó durante el secuestro que me dio mucha fortaleza y me ayudó en mi recuperación después de la liberación. Le hago es como un homenaje a mi señora madre que ya no está conmigo porque ella partió de una manera inesperada porque murió de un infarto, no esperamos que fuera tan pronto, entonces le queda a veces a uno es un sin sabor de que hubiera hecho muchas cosas más por ella, pero la vida es así y solo Dios

define el destino de las personas. En memoria de ella quise darle una nota de agradecimiento, de mensaje por ese valor que tuvo, por esa perseverancia, resistencia, por ese aguante que tuvo para haber sobrellevado una situación difícil, y después por esa ayuda que a uno le brindó después de la liberación, entonces para mí pues es el ser más maravilloso que yo he tenido, y quise hacerle como una nota de agradecimiento (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Además de los recuerdos de los policías y militares secuestrados, otra fuente para reconocer los múltiples mecanismos de respuesta y afrontamiento de las familias ante el secuestro de sus seres queridos fue el proceso desarrollado por la Asociación Colombiana de Familiares de Miembros de la fuerza pública Retenidos y Liberados por Grupos Guerrilleros (ASFAMIPAZ), un “colectivo conformado por familiares de los más de cuatrocientos [militares] y policías que estuvieron en situación de cautiverio: retenidos, prisioneros políticos o secuestrados desde el año 1997 por la guerrilla de las FARC-EP” (Manjarrés, M. 2014, página 16). El objetivo primordial de la asociación era velar por la liberación de sus seres queridos, y no dejarlos a la deriva:

A nuestros seres queridos, policías y militares que desde hace 12, 13, 14 años se pudren en las selvas de Colombia y a todos los civiles secuestrados, todo nuestro incontenible y perseverante compromiso de

no dejarlos solos, ni de silenciar nuestras voces para tenerlos de regreso a casa, vivos y libres, no envueltos en una bandera pregonando sobre sus cadáveres vivos de heroísmo (...) (Entrevista a Oliva Solarte, 2010, citada en Hernández E., 2013, página 13).

De acuerdo con doña Emperatriz, una de las integrantes de la Asociación:

ASFAMIPAZ hizo por nosotros lo que no hizo nadie y es haber hecho un contacto directo con la guerrilla. Nos quedó muy poquito de Colombia para hacernos sentir, fuimos a todas partes. Nosotras nos mostrábamos en los pueblos, se trataba de que toda Colombia supiera de nuestros hombres secuestrados. En todas partes encontramos quién nos acogiera. Fuimos a muchas partes, a San Vicente del Caguán. Siempre encontramos personas que se solidarizaban. Era la movilización de las familias con muchos sacrificios. Se logró unir a muchas familias, ASFAMIPAZ se volvió una familia. Se logró que empresas de transporte nos llevaran. Si no fuera por eso, no hubieran conocido nuestras peticiones, se juntaron RCN y Caracol. Logramos mandar mensajes a los seres queridos. Y sabíamos que los recibían, porque cuando llegaba a algún político nos contaba que habían escuchado por la radio los mensajes. De esa época conocí mucha gente bonita, gente buena por todas partes. A todas partes a dónde íbamos algo nos ofrecían, nos tenían cariño. Nosotros hacíamos los plantones y gente que se

solidarizaba, que nos acompañaban. Fue una lucha muy terrible, sobre todo cuando empezaron a llegar los primeros y nos contaban cómo los amarraban, cómo vivían, cómo los trataban (Manjarrés, M., 2014, página 30).

En cumplimiento de este objetivo ASFAMIPAZ convocó a marchas, realizó derechos de petición, hizo cabildo con el gobierno, interlocutó con las FARC-EP y logró en el año 2000, a través de sus representantes Luz Amparo Rico y Marleny Orjuela, visitar el lugar donde tenían secuestrados a los militares y policías retenidos durante la toma de Puerto Rico, Mitú y Miraflores y durante el combate en El Billar en la zona de distensión⁴⁴. José Vitaliano, policía secuestrado después de la toma a Miraflores, cuenta cómo fue esa visita de Luz Amparo y Marleny:

Las visitas que nos hizo la señora Marleny y la señora Amparo Rico pues claro que significaron mucho para nosotros porque ellas aparte de vernos físicamente y poder ir a decirles a las mamás [cómo estábamos], hacen una reunión de que si yo vi a su hijo y él está bien, eso era muy importante para nosotros y para nuestras familias. Aparte de eso que nos llevaron cartas y nos llevaron también buenas noticias de nuestras familias, nos llevaron fotos, ah juepucha mi madre todavía está, mi abuelita ya faltó, mi abuelita no está en

esa foto, qué pasaría, pues en mi caso mi abuelita había muerto, nunca me contaron nada pero me enviaron una foto donde estaban todos menos mi abuelita, y las cartas que nosotros logramos enviar con ellas y pruebas de supervivencia porque los guerrilleros nos hacían afeitar o con tijeras nos hicieron cortar la barba y mandar pruebas de supervivencia, entonces ellos quedaron contentos de vernos allá por lo menos en fotos y saber que estábamos vivos porque andábamos mucho tiempo sin escribir ni nada (José Vitaliano, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

ASFAMIPAZ surgió de la necesidad de las familias de militares y policías secuestrados por grupos guerrilleros para abogar por la liberación de sus seres queridos, ante una percepción de poca acción eficaz por parte del gobierno de turno para solucionar la situación. Esta organización trabajó fuertemente por el intercambio humanitario, modalidad bajo la cual, en el 2001 se liberaron a 284 miembros de la fuerza pública que habían sido retenidos (CNMH, 2014a, página 201). Su trabajo no paró ahí, incluso después de la liberación de la mayoría de policías y militares retenidos, y ante el posible olvido o indiferencia por parte de la sociedad civil de quienes permanecían en las selvas de Colombia, ASFAMIPAZ continuó abogando por el retorno de todos los secuestrados, como lo evidencia la siguiente comunicación enviada al Gobierno nacional en el 2012:



ASFAMIPAZ

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE FAMILIARES DE MIEMBROS
DE LA FUERZA PÚBLICA RETENIDOS Y LIBERADOS POR GRUPOS GUERRILLEROS

Bogotá .D.C., Febrero 1 de 2012

**EXCELENTÍSIMO SEÑOR
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA
JUAN MANUEL SANTOS
Ciudad**

Respetado Señor Presidente:

Cordialmente nos dirigimos a usted como un conjunto de familias unidas por el dolor en una lucha libertaria humana, justa y digna, que de cara al país y al mundo desde hace 13 y 14 años no hemos parado de trabajar por la vida y la libertad de nuestros hijos y familiares.

Doctor Santos nuestros seres queridos secuestrados por la guerrilla de las Farc-ep desde hace más de trece años, merecen hoy una segunda oportunidad de vida, en sus manos está el que nos permita abrazarlos **VIVOS Y LIBRES lo más pronto posible** ya que la guerrilla ha manifestado que va a liberar de manera unilateral a seis de ellos: **JORGE TRUJILLO SOLARTE, JORGE HUMBERTO ROMERO ROMERO, JOSE LIBARDO FORERO CARRERO, CESAR AUGUSTO LASSO MONSALVE, LUIS ALFONSO BELTRÁN FRANCO Y CARLOS JOSE DUARTE**, sin duda alguna las mujeres que trabajan por la paz en Suramérica y Centroamérica, Colombianos y Colombianas por la paz y nuestras familias ASFAMIPAZ continuamos con ahínco buscando por todos los medios la liberación de todos nuestros seres queridos, ya que allí permanecen secuestrados **LUIS ALFREDO MORENO CHAGUEZÁ, ROBINSON SALCEDO GUARIN, WILSON ROJAS MEDINA, LUIS ARTURO ARCIA** y de la misma manera solicitamos a la guerrilla de las Farc-ep decirnos qué paso con los **INTENDENTES DE LA POLICÍA EDGAR MURCIA CANENCIO Y LUIS HERNANDO PEÑA BONILLA**; recordándole a Colombia y al mundo que hay decenas de policías y soldados desaparecidos desde hace varios años y no sabemos nada de ellos ni de todos los **civiles secuestrados en nuestro país**.

Proponemos al gobierno colombiano abra las puertas a Brasil o a cualquier otro país diferente a este que acompañe con responsabilidad, respeto y humanidad la

"POR LA LIBERTAD, CON DIGNIDAD"

Calle 07A No. 60-17 Telefax: 8131474 286187 Cel: 3108800561 E-mail: asfaminor@gmail.com asfaminorlinea@yahoo.com



ASFAMIPAZ

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE FAMILIARES DE MIEMBROS
DE LA FUERZA PÚBLICA RETENIDOS Y LIBERADOS POR GRUPOS GUERRILLEROS

liberación de nuestros seres queridos como en las liberaciones anteriores lo hizo Brasil.

Desde cada uno de los hogares de nuestras familias de nuevo manifestamos públicamente al gobierno colombiano **que nos oponemos de manera radical al rescate a sangre y fuego de nuestros seres queridos que por tantos años se han mantenido con dignidad y valor encadenados durante el cautiverio** en el que los ha tenido la guerrilla de las Farc-ep durante trece y catorce años.

Hoy solo necesitamos humanidad y flexibilidad de parte del gobierno colombiano y de la guerrilla de las Farc-ep para que nuestras esperanzas de abrazar vivos y libres a nuestros seres queridos se den dentro del marco del Derecho Internacional Humanitario, de manera pacífica y en el menor tiempo posible, sin dar espacio a más dilataciones. Esperamos no solo abrazar vivos y libres a nuestros seres queridos sino también que este abra el camino a un creíble proceso de paz para Colombia.

Con sentimientos de respeto, angustia y dolor,

Cordialmente,

FAMILIAS DE POLICIAS Y SOLDADOS secuestrados por la guerrilla de las Farc-ep.

"POR LA LIBERTAD, CON DIGNIDAD"

Calle 97A No. 69-32 Telefax: 6131474 2840187 Cel: 3106800591 E-mail: asfamipaz@gmail.com asfamipaz1b@yahco.com

Comunicación de la Asociación Colombiana de Familiares de Miembros de la Fuerza Pública Retenidos y Liberados, ASAMIPAZ, al presidente de la República, Juan Manuel Santos. Bogotá, 1 de febrero de 2012.

En el 2012 las FARC liberaron a los últimos diez militares y policías secuestrados y anuncian el abandono del uso del secuestro extorsivo-económico y extorsivo-político⁴⁵. Mientras sus familias luchaban de múltiples maneras para conseguir su libertad, ellos en cautiverio les construían artesanías, altares con sus fotos y escribían cuadernos de cartas pendientes. Al respecto Antonio cuenta:

Esta fotico, esa foto fue tomada en el mes de noviembre de 1997 en Riohacha, Guajira, y mi esposa me la regaló para que la conservara en la billetera y siempre ha estado conmigo y nunca ha salido de ahí, me acompañó en mi secuestro y esa era mi compañía. Yo tenía un espacio en mi celda en un rinconcito e hice una especie de repisa de madera en forma de triángulo y la clavé en toda la esquina y ahí permanecía la fotico, usaba unas velas para iluminar la noche y yo la colocaba y hacía mis oraciones ahí.

El altar que Antonio le tenía a su familia con la foto de su esposa simboliza el apoyo que representaron durante el cautiverio. En el ejercicio de escribir una carta a alguien que fue importante durante su secuestro, él la escribió a su esposa.

45 Pese a esta declaración de las FARC-EP en el 2012, la organización sin ánimo de lucro *País Libre* advierte que esta guerrilla tenía retenidos a 400 civiles secuestrados.

En esta carta se puede ver lo que significó para él su tenacidad y persistencia:

Bogotá, 15 de septiembre de 2017.

Quiero a través de estas líneas primeramente dar gracias a Dios por brindarme la fortaleza para soportar, por brindarme el bello hogar del que me ha puesto por cabeza y por no abandonarme en ningún momento y finalmente, por conocerle a él como mi señor y Dios.

Todo esto que escribo no lo había hecho antes pero ahora veo la imperiosa necesidad de dirigirme a todas las personas que estuvieron atentas a lo que mi familia estaba pasando en aquellos difíciles días de secuestro por los que tuve que pasar. A mis hermanos, a mi madre (q e p d), vecinos, amigos y conocidos, pero muy en especial deseo agradecer, muy desde lo profundo de mi corazón a quienes fueron, han sido y serán mi soporte: mi amada esposa Dolly, y mis hijos Steven y Jeimmy.

A ti amada esposa gracias por tus oraciones, ten la plena seguridad que Papá Dios está y estuvo a tu lado, siempre escuchó tus oraciones, tus súplicas también. Gracias por tus luchas constantes, sin dejarte derrotar por el que dirán los demás de mí, siempre te has caracterizado por ser una mujer que no se deja doblegar fácilmente, cuando te propones algo lo culminas sin importar los obstáculos, gracias por tus incansables marchas en contra del secuestro y en pro de hacer visibles a los secuestrados de [Sur de] Morales, [Bolívar]. Gracias por tus incontables viajes buscando abrir puertas por saber de mí, aunque hayas tenido que desprenderte de nuestro mejor tesoro, nuestros hijos.

Gracias también a ellos por su sacrificio, que a pesar de su corta edad asumieron con madurez dicha situación; gracias por siempre apoyarme. (...) Gracias, gracias y gracias por seguir acompañándome, por seguir acompañándome en este peregrinaje de la vida. Que Dios siga llenándonos de bendiciones, los amo a todos, incluyendo a mi niña preciosa Valery Sofía, bienvenida a nuestro hogar.

Con mucho amor, Antonio.

Lucas también narró cómo honraba a su familia en el cautiverio:

Un búho, que (...) está hecho de diferentes hilos, de diferentes colores, se lo hice dedicándolo a mi mamá y por detrás dice mayo de 2001, montañas de Colombia. Lastimosamente no se pudo enviar en su momento por eso es que está conmigo y de todas maneras significa como la verdad que lo único que uno tiene allá es la familia, y todos los días los recuerda y hoy por hoy me acompaña y es uno de los adornos que tengo en la casa (Lucas, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

Como se puede ver, en algunos casos las familias vieron afectada su estabilidad económica, su lugar de vivienda y, a veces, su propia integridad física y salud, luchando por ver a sus seres queridos volver a casa sanos y salvos.

Una de las manifestaciones que personificó la lucha de las familias de los militares y policías víctimas de secuestro, fue la realizada por Gustavo Moncayo, padre del sargento Pablo Emilio Moncayo, secuestrado en 1997 por las FARC-EP durante un ataque a las instalaciones de las Fuerzas Armadas en Cerro Patascocoy, Pasto (Nariño). El profesor Moncayo emprendió una marcha a pie desde Aquino de Sandoná, Nariño, el 17 de junio de 2007, para visibilizar la problemática del secuestro en Colombia y para pedir por la liberación de su hijo. Caminó aproximadamente 1.200

kilómetros, hasta llegar a la ciudad de Bogotá el 1 de agosto. Al igual que ASFAMIPAZ, Moncayo le apostaba al intercambio humanitario y, durante la caminata que realizó con cadenas al cuello y sobre sus manos, recogió firmas para apoyar su propuesta. Aunque las FARC-EP le escribieron una carta en respuesta a su proeza, no liberaron a su hijo hasta el 2010 en una acción unilateral de liberación en la que también salió el soldado Josué Calvo⁴⁶.

En este apartado se visibilizaron algunas estrategias que adoptaron los familiares de los policías y militares víctimas de secuestro para interceder por el bienestar y la liberación de sus seres queridos, tanto a nivel familiar como a nivel de organización civil. La intención fue ilustrar cómo ambos mundos se movían en paralelo: el mundo del secuestro y el mundo de los familiares de los secuestrados que se movilizaba por su regreso.

46 Adicionalmente se realizaron varias marchas para protestar el secuestro de policías, militares y civiles; la más multitudinaria fue la realizada el 4 de agosto de 2008 llamada “No más FARC”.

PARTE IV

EL RETORNO A LA VIDA EN LIBERTAD

Capítulo 8

El desenlace:
la incertidumbre
de volver a nacer

El cuarto y último momento del secuestro es el desenlace. A través de la historia del secuestro en Colombia vimos desenlaces diversos: fugas, rescates militares, liberaciones unilaterales e intercambios humanitarios. A continuación, se enuncian los eventos más emblemáticos:

Tabla 5. Desenlaces de secuestros integrantes de la fuerza pública 1997-2012

Fecha	Evento
Junio 15 de 1997	Las FARC-EP liberaron a 70 secuestrados del ataque a la base militar de Las Delicias, a cambio de la desmilitarización de 13.661 km ² del municipio de Cartagena del Chairá, Caquetá.

Fecha	Evento
Diciembre 23 de 2000	El ELN liberó a 42 integrantes de la fuerza pública en gesto de buena voluntad para agilizar apertura de las negociaciones de paz.
Junio 2 de 2001	Las FARC-EP liberaron 42 militares y policías secuestrados a cambio de la excarcelación de 15 guerrilleros (canje/intercambio humanitario). El pacto incluyó la liberación de 242 militares y policías en los siguientes días, dejando aún 40 secuestrados, integrantes de la fuerza pública, en su poder.
Abril 27 de 2007	Jhon Frank Pinchao, subintendente de la Policía Nacional, secuestrado durante la toma de Mitú, Vaupés, perpetrada por las FARC-EP en noviembre de 1998, se fugó.
Julio 2 de 2008	Se llevó a cabo la Operación Jaque donde la fuerza pública logró rescatar a 15 secuestrados. Siete miembros del Ejército: el cabo William Pérez, el subteniente Raimundo Malagón, el capitán Juan Carlos Bermeo, el cabo primero Armando Flórez, el primero José Miguel Arteaga, el sargento segundo José Ricardo Marulanda y el sargento segundo Erasmo Romero. Cuatro integrantes de la Policía: el cabo Julio César Buitrago, el subintendente Armando Castellanos, el cabo John Durán y el teniente Vianey Rodríguez. Tres contratistas norteamericanos: Marc Gonsalves, Thomas Howes y Keith Stansell, y a la excandidata presidencial Ingrid Betancourt.

Fecha	Evento
Febrero 1 de 2009	Las FARC-EP liberaron, en misión humanitaria, a los policías Walter José Lozano Guarnizo, Juan Fernando Galicia Uribe y Alexis Torres Zapata y al soldado William Giovanni Domínguez Castro.
Marzo 28 de 2010	Las FARC-EP liberaron unilateralmente al soldado del Ejército Josué Calvo.
Marzo 28 de 2010	Las FARC-EP liberaron unilateralmente al sargento del Ejército Pablo Emilio Moncayo.
Junio 13 de 2010	Se llevó a cabo la Operación Camaleón en Calamar, Guaviare, donde la fuerza pública rescató al general Mendieta, al coronel Luis Enrique Murillo y al mayor Arbey Delgado.
Febrero 2 de 2010	Las FARC-EP liberaron, en una misión humanitaria, al infante de marina Henry López; a dos policías, Carlos Alberto Ocampo y Guillermo Solórzano; al cabo del Ejército Salín Antonio Sanmiguel, y a dos concejales, Marcos Baquero y Armando Acuña.
Febrero 26 de 2012	Las FARC-EP liberaron a los últimos diez secuestrados que tenían en su poder la fecha que anuncian el abandono del uso del secuestro extorsivo. Cuatro militares: Luis Alfonso Beltrán Franco, Luis Arturo Arcía, Robinson Salcedo Guarín y Luis Alfredo Moreno Chagüeza, y seis policías: Carlos José Duarte, César Augusto Lasso Monsalve, Jorge Trujillo Solarte, Jorge Humberto Romero, José Libardo Forero y Wilson Rojas Medina.

Fecha	Evento
	Según la ONG País Libre, las FARC-EP seguían teniendo más de 400 civiles cautivos.

En el caso de los 16 militares y policías que hicieron parte de los encuentros de memoria, unos fueron liberados en liberaciones unilaterales por parte de las guerrillas y otros en la Operación Jaque. Por esta razón, a continuación, se realiza un resumen de las experiencias de liberación haciendo énfasis, en un primer momento, en las maneras en que los secuestrados se enteraron de la noticia de su liberación y en el periplo que implicó el camino hacia la libertad. En un segundo y tercer momento nos centramos en los dos tipos de desenlace mencionados: la Operación Jaque, llevada a cabo el 2 de julio de 2008, y las últimas liberaciones unilaterales, respectivamente.

8.1. “En las próximas horas serán liberados”: el periplo hacia la libertad

El camino hacia la libertad, para los policías y militares secuestrados, estuvo lleno de sentimientos encontrados que transitaban de la alegría y el éxtasis por la libertad, al miedo, la incredulidad y, en algunos casos, la culpa por quienes dejaban atrás.

En un primer momento, los integrantes de la fuerza pública recordaron una felicidad indescriptible al

conocer la noticia de su liberación; al menos ese es el caso de Antonio, quien relata “el momento más feliz”:

Ya les había compartido ese pedazo pero para mí el momento más feliz fue precisamente el día 20 de diciembre, porque recuerdo que ese día estábamos jugando ajedrez con unas fichas que nosotros habíamos tallado allá (...). Entonces, interrumpieron el programa [de radio] y el locutor dijo “muchísima atención, en las próximas horas serán liberados 9 policías y soldados secuestrados por la guerrilla del ELN” (...) yo solo dije “papito Dios, gracias” y ese mismo día se armó una fiesta impresionante y todo el mundo, gracias sagrado rostro, gracias Divino Niño.

Nosotros hicimos nuestra oración para darle gracias a Dios porque nos ha estado cumpliendo esa promesa que habíamos pedido que era salir de allá antes de que se terminara el año. Ese mismo día a las 5 de la tarde llegó este señor Camilo, encapuchado, eso todos los guerrilleros encapuchados, solo les veíamos los ojos y un poco de guerrilla atrás. Nos reunieron para hablarnos de política petrolera, que la economía del país, y pensábamos que era para eso y resulta que el man [también] dijo: “como ustedes ya saben, ya han escuchado, el comando central decidió entregárselos al gobierno, ustedes se van para sus casas”. Ese mismo día nos dieron un maletín, nos dieron una sudadera, una camiseta blanca, unas botas de esas de trabajo, esas amarillas para la marcha y nos dieron

la orden que teníamos que estar peluqueados (...). Nos dijo "empaquen lo que puedan" y yo si no dejé mis palos, lo que yo había tallado, hice un cenicero con una mano así en esta forma, y todo eso me lo eché en las costillas, así me pese, pero no lo dejo, un diario donde escribía todos los días: "me comí esto, dormí, me levanté, hice esto, aquello"; fueron como unos 20 cuadernos. Ese 20 de diciembre [empezamos] a las 8 de la noche empezamos a caminar, con una linterna así impresionante, y el 22 de diciembre que fue ya definitivamente la salida, pero mi día más feliz fue ese día cuando escuché la noticia, el 20 de diciembre (Antonio, Ejército, secuestrado por el ELN).

Los momentos entre la noticia y la liberación consumada los recuerdan como eternos por la expectativa de salir del cautiverio y por los difíciles caminos que debían recorrer los policías y militares para lograrlo. Lucas relata el suyo, haciendo énfasis en los recorridos en carros y lanchas y en las largas caminatas que lo separaban de la libertad:

Fue en mayo cuando liberaron las primeras personas que estaban enfermas y en ese momento no sabíamos nada de nuestra liberación. Creo que fue en los primeros días de junio (...), el día anterior nos habían entregado todo lo que eran útiles de aseo, papel higiénico, jabones, hacía seis meses que no nos habían entregado nada. En la tarde llegó Grannobles y dijo: "Se van todos", pero uno

no sabía si creer o no creer, o solamente era un movimiento de un campamento a otro.

Al otro día nos sacaron como a las 4 de la mañana, nombre por nombre iban llamando a las personas; primero comenzaron llamando a todos los auxiliares, terminaron con los patrulleros. El hecho fue que ese día caminamos hasta las dos de la tarde, fue como a las tres de la tarde cuando llegamos al otro campamento cuando me di cuenta que no llegaban los suboficiales y oficiales que estaban con nosotros y hasta ahí fue donde se preguntó qué había pasado con ellos, y dijeron “no, ellos se quedan con nosotros [secuestrados]”.

De ahí para allá pues ya fue en chalupas y lanchas que tenían ellos allá, [viajamos] dos noches y tres días en lancha hasta que en un cierto punto ya [nos] encontramos con Camilo Gómez, el Comisionado de Paz y ahí ya iba creyendo uno más o menos en que sí era cierto. Nosotros duramos tres días viajando de corrido, no paramos nunca, ya hubo un punto donde nos desembarcaron y caminamos dos horas, y ahí duramos como ocho días y nos hicieron caminar [otro] tramo, pero ya en carretera destapada. [Luego] nos recogieron en camiones que transportan ganado, eran [muchas] personas ahí embutidas, llegamos hasta las cuatro de la mañana. Ya en La Macarena nos entregaron en un potrero, en un campo por allá y ahí sí volvimos a ver la luz de la civilización, y así ya de ahí para acá ya

nos reunieron a todos y la entrega que nos hicieron.
Como le digo si uno va punto por punto nunca
termina (Lucas, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

La duda siempre estuvo presente en los relatos de la liberación porque, como mencionamos anteriormente, esta estrategia de engaño fue utilizada por las guerrillas en distintas oportunidades para calmar los ánimos de sus retenidos o para convencerlos de caminar de un campamento a otro. Las víctimas de secuestro, en estos casos, preguntaban una y otra vez si era verdad que les iban a liberar y se negaban a entregar sus pertenencias hasta no tener garantías de la palabra de la guerrilla.

Jimmy realizó un generoso relato de la liberación de su secuestro: comenzó por la noticia, narró su propio recorrido hacia la libertad y recordó los últimos intercambios que tuvo con la guerrilla antes de ponerle fin a su cautiverio. Durante su relato, evidencia las tensiones entre humanidad y enemistad que se tejen en el conflicto armado, más aún, en las relaciones carceleros-secuestrado que se construyen durante el cautiverio:

Un [momento] especial que fue cuando nos dijeron que íbamos a salir a la libertad, (...) al principio yo no lo quería creer y uno hace como resistencia. [La guerrilla le dice a uno] que "entregue sus cosas" y yo "pero ¿por qué?, o sea ¡no! Todo lo que hemos guardado", porque uno allá trata de armar

su equipo de supervivencia y entonces le dicen que no, que lo tiene que entregar. Al final cuando vieron esa oposición, que nadie quería entregar sus cosas entonces nos dijeron "es que ustedes van para un sitio mejor o de pronto pueden quedar en libertad". Nos dieron camuflado nuevo y nos dieron ropa civil nueva, botas nuevas; de todas maneras pues acogimos eso de buena manera y decían: "dónde van a llegar les van a dar cosas mejores".

Un guerrillero sí se me acercó y pues con el hombre hicimos como cierta afinidad, él había estado preso en una cárcel y era como hasta buena gente, un guerrillero buena gente y todo el mundo trataba de hacer, no digamos que amistad, pero si preguntar cosas, alias Lucho.

Entonces en esa oportunidad yo le pregunté "¿Es cierto que nos van a dejar libres?" Dijo "sí". Yo el radio no lo entregué, yo guardé ciertas cosas que eran de un valor muy grande (el radio, las cartas, algunos recuerdos que tenía, las manillas, algunos objetos que elaboraba con monedas y los documentos). Él me dijo "¿pero me deja el radio?", y yo [le dije] "listo, si me liberan yo le dejo el radio de una", y ese radio era muy bueno, ese radio era un radio grande que nos había dado el comandante del décimo frente Grannobles, eso tenía 12 bandas, de buena calidad, era un radio Sony y entonces eso para mí ese radio era una reliquia y en la selva cogía lo que fuera, eso le ponía uno la antena

y cogía radio recuerdo, era un buen elemento y yo no me apartaba de él. Cuando vimos los de la Cruz Roja, este punto de encuentro por acá cerca a Concepción llegamos y ya estaba la Cruz Roja y a lo último dije Lucho "tome el radio", las manillas y las cartas si me las llevo. Otros compañeros también hicieron lo mismo, empezaron a entregar [cosas] a los guerrilleros, porque aunque no lo crean ellos también viven en unas condiciones difíciles, hay guerrilleros que tienen cositas otros no.

[Después] nos recibió la Cruz Roja en un punto, pero eso era como una entrega formal, estaba el Comandante del Frente (de las FARC-EP) y dijo toca que se cambien, que se coloquen el camuflado que esto y lo otro porque ustedes van a quedar libres, (...) tocaba acceder a esas pretensiones. Nos dieron un acta de buen trato: la Cruz Roja cuando hace un recibimiento internacional tienen que hacer como un acta para firmar, y entonces un compañero "¿¡Cuál buen trato!?", yo le dije "¡Firme! ahora se va a poner con bobadas, firme esa vaina, nos maltrataron o no nos maltrataron, eso ya toca dejarlo atrás", y ya nos pasaron con la delegación de la Cruz Roja con esa señora de Suecia que hablaba el español pero muy poco.

Se hizo como un grupo ahí porque era como un grupo interdisciplinario, venían como 4 funcionarios y el conductor de una camioneta y no más, nada de fuerza pública en ese momento. Me hacían

preguntas que cómo me sentía, y uno empieza como confundido totalmente y será que si o será que no, pero bueno ya uno está con ellos, nos ubicaron en dos camionetas de la Cruz Roja y era un recorrido como de tres horas, desde donde teníamos que llegar a un punto donde iba a estar el helicóptero, entonces durante el recorrido yo empecé a preguntarles, "¿Y si de verdad nos dejan libres?" porque la caravana de la guerrilla seguía con nosotros, y la Cruz Roja en la mitad. Ya cuando llegamos a cierto punto se acercó el comandante del Frente, y dijo algo como que no soy su mejor amigo y de pronto nos volvemos a encontrar si usted sigue en la Policía bien, si no también, entonces de pronto un día nos volvemos a encontrar y no sé qué, de todas maneras ustedes ya quedan libres, hasta aquí es el último día que nos acompañan a nosotros, y se despidió de una manera como formal, dijo palabras de una manera muy respetuosa.

Hizo un buen discurso, eso manejan bien la parte de la ideología, y que ellos no secuestran y que todos eran prisioneros y bueno toda la ideología que ellos manejan. Por fin se dio el encuentro con el comisionado que nos dio la mano, nos despedimos y ahí sí rumbo al helicóptero, y ahí fue donde salimos en helicóptero desde Concepción, Santander, para la liberación, y ya nos retornan nuevamente a Sogamoso y posteriormente a Tunja, y ya pues el encuentro con la familia (Jimmy, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

El relato de Jimmy tiene elementos comunes con la mayoría de las historias de los policías y militares que participaron en el proceso que fueron liberados entre el 2000 y 2003 en acuerdos de intercambio humanitario o liberaciones unilaterales acompañadas por garantes internacionales. En diciembre del 2000 el ELN liberó 42 integrantes de la fuerza pública secuestrados, en gesto de buena voluntad para agilizar la apertura de negociaciones de paz (*Diario El Mundo*, diciembre 24 de 2000, "El ELN libera a 42 rehenes para impulsar las negociaciones de paz"). Así mismo, en junio del 2001 las FARC-EP liberaron 42 militares y policías secuestrados a cambio de la excarcelación de 15 guerrilleros, el pacto incluyó la liberación de 242 militares y policías en los siguientes días, dejando aún 40 secuestrados, integrantes de la fuerza pública, en su poder (Comunicado de prensa del *Comité Internacional de la Cruz Roja*, julio 6 de 2001, "Colombia: El CICR ayuda en la liberación de 373 combatientes detenidos").

De los 40 integrantes de la fuerza pública que quedaban retenidos, 7 de ellos hicieron parte de los ejercicios de memoria: Julio Cesar Buitrago Cuesta, William Humberto Pérez Medina y Raimundo Malagón Castellanos, rescatados a través de la Operación Jaque; Jonathan Mora Ocampo y Henry David López, en liberaciones unilaterales más pequeñas en 2013 y 2011, respectivamente; y César Augusto Lasso José y Libardo Forero Carrero quienes estuvieron en el último grupo en ser liberado de manera masiva por la

guerrilla de las FARC-EP en el 2012, después de más de 10 años de secuestro.

8.2. Operación Jaque

Uno de los eventos de desenlace más emblemáticos en la historia del secuestro en Colombia fue la Operación Jaque, llevada a cabo por la fuerza pública en julio del 2008. A continuación, William comparte un fragmento de sus memorias sobre ese día:

No sabíamos que íbamos a salir, cuando [vimos] el helicóptero, yo me hago al lado de Ingrid [Betancourt] y le digo “¿a ti cómo te parecen, suizos, o franceses?” y se queda mirándome y me dice “todos ellos son colombianos, ninguno de ellos es francés”. Cuando yo me di cuenta que (...) el helicóptero está ahí a todo timbal y uno con ganas de irse. Nos dijeron que nos iban a llevar para un sitio frío a entregarnos a otra guerrilla (...) y nos subieron el helicóptero.

Cuando nos subimos los veíamos que estaban tomando gaseosa, gatorade, y yo me senté en la puerta del helicóptero y dije no me puedo sentar bien y comencé a quitar un bolsito, porque como estábamos esposados no podíamos movernos bien. Comencé a escuchar como cuando alguien zapatea y yo me asomo y veo al jefe de la misión, creo

que era un mayor porque lo veo ahí con la pistola de uno de los guerrilleros atrás en el cinto. Yo me quedo mirando eso y él se echa para atrás y veo a "Gafas" que era uno de los comandantes guerrilleros con los ojos vendados, esposas en las manos y en los pies y con los pantalones abajo (...).

Entonces alguien dice "¡Somos el Ejército nacional, están libres!", comenzamos a reaccionar, comienzo a gritar "¡Soy el cabo William Pérez!". El guerrillero estaba ahí tirado en el piso, él quedó así, ni siquiera se movió, en todo el trayecto él no se movió. Me acuerdo que comenzamos a saltar y a saltar ahí y la gente decía cuidado vamos a tumbar [el helicóptero], porque se movía mucho. Yo le pregunto al técnico cuánto falta para llegar (...) y me dijo faltan 15 minutos, me asomo por la ventana y veo población, veo casas y seguimos saltando. Llegamos a San José del Guaviare y ahí estaba el avión presidencial, nos montamos y salimos, tanto esperar uno el momento, pero no sabía que iba a llegar de esa manera, yo también tenía un grupo de oración. Yo me imaginaba que me acostaba a dormir y me despertaba en Bogotá, y aquí estoy en Bogotá. Y salí digamos como todo un compañero normal hasta que Ingrid [Betancourt]⁴⁷ dijo unas palabras ahí y ahí se aca-

47 Apenas se bajaron del helicóptero en el que venían los secuestrados rescatados en la Operación Jaque, los subieron a una tarima y les dieron un micrófono para que dieran unas palabras. La primera que habló fue Ingrid Betancourt, durante su discurso mencionó a William Pérez, como su enfermero, le hizo un reconocimiento especial y dijo "no estaría aquí sin él". Véase el video registrado por la cadena de noticias CNN en: <https://www.youtube.com/watch?v=ZECV4J1Vx1g>.

bó el anonimato mío y creo que fue el momento más feliz (...). Eso es lo que recuerdo yo de [la operación] Jaque y de la salida (William, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

El 2 de julio del 2008 el Estado colombiano rescató a 15 secuestrados, dentro de los cuales estaban 7 integrantes del Ejército, 4 de la Policía, la excandidata presidencial Ingrid Betancourt y 3 norteamericanos. La espectacularidad de esta operación de rescate puso en el ojo público a todos los liberados, llevándolos -a la mayoría de ellos- del secuestro a la fama en cuestión de días. Tanto William como Julio César y Raimundo expresaron una enorme gratitud por esa operación que llevó a su rescate y a su libertad pero, así mismo, diez años después de Jaque reconocen las dificultades que tuvo el carácter mediático de este evento. Raimundo, por ejemplo, cuenta:

Es como ese primer impacto después del rescate de la Operación Jaque, es aún más porque uno no sabe que va para la libertad sino que está usted en esa burbuja y de pronto lo sacan... y la situación mediática también [fue] un impacto fuerte, pero bueno, bendito Dios aquí estamos (Raimundo, Ejército, secuestrado por las FARC-EP).

En el 2010 se llevó a cabo la Operación Camaleón donde la fuerza pública rescató al general Mendieta, al coronel Luis Enrique Murillo, y al mayor Arbey Delgado. Después de esta segunda operación de rescate,

quedaban diez militares y policías en cautiverio temiendo ser olvidados en las selvas de Colombia.

8.3. Las últimas liberaciones unilaterales

En febrero del 2012, y con solo diez secuestrados integrantes de la fuerza pública, las FARC-EP realizó su última liberación masiva unilateral de militares y policías y anunció su renuncia al uso del secuestro extorsivo (Semana, febrero 26 de 2012, "Farc anuncian que abandonan el secuestro extorsivo; liberarán 10 uniformados"). Uno de los diez policías narró la historia de su liberación:

El comandante [de las FARC-EP] dijo "no se preocupen que ustedes van a salir libres", pero eso fue en el 2010, y allá como los años se acortaban tanto, ya no les parábamos bolas. Allá no había esa preocupación; lo más complicado de iniciar un año era enero no más, porque con los diciembres era lo de las galletas y los tamales, porque ellos se festejan sus cosas y sus fiestas. Cuando empezaba enero ahí era cuando a uno se le hacía tan largo esperar once meses más, pero pasaba enero y rapidito pasaba el año y así pasaron trece años.

Entonces el comandante dijo, "ustedes se van primero" y así era, me acuerdo tanto que fue el primero de noviembre del año 2011 dijeron Trujillo

y Romero alisten sus cosas que se van (...) y dije jueputa no me sacaron a mí. A los once días, el 11 de octubre, llegaron por mí, y me dijeron venga Forero que se equivocaron en el radiograma que ellos pasaron y usted es el que sale también, y nos sacaron a los tres. Empezamos a caminar, entonces que suelten a cinco; fueron y sacaron a otros dos, y Piedad [Córdoba, les decía] “no, que los suelten a todos” y nos reunieron a todos, otra vez los diez, como quien dice éramos inseparables, siempre viviendo con ellos y reunidos otra vez los diez. Llegamos el 2 de abril del año 2012, no la creíamos, nadie botó nada, yo cogí mi marranito que traía porque una guerrillera lo cogió en una cacería que había y me dijo “¿quiere llevarlo?” me lo dio, pequeñitico y tenía el cordón umbilical por fuera entonces yo empecé a criarlo con leche y el marranito ya se acostumbró a uno. Efectivamente cuando ya dijeron que están los helicópteros listos y eran las 6 de la mañana, nos hicieron desayuno, en la guerrilla nunca falta el tinto y si no lo hay se inventan para hacerlo (...). Ese día amanecemos, nada de tinto, nada de desayuno porque los helicópteros supuestamente partían de Villavicencio a las 6 de la mañana y llegaban allá [donde estábamos] a las 8, y nos toca estar pendiente pa’ cuando suenen los helicópteros arrancar. [Empezamos a pensar] otra vez nos la volvieron a hacer, era una especie de desilusión, y por lo menos a lo último me concienticé: hasta que no pisara [el piso], estando el helicóptero y todo no estábamos libres nosotros,

ese hijueputa se puede caer y ahí quedamos por ahí en la selva otra vez entonces no, y hasta no pisar el suelo, el pavimento ahí en un aeropuerto no nos declaramos libres. Por allá a las 3:30 o 4 [de la tarde] un guerrillero nos dijo empaquen y vamos de una vez y fue de afanes corriendo, más de una hora caminando porque estábamos muy retirados (...) y claro cuando nosotros llegamos los manes armaron severo protocolo para lo del show, y las palabras y la entrega, y la Cruz Roja Internacional y Piedad Córdoba y todo esto y chao es que le digo amigos y móntense en ese helicóptero y bueno "ya vamos llegando, me voy acercando" [cantando] y hasta ahí el cautiverio de casi trece años (José Libardo, Policía, secuestrado por las FARC-EP).

En las memorias de José Libardo se puede sentir entre líneas la desesperanza que tenía, junto a los otros nueve militares y policías que lo acompañaban, frente a su liberación: después de trece años de secuestro, dos intentos de fuga, dos operaciones de rescate tremendamente mediáticas y múltiples promesas de libertad. Como él mismo lo dice, no creyó que era verdad hasta que el helicóptero no tocó el pavimento en Villavicencio.

Queda preguntarse cómo fueron esos últimos años en cautiverio, diez militares y policías secuestrados y custodiados probablemente por un número igual de guerrilleros, caminando por las selvas de Colombia, ambos agudamente conscientes de la improbabilidad

de que las FARC obtuviera algo a cambio por ellos, así como de las dificultades, y pocas posibilidades, de que presentara un rescate militar. Ambos, guerrilleros y secuestrados, a la espera de alguna orden sobre qué hacer.

Es impactante la manera calmada en la que José Libardo y César comparten su historia, así como el sentido del humor y la esperanza que ambos conservan a pesar de tantos años de cautiverio. Para César recobrar la libertad después de trece años de secuestro significó un *renacer*, en sus palabras cuenta:

[El secuestro] fue una experiencia dura, (...) Con esas experiencias mi vida podríamos decir que era una línea y luego entra como a un hueco y luego vuelve y sale a continuar, con deseos de volver a los años de juventud, de energía y de esa vitalidad que dan los pocos años de vida. Al regresar, los asumo con energía. Construir la familia que siempre anhelé, y sobre eso empieza uno como esa nueva experiencia de vida, pero con la frustración que ya no veo a mis hijos crecer, ya me toca con mis hijos grandes, y es una etapa que tengo que superar, porque yo veo a una pareja con el bebé o con un niño de cuatro y cinco añitos y entonces pues me da ternura y también nostalgia esa parte. [La liberación] fue básicamente redescubrir el mundo pero con una vivencia que ya tenía del antes y después.

Tanto quienes fueron liberados por medio de canjes humanitarios, como por liberaciones unilaterales u operaciones de rescate sintieron un fuerte escepticismo ante lo que estaba ocurriendo a raíz de las múltiples veces que fueron engañados con una posible liberación. El desenlace, entonces, es un lugar con emociones encontradas, donde termina predominando la alegría por recobrar el *buen vivir* que se perdió en el secuestro. La siguiente sección se centra en los retos y complejidades, al igual que en las inmensas alegrías, que trajo para las víctimas de secuestro el *retorno a la vida en libertad*.

Capítulo 9

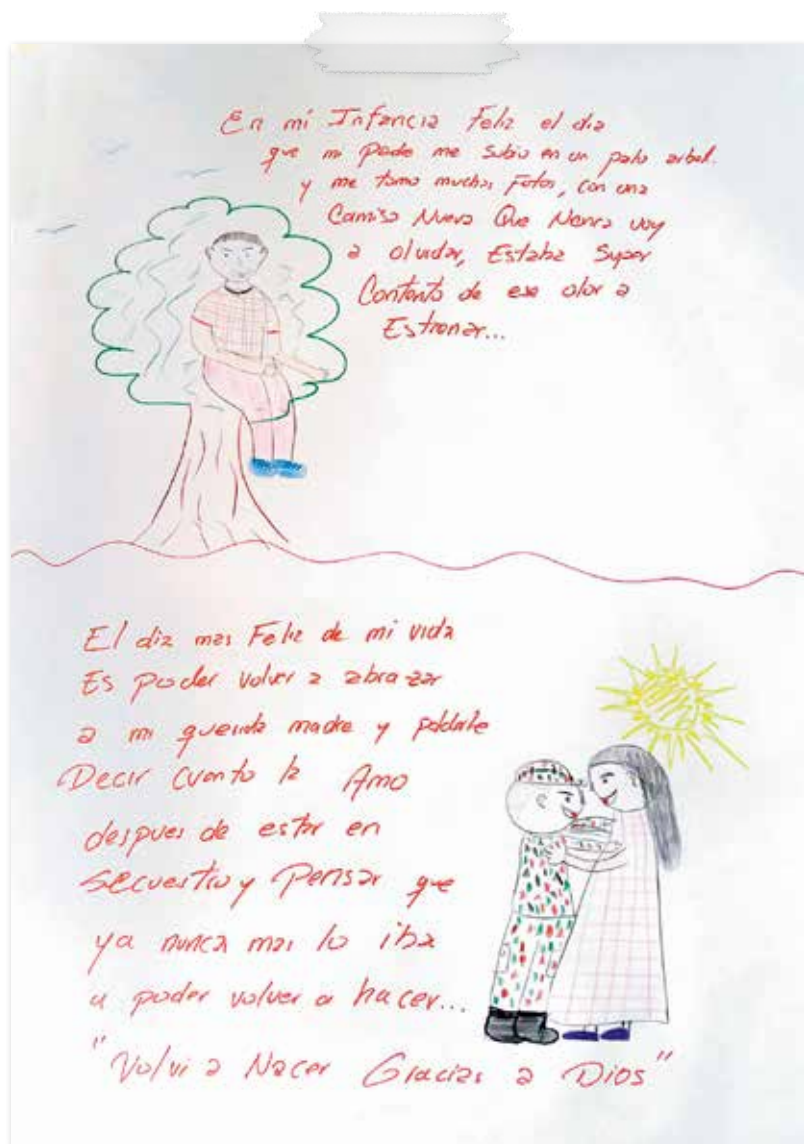
La vida no acaba con el secuestro ni con la liberación: sueños y anhelos de vida en libertad

En el retorno a la libertad, los militares y policías se reencuentran con sus familias, comunidades y con la misma institución de la fuerza pública; en ese recorrido se develan impactos del secuestro que permanecen después de la liberación y, así mismo, se descubren y construyen estrategias para continuar tramitando los daños con el objetivo de reconstruir los proyectos de vida propios. Para los participantes de los encuentros de memoria, reconstruir su proyecto de vida implicó tres elementos claves: aprenderse libres y reconocer el mundo que los rodea; encontrar un *quehacer* laboral, dentro o fuera de las Fuerzas Militares o la Policía, y volver a hacer parte de su sistema familiar, resignificando en muchos casos su rol dentro de este sistema y el valor que le otorgan a lo familiar.

En este capítulo se enuncian tanto los daños e impactos como las estrategias de resistencia a la intencionalidad del daño, esta vez identificados en la etapa del retorno. Esto, teniendo en cuenta que después de la liberación afloraron tanto nuevos impactos relacionados con daños que se volvieron visibles hasta después del cautiverio, como nuevas maneras para afrontarlos.

Las memorias de militares y policías en esta etapa, las cuales serán profundizadas a continuación, están marcadas por diversas adaptaciones y reencuentros, a saber: el regreso a la vida en libertad -el cual está relacionado con los primeros días en las ciudades o lugares de retorno, la presión de los medios de comunicación, el encuentro con la tecnología, el reencuentro con el Ejército y la Policía, con los proyectos de vida laborales, la atención psiquiátrica y psicológica y con el reconocimiento institucional de generar condiciones para la reparación simbólica-; los daños e impactos del secuestro en el retorno a la libertad; las maneras de afrontar y de resistir a las secuelas del cautiverio -relacionadas con las diferentes formas de expresar lo vivido, los procesos de memoria emprendidos para la no repetición de los hechos y las diversas nociones de la existencia planteadas en la libertad; y, por último, los múltiples roles que se ocupan en los sistemas familiares en el retorno.

9.1. Regresar a la vida en libertad: adaptarse a la luz



Dibujo realizado por víctima de secuestro, participante de los talleres de memoria histórica. Foto: Juliana Machado para el CNMH.

Los primeros días en los lugares de retorno

Los policías y militares que compartieron sus memorias describieron la liberación como uno de los momentos más felices de sus vidas. Algunos narraron en detalle y con una gran sonrisa en la cara el recibimiento que tuvieron por parte de la fuerza pública, el país y sus familias.

El sentimiento fue de alegría cuando estaba en el avión, nos trasladaron a donde estaban mis padres, y el reencuentro con mis padres, toda felicidad. Hay sentimientos encontrados, pero fue muy bonito después de tantos años volver a la libertad y ahí empezamos una vida nueva (César Augusto, Policía).

Volver a reconocer el mundo en libertad también trajo consigo sentimientos encontrados e, inclusive, algunos malentendidos: Antonio había narrado previamente acerca de la foto de su esposa que cargó a todas partes durante su cautiverio, y a la cual le construyó un pequeño altar en su celda. Cuando regresó, con la foto en el bolsillo, se dio cuenta de los cambios provocados por el paso del tiempo:

Cuando yo salí a la libertad y me bajé del helicóptero siempre miraba donde encontraba [a mi esposa]. Mis hijos llegaron, me abracé con ellos e impresionado porque habían crecido y todo, pero yo a ella no la veía, pero si había alguien, una señora con un ramo de flores que siempre era a

quererme alcanzar y peleaba con los medios de comunicación porque no la dejaban pasar, y la hija mía me dijo “¡Papá mi mamá te quiere abrazar!”, claro estaba totalmente cambiada, totalmente diferente, se fue a un salón de belleza y se transformó....era otra, no la conocí (Antonio, Ejército).

Entre risas contó que su esposa había ido a la peluquería para recibirlo y él, acostumbrado a verla en la foto, no la reconoció por el nuevo estilo que llevaba. Esta anécdota sirve como metáfora para ilustrar lo que fue para las víctimas retornar a un mundo que, dependiendo de la cantidad de tiempo que estuvieron en cautiverio, había cambiado y ya no reconocían.

Volver también implicó darse gustos cotidianos, pequeños, que les fueron negados durante su secuestro y que se habían imaginado una y otra vez:

Lo que yo anhelaba era un pollo, comerme un pollo asado. Lo que yo anhelaba era una pasta de jabón de baño, podérmela echar, y eso apenas llegué a la casa me eché fue un tarro de champú hasta que casi me lo gasto todo (risas). Son insignificancias, pequeñas bobaditas, no grandes detalles que uno quisiera... pero son bobaditas que uno allá no puede tener (Juan Carlos, Ejército).

Para algunos, la realidad de la adaptación fue más lenta y esos primeros días fueron para reconocer que recobrar la libertad era un proceso; no solo un

momento cúspide, sino que requería trabajo, esfuerzos y, ante todo, mucha paciencia:

La salida fue muy difícil. No dormía bien, yo llegué como con 55 kilos y eso fue el 2 de julio; el 18 de julio ya estábamos en Leticia para un desfile, yo no comía nada. Y qué pesar porque cuando sales dices “me voy a comer de todo”, pero a veces no podía comer; o la comida me hacía daño o me daban ganas de vomitar y me daba diarrea y no podía comer nada, entonces fue difícil los primeros días por eso. Nos asignaron un sargento, que era alguien que estaba con uno 24 horas, entonces yo le decía vamos a almorzar, yo quiero un pollo asado, con no sé qué y él decía a la mesera, tráele un jugo sin azúcar, las papas sin sal (risas). Y yo decía “no, yo no voy a pasar como estaba en la selva”; y comencé a comer y a comer y ya comí demasiado, pero esos primeros días con la alimentación fue difícil (William, Ejército).

Aunque habían salido del control de la guerrilla, el miedo, la incertidumbre y la incredulidad continuaron presentes en sus mentes y cuerpos; se puede afirmar que a los militares y policías también les tocó aprender a *asumirse libres*. En esta misma línea, Antonio cuenta las dificultades de adaptación que, en su caso y en el de muchos otros secuestrados, implicó el retorno a la libertad:

Cuando llegué a la libertad para mí fue traumático, por lo menos las dos primeras semanas, yo no salía a la calle, precisamente porque antes de

subirnos a los helicópteros los guerrilleros nos dijeron “los vamos a estar vigilando”. Esas palabras a mí me marcaron, yo no quería salir a la calle y tampoco quería dormir; duré tres días sentado en la sala de mi casa, mi esposa se quedaba al lado mío. Fueron tres días ahí sentado, no quería dormir y para mantenerme despierto tenía que estar ahí, ella me acompañaba. El temor de dormir era despertarme y volver a ver esas tablas... Poco a poco ya me fue sacando, me fue sacando, hasta que el sueño me venció, yo me quedé vencido en ese sillón... y cuando desperté y vi la realidad que desperté en el mismo sofá... (Antonio, Ejército)

En contraposición a los primeros días en cautiverio, que implicaron *adaptarse a la oscuridad*, este renacer, como ellos lo nombran, implicó *adaptarse a una luz* que al principio los cegaba, para aprender a reconstruirse en el marco de su nueva vida, y reconocer que tal vez “volver a la normalidad” no sería tan inmediato como creían.

Unos de los aspectos más mencionados fue el reencontro con su comunidad: su barrio y familia extendida. El compartir con otros, para algunas víctimas de secuestro, implicó tanto sentirse *reconocidos* como abrumados por la atención excesiva, William describe su experiencia:

Resulta que yo llegué a Riohacha y había un carro de bomberos, me recibieron como una reina,

tirando besos en un solazo allá de 40 grados. Claro tocó llegar a la casa antes porque estaba lleno de gente, y comenzaron a quemar voladores y yo creía que eran disparos o alguna cosa. Bueno, pude entrar a mi casa, recuerdo que mi mamá tenía una torta ahí y una botella de vino; nunca supimos qué pasó con eso, eso todo el mundo se metió en la casa (risas). Luego [de eso] yo dormía en el batallón, en la casa no podía estar porque eso era 24 horas la gente ahí, con cosas como que si le ayudo a conseguir una casa, una señora llegó que iba a bautizar el niño que porque era hijo mío y el niño tenía nueve años, y yo duré once años en la selva (risas) entonces me tocaba dormir en el batallón y allá me visitaba mi familia; pero ese proceso fue un cambio complejo (William, Ejército).

Lidiar con las expectativas de la comunidad fue para algunos un proceso complejo. Especialmente para quienes duraron muchos años secuestrados y su liberación tuvo un cubrimiento mediático importante, como es el caso de William, liberado en la Operación Jaque. Ellos contaron que la gente pensó que, dado que sus secuestros fueron tan sonados en la prensa y tan longevos, iban a recibir millonarias indemnizaciones, eso los puso en tensión con sus propios vecinos. Irónicamente, para él la liberación requirió al principio no dormir en su propia casa y esconderse parcialmente de su comunidad. José Libardo narra una experiencia similar:

Pues nosotros ya llevamos cinco años y lo que ha corrido de abril para acá, cinco años desde nuestra liberación y pues nos hemos dado cuenta es que yo aprendí o he aprendido a desconfiar de todo el mundo. De por sí que yo he tenido eso de servir a la gente y [cuando] me dicen que voy a montar el negocio y eso, y pues yo tenía mis ahorros, en menos de un año prácticamente habíamos perdido 40 millones. Entonces todo eso lo va reformando a uno, ya así [la gente] llore, porque la gente le llega a uno llorando, porque saben que uno tiene plata y le llegan llorando a pedir plata, pero siempre nos han tumbado, nos han robado. Igual eso es casi que una cultura pero también soy de los que digo que a veces carga con problemas de otras personas, como si fuese una maleta que tuviese que llevar y se la carga por los demás, entonces yo ahora no me voy a cargar los problemas, solucione los suyos (José Libardo, Policía).

En algunos casos estas tensiones llevaron a quienes estuvieron secuestrados, y a sus familias, a aislarse en el núcleo familiar, desconfiando de otras personas o temiendo ser manipulados por los supuestos recursos que tenían.

En el caso de José Vitaliano la experiencia es un poco distinta. En el marco de los talleres de memoria los participantes expresaron, entre risas, que Vitaliano era famoso en el cautiverio porque recibía numerosos mensajes por la radio, entonces muchos de ellos

habían escuchado de él anteriormente. Vitaliano, también entre risas, respondía que sí, que él tenía mucha gente que lo quería y le mandaba mensajes de aliento. Al recobrar su libertad, y encontrarse con la gente, cuenta que:

[A uno] lo miraban a uno como un bicho raro, como un pitillo; yo parecía un pitillo flaco, y la preguntadera, no podía echarse uno un bocado de comida porque le preguntaban: "venga ¿y eso cómo fue?" y eso también fue un poquito tedioso; uno como tener que sacudirse de eso. Ya con los días estando en mi casa se fue la mayoría de la gente, [luego] salía a la misa, y otra vez que me pare en la grada a contarle a todos, y claro todos los papás de mis compañeros de colegio, y todo el mundo pregunte. Eso era de durar tres o cuatro horas y cuente y cuente, y repita y repita. Ya pasaron esos días así y entonces ya llegaban las visitas a la casa; me llegaban allá las señoras allá con el quesito, con una gallinita, con un pollito, con leche, pero eso se la hacían pagar (risas) y claro todos los relatos de la historia y luego nos dieron como tres meses de vacaciones y durante esos tres meses la casa era más visitada de la familia (José Vitaliano, Policía).

El relato de Vitaliano hace énfasis en un aspecto clave de la experiencia del retorno de las víctimas de secuestro al afirmar que repetir una y otra vez su historia "fue un poquito tedioso; uno tener que sacudirse de eso"; la importancia de iniciar un proceso

donde se pudieran *desprender* de esa experiencia, de querer dejar atrás el cautiverio y de reconstruir su identidad más allá de la victimización sufrida. En algunos casos, las preguntas constantes sobre su historia, o las presiones de los medios de comunicación, les hicieron sentir que no podían iniciar un camino para superar los impactos que experimentaron, ya que debían repetirlos incesantemente. Una vez más, el derecho de las víctimas a la intimidad, al silencio y a retomar la autonomía frente a su narrativa se hace presente.

Bajo el lente de los medios de comunicación

“Yo salía y no podía comer tranquilo
porque era foto y foto y foto”.

William, Ejército

La sociedad colombiana vio por televisión las pruebas de supervivencia de los policías y militares secuestrados, también pudo ver los *cambuches* rodeados de alambre de púas donde la guerrilla de las FARC-EP los retuvo durante la zona de distensión, y vio la llegada del helicóptero de la Operación Jaque que dio fin a años de cautiverio a 15 policías y militares secuestrados. Sin embargo, quienes estuvieron secuestrados por el ELN no tuvieron la misma visibilidad mediática, ni durante su secuestro ni después de su liberación, cosa que los participantes recalcaron en los encuentros de memoria.

El secuestro, o al menos en algunas dimensiones, estuvo presente en el imaginario colectivo del país y en las noticias diarias; quienes fueron liberados, en algunos casos con más fuerza, se volvieron figuras públicas en el momento en que terminó su secuestro. En particular, esto sucedió en los casos de quienes duraron más tiempo secuestrados o fueron liberados en Operación Jaque, la cual tuvo un alto cubrimiento mediático. Aunque los participantes de los encuentros de memoria expresaron gratitud de sentirse tan incluidos en la esfera pública nacional, y de sentir que a las personas del común les conmovía lo que había ocurrido y estaban interesados en su historia, el impacto de ser seguidos continuamente por los medios de comunicación, por lo menos los primeros meses o años después de su liberación, también dejó huella en su proceso de reconstrucción de su proyecto de vida. Paradójicamente, la atención constante por parte de los medios de comunicación, como afirman algunos en sus historias, les quitó la posibilidad de volver a vivir su intimidad, tan vulnerada durante el cautiverio.

Para William, secuestrado durante de diez años y cuatro meses por las FARC-EP y liberado en la Operación Jaque, la atención se volvió casi como una lupa magnificadora donde el público colombiano podía observar y escrutar todos sus movimientos:

Cuando salí, y a diferencia de algunos compañeros que salieron conmigo, me volví un personaje

reconocido porque les explicaba que uno no se puede equivocar, porque como todo el mundo lo reconoce a uno, uno no se puede equivocar, uno no puede cometer un error. Yo decía que era como un círculo y uno no puede sacar la mano de ahí porque tenía los ojos de todo el mundo encima. Yo salía y no podía comer tranquilo porque era foto y foto y foto, porque me decían cosas, y un gerente incluso me dijo, mire reconozco todo lo que hizo, entonces tranquilo (...) Cuando uno está inmerso en ese tema de la farándula, uno se vuelve soberbio porque la vida de uno es pública, y entonces sucedían cosas y me llenaba de ira muy fácilmente; (...) y eso fue cosas que trabajaron en psicología.

La fascinación del pueblo colombiano pareció trascender la experiencia del secuestro en sí mismo para transformarse en curiosidad por la perspectiva que tuvieron los secuestrados sobre la cotidianidad de la guerrilla: ¿Cómo era ese grupo guerrillero, representado en los medios masivos únicamente a través de comunicados e imágenes de la confrontación armada, en su día a día? Esa parecía una de las preguntas que la sociedad quería responderse con las vivencias de los secuestrados. Al respecto Jimmy cuenta:

Uno iba a dictar conferencias, eso era muy emotivo y uno era como el centro de atención. Nos llamaban a entrevistas en la radio a contar la experiencia. En un principio me dio mucha dificultad porque a veces eran muchas preguntas, y uno

llegaba a compartir un almuerzo y empezaban no, ¿Cómo es la guerrilla? ¿Cómo es esto? ¿De verdad que son todos con cabello largo? Y uno decía “noo, la guerrilla eso son bien peluqueados, andan bien con sus camuflados y todo” (Jimmy, Policía).

El encuentro con los medios de comunicación les abrió a algunos la puerta para narrar su historia, William, por ejemplo, la contó a través de la crónica “El enfermero de los secuestrados”⁴⁸ escrita por el periodista colombiano Alberto Salcedo Ramos (2011). Sin embargo, esto también se volvió, al menos durante un tiempo, una carga para quienes adquirieron ese estatus de “farándula” del que habla William. Además, el énfasis en algunas historias de víctimas de secuestro -que fueron secuestrados por las FARC-EP, en el sur del país o en las tomas masivas o ataques población civil o municipio- visibilizó con mucha fuerza el modo como se desarrolló el secuestro de policías y militares en el país, invisibilizando otras.

“Mi sargento qué pena, aprenda a hacer diapositivas”: el encuentro con la tecnología

Para los militares y policías que estuvieron más de diez años secuestrados volver a estar en libertad implicó reconocer un mundo nuevo, especialmente con

48 En el transcurso del taller William habló del proceso respetuoso, y con consciencia, de la construcción de esta crónica. Dijo que la sentía como propia y como si la hubiera escrito él.

respecto a la tecnología. Para José Libardo⁴⁹ el encuentro con la nueva tecnología ocurrió rápidamente, en el helicóptero que lo estaba trasladando a su liberación:

Esta vaina de la tecnología... si en el año 1999 cuando apenas estaba comenzando; si había celular era ese Nokia grandote, y llegar y encontrar tanta vaina. Me acuerdo que incluso veníamos en el helicóptero [hacia la liberación] y Piedad Córdoba se sentó al lado mío y había una vaina que a la que le titilaba un punto ahí rojo, nosotros lo máximo que habíamos visto [en el secuestro] era un DVD y entonces yo le dije, pues yo supuse que era un radio y le dije: "mire su radio, como que le están enviando un mensaje porque le está titilando", y lo sacó y me dice "no sargento eso es un blackberry" y yo [le pregunté], "¿y eso para qué es doctora, para qué sirve eso?", y me dice "con estos se envían mensajes a cualquier parte del mundo y a personas con las que uno tenga contacto". Entonces yo le dije a ella, "¿usted puede enviar un mensaje al aeropuerto donde están las familias esperando?" Dijo "Si claro, de pronto a Marleny" que era la de ASFAMIPAZ⁵⁰ y efectivamente, me dijo "simplemente dígame qué quiera que le escriba y yo le dije escribo", [le dicté] "que le diga a mi esposa que la quiero mucho y que

49 José Libardo fue secuestrado en 1999 por las FARC-EP, en Puerto Rico, Meta.

50 Marleny Orjuela Manjarres llegó a ser conocida como la vocera de ASFAMIPAZ, quien junto a Luz Amparo Rico fueron hasta la zona de distensión en el año 2000 a interceder ante la guerrilla de las FARC-EP por los policías y militares secuestrados.

ya vamos a llegar”, entonces la doctora le escribió y eso fue una euforia total para todo.

Raimundo también narró una anécdota con respecto a lo que fue para él, y para sus compañeros de cautiverio, encontrarse con los nuevos celulares y el internet después de su liberación en el 2008:

Una anécdota que es cuando a mí me secuestran, el radio que era como un panelón grande con una antena y bueno toda esa cosa. Yo salí y no tenía ni idea que era una USB, o que abrir la cuenta de Facebook, porque el internet estaba empezando apenas, pero entonces es el contraste. Una anécdota de un sargento, nosotros nos concentran en el Bicentenario, Cantón Norte, la familia emocionada le quiere dar lo mejor a uno, y entonces celular, y estaba el Sony Ericsson de moda y le dan a mi amigo [el sargento] un celular y el hombre engomado con su celular, cuando de pronto le entró una llamada y disque no sabía qué hacer (risas), cogió el celular al revés y entonces el peluquero viendo la escena le dijo, “no venga es que el celular se coge así, alo, alo”. Y en mi caso personal lo que me pareció curioso era que estaba de moda los pantalones descaderados y entonces yo veía los manes, los primeros días con los pantalones aquí [señalando arriba de las rodillas], con audífonos y tales y yo juemadre son extraterrestres, qué está pasando y de pronto veía en la calle alguien hablando en el carro y juepucha, jes que tenían el Bluetooth! (Raimundo, Ejército).

Raimundo indica algunos visos de lo que fue encontrarse, de un momento a otro, no solo con las nuevas tecnologías, sino con las nuevas generaciones, sus modas y sus hábitos que encontró completamente foráneos. Justamente, Julio César, cuenta su experiencia de encontrarse con esas nuevas generaciones al volver a estudiar después de estar desde 1998 hasta el 2008 secuestrado en las selvas de Colombia:

Pero bueno empezaron los estragos, y llegan y me dicen es que usted tiene que abrir un correo electrónico...entonces este chip lo relacioné fue con el famoso apartado aéreo, era un correo que tenía Avianca o Adpostal y allá usted le mandaban las cartas y lo único que tenía que hacer era abrir su cajoncito y mirar las cartas que le llegaban y usted dejaba las que usted escribe. Entonces yo dije eso de pronto debe ser un número o una serie para que la gente me mande cartas (risas), ahí me tocó empezar a aprender esa vaina. (...) En la escuela de aviación, allá si empecé a sufrir porque las diapositivas, y que el uso de video beam y pues yo inicie como me educaron a mí, empezar a hacer mis carteleras entonces yo compraba mis pliegos de cartulina, mis marcadores de colores y pegaba mis carteleras y exponía, y así, hasta que ya llegó el señor instructor y me dijo, "mi sargento qué pena, pero mire cómo hacen y aprenda a hacer diapositivas [en el computador], que le enseñen", y claro ahí me tuvieron que enseñar, y fui aprendiendo, a los tiestazos pero fui aprendiendo (risas). Entonces la tecnología me dio duro.

Estas memorias narran los retos a los que se enfrentaron quienes estuvieron secuestrados más de diez años una vez fueron liberados: no solo debían lidiar con los impactos del secuestro en su cuerpo, su mente y su familia, sino volver a encontrarse con un mundo que desconocían e intentar reconstruir su proyecto de vida en él. Sin embargo, en sus historias también estuvieron presentes relatos de solidaridad: las manos colaboradoras -tanto de sus compañeros como de sus familiares- que les ayudaron a navegar el nuevo mundo, tanto físico como digital, que desconocían.

El reencuentro con la Policía y el Ejército

El retorno a la vida en libertad también implicó el reencuentro con la Policía y el Ejército. Es importante recordar que dado que estas personas fueron secuestradas en el marco del cumplimiento de su labor, o como integrantes activos de la fuerza pública, el retorno a la institución implicó también descubrir cómo iban a abordar su retorno en términos de empleabilidad, reconocimiento, atención psicológica, entre otros.

a. "Yo por lo menos di toda la información que tenía": víctimas de secuestro como bisagras de información

Estos reencuentros tuvieron varias dimensiones, una de ellas fue el rol que desempeñaron los liberados

como “bisagras de información” entre la institución y su saber acumulado durante el secuestro, ya que aportaron conocimiento novedoso sobre las estructuras de las guerrillas que los tuvieron en cautiverio. Al respecto Jimmy, liberado en el 2001, integrante de la Policía Nacional, cuenta:

Por ejemplo en el caso de la Policía, la DIPOL⁵¹ tenía una [construcción] desenfocada de quien era la guerrilla, pero nosotros con esas vivencias [del secuestro] y con esas historias, le aterrizamos un poco más el tema de cómo es la guerrilla, cómo se movilizaban. La brigada del Ejército también hacía muchas preguntas porque todo el mundo quería saber. Entonces ellos querían saber de esa experiencia [del secuestro] y pues información sobre armamento, ¿Cómo así que la guerrilla tiene su régimen interno? ¿Cómo así que la guerrilla tiene sus centinelas? ¿Tiene sus avanzados? Porque uno cuando ve el mundo desde la parte del Policía no conoce cómo viven ellos, la concepción es diferente. Uno dice que es un grupo de insurgencia ahí, pero realmente uno cuando les dice, “no ellos trabajan así, se visten así y sufren de esa manera, porque eso sí la comida, y la forma en que cargan equipos”, entonces uno les hacía [a los compañeros de la fuerza pública] un panorama de cómo era la situación.

Como se mencionó en la introducción, entre 1976 y el 2017 las FARC-EP y el ELN secuestraron a 1.214 policías y

51 Dirección de Inteligencia Policial.

militares (Cifra tomada del Observatorio de Memoria y Conflicto, CNMH, 2018). Entre 1998 y el 2001 solamente la guerrilla de las FARC-EP alcanzó a tener retenidos, por lo menos, a 284 integrantes de la fuerza pública⁵² al mismo tiempo. Un tema para seguir explorando es indagar por la manera como la información de inteligencia aportada por quienes estuvieron secuestrados transformó la forma en que el sector seguridad, y el mismo Estado colombiano, entendía a los grupos guerrilleros.

Sin embargo, no todos sintieron que su conocimiento fue aprovechado al máximo, José Libardo, Policía, liberado en el 2012, narra:

Nosotros pues con los que volvimos tantos años, resulta que nosotros íbamos consumiendo mucho de guerrilla, incluso (...) se lo hice público a un señor general, ¿Usted quiere prepararnos para la guerra y quiere prepararnos para combatir a la guerrilla de verdad? [Ya] hay un grupo pa' prepararnos pero [solamente] para que sobrevivan uno o dos meses. No, no, eso allá hay que adaptarse y sí más de uno [víctima de secuestro] tenía ese deseo de ayudar y aportar pero nunca nos utilizaron para eso. Nosotros decíamos ¡utilícenos! porque es que el conocimiento que tenemos nosotros con respecto a comandantes y guerrilleros.

52 284 fueron los integrantes de la fuerza pública liberados el 2 de junio del 2001 ante la Comité de la Cruz Roja Internacional: las FARC-EP liberaron 42 militares y policías secuestrados a cambio de la excarcelación de 15 guerrilleros (canje/ intercambio humanitario). El pacto incluyó la liberación de 242 soldados y policías en los siguientes días (*Comité Internacional de la Cruz Roja*, julio 6 de 2001).

Así mismo, Ariel cuenta:

Personalmente desde que salimos nos dieron entrevista, con una cámara y otra persona preguntando: yo por lo menos di toda la información que tenía, como en aras de que hicieran una operación en contra de ellos. Yo quería seguir, yo me imagine que volvía a mi batallón [en el que estaba antes del secuestro] y que pues si hacían sobrevuelos en el helicóptero, yo hablo con mi coronel y en lo que yo pueda apoyar, si alcanzo a identificar por donde estuvimos [mientras estuvimos secuestrados] para hacerles operaciones y golpearlos [al ELN]. Pero pues realmente fue la primera entrevista y después nunca fuimos más escuchados, yo por lo menos nunca fui escuchado, o ¿Dónde estuvo usted? o ¿Qué podemos traer para las operaciones? ¿Qué tenemos que mejorar nosotros como Ejército? Eso no lo tuvieron [en cuenta] (Ariel, Ejército).

Más allá de la necesidad de los organismos de inteligencia de recoger la información que podían traer los militares y policías víctimas de secuestro, estas memorias hablan de una petición de reconocimiento por parte de su institución, de sentir que hay aspectos de su experiencia que pueden ser de utilidad para las Fuerzas de las que provenían.

b. El reencuentro con los proyectos de vida laborales

La petición de reconocimiento también se vio reflejada en la segunda dimensión de reencuentro con la institución militar o policial: la de empleabilidad. Quienes han podido, y han decidido, quedarse en la institución han optado por continuar en labores misionales o capacitarse para desempeñarse en otras áreas, principalmente como soportes logísticos o administrativos. Por ejemplo, Julio César se formó como tecnólogo en mantenimiento aeronáutico para trabajar como Jefe de Línea del avión DC-3, el mismo avión en el que voló antes de su secuestro y que lo transportó del cautiverio a la libertad:

No creí que cuando recobrarla la libertad iba a estar metido en la aviación o el mantenimiento aeronáutico. Coincidentalmente [en ese recorrido al mantenimiento aeronáutico] llego a este mismo avión [El DC-3], pero ahora le hago mantenimiento a la línea y para mí significa mucho eso. Con este avión conocí lo que no había conocido a pie, porque este avión entra a cualquier pista, entonces he conocido Taganga, no soy de la toma de Mitú, pero conocí Mitú, he ido a Puerto Inírida, en el Putumayo, Puerto Leguizamo, Puerto Asís, la Guajira por allá unas pistas clandestinas. He conocido lo que no conocí aquí [en la Policía, antes del secuestro] entonces para mí significa mucho eso.

Otros, como Raúl, al seguir activos en su servicio como policías continuaron en labores que les permitieron estar cerca de la nueva generación de policías en formación, al respecto dice:

Actualmente laboro en la oficina de incorporación del departamento Norte de Santander con una trayectoria policial de 36 años, 7 meses. Lo que más me gusta es darles consejos a mis subalternos sobre transparencia, disciplina policial, ética y de mi trayectoria en la policía; también me agrada ayudar a la comunidad ya que esta es la misión de ser policía. (...) Ahorita mi enfoque y mi horizonte es llegar a ser el sargento mayor más antiguo [de la Policía]. En este momento ocupo el segundo puesto a nivel nacional después del sargento mayor Murillo que somos muy grandes amigos, hablando con él, él me dice que no se retira, ¡que me retire yo primero! (risas) (Raúl, Policía).

Esta posibilidad aplicó también para quienes estaban vinculados en la carrera de suboficial, oficial o en el nivel ejecutivo de la Policía. Por otra parte, Diego, participante de los encuentros de memoria, fue secuestrado mientras prestaba su servicio militar como auxiliar de la Policía en su pueblo, Mitú, Vaupés. Por ello, cuando fue liberado ya había culminado su servicio y no tenía ninguna forma de vinculación con la Policía. Sin embargo, decidió presentarse para la carrera de oficial de esa institución, a continuación, cuenta un fragmento de su experiencia:

Me hace acordar una vez cuando estaba en el proceso de incorporación [a la Policía] con la psicóloga, ella llegó y me preguntó:

—¿Usted cuando estuvo secuestrado, era auxiliar?

—Le dije “Sí”, [yo pensé] “no pues aquí fue”, porque como yo no venía recomendado ni nada.

—Me dice la psicóloga “Sabiendo que siendo auxiliar bachiller lo secuestraron, ¿usted quiere hacer curso de oficial? Puede que ya no lo cojan secuestrado sino que lo maten”

—Yo le dije “doctora, la verdad yo no lo veo por la parte negativa, yo lo veo por la parte positiva, incluso en este momento me siento con una ventaja con mis compañeros”

—Me dijo: “¿Cómo así?”

—Le dije “sí doctora, al menos yo sé en qué me estoy metiendo y el día de mañana sé a qué me voy a exponer en una toma, en un procedimiento. Mientras que yo sé que acá [llegan], porque yo distinguía, compañeros en camionetas que eran hijos de oficiales, que no van a saber qué es conocer la Policía realmente y no se van a arriesgar.

La doctora se quedó callada, me dijo muchas gracias y no me siguió haciendo preguntas. Yo no lo

contesté por la parte negativa, sino que dije que es una ventaja que tengo con mis compañeros, yo sé a qué me tengo que atener, mientras que ellos dicen que son hijos de oficiales entonces nunca van a estar en orden público, aprovechar el día a día.

A Diego efectivamente lo admitieron a la carrera de oficial de la Policía y hoy ostenta el grado de capitán.

En el Ejército las historias de quienes decidieron quedarse después del secuestro implicaron, en algunos casos, volver al área de combate⁵³. En esa línea, Ariel, integrante del Ejército cuenta cómo fue retomar las actividades después de su liberación:

Yo salí del secuestro y [me dieron] como seis meses de adaptación y de una cita con la psicóloga y ya al área de operaciones (...) Después me fui para el Putumayo, normal: situaciones de combate. Ascendí a sargento y seguí comandando mis pelotones, hasta que ya hace como unos cuatro años y medio estuve en un combate y dije “esto tiene que cambiar” y como dicen en la tele ¡Llamada a un amigo! Estuve trabajando [áreas administrativas] en un Comando del Ejército en Bogotá y de ahí pasé para donde estoy ahorita [Ministerio de Defensa], voy a cumplir 22 años en el Ejército.

53 Es importante aclarar que, frente a la posibilidad de que las víctimas de secuestro volvieron al campo de batalla, en el caso de los integrantes de Ejército, las perspectivas de la institución evolucionaron con el tiempo llegando a recomendar no enviar a personas víctimas de secuestros, de vuelta al área de combate, en ninguna circunstancia (CNMH, agosto 2017, entrevista con profesionales encargados de la atención a víctimas en la Policía nacional y el Ejército nacional).

El reencuentro con la institución también es el reencuentro con los proyectos de vida que fueron dejados en pausa durante meses o años por culpa del secuestro. Sin embargo, algunos de los participantes de los encuentros de memoria reconstruyeron su trayectoria laboral por fuera de la institución castrense, como fue el caso de Antonio, retirado del Ejército, quien estudió tecnología de producción y comenzó una carrera como actor de teatro que lo llevó a estar actualmente en la obra 'Victus'⁵⁴.

c. Atención psiquiátrica y psicológica después de la liberación

"No quiero ir a una clínica de reposo, ¿si ingreso en ese proceso y después no puedo salir?".

Jimmy, Policía

El reencuentro con las Fuerzas Militares o de Policía también se vio mediado por la participación en procesos de atención psicosocial, salud mental o psiquiátrica. Las opiniones y experiencias de los militares y policías secuestrados frente a esta atención fueron variadas: algunos contaron que tuvieron un cuidado adecuado, un seguimiento y psicólogas o psicólogos que verdaderamente les ayudaron a tramitar los

54 'Victus' (víctimas victoriosas) es una obra de teatro de la Casa Ensamble que se define a sí misma como un "laboratorio de paz" en donde, en escena, interactúan exintegrantes de la fuerza pública, excombatientes de las FARC-EP, desmovilizados de los grupos paramilitares y de autodefensa, y víctimas civiles, transmitiendo un mensaje de memoria y reconciliación.

impactos del secuestro y a reconstruir su proyecto de vida, mientras que otros sintieron que su atención fue insuficiente o excesivamente medicalizada⁵⁵.

José Vitaliano, por ejemplo, cuenta porqué decidió quedarse a vivir en Bogotá después de su liberación y cómo se ha sentido con respecto a la atención de la institución en esta ciudad:

Mi mamá y mi papá me decían [después de la liberación] “mijo retírese, mire que es peligroso, todo el tiempo eso era maten policías, secuestren”, y yo [le decía] “madre no, tranquila”. Luego nos dieron [la Policía] la posibilidad de preguntarnos ¿a dónde se quieren ir? Yo decidí quedarme en Bogotá, una tía mía me dijo: “mijo pero es que aquí está todo, aquí usted puede tener mucho más apoyo psicológico y lo que quiera”, y pues afortunadamente acá en la

55 En este punto es importante aclarar que, así como con las prácticas que conciernen el posible retorno de los militares al área de combate después de haber sufrido un secuestro, las políticas de atención y tratamiento en el área de salud mental y rehabilitación a víctimas de secuestro dentro de la fuerza pública fue evolucionando desde el 2000 a la actualidad. Por ejemplo, en el Ejército la atención más de corte psicosocial —que incluye una dimensión de trabajo con las familias— comenzó a partir del 2010 cuando le encargan esta tarea a la Dirección de Familia y Bienestar (DIFAB), antes de eso el área encargada era la de la Dirección de Sanidad (DISAN) que priorizaba la atención de corte clínico y psiquiátrico. Por lo tanto, las experiencias de las víctimas de secuestro varían de acuerdo a cómo la institución respondió a su liberación, sea por la Fuerza (Ejército, Fuerza Aérea, Armada o Policía) o por el tipo de atención que se prestaba al momento de su liberación. Otra variable fue el tipo de profesionales específicos que atendieron los casos y la sinergia que sintieron entre ellos. En algunas sesiones de los encuentros de memoria asistió Camila, psicóloga de la Sección Víctimas del Ejército nacional de Colombia, con quien los participantes tenían una relación muy cariñosa y de mucho respeto. Asimismo, una de las delegadas del Ejército para acompañar estos encuentros fue la psicóloga Johanna —oficial del Ejército retirada que actualmente trabaja en la Sección Víctimas del Ejército en tareas más gerenciales y administrativas— quien reconoció en el grupo de participantes a uno de los primeros militares que atendió cuando trabajaba como psicóloga. Se saludaron con mucho cariño y el participante resaltó la humanidad y calidez de su trabajo.

Policía, en lo que yo he estado acá en Bogotá, siempre lo que ya les comenté, hemos tenido reuniones, como cierto seguimiento psicológico y pues de todo; y trabajo, por lo menos a mí, me dieron la oportunidad de ser técnico de aviones. Y pues ahí me tienen, todavía asistiendo a sus reuniones (risas).

Pero este no fue el caso de todos, el mismo José Vitaliano cuenta que “la mayoría de mis compañeros se fueron para Cúcuta, para Santander, el pastusito se fue para el Llano y el chino se estresó y tomó la mala decisión de suicidarse” (José Vitaliano, Policía). Quedó en el aire la pregunta de si la calidad y cantidad de atención psicológica que recibían dependía del lugar del país donde estaban.

Algunos de los participantes expresaron estar poco satisfechos con las atenciones que recibieron, ya que estuvieron medicados, sin mucha información sobre el funcionamiento y efecto de las prescripciones y sin sentirse reparados ni representados en estos modelos de atención.

Los participantes del taller hablaron de experiencias compartidas en el marco de los primeros meses, luego de la liberación: pesadillas, irritabilidad, insomnio, entre otras. Frente a estas recibieron remisiones a psiquiatría, medicamentos o, en algunos casos, psicoterapia.

Yo no asistí al psicólogo, [es decir], asistí tres o cuatro veces; siempre era como lo mismo, a tratar de recordar

todo lo que uno vivió y a mí no me gustó, yo dije que no asistía más a eso. Yo creo que el mejor psicólogo es uno mismo, si usted se queda estancado en una situación de esas, que "yo fui, que yo hice", etc. nunca va a poder salir de ahí. A los dos años después de yo haber salido me dio como una crisis que soñaba todas las benditas noches en combate, que me agarraban, que me mataban, que me degollaban, y decidí volver otra vez, y el psicólogo de una vez me remitió a psiquiatría, y yo decía "doctor pasa esto, esto y esto"; fui porque sentí que de alguna manera tenía que asistir y me dieron esa droga que le dan a la mayoría. [El psiquiatra] me dijo tómese $\frac{1}{4}$ de la parte de esa, es una droga poderosa; no sé si lo hacen por ayudar, no sé si lo hacen por maldad, porque a mí me queda ese concepto. Yo tomé por tres días eso y no me daba hambre, no sabía en qué mundo andaba, yo dije no, esta vaina no puede ser droga. De igual manera los compañeros me ayudaron mucho porque yo en ese entonces trabajaba con unos agentes [de la Policía] más antiguos ya con sus 20 o 21 años [de servicio] ya, me decían "mi cabo eso no tome esa vaina que eso los vuelve más locos", así le decían a uno. De pronto por lo que les hice caso no volví a tomar eso, y a los tres meses cuando volví el médico me preguntó que cómo me había ido con la droga, yo muy bien (risas) y [después] le dije la verdad "doctor, no me medique más con esa droga porque yo no le voy a tomar, para qué la voy a recibir si no me la voy a tomar". Y vuelvo y repito ese es mi concepto muy personal, y se lo he dicho a los paisanos míos.

Para Lucas los desaciertos de la psicoterapia y la medicación lo dejaron pensando que lo mejor era afrontar las dificultades por sí solo, junto a su familia; esta sensación fue compartida por varios participantes. Un elemento común en los relatos, sobre este tema, fue el malestar que les causó la medicación psiquiátrica en su funcionamiento diario y la resistencia de tomarla, por más severos que fueran los síntomas que estaban sintiendo en ese momento. José Vitaliano cuenta lo aterrador que fue para él estar bajo el efecto de la medicación psiquiátrica:

Yo les voy a contar con respecto a los tratamientos psiquiátricos y psicológicos también. Resulta que yo también sufrí los mismos síntomas, yo me acostaba a dormir y eso parecía un caballo por la noche, el sudor tan berraco, eso tocaba todos los días cambie sábanas, pijama de todo porque un sudor impresionante. Como les comenté el bombardeo que hizo la Fuerza Aérea [durante el secuestro] me traumatizó tanto que por la noche [cuando] me acostaba a dormir si pasan los aviones acá en Bogotá y los sentía por encima: ¡Esa vaina me hacía a mi botar al piso! Me hacía levantar y estrellar por ahí contra las paredes, [luego] me despertaba y [pensaba] "ahh verdad que ya estamos en Bogotá". Entonces a raíz de esos traumatismos que me quedaron me tocó ir al psicólogo y del psicólogo al psiquiatra. El psiquiatra me dijo, "pa' que pueda descansar vamos a formularle estas y estas pastillitas, tómeselas todos los días a las 6 de la tarde". Me tomé una

pastilla y al otro día ese cuerpo pesado, como que no me podía levantar para irme a trabajar. Sin embargo, sabía que tenía que ir a trabajar: me desperté y me subí al bus, tenía que ir al CAN en la 26, pasé y mire la 26, pasé por el CAN, ¡Llegué al Salitre! ¡Me tenía que bajar en la 26! O sea uno despierto y bien pero con una pérdida de concentración absoluta, [duré] varios días así. Me devolvía caminando, o me devolvía en buseta en alerta, y [decía] juro que no me voy a pasar de la 26, cuando volvía otra vez como a dormirse el cerebro o sea, un efecto tan raro: yo con los ojos abiertos pero como que el cerebro no me respondía y volvía a pasarme otra vez. Entonces, a raíz de eso tomé la decisión de no seguir tomándome esas pastas. Dije no, definitivamente esa vaina lo que me está es haciendo más daño de lo que me puede ayudar y decidí por cuenta propia no consumirme esas benditas pastas. Después con psicólogas, con la misma familia. Yo pienso más que el apoyo familiar fue el que me ayudó a quitar eso, y por cuenta propia tratar de no entrar en esas situaciones de acordarse uno, de a toda hora estar pensando en eso, ya poco a poco se fue desapareciendo y pues bendito Dios sin medicamentos, ahorita me siento bien.

Al igual que Lucas, José Vitaliano llegó a la conclusión que la medicación es más nociva que útil y decidió dejar de tomarla. El miedo a perder el control de quiénes son o volverse adictos a los efectos de los medicamentos también lo expresó Jimmy:

Pues en el caso mío no hice un proceso de medicamentos, nunca lo quise asumir, o sea después de la etapa de liberación me propuse a que aquellas secuelas las iba a superar por parte mía. Me remitieron a psiquiatría y le dije a la médica: "no, yo no necesito eso, yo tengo que superarlo porque yo no quiero convertir esa medicación en una adicción". Fue difícil porque yo tenía sudoración, tenía mucho temblor en las manos, me despertaba en horas de la madrugada con pesadillas, eran situaciones difíciles, tuve problemas de mal genio, de agresividad, pero poco a poco fue pasando eso hasta que logré superar esa etapa. Yo le decía a un compañero, yo no me tomo una pasta de nada ni nada, y que vayan a llevar a una clínica de reposo no nada, no soporto eso, y tengo que hacerlo por parte mía. Algunos compañeros decían pero es que de pronto le va a afectar, y yo decía pues que me afectó pero no quiero ir a una clínica de reposo, ¿si ingresó en ese proceso y después no puedo salir? no tomo el riesgo y mejor trato de salir adelante. Voy a muchas terapias de psicología, de trabajo social y logré salir adelante, y la otra es que traté de llevar una vida normal, traté de desempeñarme en diferentes cargos entonces ya superé la etapa, fui superando ese proceso hasta que logré superarlo.

Los hechos de violencia le roban la autonomía a las personas, un proceso de mitigación de impactos incluye coadyuvar a las víctimas a retomar la voz y la agencia que la violencia les ha intentado arrebatar

(Corporación Vínculos, 2009). Volver del secuestro también implicó para las víctimas retomar su poder de autonomía frente a sus rutinas, sus cuerpos y, obviamente, su libertad. En el caso de Jimmy esto redundó en tomar la batuta de su proceso de superación de impactos y de no “evadirse de la realidad” por medio de las drogas psiquiátricas.

Mientras José Vitaliano expresa la importancia de la familia en su proceso de afrontamiento, Jimmy menciona el rol que tuvo al tratar de llevar una vida normal realizando distintas labores dentro de la institución policial. Esto da otra pista: el valor que tiene la reubicación laboral en los procesos de sanación de las víctimas de secuestro al permitirles recobrar un sentido de normalidad en su vida diaria. En el caso de Jimmy, esta reubicación fue en cargos administrativos o logísticos, no en lugares donde tuviera que enfrentar dificultades de orden público. Sin embargo, ese no fue el caso de todos, por ejemplo, para Antonio los impactos psicológicos, o psicosociales, del secuestro fueron agudizados por la decisión del Ejército de volverlo a mandar al área de combate:

Pasa el tiempo y yo sigo en la misma contraguerrilla y llega otro traslado nuevamente y soy enviado a San Vicente del Caguán, en el Caquetá, y estando allá a operar entre lo que es San Vicente, Puerto Rico [Meta], donde más se concentraban operaciones. Allá... allá sí se llenó la taza porque ya todo lo que había era guerrilla, casi todos los

días se dispara, y ahí empezó la crisis donde (...) tuvieron que agarrarme los soldados. Fue el momento cuando yo inicio mi proceso de psiquiatría del cual dure tres años como un bobo, hasta que un día mi esposa dijo: "no, yo no lo quiero ver más así", y me quito eso y afortunadamente con el tiempo logré irme levantando. Bueno des[pués] de todo eso yo he estudiado, me hice tecnólogo en producción y eso me hizo ser parte de las emisoras del Ejército, y luego viene mi retiro.

La familia, como elemento común a las memorias, es quien nota con mayor intensidad los efectos de las medicaciones en las víctimas de secuestro, y es también esta quien busca otras maneras de afrontar y lidiar con los impactos de la victimización que sufrieron.

Para Antonio, y para muchos otros, la medicación se convirtió en un obstáculo más derivado del secuestro que se debía superar, en vez de contribuir a la superación de los daños emocionales y sociales derivados de su experiencia. En su caso, su sanación estuvo atravesada por los procesos artísticos y creativos que pudo desarrollar con la radio del Ejército y más adelante en ejercicios de teatro a través de la obra 'Victus'.

Las memorias de los policías y militares víctimas del conflicto armado reiteran la importancia de tener una ruta de atención psicosocial que implique:

Construir un proceso reflexivo entre la población víctima, su red social y los acompañantes, que contribuya a la superación de los efectos sociales y emocionales de la violencia mediante la resignificación de la identidad y del reconocimiento de recursos personales y sociales, en el marco de la categoría de sujeto de derechos (Corporación Vínculos, 2009, página 29).

Una ruta que no sea estandarizada y que contemple las necesidades y recursos de las personas y grupos que buscan ayuda para mitigar los impactos del conflicto armado, teniendo en cuenta el contexto del que provienen, la victimización que enfrentaron, el hecho de que fueron secuestrados en el marco del cumplimiento de su labor como militares o policías, y un sin fin más de elementos de contexto y significado⁵⁶. En el caso del secuestro, el rol de la familia y la autonomía frente a la manera en que se enfrentan las secuelas de la victimización parecen ser, al menos para los policías y militares del proceso, elementos absolutamente centrales para su proceso. Por esta razón, se considera un acierto que, desde el 2010 son las Direcciones de Familia quienes lideran los procesos de atención a estas víctimas, priorizando la atención de corte psicosocial e integrando plenamente a sus sistemas familiares.

56 En este punto es procedente recapitular sobre los aspectos señalados por Martín-Baró (1988) cuando caracteriza el *trauma psicosocial*: “(a) la herida que afecta a las personas ha sido producida socialmente, es decir, que sus raíces no se encuentran en el individuo sino en su sociedad, y (b) que su misma naturaleza se alimenta y mantiene de la relación entre el individuo y la sociedad (...). Lo cual tiene obvias e importantes consecuencias a la hora de determinar qué debe hacerse para superar esos traumas” (página 78).

Finalmente, dado que en el caso de las victimizaciones que surgen en el contexto del conflicto armado el daño individual no puede deslindarse de una perspectiva social (Baró, 1988), el valor de realizar ejercicios de memoria o al menos de encuentro entre militares y policías víctimas de secuestro es fundamental para contribuir a desprivatizar las experiencias vividas en el marco del cautiverio (Corporación Vínculos, 2019); tanto las experiencias del horror como las formas de afrontar los daños e impactos del secuestro y las propuestas para reconstruir su proyecto de vida en libertad. Los participantes de los encuentros de memoria no solo enfatizaron en lo valioso de hacer memoria histórica sobre las experiencias de secuestro de policías y militares, sino que también expresaron su agradecimiento por ser convocados en colectivo y tener la oportunidad, sencillamente, de compartir.

d. Reconocimiento institucional como dimensión de la reparación simbólica

Reconocer los daños desde una perspectiva psicosocial implica construir con las víctimas las maneras en que estas pueden verse reparadas. Las víctimas de secuestro, integrantes de la fuerza pública, expresaron el valor que tiene para ellos obtener lugares simbólicos de reconocimiento dentro de la Policía o el Ejército; categoría clave para la reparación simbólica en estos casos.

En el caso de Juan Carlos, el reconocimiento comienza con la persona que va a hablar con él justo después de su liberación:

En el caso mío me colocaron en una habitación y siéntese ahí y llene esto, pero a mí en ningún momento se presentó alguien como un señor oficial, que fuera alguien con vocación militar que le dijera cuál era la misión de uno como miembro de la fuerza pública, que se sentara con uno y analizara. No como en mi caso, que le llevan a uno donde la psicóloga a que le diga a uno "bueno, hoy vamos a trabajar tal cosa", le daban a uno como unas 8 hojas y ya. Fuera de eso nos ponían una niña de 20 o 22 años (...) entonces ¿doctora usted qué me va a decir a mí? si una niña que sale de una universidad y la sientan al lado, pues me imagino que será el pensamiento de ella, entregarme las hojas y después comenzar a sacarme el perfil y hacer la curva de no sé qué, pero sentarse de pronto ella a hablar conmigo de lo que yo viví allá, lo que me paso, de las humillaciones, de las frustraciones, del rencor con el que yo salí de allá, nunca lo hizo. Cuánto hubiera querido yo que un señor coronel ojalá grados altos, o un general se hubiera sentado conmigo a analizar qué cosas buenas quedaron [de la experiencia del secuestro].

El reconocimiento también tiene que ver con el lugar que ocupaban los militares y policías cuando fueron secuestrados: estaban presentándole un servicio a la

institución, por lo tanto, quienes estuvieron en cautiverio esperan que se reconozca este lugar y se difunda su historia, especialmente por parte de las Fuerzas Militares y de Policía. Uno de los policías reflexionó al respecto:

Una vez hablaba con un oficial, y [me pregunto, con respecto a las charlas de sensibilización sobre el secuestro]: “bueno pero eso ¿qué le aporta a la Policía?” y eso me pareció... [silencio y gesto de desaprobación] ¿Cómo que qué le aporta trece años de secuestro? Ir a un colegio a contar de tu historia, a una escuela de formación, a una escuela de bachillerato. [Él me decía] “pero eso ¿qué le aporta a la Policía, qué le aporta al departamento de Policía del Meta? ir usted por allá a equis lugar”. Por eso me retiré, me sentí como indignado, no ven más allá y no proyecta una imagen de pronto institucional, no ve al sargento César, lo que vivió ahí [lo vivió] como policía, no lo vivió siendo un ciudadano normal. Es decir, que esos muchachos del colegio conozcan la historia, sepan que se vivió, pero que no queremos que lo repitan. Entonces a los sargentos de [la toma de] Mitú o los de [la toma de] Puerto Rico, ¡Escúchenlos!

Nosotros queremos contar, no queremos que [nos digan] “¡Ay pobrecitos!” que, “hay que darle, no... es que creen que uno a toda hora va a estar pidiendo que le den o que va a estar mendigando cosas, ¡No! Queremos es desde la experiencia ver

que se puede aportar. Entonces le decía a un coronel, quiero traer aquí a un oficial que tiene una lesión con mina quiebrapata para que le hablen a los jóvenes, lo que es vocación policial (Policía, víctima de secuestro).

Los simbólico cobra una importancia enorme en este fragmento: las conferencias y las charlas son excusas para darle un lugar a la narrativa de quienes fueron víctimas de secuestro *prestando un servicio*, como una manera en que las Fuerzas pueden rendirle homenaje y coadyuvarlos a reconstruir la identidad militar que fue violentada por los captores en el marco del cautiverio. Si las guerrillas pretendieron lesionar la identidad militar y policial de los secuestrados y subyugarlos en el cautiverio, en libertad deben ser las instituciones quienes ponen la plataforma para volver reafirmar esta dimensión identitaria.

En suma, las palabras o consejos de otros que han pasado por situaciones iguales o similares, el papel de la familia en el proceso de superación de los efectos del secuestro, la posibilidad de continuar su desempeño laboral dentro de la institución, las alternativas de atención guiadas por criterios más psicosociales o creativos y artísticos, y el incentivo de estrategias de reconocimiento por parte de la fuerza pública, fueron algunos de los elementos claves y útiles señalados por las víctimas para afrontar los impactos del secuestro.

9.2. Los daños e impactos del secuestro que se expresan en el retorno a la libertad

“Todo el mundo nos miraba como bichos raros.
[Nos decían] *los liberados, los liberados*”.
Lucas, Policía

El daño e impacto⁵⁷ más contundente en la etapa del retorno a la libertad fue la manera en que los policías y militares víctimas de secuestro se sintieron estigmatizados a raíz de su experiencia, tanto por sus compañeros de trabajo, como por la sociedad civil⁵⁸. Para Lucas, el señalamiento llegó en el momento de emprender sus cursos de ascenso:

Es decir, no fue tan fácil, nos miraban como bichos raros muchas veces, por así decirlo, porque lastimosamente cuando llegamos nosotros a la Escuela y allá todos eran oficiales, todos los que estaban haciendo el curso eran oficiales y nosotros 70 que llegamos a hacer el curso para el grado de intendentes, entonces todo el mundo nos miraba como bichos raros. [Nos decían] “los liberados, los liberados”.

57 Cabe aclarar que la estigmatización podría entenderse como un “daño moral”; sin embargo, en este apartado no se recurre a la categorización extensiva, sino que se limita a explorar la estigmatización como categoría en sí misma a partir de los testimonios de los participantes en los encuentros de memoria.

58 Al visibilizar la estigmatización no pretendemos invisibilizar los demás impactos mencionados por los participantes, que van desde daños físicos, hasta los emocionales y familiares, pero que están muy conectados con las vivencias y significados elaborados en el apartado de daños del Capítulo 5: los daños e impactos del secuestro; y parcialmente trabajados en el apartado de “atención psicológica” de este mismo capítulo. Así las cosas, decidimos otorgarle un lugar a los daños morales relacionados a la estigmatización y el buen nombre.

De cierta manera, la etiqueta de “liberados” batallaba con la identidad común de “policías” que compartían con sus demás compañeros haciendo cursos de ascenso. En el caso de Julio César, el peso de la etiqueta de “liberado” se vio reflejado en la reacción de algunos de sus compañeros ante su trabajo como tecnólogo en mantenimiento aeronáutico:

Al principio llegar al área de aviación fue supremamente difícil para mí porque empecé a encontrar apatía: un técnico o tecnólogo [en mantenimiento aeronáutico] tiene también que meter mano en la parte mecánica [del avión]. Yo llego a volar⁵⁹ y empecé a sentir que cada cosa que yo hacía tenía mejor dicho un espía detrás, o alguien que me estaba supervisando, porque claro, más de uno decía, cómo es posible que en nuestras manos pongamos nuestra vida en un secuestrado, y eso que me tuvieron con psiquiatría, psicología.

Al principio pues no fue fácil, y cuando llegué a ser técnico de línea que ya uno no va en la parte de atrás del avión sino va usted adelante, tiene que ayudar en el aterrizaje y en el despegue a acondicionar el avión, tiene que ayudar a bajar y subir el tren de aterrizaje, mirar que los parámetros del motor estén bien, temperatura. Mis primeros días ya como técnico de línea, por lo menos fui a bajar el tren de aterrizaje, y ya uno como sabía [qué

59 A volar quiere decir a trabajar como técnico en el avión y asistir el desarrollo del vuelo.

hacer], y un [compañero] me dice “¿qué va a hacer?” Pues por la desconfianza ¿sí? pero gracias a Dios pues les fui demostrando que la comisioncita en la selva⁶⁰ (risas) no me había afectado. Al contrario, y ahorita por lo menos (...) cuando el mayor Peña dice, “¡yo no voy si no va Buitrago⁶¹!”, porque pues ya he demostrado [mi capacidad]. Entonces pues me ha gustado la aviación, he conocido, me he sentido bien. El peor pecado es usted decir que estuvo secuestrado porque ya más de uno dice, este man quien sabe llegará con pensamiento de la guerrilla, o viene loco.

A Julio César, y a todos los demás participantes, les tocó probar que el secuestro no había transformado su identidad militar, que seguían siendo policías y militares capaces de desarrollar las tareas propias de la institución -que en muchas ocasiones, como la de apoyar un vuelo, además de experticia requieren confianza en el otro-. Retomando a Blair (1999), aunque los liberados habían recuperado los elementos institucionales de la identidad castrense (el uniforme y las insignias) debían demostrar que su sistema de valores, como segunda columna del sistema simbólico que mantiene a la institución militar, continuaba intacto.

60 A los militares y policías se les asignan “comisiones de trabajo” que implica trasladarse a otro territorio por una cantidad de tiempo determinado para desarrollar una labor. En este caso, y de manera irónica, Julio César se refiere a su secuestro de diez años como una “comisioncita”.

61 Apodo con el que se refieren a Julio César, cuyo apellido es Buitrago.

Para no enfrentar este tipo de prejuicios, algunos optaron por tener bajo perfil los primeros años después de su liberación y no contar que habían sido víctimas de secuestro, al respecto Ariel narra:

Casi nunca [conté] que estuve secuestrado porque los primeros días, o los primeros años, en el curso de [ascenso] muchos compañeros, como decían ustedes, a tratar de estigmatizarlo a uno, que qué ideas tiene, que eleno⁶², que cosas así. Entonces es mejor en cierta forma callarme y con mi pelotón normal, yo salí para el área de operaciones y también me gustaba mucho.

Esto, en realidad, fue solo una opción para quienes no habían estado en el remolino mediático, ya que podían aprovechar su anonimato para evadir preguntas o prejuicios sobre su identidad militar, lealtad o capacidad de trabajo. Pero quienes adquirieron cierto grado de reconocimiento mediático, después de su liberación debían encontrar otros métodos para subsanar las sospechas:

El famoso Síndrome de Estocolmo⁶³, entonces la gente pensaba que uno ya estaba transbordado, de hecho las familias de nosotros y no sé si a ustedes les pasó, pero a la familia le llegaban con cuentos [durante el secuestro]: que su hijo que es un

62 *Eleno* es una forma de llamar a los guerrilleros del ELN.

63 "Es un término utilizado para describir una experiencia psicológica paradójica en la cual se desarrolla un vínculo afectivo entre los rehenes y sus captores" (Rizo-Martínez, L., 2018, página 1).

comandante guerrillero, pero pura cizaña que metía la gente y en la misma institución, uno también es consciente de eso, si yo llevo secuestrado diez años, ¿qué piensa la institución?, pues la institución por obvias razones ve a pensar que uno ya está transbordado... diez años... (Raimundo, Ejército)

Raimundo, liberado durante la Operación Jaque, cuenta cómo la estigmatización comenzó durante el mismo secuestro, donde algunas personas, aprovechando la cantidad de años que llevaba en cautiverio, difundieron rumores sobre su lealtad a la institución. Una vez regresó tuvo que enfrentarse a estos comentarios, tanto dentro de su familia como en su institución.

Estas memorias hacen evidente un *daño al buen nombre* que se hace manifiesto después de la liberación y cuya mitigación queda en sus propias manos, ellos se abrogan la responsabilidad de “limpiar su buen nombre” incluso ante la misma fuerza pública. El secuestro, entonces, no solo deja huellas físicas, emocionales y relacionales -como se desarrolló en el quinto capítulo-, sino que también deja huellas morales que continúan afectando a las víctimas años después de la liberación⁶⁴.

64 Cabe mencionar que en este apartado se hizo una omisión deliberada al estrés postraumático; ya que se considera vital reconocer los daños de una manera que no se limite a categorías diagnósticas rígidas que han monopolizado la literatura especialmente en lo referente a los impactos de quienes hacen parte de los ejércitos. Esto no quiere decir que el estrés postraumático no sea un daño real sufrido por militares, policías y víctimas del conflicto armado en general, sino que, siguiendo el consejo de Theidon, decidimos desapegarnos de categorías preestablecidas y explorar, junto a los participantes, como se ve, cómo se siente y cómo se nombran

9.3. En libertad también se afronta y resiste a las secuelas del secuestro

En los anteriores apartados se hizo énfasis, por un lado, en lo que ha significado para militares y policías retomar y regresar a la vida en libertad y, por otro, en los daños e impactos del secuestro que emergen desde el momento del retorno. En este apartado, se abordarán las herramientas que han generado las personas liberadas para resistirse a las secuelas del secuestro, las cuales desbordan las relaciones institucionales y laborales y resaltan la manera en que los militares y policías han desarrollado sus propias estrategias de afrontamiento.

Expresiones del silencio

Aunque el silencio se puede interpretar como el lugar de lo inenarrable⁶⁵, también puede ser ejercido como un derecho de quien es víctima: como un derecho

los daños del secuestro, desde sus propios significados. “De vez en cuando, nos “pegamos” tanto a nuestras preguntas y modelos que estos opacan nuestra visión. Si llegamos buscando incansablemente los síntomas del Estrés Postraumático, puede ser que no captemos la experiencia vivida de la violencia, el mundo social conflictivo en la coyuntura actual, los espacios cotidianos donde se va recreando la vida..., en fin, que no captemos” (Theidon, K., 2004, página 40).

65

Aranguren (2016) enuncia que las formas narrativas sobre el horror requieren de: disposición de la víctima para hablar y la posibilidad de ser escuchado, en otras palabras, se requiere un marco social de escucha. Hay experiencias para las cuales sienten que no hay un marco social de escucha y se convierten, *de facto*, en algo que es inenarrable. Aunque podríamos extender la discusión sobre si los silencios responden a un marco social de escucha limitado para comprender algunas experiencias de dolor, sufrimiento y humillación del secuestro, optamos por darle un sentido resiliente a ese silencio y reconocer que no nombrar y no narrar también es una manera de contrarrestar la intensidad del daño y salvaguardar la intimidad propia y del otro.

a no-narrar. En el caso de los encuentros de memoria con policías y militares víctimas de secuestro, el silencio fue una herramienta de cuidado y autoprotección, por eso se presenta como mecanismo de afrontamiento. En el marco de una victimización que se caracteriza por el control sostenido sobre la libertad y la vida del otro, reduciéndolo a un estado de “soledad sin privacidad” (Betancourt, I. 2010), los silencios de las víctimas, frente a lo que les ocurrió a ellos y a otros, sugieren una postura ética y una manera de expresar autonomía frente a su experiencia de dolor; así como de retomar control sobre su narrativa y su historia decidiendo qué se expone y qué no.

Al respecto Raimundo dice: “muchas cosas que por ética uno se reserva. Cosas mucho más indignas que nosotros vimos” (Raimundo, Ejército). Lucas agrega:

De alguna manera eso cada quien narra de acuerdo como haya vivido, es una larga historia, no la terminaríamos, digamos si yo fuera paso por paso, cuántos días duramos sin bañar, cuántos días duramos sin comer, todas esas cositas así muchas veces uno no las cuenta porque automáticamente le caen a uno esos recuerdos y prefiero no contar eso, entonces, en igual o similares circunstancias que los otros compañeros viven y en las mismas condiciones, la misma selva. (...) Hace rato hablábamos de ‘para qué olvidar’ y eso de pronto para uno es difícil, para la persona que haya vivido una situación de esas y que lo hayan llevado a usted en contra

de su voluntad que es lo más doloroso porque de alguna manera si bien es cierto está vestido del verde o es policía o la profesión que haya escogido usted, y que alguien venga y lo lleve a usted de buenas a primeras, porque llegan a atacar y se lo llevan y eso, es doloroso. [Ese dolor] pues quedará para uno, y muchas cosas que uno no alcanza a contar quedarán para uno, sean buenas o malas, eso será para uno, o de pronto para los hijos que muchas veces uno se sienta a hablar con ellos.

La elección que Lucas hace explícita en su testimonio, de dejar para sí mismo ciertos recuerdos, sugiere que no es que no encuentre palabras para describirlos, sino que decide no hacerlo, esto también puede ser una manera de cuidarse a sí mismo y a sus compañeros; clausurar algunas memorias puede salvaguardar la dignidad de quienes fueron secuestrados, recordándonos que no todo tiene que pasar por la memoria y por la palabra.

Hacer memoria para no repetir

La contracara de usar el silencio como una manera de retomar el poder sobre su propia narrativa es también tener el poder y la agencia de hacer memoria con su propia historia. Una de las herramientas que compartieron los policías y militares para afrontar las secuelas del secuestro tiene que ver justamente con eso, “hacer memoria en pro de la no-repetición”. Específicamente, tanto José Libardo como

César afirman la importancia de hablar, de hacer conferencias, de compartir su memoria en lugares públicos para que lo que les sucedió a ellos no le suceda a nadie más:

Poder construir una memoria desde la variedad de nuestra misma sociedad, porque es que ¿por qué somos así? Porque no nos conocemos, no sabemos nuestros orígenes para comenzar de pronto a construir una sociedad diferente desde la cultura, porque casi toda la historia nuestra ha sido de violencia; ¿de dónde venimos? De pronto de genes violentos, de pronto ese gen está en el ser humano, pero cómo podemos cambiar o cómo podemos guardar ese gen violento para transformarlo en un gen creativo, culto, etc. y partiendo de conocer esas historias, esa diversidad nuestra, pero aquí no hay una memoria de cómo llegaron los negros esclavizados y cómo fueron sus historias de dolor también y no hay; como si lo hay por ejemplo en Estados Unidos, o en muchas sociedades que ya han marcado.

Para César la necesidad de hacer memoria tiene que ver no solo con conmemorar y sensibilizar a la sociedad con respecto al secuestro de policías y militares, sino con reconocer que como país debemos seguir caminando hacia una comprensión más completa de las violencias que se han vivido. José Libardo, en la misma línea, reflexiona sobre la necesidad de seguir construyendo iniciativas de memoria histórica desde todas las orillas:

Eso es lo que yo sueño: que una persona con iniciativa y de verdad con los recursos [construya una iniciativa de memoria histórica], eso sí sería interesante [que ayude a responder las inquietudes de la gente] ¿Alguien quiere conocer algo de las víctimas? ¿Alguien quiere conocer algo del conflicto colombiano? ¿De las FARC-EP, de los paramilitares, del narcotráfico mismo? que no entraría aquí [en este proyecto] pero igual esta guerra ha sido paramilitarismo, guerrilla, y Policía y Ejército, los que hemos estado enfrentados. Todas esas cosas que se hicieron allá [en el secuestro]. También lógicamente sucedieron acá afuera; las familias también hacen parte de esa memoria histórica, las familias también tuvieron sus líos, familias que se perdieron. La esposa de un amigo que duró dos años [secuestrado] y cuando llegó ella estaba embarazada, y él, ¿pero eso que? ¡No, pues chao! Es que le digo, pero hogares que se pierden, y todo eso deber ser publicado y cartas que pueden ser publicadas dependiendo de la autorización de cada quien ¿Cuál es el objetivo ahora? El objetivo ahora es que se publique o que se vea en algún sitio. (...) Yo tengo muchas cosas, créame que yo tengo cantidad, hasta las revistas incluso de esa época hacen parte de esa memoria, y yo tengo cantidad de periódicos, la revista Semana, periódicos que salieron con la toma; y hay mucha gente que tiene cosas guardaditas ahí, pero elementos que pueden servir.

Hacer parte de esa memoria histórica que se construye, como medida de reparación simbólica, también es una manera de afrontar los impactos del secuestro y de contribuir a un país en paz. El elemento clave tanto en el silencio como en el hacer memoria es la agencia, es decir, la manera en que los militares y policías toman poder sobre sus narrativas y deciden cuándo y cómo desean compartirlas.

Nuevas nociones de la existencia en libertad

Uno de los elementos más importantes en torno a la superación, o mitigación, de los impactos de un evento traumático como el secuestro, es tener la capacidad de rescatar elementos de la experiencia que permitan dilucidar a qué le damos valor en la vida (White, 2006 citado en Buitrago, C. y Estrada, M., 2016). Siguiendo a White, una vez encontramos un elemento al que le demos sentido, o valor, podemos comenzar a reconstruir nuestro proyecto de vida en pro de eso. Como dice Lucas:

Bueno de todo eso y pasando a la parte de las fortalezas también influye mucho de alguna manera cómo puedo coger yo lo que me pasó allá y aquí afuera cómo afronto yo con lo que me está esperando, me refería yo en esa parte a la fortaleza mental, y he incluido también fortaleza física y el apoyo de la familia en la fortaleza emocional, o

sea me refiero a la familia, son digamos de alguna manera el centro de alegría, los hijos, la mujer y en fin el círculo de la familia. Con base a todo eso pues uno ya comienza de pronto a proyectar ciertas cosas, en el caso mío pues continuar en la institución, seguir escalando en los diferentes grados.

Para Lucas, como para muchos de los policías y militares que participaron en los encuentros de memoria, cuando se enfrentaron a la pregunta sobre qué es importante para ellos, una de las respuestas fue: “la familia”, pero no es la única. Ariel además de resaltar su familia también narró que obtuvo un nuevo sentido de apreciación por su salud y las condiciones básicas de vida:

Duré ocho meses, pero yo digo que soy en cierta forma soy afortunado porque yo dure poco, pero pues ese poquito también hace mella en la vida de cualquier ser humano. Aunque todo se vuelve una costumbre y uno no necesita ningún lujo para vivir bien. De pronto la parte de la salud si es muy importante pero después de que usted tenga la salud puede andar descalzo, usted está bien, no necesita ningún lujo, entonces esa parte fue de las que valoro.

En el caso de José Libardo, la experiencia del secuestro lo llevó a apreciar las cosas pequeñas de la vida cotidiana: caminar y observar. Al respecto cuenta:

Esa experiencia [del secuestro] me transformó. Una frase de los tantos libros que leíamos, decía que un

hombre después de pasar por esta experiencia no vuelve a ser el mismo, o se es mejor o se es peor, y eso es así en resumen lo que ha pasado desde el 2012⁶⁶. Por eso es que a nosotros nos gusta mucho salir a caminar, observar todo, y tratar de vivir bien y vivir feliz, porque eso es lo que la gente quiere y busca pero no lo logra.

Este aspecto de “vivir sin afán” también fue resaltado por Jose Vitaliano, secuestrado por las FARC-EP durante la toma a Miraflores, a quien su experiencia en libertad le otorgó un alto nivel de tranquilidad frente a situaciones adversas:

Fuimos a Miraflores, con un general, él con sus escoltas; y nosotros [solo] con el overol. Mi general nos vio y dice: “¿pero qué mi mayor, y si nos llegan a hostigar me toca cuidarlo o qué?” Porque pues yo [estaba] ya como desconectado de todo eso, ya ni siquiera me preocupaba que me fueran a disparar ni nada... y donde había ocurrido la toma, normal, ni siquiera sentir miedo o decir, “no, yo no voy por allá porque de pronto no tengo una arma”, no nada. Pues ya uno tiene como esa vida de tranquilidad, de no estresarme.

Para César, el valor está en la presencia genuina con el otro, en la capacidad propia del ser humano de conectarse con otro, al respecto dice:

[¿Qué significaba en la vida cotidiana redescubrir ese mundo?] Que falta en el ambiente en general más espiritualidad, más interioridad en preocuparnos más por el prójimo... Quisiéramos tener como esa energía porque mucha gente es muy perezosa, o sea, nos quejamos por lo que tenemos, por lo que no tenemos y se bloquean. Me ha causado un poco de bloqueo la tecnología, es decir desde la casa puede hacer su trabajo, puede pagar facturas, entonces eso también hace que perdamos más comunicaciones directas persona a persona, y bueno pues el celular también nos ha aislado, aunque nos comunica, pero nos aísla. Una vez llegue a la casa y estaban ahí [mis hijos] chateando y yo [les dije] "hola ¿Como están?" y todos "bien pa..." entonces les escribí por el WhatsApp y me dicen, "¿pero para qué nos escribe si está acá al frente?" y yo [les digo] "¡pues porque es que no me están poniendo cuidado!" entonces a veces nos comunicamos más como por ese aparato. (...) Fundamentalmente en lo personal, volver a comunicarnos entre nosotros, como una relación más directa y personal y volver a lo espiritual. Es decir, encontrarle un sentido a la vida desde lo espiritual, pues los que creen en Dios desde esa perspectiva para encontrar en las cosas sencillas ese sentido de vida, esa felicidad.

Estas nociones de la existencia en libertad, en esencia tan sutiles, fueron un eje común de los encuentros de memoria: la capacidad de reírse con facilidad, la priorización casi absoluta de sus familiares y seres

queridos, la preferencia por las pequeñas bellezas y regalos de la vida día a día, entre otros. Por ejemplo, en el cierre del ciclo de los talleres de memoria los participantes fueron, junto con los investigadores del Centro Nacional de Memoria Histórica, a una jornada de cuidado donde al empezar a llover una de las investigadoras dijo: “¡Está haciendo frío, qué día tan feo!”, a lo que José Libardo respondió: “No. Todos los días en libertad son lindos ¿no le parece?”.

9.4. Los múltiples roles de las familias en el retorno

“El centro de apoyo de uno es la familia y los hijos, eso es lo que proyecta uno”.

Lucas, policía

Conectando con el apartado anterior, en el retorno a la libertad el sistema familiar es uno de esos lugares llenos de significado que muchas de las víctimas de secuestro, integrantes de la fuerza pública, priorizaron. Al respecto, José Vitaliano cuenta cómo su familia adquirió un lugar central en su vida después del secuestro:

Dijo una persona [que ahora, después del secuestro] no somos capaces de comernos un pan solo, nos toca tratar de compartir siempre, nosotros estamos en una reunión pues tratar de que estén todos, tratar de reunir la familia y tratar de vivir bien, que todos

nosotros hemos estado muy pendientes. Pienso que nosotros somos como una familia diferente a muchos de los que uno tiene alrededor por eso porque, por ejemplo, yo me preocupo si mi hermano está bien o no, otros no; un caso particular, “oiga su hermano se perdió y dejó una nota que se iba a suicidar, hermano ¿Qué hacemos?” [hay personas que dicen] “ahh no de malas, él ya tiene cédula⁶⁷”, entonces dice uno no, en un caso de nuestra [familia] nunca va a salir un caso de esos, y pues por eso me he caracterizado siempre como por tratar de estar unido con todos y esa es como una fortaleza que rescato del haber estado por allá secuestrado y lejos de mi familia.

Las memorias de José Vitaliano no solo hablan de una nueva configuración del sistema familiar, sino de una cualidad empática que aplica a su familia: más que tenerla en el centro, su deseo es cuidar de ella y que se cuiden entre todos.

En algunos casos regresar implica reconocer nuevas ausencias en ese sistema. Familiares que fallecen en el marco del secuestro o, como en el caso de Antonio, en el momento de la liberación: “Una vez liberados somos llevados a Bucaramanga y logré gracias a Dios hablar por teléfono con mi mamita, pero el 11 de enero se me murió de la alegría, de saber que se iba a reencontrar conmigo, ella falleció, no la puede ver”.

67 Dicho popular que quiere decir que ya es mayor de edad y por lo tanto es responsable de sus propias decisiones.

Las madres, como se mostró en capítulos anteriores, fueron la espina dorsal de los movimientos de la sociedad civil, como ASFAMIPAZ, ya que se movilizaban y presionaban por la liberación de los secuestrados. En los encuentros de memoria, el sufrimiento de las madres fue referenciado de forma constante como una de las mayores preocupaciones en el marco del secuestro y en la liberación. Para quienes aún contaban con esa presencia en su sistema familiar, era uno de los vínculos que más querían salvaguardar y proteger. Diego, por ejemplo, cuenta cómo priorizó cuidar a su madre y padre una vez liberado:

Primero en el ámbito familiar cuando salí nosotros volvimos a Mitú por el recibimiento y eso, inclusive en Mitú no nos demoramos tanto porque cuando nosotros llegamos a los dos días la guerrilla amenazó a dos compañeros [víctimas de secuestro] -a mí personalmente no me amenazaron-: que nosotros íbamos a dar información, que como a nosotros nos habían liberado nosotros sabíamos mucho, que quien había estado en la tropa, entonces a nosotros nos tocó, y pues le dije a mi mamá, “yo no la voy a exponer a usted más”, entonces listo para Bogotá. Entonces en la parte familiar hubo algo que por lo menos mi papá, hasta el día que me liberaron tenía las cartas, las fotos, todo, una vez le pregunté a mi mamá dónde estaban las cosas que yo les enviaba, y mi papá el día que me liberaron cogió todo y quemó todo eso, porque él no quiere como volver a recordar ese secuestro.

Pero, así como hay nuevas ausencias de quienes fallecen durante su cautiverio, la vida en libertad también trae nuevas personas a la familia. En el caso de Antonio esta nueva presencia es la de su nieta: "Luego viene mi retiro [del Ejército] y viene la alegría de la casa, la alegría de la casa es mi nieta, ella es hija de mi hija y bueno y hasta el sol de hoy con mi nieta feliz, viviendo el proceso de crecimiento de ella que no tuve con mi hija, hasta ahí les puedo contar".

Los hijos e hijas, y los nietos en algunos casos, se enunciaron en el retorno a la vida en libertad como la razón para seguir adelante de los militares y policías. Jimmy, por ejemplo, dice: "[soy] padre de una niña de 5 años, que es la razón para vivir". En la misma línea, Lucas afirma que:

La familia como tal, la ciudad capital a la que también tocó venir a acomodarse, a [aprender] ciertas culturas y ciertas cosas, y todavía estamos en ese proceso de aprendizaje, ya es más comfortable con la familia, con la señora y los niños; hoy por hoy la idea es sacar adelante a los niños.

Sin embargo, en los reencuentros también hubo tensiones, especialmente en el caso de quienes estuvieron más tiempo en cautiverio. Julio César cuenta un fragmento de su experiencia con sus hijas después de diez años de secuestro:

Soy una persona muy estricta, educada a la antigua, familia boyacense y mi papá fue policía también, entonces a mí me daba tristeza llegar a las 10 u 11 de la noche y que las niñas en la calle, la preocupación de uno era de pronto un mal camino, un embarazo prematuro. Entonces con ellas en vez de generar empatía pues hubo choque. Al año se iba la mamá a España, entonces ellas comentaban que allá el gobierno español tenía unas becas y un subsidio de transporte, y yo pues magnífico, mejor que se vayan para allá en vez de que están aquí [en Colombia] a la deriva. Se fueron con la mamá y hasta el sol de hoy... Solamente me llaman y me escriben, pero porque necesitan algo, o sea soy papá solamente materialmente, pero bueno, yo lo hago con gusto, o sea si no vuelven que no vuelvan pero por lo menos que no vean que en cierto momento no le ayudé y no les colaboré.

José Libardo, secuestrado durante más de doce años, comparte su experiencia de cómo fue volver a ocupar ese rol:

Pasan los días y la cuestión era empezar a mirar y volver a ocupar el lugar de padre porque ese lugar no se mantuvo; mi hija decía que no conocía nada del papá y mi hijo decía que no se acordaba del papá, pero sabía que mi esposa siempre les hablaba de las pruebas de supervivencia. Llegar y empezar a ganarse el puesto de autoridad de papá, eso fue un complique porque ya están grandes y bueno...

eso ya son cuestiones íntimas y personales pero las hablo porque les sirven a ustedes en sus estudios, y es empezar a ver que no había como ese sentimiento, sabía que era el papá pero no tenía autoridad, entonces me tocó ganarme la autoridad porque yo soy un poco malgeniado (risas), entonces me tocó ganarme la autoridad (...) Soy muy estricto en eso, por eso que en la casa viven contentos cuando estoy por fuera (risas). Por lo menos cuando se levantan tarde, les digo, "sigan durmiendo que yo sigo haciendo el aseo, yo les hago el desayuno y se los llevo a la cama", y siempre les echo una indirecta, aclarándoles que definitivamente son jóvenes que ya van a ser profesionales y si siguen con esa pereza mental y esa pereza física, y como yo soy bien enérgico pues a mí me gusta que los hijos míos sean así, que vamos a montar cicla y todo eso. Yo siempre les digo, lo que ustedes hacen conmigo, sus hijos los van a hacer con ustedes y se acordarán de mí.

Para los liberados, entonces, recobrar la vida en libertad implicó no solo volverse a ganar un lugar dentro de la institución militar o policial, como mostramos en apartados anteriores, sino, en algunos casos, volver a construir un lugar dentro del sistema familiar. Esto para todos fue un proceso que requirió casi que volver a conocerse en familia y rearmar su funcionamiento.

Por el otro lado, quienes no habían construido un núcleo familiar antes del secuestro, por fuera de sus padres, en el retorno se enfrentaron al reto de construirlo.

Al respecto Raimundo cuenta:

En el año 2014 sucedió algo muy significativo para mi vida que fue encontrar la persona que es mi esposa hoy en día, yo me había conocido con ella en el año 2009, ella es periodista y me había hecho una entrevista en el año 2009 y empezamos como a salir pero en son de amigos, pues como uno quería explorar el mundo y entonces me voy a Francia y pierdo el contacto de ella y a mí no me gusta el Facebook ni nada de eso. Entonces, yo sabía que ella se llamaba Carolina Gómez y cuando llegué [de Francia], un año después fui a buscar su número en mi celular, que se lo había dejado a un sobrino y lo había reseteado, y yo siempre [me preguntaba] ¿Dónde estará esa mujer? ¿Qué será su vida? Busqué y nada, cuando un buen día después de cinco años me la encuentro, cosas de Dios que yo siempre he dicho, ese día el subdirector de la Escuela, nosotros hacemos las misas todos los lunes y él se daba cuenta que la gente había perdido mucho la fe, y dijo "noto con preocupación que la gente acá no está viniendo a misa, a mí todo me lo ha dado Dios, me dio una familia" y [al escuchar eso] se siente uno solo, tiene uno su apartamento, carro y tal pero uno necesita como organizarse y ser social como familia. Y dije Dios mío, pero yo no quiero bregar más en la vida, y ese mismo día me encuentro a mi esposa allá en el Cantón Norte [Bogotá], ahí mismo porque ella me hizo la entrevista. Y la pregunta del millón, "¿ya

te casaste?” “¡No!”, me dice (risas). Entonces pues te-
léfono, WhatsApp la cosa y bueno, me logré casar
gracias a Dios, 6 meses después que nos reencontra-
mos; el 11 de abril nos casamos y construimos una fa-
milia divina, tengo una bebecita de 18 meses y está
que corre por todo lado. Eso a grandes rasgos es el
resumen de mi vida, muchas gracias por la atención.

En esencia, volver a hacer parte del sistema fami-
liar es el proceso de reconstruir los vínculos que fue-
ron afectados por el secuestro, de volver a entenderse
como seres humanos capaces de conectarse con otros;
amar y cuidar, y ser amados y cuidados de vuelta.
Y, al mismo tiempo, es una forma de priorizar eso que
termina siendo clave durante el cautiverio: su red de
apoyo. Es como si, ahora en libertad, se dilucidaran
los componentes del *buen vivir* y la familia fuera el
centro de eso. No se sugiere que no existan tensiones
o dificultades, claramente las hay, pero no por eso el
lugar de volver a construirse dentro de un sistema o
comunidad de cuidado deja de ser menos importante
en el proceso de tránsito entre el secuestro y la libertad.

A MODO DE CIERRE

Las narrativas sobre el secuestro fueron reproducidas principalmente por los medios de comunicación y repetidas múltiples veces resaltando la precariedad, el horror y la desesperanza. Esto es comprensible porque el secuestro fue atroz y terminó golpeando, como siempre en el conflicto armado en Colombia, a los más vulnerables. Los relatos que este informe recogió fueron compartidos por patrulleros, suboficiales y algunos oficiales y, aunque el secuestro de militares y policías fue masivo en una época del conflicto armado, golpeó más a quienes estaban más abajo en la cadena de mando. Nadie debería pasar sus mejores años de vida sumergido en la selva, entre cadenas, contando los días para salir.

Los militares y policías que compartieron sus historias mostraron una dimensión más compleja del secuestro de la que se puede evidenciar en una nota de prensa, hablaron poco de las cadenas y mucho de los

juegos que se inventaron, los vínculos que formaron entre compañeros de cautiverio y, años después de su liberación, de las nuevas maneras que tienen de ver la vida y las formas que han encontrado de reconstruirse en libertad y seguir aportándole a sus instituciones y al país. Así mismo, estas memorias permiten señalar aquello que no se debe repetir, así como resaltar la dignidad e inmensa resiliencia de las víctimas, en palabras de Jimmy:

Hoy en día cuento mi historia cuando me preguntan y pues ya no siento nada porque anteriormente cuando recién de la liberación, como a los dos meses, uno se ponía a contar la historia y a mí me daba como no sé, si tenía un pocillo y estaba tomando café me daban como nervios, me entraba como la ansiedad, o a sudar, pero hoy en día como dice José [Vitaliano] ya ha pasado tiempo: es un mal recuerdo y a pesar de ser un mal recuerdo también es una experiencia de vida, a uno le sirvió para valorar el concepto de familia. (...) La parte familiar yo trato de solucionar los problemas, trato de estar con mi esposa, he sido buen esposo, no la he llegado a maltratar porque uno trata de conservar y uno quiere que las otras personas no sufran ningún daño, (...) tal vez uno vivió una etapa muy difícil y a la vez esa parte difícil no quiere que se repita en ninguno de los aspectos, así existe el rencor o algunas cosas, deseo de venganza, pero son cosas que se tienen que dejar a un lado y hay que seguir la vida adelante (Jimmy, Policía).

Quizás, lo más valioso de estas memorias no son los daños e impactos del secuestro -los señalamientos de lo que esperamos no se repita-. Quizás, las enseñanzas que nos pueden dejar los policías y militares secuestrados sean, más bien, las muchas maneras en que defendieron y mantuvieron su dignidad, humanidad e identidad en medio del conflicto armado; la solidaridad que construyeron durante y después del secuestro, y las energías que aún tienen de seguir construyendo un país donde nadie tenga que vivir lo que ellos vivieron. Quizás, sus memorias nos ayuden a construir una sociedad más compasiva, empática y solidaria.

Participantes, la nueva vida

SEGUNDO ANTONIO ERIRA	JIMMY DARIO PLAZAS BARAHONA
Ejército nacional	Policía nacional
31 meses y 27 días secuestrado	2 años, 2 meses y 2 días secuestrado
Antonio hoy en día es suboficial del Ejército en uso de buen retiro, tecnólogo en producción, edición y locución de radio, actúa en la obra de teatro VICTUS dirigida por Alejandra Borrero, es padre de dos hijos y abuelo de Valery Sofía la luz de la casa.	Jimmy hoy en día está activo en la Policía, es Intendente, se desempeña como perito en documentología y grafología Forense en la DIJIN, tiene 21 años de servicio en la Policía nacional y es padre de una niña de 5 años, su razón para vivir.

JULIO CÉSAR BUITRAGO CUESTA
Policía nacional
9 años, 10 meses y 29 días secuestrado
Julio César hoy en día está activo en la Policía, es Sargento Mayor, se volvió tecnólogo en mantenimiento aeronautico y se desempeña como Jefe de Línea del DC 3.

ARIEL RAMIRO NOVOA
Ejército nacional
8 meses secuestrado
Ariel hoy día está activo, es Sargento Primero, cumple 22 años de servicio en el Ejército y trabaja actualmente en el Ministerio de Defensa. Esposo de Alejandra y padre de Juan Manuel.

WILLIAM HUMBERTO PÉREZ MEDINA
Ejército nacional
10 años y 4 meses secuestrado
William está en uso de buen retiro, en el 2008, el año de su rescate, recibió el Premio Nacional de Paz, es padre de dos hijos.

JOSÉ VITALIANO SANDOVAL VARGAS
Policía nacional
2 años, 11 meses y 25 días secuestrado
José Vitaliano hoy en día está activo en la Policía, es Intendente, se desempeña como tecnólogo en aviación, en la Dirección de Antinarcóticos lo que le ha permitido conocer la mayoría de los lugares del país. Es padre de familia y dice que desde que recobró su libertad su familia es lo más importante.

LUCAS TRUJILLO FERRER	CÉSAR HUMBERTO RINCÓN MENESES
Policía nacional	Policía nacional
2 años, 7 meses y 27 días secuestrado	2 años y 3 meses secuestrado
Lucas, indígena Tucano, hoy en día está activo en la Policía, es Intendente, tiene 21 años de servicio, trabaja para sacar adelante a sus hijos y dice que la familia es el centro de la alegría.	César hoy en día está activo en la Policía nacional, es Intendente Jefe con 23 años de servicio. Dice que el secuestro hizo que le diera un giro total a su vida, hoy es padre de dos hijos.
CÉSAR AUGUSTO LASSO	JOSÉ LIBARDO FORERO CARRERO
Policía nacional	Policía nacional
13 años, 5 meses y 1 día secuestrado	12 años, 9 meses y 2 días secuestrado
César hoy en día está en uso de buen retiro de la Policía nacional, cumplió con 30 años de servicio. Hace parte de la Fundación AGAPE en Villavicencio junto con otras víctimas del conflicto armado y junto con ex combatientes de las guerrillas que trabajan por el perdón y la reconciliación. Es padre de 4 hijos.	José Libardo hoy en día está activo en la Policía nacional, es Sargento Mayor, padre de tres hijos. Hace parte de la Fundación AGAPE en Villavicencio junto con otras víctimas del conflicto armado y junto con excombatientes de las guerrillas que trabajan por el perdón y la reconciliación. Escribió un libro titulado "La paradoja de Josefo", que publicó por su cuenta, donde cuenta su experiencia de 13 años de secuestro.

RAÚL MONTAÑO CARVAJALINO
Policía nacional
20 meses secuestrado
Raúl actualmente está activo dentro de la Policía, es Sargento Mayor, con 37 años de servicio y sueña con ser el más antiguo de la institución. Se desempeña en la oficina de incorporación del departamento Norte de Santander y lo que más le gusta es darles consejos a sus subalternos sobre transparencia, disciplina policial, ética y su trayectoria en la Policía.

DIEGO ALONSO SALAZAR BRAGA
Policía nacional
2 años y 8 meses secuestrado
Diego actualmente está activo dentro de la Policía nacional, después de recobrar su libertad ingresó a la Escuela de Oficiales de la Policía y hoy es Capitán, actualmente trabaja en la Policía Metropolitana de Villavicencio.

JONATHAN MORA OCAMPO
Ejército nacional
3 días secuestrado
Jonathan continúa activo en el Ejército y hoy en día es Sargento Segundo, trabaja en el departamento del Chocó en el Batallón de Operaciones Terrestre N 26 y vive en Armenia junto a su familia.

RAIMUNDO MALAGÓN CASTELLANOS
Ejército nacional
9 años, 10 meses y 27 días secuestrado
Raimundo continúa activo dentro del Ejército, hoy es Teniente Coronel y ostenta el título de maestría en Relaciones y Negocios Internacionales. Es casado y padre de Sara Valentina.

JUAN CARLOS GONZÁLEZ PASCUAS	HENRY DAVID LÓPEZ
Ejército nacional	Armada nacional
15 meses y 22 días secuestrado	9 meses secuestrado
Juan Carlos está en uso de buen retiro del Ejército nacional, es casado y padre de Diego.	Henry hoy en día está en uso de buen retiro de la Armada nacional, es padre de dos hijos y vive en Lórica, Córdoba.

REFERENCIAS

Archivos y bases de datos

Observatorio de Memoria y Conflicto (2018).

Entrevistas y testimonios

Centro Nacional de Memoria Histórica, agosto 2017, entrevista con profesionales encargados de la atención a víctimas en la Policía nacional y el Ejército nacional.

Artículos de prensa

Cadenaser (septiembre 4 de 2016). "No habrá paz para los secuestrados", disponible en http://cadenaser.com/programa/2016/09/03/hora_14_fin_de_semana/1472924006_211358.html

Comité Internacional de la Cruz Roja (julio 6 de 2001).

"Colombia: El CICR ayuda en la liberación de 373 combatientes detenidos", disponible en <https://www.icrc.org/es/doc/resources/documents/misc/5tdpj4.htm>

Diario El Mundo (febrero 12 de 2006). "Julián Ernesto Guevara, siete años en manos de las FARC", disponible en <https://www.elmundo.es/elmundo/2006/02/20/obituarios/1140429502.html>

Diario El Mundo (diciembre 24 de 2000). "El ELN libera a 42 rehenes para impulsar las negociaciones de paz", disponible en <https://www.elmundo.es/elmundo/2000/12/23/internacional/977590136.html>

El Tiempo (junio 14 de 2010). "Así fue la exitosa operación que permitió el rescate de Mendieta, Murillo, Delgado y Donato", disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7754394>

El Tiempo (septiembre 7 de 2009). "Tortura con cadenas en el cuello a los secuestrados despierta indignación y repudio en Colombia", disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-6044249>

El Tiempo (noviembre 15 de 2004). "Campo dos presenta manual de convivencia", disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1590648>

El Tiempo (marzo 21 de 2002). "Primer mes de la retoma del Caguán", disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1343094>

El Tiempo (febrero 21 de 2002). "Fin a la zona de distensión", disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1364550>

El Tiempo (diciembre 22 de 2000). "Mensajes de retenidos por FARC", disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1279611>

Público (enero 11 de 2018). "Los secuestrados por las FARC viven con cadenas al cuello", disponible en <https://www.publico.es/internacional/secuestrados-farc-viven-cadenas-al.html>

Semana (junio 5 de 2016). "El discurso de Ingrid que conmovió a todo un auditorio", disponible en <https://www.semana.com/nacion/articulo/discurso-de-ingrid-betancourt-sobre-reconciliacion-y-posconflicto/472532>

Semana (febrero 26 de 2012). "Farc anuncian que abandonan el secuestro extorsivo; liberarán 10 uniformados", disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/farc-anuncian-abandonan-secuestro-extorsivo-liberaran-10-uniformados/254058-3>

Informes de órganos oficiales

- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018a). *Conversaciones inéditas entre la fuerza pública y el Centro Nacional de Memoria Histórica: aprendizajes de una experiencia (2012-2017)*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018b). "El Salado, Montes de María: tierra de luchas y contrastes. Guía de maestros y maestras", en *Caja de Herramientas. Un viaje por la memoria histórica: aprender la paz y desaprender la guerra*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018c). *Recuerdos de selva*. Especial transmedia. Disponibles en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recuerdos-de-selva/>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Memorias de la infamia. Desaparición forzada en el Magdalena Medio*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Tomas y ataques guerrilleros (1965-2013)*. Bogotá: CNMH-IEPRI.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014a). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Tercera edición. Bogotá: CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014b). *Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia*. Bogotá: CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Una sociedad secuestrada*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Grupo de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Grupo de Memoria Histórica. (2011). *La memoria histórica desde la perspectiva de género. conceptos y herramientas*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Centro de Investigación en Conflicto y Memoria Histórica Militar CICMHM. (2016). *Mitú: las cenizas de la memoria construcción de memoria histórica de la fuerza pública colombiana*. Bogotá: Escuela Superior de Guerra.

Informes de órganos no oficiales

Corporación Vínculos. (2009). *Acompañamiento psicosocial en contexto de violencia sociopolítica*. Bogotá: Antropos.

Corporación Vínculos. (2019). *Modelo de acompañamiento psicosocial*. Manuscrito inédito.

Documentos de la fuerza pública

Ley 522 de 1999 del Código Penal Militar. Disponible en: <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2003/c-228-03.htm>

Libros

Aranguren Romero, Juan Pablo. (2016). *Cuerpos al límite: Tortura, subjetividad y memoria en Colombia (1977-1982)*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Betancourt, Ingrid. (2010). *No hay silencio que no termine*. Bogotá: Aguilar.

Blair Trujillo, Elsa. (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia: cultos, símbolos e imaginarios*. Medellín: Editoriales Universidad de Antioquia.

Borrero, Armando. (2006). "Los militares: los dolores del crecimiento". En F. L. Buitrago (ed.). *En la encrucijada Colombia en el siglo XXI* (pp. 113-146). Bogotá: Norma.

Buitrago, Catalina y Estrada, Ángela. (2016). *Recursos psico-sociales para el post-conflicto*. Ohio: Taos Institute Publications.

Byrne, Donn y Baron, Robert. (2000). *Psicología social*. Octava edición. Madrid: Prentice hall.

- Cyrulnik, Boris. (1998). *Las maravillas del dolor: el sentido de la resiliencia*. Barcelona: Granica.
- Martín-Baró, Ignacio. (1988). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- Medina, Raul, Laso, Esteban y Hernández, Eduardo. (Eds.) (2014). *Pensamiento sistémico, nuevas perspectivas y contextos de intervención*. México: Litteris Psicología.
- Ovejero, Anastasio. (2000). *Psicología social, algunas claves para entender la conducta humana*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva Universidad.
- Pastrana, Andrés. (2005). *Palabra bajo Fuego*. Bogotá: Planeta
- Pérez Sales, Pau. (2006). *Trauma, culpa y duelo, hacia una psicoterapia integradora*. Bilbao: Desclee de Browser.
- Pizarro León Gómez, Eduardo. (2017). *Cambiar el futuro: historias de los procesos de paz en Colombia (1981-2016)*. Bogotá: Penguin Random House.
- Roux, Guy y Laharie, Muriel. (1998). *L'Humour. Histoire, culture et psychologie*. Pau: Société internationale de psychopathologie de l'expression et d'art-thérapie.

Salcedo Ramos, Alberto. (2011). *La eterna parranda. Crónicas 1997-2011*. Bogotá: Editorial Aguilar.

Theidon, Kimberly. (2004). *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: IEP.

Artículos

Arteta, Pablo y González, Roberto. (2014). "Seguridad, defensa y educación básica en Colombia: una aproximación al gobierno de Andrés Pastrana", en *Económicas CUC* 35 (2): 11-23.

Hernández, Esperanza. (2013). "Mediaciones en el conflicto armado colombiano. Hallazgos desde la investigación para la paz", en *CONfinés de Relaciones Internacionales y Ciencia Política* 9 (18): 1-32.

Mauricio Rubio. (2003). "Del rapto a la pesca milagrosa: breve historia del secuestro en Colombia". *Documentos CEDE* 2003-36.

Muñoz-Silva, Alicia. (2012). "El estudio de la resiliencia desde la perspectiva evolutiva y su aportación a la comprensión del riesgo y la protección en la intervención social", en *Portularia*, 1 (Vol. XII): 9-16.

Navia, C. y Ossa, M. (2001). "El secuestro, un trauma psicosocial", en *Revista de Estudios Sociales* 9 (junio): 68-74. Doi: 10.7440/res9.2001.07.

Rebolledo, Olga y Rondón, Lina. (2010) "Reflexiones y aproximaciones al trabajo psicosocial con víctimas individuales y colectivas en el marco del proceso de reparación", en *Revista de Estudios Sociales* 36: 40-50.

Rizo-Martínez, Lucía Ester. (2018). "El síndrome de Estocolmo: una revisión sistemática", en *Clínica y Salud* 29 (2): 81-88. Doi: 10.5093/clysa2018a12.

Rubio, Mauricio. (2003). "Del rapto a la pesca milagrosa: breve historia del secuestro en Colombia", en *Documentos CEDE* 36: 1-59.

Tesis

Manjarrés, Marleny. (2014). "Una experiencia de participación política en defensa de la vida y la libertad: Asociación Colombiana de Familiares de Miembros de la fuerza pública Retenidos y Liberados por Grupos Guerrilleros (ASFAMIPAZ)", trabajo de grado Ciencia Política y Relaciones Internacionales Maestría en Estudios Políticos. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.



El informe *Recuerdos de selva: memorias de integrantes de la fuerza pública víctimas de secuestro* es el último producto de un esfuerzo emprendido por el Centro Nacional de Memoria Histórica en el año 2014, dirigido a registrar los daños que sufrieron policías y militares en el marco del conflicto, así como sus estrategias de resiliencia.

El presente texto recoge las memorias de un grupo de 16 militares y policías que sobrevivieron al cautiverio a manos de las guerrillas en las selvas de Colombia. Durante más de un año, y en diferentes lugares del país, investigadores del CNMH realizaron talleres de memoria y entrevistas en las que los participantes compartieron sus memorias frente a la incertidumbre que se experimenta al quedar secuestrado, la inverosimilitud de la pérdida de la libertad en los primeros días del cautiverio y la sensación del tiempo suspendido en medio de una selva en la que cuesta recordar qué día es. Igualmente, narraron las estrategias cotidianas para sobreponerse a las dificultades del cautiverio, así como los esfuerzos de sus familias por lograr su retorno y los proyectos de vida que ahora construyen en libertad.

ISBN: 978-958-5500-50-1



La equidad
es de todos

Prosperidad
Social



Centro Nacional
de Memoria Histórica